

ALTROCCHÉ! ITALIA Y SANTA FE EN DIÁLOGO

HISTORIA, CIENCIA, CULTURA Y VOCES POÉTICAS
DE LA PAMPA GRINGA



PROVINCIA DE SANTA FE

ADRIANA C. CROLLA / DIR.



UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector
Enrique Mammarella
Secretario de Planeamiento
Institucional y Académico
Miguel Irigoyen

 **ediciones UNL**

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Adriana Crolla
Diseño de tapa
Alina Hill
Diagramación interior
Analía Drago

© Ediciones UNL, 2021.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Altrocche! Italia y Santa Fe en diálogo : historia,
ciencia, cultura y voces poéticas de la Pampa
Gringa / Adriana Cristina Crolla ... [et al.] ;
dirigido por Adriana Cristina Crolla .
-1a ed .- Santa Fe : Ediciones UNL, 2021.
Libro digital, PDF - (Ediciones especiales)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-749-305-4

1. Inmigración. 2. Sociología de la Cultura. I.
Crolla, Adriana Cristina, dir.
CDD 304.882

© Adriana C. Crolla, Ana María Cecchini
de Dallo, Julio Djenderedjian, Daniel J. Imfeld,
Jorge Isaías, Juan Luis Martiren, Luis Priamo,
Luciano Prósperi, Pbro. Edgar G. Stoffel, Griselda
Tessio, Gustavo Vittori, 2021.

*Este libro integra la serie Altrocché! Espacios
de la italianidad en la cultura santafesina.
Realizado con el apoyo del Programa Espacio
Santafesino del Ministerio de Innovación
y Cultura de la Provincia de Santa Fe.
Convocatoria 2012.*



Altrocché! Italia y Santa Fe en diálogo

Historia, ciencia, cultura y voces
poéticas de la Pampa Gringa

Adriana C. Crolla (Dir.)

Índice

- 7 **Prólogo**
Adriana C. Crolla
- 11 Compromiso social y político de los italianos en la construcción de la moderna Pampa Gringa
Ana María Cecchini de Dallo
- 43 Una economía creada a nuevo: Santa Fe en la época de la gran inmigración italiana
Julio Djenderedjian
- 55 Nuevas miradas sobre la Pampa Gringa: fuentes alternativas para el estudio de la colonización agrícola y la inmigración italiana en la provincia de Santa Fe (1856–1895)
Juan Luis Martiren
- 69 La italianidad en los espacios de la memoria. Un recorrido por los cementerios de la inmigración
Daniel J. Imfeld
- 85 Configuraciones de la italianidad en la literatura santafesina: archivos y patrimonios de la memoria gringa
Adriana C. Crolla
- 117 Rastros de Italia en la piel de Santa Fe. Alarifes, artesanos y artistas partícipes de la transformación de la ciudad
Gustavo Vittori
- 153 Cosechando esperanzas
Luciano Prósperi

- 163 La *terra promessa* de los piemonteses. Etnicidad, dialecto y religiosidad
Pbro. Edgar G. Stoffel
- 181 **Testimonios**
- 183 Para la memoria familiar
Griselda Tessio
- 187 Gringos desde la palabra y la fotografía
Luis Priamo
- 197 **Historias de la historia. Cuatro cuentos inéditos de Jorge Isaías**
- 199 Inmigrantes
- 201 Aquellos abuelos
- 203 El baúl de «Chiquín» Cantoni
- 205 La marlera

Prólogo

Adriana C. Crolla

Los estudios de la memoria remiten a formas diferentes de relacionarse con el pasado y con los procesos de recuperación, y por consiguiente, con concepciones diversas sobre el papel de la memoria en la construcción de su representación.

Existen en este campo investigaciones variadas, desde perspectivas diferentes, sea desde los debates sobre la shoah y el problema del exterminio judío, que han sido la punta de lanza acerca del carácter del memorial, representados por las voces de Yosef Haym Yersuhalmi, Jan e Aleida Assmann; o de historiadores culturales tan diversos como Francis A. Yates, Peter Burke, Michel de Certeau, Hayden White, Carlo Ginzburg, Harald Weinrich y muchos más. Un campo interesante es el que establecen en tanto disciplinas discursivas, la historia, la literatura y el psicoanálisis, las que no han dejado de reconfigurarse de manera constante en nuestra contemporaneidad.

Paul Ricoeur desde el lado de la filosofía ha aportado sus estudios sobre la fenomenología de las manifestaciones de la memoria y la epistemología de las ciencias históricas. Por otro lado, todos estos abordajes resaltan la necesidad de asociar el estudio del pasado con el tema de su representación en el patrimonio cultural nativo.

La reflexión sobre el propio concepto de identidad y de memoria colectiva se vincula con las formas de su representación, sea tanto en objetos tangibles: documentos y textualizaciones privadas o públicas, artísticas, históricas o civiles, como en la memoria intangible, constituyendo este patrimonio de voces, luces, ecos y sombras, un atractivo en clave de recuperación y de puesta en valor. En especial en sociedades aluvionales como las latinoamericanas, cuyos procesos de reconfiguración tienden a destruir de manera muy rápida las huellas de su pasado, su propia arqueología.

Es por ello que como intelectuales «locados» con una fuerte relación con el propio ámbito de pertenencia y permanentemente condicionados por masas de representaciones a las que sólo se puede oponer resistencia poniendo en tela

de juicio el *status quo*, es nuestra obligación mirar e indagar los problemas y sus manifestaciones desde perspectivas originales, proponiendo visiones desenmascaradoras o alternativas para alcanzar nuevas verdades.

En relación con el objeto de interés de esta publicación, consideramos necesario trabajar para hacer visible esta suerte de doble componente de lo local y sus múltiples raíces, lo que no siempre se consolida en un sincretismo, sino por el contrario, en la pervivencia de rasgos dispares, en la confrontación de disímiles modelos de legitimidad, en el entrecruzamiento o silenciamiento de lenguas. Lo que habría generado una suerte de identidad esquizoide que no termina de resolverse en sus tensiones internas.

El peculiar momento de dispersión y fragmentación de las sociedades occidentales, el peso regulador y desestructurador de las migraciones, voluntarias y forzadas, en la que la sociedad postmoderna se despliega, y la determinación del pasado en el presente, constituye el estímulo externo que necesitábamos para encarar el caso específico del fenómeno que aquí se aborda. La motivación interna proviene de la ostensible divergencia entre la masividad numérica de italianos que llegaron a estas tierras y la exigua cantidad de estudios que lo analicen en sus variadas configuraciones. Este proyecto pretende entonces indagar la presencia de la italianidad en la cultura santafesina a partir de los rasgos identitarios de "lo local" santafesino en donde se hacen manifiestas y visibles estas marcas.

Del vasto espectro que caracteriza el proceso inmigratorio en la Argentina, Italia se destaca como fuerza matricial de una amplia zona aluvional: la «Pampa Gringa», extendida en el espacio geográfico de la llanura santafesina y la franja este de la provincia de Córdoba. Zona que experimentó un fenómeno especial de «colonización» a partir de 1856 con la fundación de Esperanza, y en la que los italianos constituyeron una fuerza de extensa determinación, la que, en interacción con la etnia criolla y aborígen, dio lugar a una experiencia inédita de fusión y sincretismo cultural.

Pero un hecho que nos interpela particularmente, como ya lo enunciáramos, es la contradicción entre la ostensible hegemonía numérica italiana en la conformación social local y la escasa visibilización de sus diversas manifestaciones, al quedar su estudio e imagen opacada y superada por lo realizado desde Buenos Aires y su radio de influencia. Si bien en algunas colonias, y en particular en Esperanza, Rafaela, en la ciudad de Rosario y en Santa Fe, por la importancia en el conjunto del proceso colonizador, o por su gravitación económico-política en el concierto provincial, se han promovido y realizado estudios y producido una cantidad importante de publicaciones, éstas constituyen un material disperso y en muchos casos de difícil consultación. En el caso particular de la ciudad de Santa Fe y en las colonias de menor envergadura, su estudio ha sido de menor cuantía, disperso y poco revalorizado. Es por ello que todavía un abordaje sistemático sobre

la presencia italiana y su incidencia en múltiples áreas de la cultura, arquitectura, literatura, ciencia y arte local, se presenta como un área de vacancia.

Un rastreo por la bibliografía y documentos oficiales y particulares a disposición demuestra que los historiadores, sociólogos e intelectuales santafesinos —salvo la valiosa excepción de Gastón Gori, adalid en la producción de estudios histórico-sociológicos sobre la colonización— han preferido encausar su mirada hacia la época reconocida como «colonial», asociada a los procesos inherentes de los actos fundacionales de Garay y a la recuperación de la memoria de la historia patricia y de los siglos posteriores a la conquista. Deteniéndose justo en el momento en que comienza el fenómeno inmigratorio, a mitad del siglo XIX y soslayándose con ello 70 años de nuestra historia, comprendida entre el período de irrupción y asentamiento del elemento extranjero hasta la mitad del siglo XX. De este modo se perdió la oportunidad de generar archivo y documentación de primera mano, a partir del registro de las vivencias y saberes de los verdaderos actores de la migración. Los que en su mayor parte ya han desaparecido y mucha de su obra cae implacable bajo la picota de la modernización.

Por lo que, emprender la reconstrucción de estos procesos relacionados con las transformaciones que la inmigración italiana operó en la vida civil y cultural local, se torna a veces difícil y tortuoso. Sin embargo, todavía estamos a tiempo y el desafío puede proporcionar buenos frutos al operar en contrario partiendo del rescate de fuentes olvidadas, de archivos fotográficos, visuales y gráficos. Ello nos permite elaborar un inicial registro sistemático de la importante obra arquitectónica —en casi un 80 % realizada por empresas constructoras y profesionales italianos— y del rico patrimonio realizado en nuestra ciudad y provincia por numerosos artistas italianos y personalidades de ese origen que se destacaron, fundaron y desarrollaron una parte sustancial del horizonte artístico, cultural e intelectual santafesino y colindante.

Este libro es el resultado de un proyecto que bajo el título englobante de *Altrocché! Espacios de la italianidad en la cultura santafesina*, obtuvo el Premio a la categoría Multisporte en la convocatoria 2012 de Espacio Santafesino del Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe y se realiza con dichos aportes. La finalidad entonces fue producir un espacio que aglutine ensayos elaborados por destacados especialistas de la historia, la sociología, la historia de la ciencia, la economía, la comunicación, la fotografía, la religión, la industria, la cultura y la literatura sobre aspectos referidos al proceso de radicación del componente itálico en la zona y la producción de saberes e imaginarios concomitantes.

La otra parte del aporte se destinó a la realización de un video documental *Itinerarios itálicos por la ciudad de Santa Fe*, donde se incluye la visión y opinión de entrevistados destacados y un registro visual del patrimonio artístico, cultural y social así como de las huellas itálicas hoy todavía visibles. Dicho producto, que

pretende servir como puntapié para reflejar la identidad cultural santafesina, fue producido en versión bilingüe español–italiano, a fin de poder mostrar a Italia y a los italianos la incidencia que la migración proveniente de ese país tuvo y tiene todavía hoy en nuestra ciudad capital.

El tercer producto es el Museo virtual *Altrocché*, con radicación en el *Portal Virtual de la Memoria Gringa* (www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo). Espacio expandible y reconfigurable que permite diseñar y aglutinar una pluralidad de materiales para recoger y poner en valor el patrimonio museográfico existente sobre el tema. Aspecto todavía no sistematizado ni promovido desde las nuevas tecnologías y que permite fortalecer entre las nuevas generaciones los rasgos identitarios que enlazan el hoy con el pasado de origen.

Compromiso social y político de los italianos en la construcción de la moderna Pampa Gringa

Ana María Cecchini de Dallo*

Introducción

El presente trabajo, elaborado para integrar el proyecto de Adriana Crolla sobre la italianidad en la pampa gringa, ha posibilitado reunir diversas investigaciones de la autora, vinculadas con el tema propuesto. El resultado lo dedica a la memoria de sus antepasados italianos, españoles, alemanes y criollos, entre todos ellos, en forma especial, a sus padres, quienes le enseñaron a valorar sus orígenes y amar a la Argentina.

El desafío de la pampa

Los inmigrantes que llegaron de Italia venían de una nación recientemente constituida pero en verdad procedían de una patria milenaria, con una cultura construida sobre los pilares de la integración.

Buscaban un mejor horizonte para sus familias, eran campesinos y pastores, pero sin tierras, o artesanos, sin oportunidades, pues Italia no había hecho su revolución industrial.

Al principio partieron especialmente de Génova y el arribo lo hacían especialmente en Buenos Aires. El viaje era largo y sacrificado; los hombres solos o las familias venían con su baúl o valija de cartón donde habían cargado sus escasos bienes y, generalmente, con muy poca plata ya que gran parte de sus ahorros o la ayuda de familiares las habían usado para pagarse el viaje.

Una vez en Buenos Aires recalaban en La Boca, allí escuchaban hablar sobre la pampa, su fertilidad, y las oportunidades que les ofrecía.

Algunos conocían la llanura por aquella que rodea al río Po, la *padana*. Y si esa región era su origen, eran prácticos en el cultivo. Por el contrario, los que habitaban sobre las montañas sabían del pastoreo, de hacer sus casas en piedra y que duraran siglos, siempre que no las afectara una catástrofe. Al venir a la pampa tuvieron que acostumbrarse al nuevo paisaje y a sus posibilidades productivas.

La provincia de Santa Fe los estaba esperando. Desde 1856 cuando se estableció la primera colonia, Esperanza, a la cual se sumaron pronto San Jerónimo y San Carlos, la misma se aprestó para nuevos colonos, ya que las tres experiencias resultaron exitosas en cuanto a la ocupación productiva del territorio.

El estado provincial había dictado una legislación sobre tierras que propiciaba la entrega de parcelas, en colonias, aun cuando no tuvieran contratos con empresarios.

Marcharon entonces hacia Santa Fe lombardos, ligures, piemonteses, toscanos y tantos otros italianos. Unos optaron por permanecer en las ciudades de Santa Fe —La Capital— y Rosario; otros, en el interior pampeano. Sin duda ninguno había visto antes en Europa un territorio con la inmensidad de la pampa, cuyo límite es el horizonte, ni un río con el ancho del Paraná.

Allí iniciaron la «instrucción» de la tierra: desmontando, trazando los surcos, sometidos a la suerte del clima. Lentamente construyeron sus casas con muebles básicos e iniciaron el día a día mirando al horizonte que parecía lejano pero que no tardó en convertirse en un presente positivo.

Trazaron caminos, formaron el pueblo integrados con familias de otros sitios de Europa y criollos, todos juntos. Apoyados por un estado provincial decidido a producir cambios progresistas, se lanzaron a la transformación de la sociedad política y civil mediante la educación compartida y nuevas formas de participación.

La sociedad civil santafesina preexistente al proceso inmigratorio

El antiguo territorio jurisdiccional de la ciudad de Santa Fe tuvo notables variaciones desde su fundación en el sitio viejo (1573) hasta el inicio del proceso de colonización en la década de 1860–1870, que se mantuvo en sostenido crecimiento hasta los inicios del siglo xx.

Durante el período colonial la sociedad civil santafesina se asociaba por medio de formas íntimamente vinculadas a la religión católica, cuyos objetivos eran las prácticas piadosas, caritativas y de beneficencia.

En la ciudad de Santa Fe, casi desde su fundación, actuaron cuatro órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, jesuitas y mercedarios, además del clero secular que atendía la Parroquia de Todos los Santos —actual Catedral Metropolitana—, y las capillas existentes en las villas pertenecientes a la jurisdicción de la ciudad —Coronda, San José, Rosario y la Bajada del Paraná—. En todos estos templos, la sociedad civil participaba de las ceremonias propias —misa, rosario, fúnebres y sacramentales—, también tenía la posibilidad de integrar sus cofradías, congregaciones o terceras órdenes. Al solo efecto de ejemplificar se señala la Congregación de la Virgen de los Milagros —en la Compañía de Jesús—, la cual tenía grados en su integración, tal es el caso del lector, y realizaba préstamos a los miembros (Damianovich, 1991:49).

En 1622 se fundó la Congregación de Nuestra Señora del Carmen en la Iglesia Matriz, y, en esta misma parroquia, la del Santísimo Sacramento, que alcanzó su mayor trascendencia en el siglo XVII hasta el XVIII. En el archivo del Arzobispado existe un libro de Cofradías y Congregaciones, allí constan estas «asociaciones o hermandades de devotos mediante la cual se llevaba a cabo la piedad». En él existe un listado de fieles que durante la primera mitad del siglo XIX, pertenecieron a dichas asociaciones y también hay libros que reflejan la economía dentro de las cofradías entre 1642 y 1907 (Di Biasio, 1989:43).

Estas organizaciones, si bien eran parte de las prácticas religiosas, además les brindaban a sus miembros un mayor reconocimiento social y la oportunidad de recibir ayuda económica así como también realizar actividades de caridad. Estuvieron promovidas por los conceptos de caridad y ayuda al prójimo propios del credo católico. Era muy frecuente el compromiso de las personas que las integraban con una de las órdenes. Éste es el caso de los terciarios franciscanos, que adoptaban ciertas reglas en su vida cotidiana y a la hora de su muerte eran enterrados en la iglesia de ese convento con el hábito de la orden.

La autoridad política para Santa Fe era un Teniente de Gobernador que designaba la autoridad superior que estaba a cargo de la Gobernación. En este período los vecinos —propietarios de casa poblada— accedían al ejercicio de los cargos capitulares, inicialmente de renovación anual. El Cabildo, si bien fue una institución de carácter gubernamental, rozó mucho el compromiso de la sociedad civil con sus intereses más directos, tales como los hospitalarios.

La transformación política que llegó en 1810, trajo consigo el sentimiento de ciudadanía, el cual se perfeccionó para los santafesinos en 1815, cuando comenzaron a ejercer su autonomía, crearon su provincia con autoridades ejecutivas, legislativas y judiciales propias y se hicieron dueños de modificar su presente y crear su futuro.

Las asociaciones religiosas tuvieron continuidad, aun cuando el número de participantes se vio disminuido.

Luego de sancionada la Constitución Nacional de 1853, vocación por la cual los santafesinos dejaron sus mejores esfuerzos a lo largo de los casi cuarenta años previos, el rumbo impuesto a la política provincial fue de fundamental importancia para la llegada de inmigrantes, que en su mayor parte procedían de las regiones que integraban la Nación Italiana.

Contemporáneamente a la instalación del Congreso Constituyente en Santa Fe, se fundó el Club del Orden, el cual cumplió funciones sociales vinculadas al ocio masculino pero era además un sitio de conocimiento de las novedades comerciales y, a las señoras y jóvenes les daba la oportunidad de contar con un lugar para el entretenimiento.

El Club del Orden quedó instalado en la ciudad de Santa Fe, con la presidencia de José María Cullen —que fue quien le dio el mayor impulso inicial—. Y en su

declaración de principios se explicaba que el espíritu que guiaba a los fundadores era el que resume la expresión: «del orden». En ella se consignaba también que no tenía tendencias políticas, sino que era social por excelencia.

Se trató de un ensayo práctico del principio de asociación entre los miembros de la sociedad que comenzaba a disfrutar del beneficio de la quietud y seguridad individual. En cuanto a las relaciones con el gobierno establecía que ellas quedarían circunscriptas al apoyo moral que brindaría el club, respetando sus legítimas determinaciones. Se fijaron, además, objetivos comerciales e individuales tales como la difusión de noticias mercantiles y también la necesidad de colaborar en difundir las noticias sobre estas tierras en el extranjero. Se unieron al servicio de toda idea nacional o extranjera que promoviera el progreso.

Dejaron expresamente sentados los méritos que reconocían a la mujer para organizar bailes y obras de beneficencia. Precisamente las actividades fundamentales del club se circunscribieron a la organización de veladas y obras de caridad.

Sin embargo, a él se asociaron todos los hombres que desempeñaban cargos públicos en la época. Y además, los diputados del Congreso Constituyente y autoridades nacionales fueron considerados socios honorarios y participaron de las actividades del club mientras estuvieron en Santa Fe.

Más tarde el empresario Aarón Castellanos pidió apoyo del club para colocar suscripciones societarias a las empresas económicas que se emprendían.

El Club del Orden no llegó a ser una institución política pero evidentemente cumplió una finalidad de este carácter. En el periodo 52–54 no hubo otro hecho relevante dentro de la actuación de esta asociación (Cecchini, 1992:78–79).

Pocos años más tarde, en 1861, en la ciudad de Santa Fe ya se había organizado una sociedad de beneficencia que reunía a las señoras que, por los recursos económicos familiares y el posicionamiento social, sumaban sus esfuerzos con fines de ayuda hospitalaria y educativa para mujeres. La Sociedad de Beneficencia de Santa Fe fue reconocida por el gobierno de la provincia por ley. Años más tarde se reconoció una similar en Rosario.

Las logias masónicas

Las logias masónicas del siglo XIX se establecen en Argentina primero en el ámbito de los artesanos de origen extranjero y sólo en un segundo momento ganan adeptos entre los miembros de las élites locales (Di Stefano, 2002:87).

La masonería, en la provincia de Santa Fe, tuvo sus inicios en 1859. En este año existían dos logias en la ciudad de Rosario.

Una de ellas, denominada «Bien Social», era presidida por el diplomático francés Luis Saint-Georges Thomas, formando parte de la misma el gobernador Juan Pablo López y su ministro Juan Francisco Seguí; los futuros gobernadores Rosendo María Fraga y Pascual Desiderio Rosas; Luis Lamas y Hunt, Isidoro Aliau, Carlos Gronet, Osvaldo Rodríguez Larreta y su hermano Carlos, Martín Fragueiro; así como los marinos Bartolomé y Mariano Cordero, quienes alcanzaron en el servicio de la Armada Nacional el grado de almirante.

La otra, con el título distintivo de «Filantropía», era presidida por el coronel Santiago Rufino Albarracín, y formaban parte de ella el ex mandatario uruguayo Luis Lamas, José María Buyo, Guillermo Perkins, Nicasio Oroño, Federico de la Barra y el Dr. Eugenio Pérez, hermano del Gran Maestro.

El 1º de enero de 1860, por iniciativa del doctor Juan Francisco Monguillot (1826–1895) se acordó la fusión de las dos logias, surgiendo así la Unión N° 17, asumiendo aquél la presidencia. Tanto el Dr. Monguillot como sus sucesores en el cargo pusieron su mayor empeño para la pacificación de los espíritus a fin de obtener el tan anhelado advenimiento entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires, al mismo tiempo que desplegaban una amplia labor de carácter cultural y filantrópico.

Esta fusión de la masonería en la provincia puede explicar que al concluir la etapa militarista (1856–1862) —durante el gobierno de Pascual Rosas—, tuvieron participación en la administración provincial los grupos políticos analizados (Cecchini, 1992:77).

Esta sociedad tradicional que se ha descrito, perduró en sus manifestaciones religiosas y sociales y en las formas políticas también, si bien todas serán afectadas por los cambios que se introducen a partir de los contingentes inmigratorios que modificaron el perfil productivo provincial y requirieron de nuevas formas para integrarse.

La inmigración italiana en números

Una mirada sobre los números informa que, en 1869 había 4223 italianos, de ellos 3139 eran hombres y 1084 eran mujeres. Los italianos ya constituían el mayor número dentro de los 89 117 extranjeros que vivían en la provincia. Los suizos le seguían en el orden por cantidad, pero representaban en total el 50 % de aquellos.

En 1887 llegaron a representar los italianos el 70 % de los inmigrantes existentes en Santa Fe y de ellos, las tres cuartas partes eran varones (Santa Fe, Censo 1887).

Foto 1: Porcentajes de población argentina y extranjera. Carrasco, G.
Censo de la Provincia de Santa Fe de 1887



En el Censo Nacional de 1895 los extranjeros eran 166 487, el 41,9 % de la población total de la provincia, de ellos 109 634 eran italianos. En el de 1914, los argentinos eran 538 699 y dentro de este número se encuentra incluida una primera generación de descendientes e inclusive, en menor cantidad, una segunda generación. Recordemos que por el *jus solis* —derecho por haber nacido en la tierra—, hijos y nietos de extranjeros eran automáticamente argentinos. Los extranjeros seguían siendo numerosos por las nuevas oleadas arribadas —315 941—, y los italianos 164 682.

Los italianos y la política

Los italianos adultos que llegaban ya lo hacían con posiciones políticas asumidas en Italia: republicanos de matriz mazziniana —moderados y monárquicos—, y entre los primeros era común la pertenencia a la masonería.

Es ingenuo pensar que estos hombres que habían defendido ideas, libertades, posiciones sociales o económicas, sólo venían a trabajar la tierra, y se privarían de hacer lo propio en el nuevo lugar elegido para vivir.

Precisamente, quienes habían participado en las luchas por la unidad de Italia junto a garibaldinos o carbonarios sabían lo que era pertenecer a grupos secretos o

logias, «Las organizaciones secretas fueron bastante comunes entre los inmigrantes italianos, muchos de ellos exiliados políticos» (Di Stefano, 2002:82).

Archivos y Bibliografía de Italia y España me confirmaron la fluida relación entre las logias argentinas y europeas: es decir entre el país de origen y el país receptor de inmigrantes funcionaba la cadena masónica y la masonería tenía capacidad para participar en el plan colonizador estableciendo las relaciones hermano—hermano por la relación boca a boca o boca a oído, o por señas, o cartas entre Europa y América (Stoffel, 2003)

A su arribo a Buenos Aires, eran ayudados por estas logias, con asiento en Barracas o La Boca y luego quedaban vinculados a ellas, integrando a su vez organizaciones similares en sus sitios definitivos. Existen trabajos al respecto relativos a logias masónicas en Esperanza, Rafaela y Reconquista.

No hay coincidencia entre los historiadores con respecto de que estas asociaciones hayan servido para la integración, sin embargo es muy probable que hayan sido determinantes para que los italianos adquirieran compromisos con la política local cuando había coincidencia de intereses.

Arquitectura legal del estado provincial

La dirigencia santafesina, a partir de 1853, con Domingo Crespo, pertenecía en sus niveles de conducción al sector, existente en esa fecha, que tenía mayor antigüedad de arraigo en la provincia.

Alguna bibliografía los ha calificado como «patricios» y tal denominación sólo puede aplicarse en su acepción de «los mejores», «aquellos individuos que por nacimiento, riqueza o virtudes descuellan entre sus conciudadanos», ya que no puede hacer referencia al significado de grupo fundador u originario —tal como se lo consideraba en Roma—, puesto que casi todos ellos procedían de una segunda o tercera inmigración que arribó a Santa Fe al promediar el siglo XVII y siguieron hasta avanzado el siglo XVIII.

A pesar de los duros enfrentamientos que presentó el período, por sublevaciones militares, uso indiscriminado de la Guardia Nacional, en especial entre el orofnismo y el iriondismo, a la hora de orientar las políticas públicas, compartieron el criterio.

Estos cambios no fueron el resultado de un plan descrito previamente, sino que se articularon a partir de la coincidencia y combinación de diferentes factores, internos y externos, los que fueron interpretados por los dirigentes políticos de la provincia, que representaban a diferentes partidos, pero que coincidieron ideológicamente en la estructura socioeconómica que tenían como objetivo y ello los indujo a dar continuidad a las obras previamente emprendidas (Cecchini, 2013:78).

¿Qué cosas fueron necesarias para lograr el éxito del proceso?

La vocación positiva de la dirigencia hacia los inmigrantes se plasmó inicialmente en la Constitución de 1853, especialmente en el Preámbulo, al abrir las puertas «a todos los hombres de buena voluntad que quisieran habitar el suelo argentino», lo que la provincia de Santa Fe hizo propio en la Constitución Provincial de 1856.

La revolución demográfica y productiva que vivió la provincia de Santa Fe durante la segunda mitad del siglo XIX, dependió en su continuidad y consolidación de diversos factores y los fundamentales fueron: la existencia de grupos humanos dispuestos a migrar hacia su territorio y de tierras disponibles para ser ocupadas. Pero eso no bastaba.

Para lograr que se produjera el afianzamiento de los colonos en el territorio santafesino el estado provincial fue desarrollando un andamiaje legal en materia de colonias y pueblos. Las bases del modelo fueron los contratos de colonización. En ellos se establecía: uniformidad en el tamaño de las concesiones y lotes urbanos, ancho de las calles y peculiaridades de la traza. Todos elementos rescatados de las tradiciones urbanísticas hispanas: trazado en damero, plazas centrales en pueblos mediterráneos y plazas cercanas al río en ciudades portuarias y la unidad mínima del lote urbano —el solar.

Las normas que se fueron dictando le daban seguridad al nuevo habitante. Y tuvieron el acierto de evitar pleitos posteriores, uniformaron criterios y realidades y no fueron privativas de las colonias de extranjeros, también se aplicaron a los centros urbanos destinados a poblaciones criollas y aún indígenas.

En los primeros tiempos las dificultades fueron muchas para instalarse, aprovisionarse, defenderse de grupos aborígenes insurrectos, entre otros muchos inconvenientes. Poco a poco se irían sorteando.

Los pueblos que nacieron en la pampa, lejos de las viejas ciudades coloniales, se convirtieron en centros dinámicos adonde los colonos pudieron proveerse de los elementos necesarios para la labranza y la vida cotidiana, vender su producción, llevar a cabo sus prácticas religiosas, divertirse, educar a sus hijos y solucionar los problemas comunes al vecindario. Los caminos que unieron a las colonias con sus pueblos, a éstos entre sí y con el puerto, fueron una preocupación central de las gestiones gubernamentales del siglo XIX, los ferrocarriles estuvieron en la mira de los gobiernos y la provincia se endeudó para concretarlos. También nacieron en ellos industrias artesanales para satisfacer los requerimientos de la población.

Todas estas previsiones permitieron que el avance colonizador sobre la provincia tuviera la forma de un proceso planificado; de allí los excelentes resultados obtenidos. Sin embargo, no faltaron las dificultades, trazas ignoradas o modificadas, pueblos que nacieron unidos y compitieron entre sí, conflictos vecinales, etc. Además fue imprescindible asegurar la supervivencia de esos pueblos mediante la satisfacción de otras aspiraciones propias del hombre. Una de ellas consistió en que nunca se les cerró a los colonos, por su condición de extranjero, la posibilidad

de participar activamente en la vida de su comunidad y desde el principio se lo considero en condiciones de asumir cargos como el de Juez de Paz o integrarse en comisiones asesoras, municipalidades o comisiones de fomento. Ellos debían ser los motores de sus propios pueblos.

La libertad de funcionamiento que se dio a los nuevos pueblos se reflejó en la autarquía que se estableció con la creación de un fondo a disposición del gobierno comunal. En este sentido no debe olvidarse que si bien se imposibilitaba al municipio el cobro de impuestos, un concepto muy importante reflejado en los contratos fue el de la reinversión en el lugar, de los fondos obtenidos por la venta de sus lotes.

El sistema de gobierno que arbitró la provincia gozó de la suficiente descentralización como para permitir el desarrollo de los nuevos poblados en un marco de autonomía y autorresponsabilidad muy provechoso.

También el factor educativo fue importante para asegurar la evolución de los nuevos poblados evitando la emigración de los niños para educarse y así se interpretó, al insistirse en los contratos y leyes posteriores en la necesidad de escuelas.

Por último se integró al proceso el trabajo del Departamento Topográfico como organismo regulador del sistema de asentamientos y factor fundamental en el desarrollo ordenado de estos pueblos, así como para el control de las exigencias que planteaba el progreso urbanístico en materia de higiene, y más tarde, la iluminación, los desagües y algunos empedrados en las ciudades más importantes de la provincia.

El concepto que primó: la ciudad, no se reduce a calles, manzanas, lotes, plazas y servicios, sino que, en virtud de que crece y progresa en relación directa con el trabajo de sus vecinos, el grado de instrucción de los pobladores, el nivel de libertad y creatividad de la comunidad que la habita, implica todo lo dicho. Urbanizar, entonces, no se limita a legislar sobre la edificación, sino que, por el contrario, es el resultado de un conjunto de factores y fuerzas que coadyuvan al desarrollo urbano (Cecchini, 1993:138).

Las normas dictadas y la reacción comprometida de los italianos

Las acciones en materia educativa tuvieron que ver tanto con los pueblos surgidos en las colonias como con las necesidades que se planteaban en los antiguos poblados de la provincia, así como con las ciudades mismas que crecían en número de habitantes y por lo tanto de niños y jóvenes que demandaban educación, condición *sine qua non* para el progreso individual y social.

Una de las primeras medidas fue la de atraer nuevamente a la Compañía de Jesús a Santa Fe, y con el Colegio de la Inmaculada reabierto en 1867, se pudo satisfacer una enorme demanda de la ciudad y la región circundante, incluso de provincias vecinas, que gracias al internado pudieron enviar jóvenes al colegio. Al respecto, es perfectamente comprobable mediante el catálogo de ex alumnos el importante

número de jóvenes que estudiaron allí, de apellido italiano, que formaban parte de la primera y/o segunda generación de descendientes de inmigrantes.

Una norma de setiembre de 1873 incentivó la instalación de bibliotecas públicas en la ciudad capital, Rosario y Coronda, otorgándoles subvenciones.

Otra norma, de octubre, destinó para sostén de la Instrucción Pública la subvención nacional, la recaudación por multas que no tuvieran destino asignado y parte de la renta provincial, en dos reservas anuales: enero y julio.

Por ley de junio de 1874, se aprobaron varios decretos que creaban escuelas. Casi de inmediato se creó el cargo de Inspector General de Escuelas de la Provincia y se autorizó al poder Ejecutivo para fundar escuelas en aquellos pueblos y puntos de la campaña en los cuales se considerara urgente su necesidad. También se autorizaron los gastos correspondientes.

La ley reglamentando la educación primaria, del 13 de agosto de 1874, creó una superintendencia general de escuelas, para dar cumplimiento con ella al precepto constitucional establecido en el art. 113 de la Carta sancionada en 1862. La ley estableció la obligatoriedad de la enseñanza primaria. Creó comisiones escolares integradas por vecinos, electos por la comunidad, que procurarían controlar las obligaciones y proveer a las escuelas de elementos necesarios. Se trató de una norma que evidenció preocupación y decisión de que la sociedad no fuera ajena a la cuestión educativa y pusiera su mirada de control sobre ella. La ley del 28 de octubre de 1875 proveyó los fondos para el sostén del sistema.

La secuencia de leyes vinculadas con la educación y las vastas cuestiones que se abarcaban fueron normas antecedentes a la ley nacional 1420, sólo que tuvieron menos prensa. En ella se aseguraba que los niños recibieran instrucción primaria y se comprometía a la comunidad para que integrara las comisiones de educación. Los elegidos por los mismos vecinos debían vigilar el sistema educativo en todos sus órdenes: cumplimiento de la asistencia de los niños, control de edificios y materiales de estudio y trabajo en el aula; calidad de la educación, cubrimiento de vacantes, entre otros muchos. Es importante destacar que en forma permanente se preveían los fondos para hacer factible la aplicación de las obligaciones.

Foto 2: Número de escuelas creadas por año en la provincia de Santa Fe entre 1870 y 1886. Carrasco, G: *Censo de la Provincia de Santa Fe de 1887*

ESCUELAS ELEMENTALES

CUADRO I

Epoca de fundacion de las Escuelas

De las 190 escuelas elementales que existian en Santa-Fé en 1886, fueron fundadas:

AÑO	ESCUELAS	POR CIENTO	AÑO	ESCUELAS	POR CIENTO
1886.....	62	32,7	1877.....	2	1
1885.....	28	14,8	1876.....	4	2,1
1884.....	21	11	1875.....	2	1
1883.....	10	5,2	1874.....	4	2,1
1882.....	11	5,8	1873.....	3	1,6
1881.....	5	2,7	1872.....	5	2,7
1880.....	3	1,6	1871.....	3	1,6
1879.....	3	1,6	1870 y antes.....	15	7,8
1878.....	3	1,6	Desconocido.....	6	3,1

Foto 3: Número de escuelas por departamento. Carrasco, G. *Censo de la Provincia de Santa Fe de 1887*

Esas no obstante, se advierte que un 20 % de las escuelas existentes, tienen más de diez años de fundacion, contándose entre ellas la escuela elemental más antigua de la República, que es la que se sostiene en el Convento de San Carlos, en San Lorenzo, que ha dado instruccion à los niños de aquel pueblo desde el primer año de nuestra emancipacion politica, 1810.

El 7,8 % de las escuelas existentes han sido fundadas en 1870 ó antes, teniendo por lo tanto 16 ó más años de existencia.

Colocando en la columna I el número de escuelas fundadas en 1880 y despues, y en la II las fundadas antes de ese año, se obtiene en la columna III el progreso relativo de cada departamento, con el guarismo que indica el número de veces que ha de multiplicarse por el de la columna II, para obtener la cantidad de la columna I.

DISTRITOS CENSALES	I	II	III
I La Capital.....	16	7	2,3
II San Javier.....	4	4	1,0
III Las Colonias.....	27	8	3,4
IV San José.....	6	2	3,0
V San Gerónimo.....	15	3	5,0
VI Iriondo.....	9	—	—
VII San Lorenzo.....	19	7	2,7
VIII Rosario.....	29	17	1,7
IX General Lopez.....	9	1	9,0
X Chaco.....	7	—	—
Total.....	141	49	2,9

Otro paso de suma importancia fue el de crear una Universidad Provincial, fundada a partir de la Facultad de Derecho, originada en las Facultades Mayores establecidas en su origen por el Colegio Jesuita. La nueva institución fue costeadada por el tesoro público y se denominó Universidad de Santa Fe. Las facultades que la integrarían contaban con planes de cinco años de estudio, y se aspiraba a que cubrieran «todos los ramos de las ciencias que fueran posibles»

También al cerrarse el siglo XIX e iniciarse el XX se crearon varias escuelas normales y de comercio, las que vinieron a sumarse a varias privadas y nacionales ya instaladas. Entre las primeras merece destacarse la importante carrera de maestros rurales en Coronada. En este rubro es notorio el número de preceptores y docentes de origen italiano que aparecen designados. Sin duda entre los alumnos, si bien no existen estudios, debieron ser muchos los hijos y nietos de italianos que accedieron a estas escuelas y a la Universidad.

Al interés y modalidades planteadas para arraigar a los inmigrantes establecidos en las ciudades y pueblos, es necesario tener muy presente las normas que apuntaron a lograr una primera y segunda generación de argentinos, descendientes de inmigrantes, con el más alto perfil de educación.

El gobierno de los pueblos

La Constitución de 1872 ya le había concedido el voto a los extranjeros en la elección de autoridades municipales, como también la posibilidad de ser elegidos. Esta oportunidad fue aprovechada por los colonos dando lugar a elecciones muy competitivas, tanto que en algunos sitios dieron lugar a conflictos. Un caso que interesa para el presente es la denuncia de los italianos en unas elecciones de Jesús María, donde acusaron a los suizos de haber utilizado el fraude para ganar. En cambio los criollos eran renuentes a concurrir a la elección municipal, en especial en los antiguos poblados del borde costero, donde continuaba predominando la ganadería.

En esta década la crisis económica del estado argentino, consecuencia de los gastos que produjo la guerra del Paraguay y el cierre de los mercados de ovinos, tuvo sus repercusiones en la provincia y generó algunos conflictos entre gobierno y colonos.

En la revuelta armada que promovió el oroñismo, a cuyo frente iba Patricio Cullen quien tenía el objetivo de tomar el gobierno provincial, levantó su tropa en los poblados y colonias de la costa —Helvecia, Santa Rosa, San Javier, Francesa, entre otras—, y consiguió el apoyo de inmigrantes. Sin embargo a criterio de Gallo (2012) careció de interés tal participación por cuanto era una agresión política propia de la provincia y de la época.

Una reacción violenta se suscitó en San Carlos con el crimen de la familia Lefebvre en manos de delincuentes comunes. Este grave problema de los robos violentos por parte de delincuentes criollos, se manifestó en repetidas oportunidades y lugares. Tenía que ver con el dinero en efectivo que guardaban los colonos

en su casa (Cecchini, 1996:7). Sin embargo sólo en el caso de los Lefebvre hubo una reacción armada de gran violencia, que fue llevada a cabo por un grupo de italianos y resultó en un linchamiento (Gallo, 2012:286).

Una ley de 1883 creó en aquellas poblaciones que se iban formando en las colonias, las comisiones de progreso local, a las cuales se les asignó como función primordial la de cuidar los caminos. Los cinco miembros que la integraban eran designados por el poder ejecutivo, elegidos entre los vecinos. La comisión contaba con un fondo para posibilitar la tarea fundamental y ese fondo se obtenía de la patente de \$ 5 que se cobraba a los rodados. También se le dio la posibilidad de ejercer algún control sobre la escuela del pueblo.

En la reforma llevada a cabo en diciembre de 1884, se bajó a 2000 habitantes el número requerido para tener municipalidad y se les incrementaron a éstas las funciones que debían desarrollar.

La ley orgánica de municipalidades de diciembre de 1884 le daba calidad de electores a los extranjeros, requería que tuvieran 17 años, pagaran impuestos fiscales o municipales y estuvieran inscriptos en el Registro Municipal, restringiéndola para argentinos y extranjeros por las razones extremas de deudas del estado, quebrado fraudulento, demencia, condena o proceso judicial. En cuanto a los elegibles, eran todos los vecinos mayores de 22 años que supieran leer y escribir, con un año de residencia en el municipio, además de requerirle las mismas condiciones del artículo anterior.

En 1885 se les ampliaron las funciones a las comisiones de progreso local. A finales de ese año, se legisó nuevamente sobre los municipios, requiriendo para crearlos más de 5000 habitantes.

En noviembre de 1889, el gobernador Gálvez, mandó el mensaje con el proyecto de ley para una nueva reforma constitucional. La ley de reforma se aprobó el 6 de diciembre de 1889.

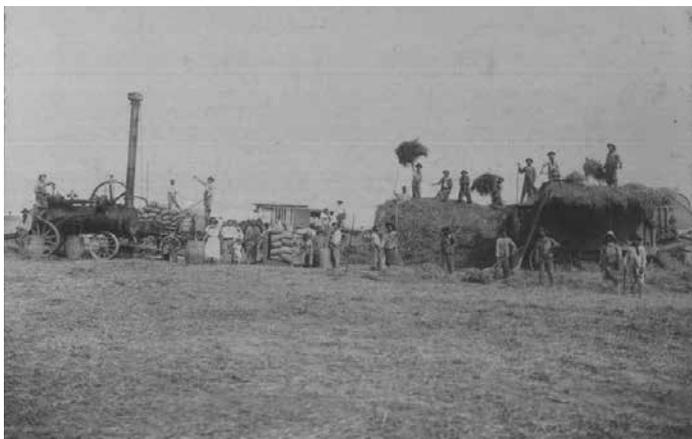
En ella se analizaba que la normativa de 1872, no había resultado, y debía buscarse mayor eficacia. Ponía la mirada en los gobiernos de los pueblos interiores que crecían y requerían organización; manifestaba especial preocupación por la acefalía, en los municipios, atribuida a la indiferencia de las comunidades. Sin embargo, otra opinión se inclinaba por atribuir el desinterés de los habitantes locales respecto de su propio gobierno, al manejo político que hacían los partidos durante las elecciones.

Finalmente en la Constitución sancionada en febrero de 1890 se eliminó la condición de que los intendentes fueran elegidos por el pueblo, pero también, de que los extranjeros pudieran elegir. Si bien se mantuvo la de poder ser elegidos para integrar los concejos.

Durante el año 1890 ya era perceptible en el movimiento financiero de la provincia la retracción del crédito. En el mes de julio, al producirse en Buenos Aires la revolución del Parque, un decreto declaró a la Guardia Nacional en estado de asamblea, luego se la movilizó ante el estado de sitio impuesto por el gobierno

nacional. La crisis llevó al gobierno provincial a crear un impuesto a las transacciones con trigo y lino. Éste fue el detonante de los conflictos en los años posteriores, en especial, el rechazo de los colonos al gobierno.

Foto 4: Campesinos en el momento de la cosecha



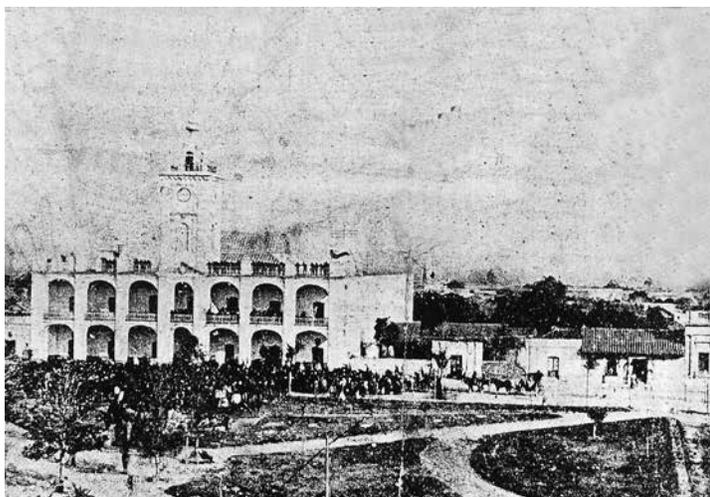
Fuente: Banco fotográfico «Florián Paucke»

La provincia tenía una enorme deuda interna y externa, originada en los empréstitos y concesiones ferroviarias que la provincia adquirió para desarrollar su infraestructura y el Banco Provincial.

La revolución de 1893

En 1893 la incipiente Unión Cívica Radical, formada en Santa Fe con apoyo importante de colonos, produjo un movimiento que estalló en las ciudades de Santa Fe y Rosario. En la primera de ellas, ocurrida en el mes de julio, lograron derrocar al gobierno constituido, que ejercía Juan M. Cafferata, e instalaron una Junta Revolucionaria que perduró durante 23 días.

Foto 5: Revolucionarios de 1893 en el cabildo de la ciudad de Santa Fe



Fuente: Banco fotográfico «Florián Paucke»

Los integrantes de la junta fueron: Mariano Candiotti, Manuel Rodríguez Galisteo, Carlos Gómez, Lisandro de la Torre y Manuel Cervera.

Interesa, a los efectos del presente trabajo, repasar las cuestiones que los revolucionarios consideraban cruciales para revertir. Las que fueron puestas de manifiesto en los decretos y resoluciones que dictaron durante el corto período gubernamental. En primer lugar produjeron el recambio humano en los cargos del Estado. Designaron hombres de sus filas en áreas estratégicas: policía, Banco Provincial, jefaturas políticas departamentales, intendencias, juzgados de paz, jefaturas militares y todas las comisiones e inspecciones de armas, además de las estructuras de los ministerios de Gobierno, Hacienda y Obras Públicas y Agricultura, Justicia e Instrucción Pública, que quedaron en manos de hombres de la Junta Revolucionaria. Ocuparon también las áreas técnicas de Hacienda, Topografía, Obras Públicas, etc.

Con este profundo recambio de responsables, cercano a los 500 cargos en la estructura política, administrativa, policial y de seguridad, quedó expresada la convicción que los guiaba con respecto del compromiso de quienes se venían desempeñando en esos lugares y con el partido gobernante.

Al mismo tiempo, estos movimientos dan clara idea de la magnitud del número de adherentes con los que contaba el movimiento revolucionario e inclusive, el grado de organización previa que tuvieron. Muchas de las personas designadas manifestarían en los años posteriores un alto perfil profesional, lo cual sugiere que el cuestionamiento al sistema tuvo motivaciones valederas.

La revolución contó con un importante apoyo en las colonias, originado por la crisis económica en el interior provincial. Una rápida revisión de las normas dictadas durante los días de la revolución permite detectar alrededor de 50 nombres de origen italiano que se agregan en el Anexo 1, con lo cual es posible hablar de un 10 % de adherentes radicales italianos con los cuales contó la Unión Cívica Radical para cubrir cargos en la provincia de Santa Fe.

Si a estos le sumamos los hombres que se plegaron a la rebelión armada y los que posteriormente fueron miembros de los comités organizados en cada localidad, se constata la adhesión que recibió este partido político durante la inmigración italiana. (Anexos I y II)

Dos ejemplos interesantes los refiere Pauli:

En Sunchales se le inició un sumario al Juez de Paz, Dn. Ramón Casabela que detuvo al sacerdote Cayetano Montemurri, italiano de 58 años, calificado como «radical ultra». En su descargo el religioso manifiesta que nunca exhortó a los colonos a la violencia como se lo acusaba.

También fue suprimido el periódico *La Unión Provincial* de Rafaela. Era dirigido por Alberto Fava, italiano naturalizado argentino de 36 años. Había publicado un artículo titulado «El asesinato de Magdalena Cerutti», que era una acusación directa a funcionarios del gobierno en connivencia con las fuerzas nacionales. Lo significativo es que este artículo, según el propio periodista lo tomó de información aparecida en periódicos publicados en Buenos Aires, como *La Patria degli Italiani* y *L'Operaio Italiano*, en los que se formulaban acusaciones a civiles y policías de Rafaela. Estos y otros hechos similares motivaron el reclamo de los súbditos al Vicecónsul de Italia. (Pauli, 2012:3)

Un caso que ejemplifica es el de Lorenzo Cecchini, natural de Carrodano (Liguria) que llegó a Buenos Aires alrededor de 1880, allí se casó con una alemana Elizabeth Guntz, con la cual formó una prolífica familia. Adhirió a una logia masónica de orientación garibaldina. Formó parte de la Primera Comisión de Fomento de Sunchales y luchó en la revolución de 1893 bajo la conducción de Ignacio Iturraspe.

Foto 6: Familia de Lorenzo Cecchini en Sunchales



Este caso fue común en las filas radicales y algo similar ocurrió en la conformación de la Liga del Sur, si bien no resulta fácil comprobarlo.

En 1899 se convocó a una nueva reforma constitucional. Entre los rubros a reformar el más importante estaba relacionado con el sistema electoral, que se tradujo en un aumento a 15 000 del porcentaje de habitantes que representaría un diputado; le devolvió a los extranjeros el derecho a votar en las elecciones municipales e instaló el voto secreto y la representación por circunscripciones.

Educación y política se vinculan con la hora cuando la Unión Cívica Radical acepta participar en elecciones. La continuidad del compromiso político de la 1º y 2º generación de argentinos descendientes de inmigrantes tuvo un vínculo importante con la Unión Cívica Radical. Al respecto existe un trabajo que explica el importante número de descendientes de extranjeros que participaron con responsabilidades de primer nivel en los gobiernos radicales que se sucedieron entre 1920 y 1930, si bien no se trató exclusivamente de italianos (del Barco et ál., 2002).

Sin embargo, si se amplía la observación y se consideran las nóminas de legisladores provinciales y de autoridades municipales o comunales se puede constatar el importante número de hombres públicos de ascendencia italiana que figuran en tales cargos, así como con similares resultados en la cultura, el comercio y la industria en el territorio provincial.

El compromiso social: el mutualismo

Antecedentes en la historia

Ya en la antigua Grecia se conocieron formas asociativas que tenían como característica la formación de un fondo común que se constituía mediante el aporte de los miembros y con el que socorrían a aquellos que fueran víctimas de una adversidad cualquiera. Plinio *el Joven* señala la existencia en Asia de sociedades de este género. En Roma, los artesanos estaban agrupados en corporaciones que ofrecían asistencia, seguridad y protección también por medio de un fondo alimentado con subvenciones del Estado, beneficios procedentes de ciertos trabajos y herencias de los socios muertos sin testamento.

Más tarde en época de Carlomagno aparecen las *ghildas*. Al principio en Escandinavia, después en lo que hoy es Bélgica y siglos más tarde en los países germánicos. Tenían entre sus caracteres el de ser asociaciones de asistencia cuyos miembros prometían bajo juramento auxiliarse entre sí, frente a todo tipo de peligro o accidente, a lo largo de la vida. Estas sociedades tenían un tesoro común, formado por aportaciones anuales de los asociados y destinado a su socorro cuando estuviesen necesitados.

Con similares características existieron las *sociedades inglesas de amigos*, las que eran ya numerosas antes de la conquista normanda, formadas por los señores pobres para prestarse mutuamente ayuda y asistencia en casos de multas, robos, incendios y enfermedades.

Las corporaciones gremiales unieron a su carácter profesional el de asociaciones de socorros, a todas ellas iba unida una cofradía que, al mismo tiempo que realizaba ciertas prácticas religiosas, practicaba la caridad y constituía una verdadera sociedad de seguros y de socorros mutuos, sobre todo en los casos de enfermedad, llegando hasta el pago de los gastos funerarios.

En Italia, sin embargo, las sociedades de socorros mutuos comenzaron a desarrollarse en la segunda mitad del siglo XIX por iniciativa de las clases superiores. Hasta 1886 no se les reconocía otro carácter que el de asociaciones sin personalidad jurídica. El 15 de abril de 1886 se dictó sobre ellas una ley especial que las dividió en reconocidas y no reconocidas o libres. Los estatutos debían constar por acta notarial pero el Estado no ejercía otra inspección que la resultante de requerir anualmente a las sociedades copia del balance.

La evolución se cerró con las llamadas sociedades de Socorros Mutuos, conocidas también como mutualidades obreras. Las que aun cuando no siempre estén integradas exclusivamente por obreros y puedan sumarse otras clases sociales, tienen por objeto remediar, mediante un fondo común formado con aportaciones de los interesados mediante el ahorro, los males o daños que pudieran provenir de eventualidades a que están sometidos quienes ejercen un oficio o industria semejante (*Enciclopedia Espasa Calpe*).

Como puede evaluarse, la vocación asociativa de las sociedades de grupos de diversa índole dentro de ellas, reconoce una larga historia y llega a la provincia de Santa Fe por efecto de los inmigrantes, en especial los italianos.

Las sociedades italianas

La sociedad civil santafesina fue renovada con la instalación en sus ciudades y Colonias, de contingentes extranjeros que generaron nuevas formas de organización en las cuales se distinguen las sociedades de socorros mutuos. (Anexo III)

Las sociedades de origen italiano establecidas en la provincia de Santa Fe entre 1861 y 1900, constituyeron un total comprobado de 37 instituciones distribuidas en todo el territorio.

La comunidad italiana manifestó un especial interés por crear lazos fuertes de unión y apoyo dentro de sus connacionales, destacándose en la provincia como el grupo inmigrante que más instituciones fundó.

Estas organizaciones resultarán altamente beneficiosas como experiencia dentro de la comunidad argentina en la difusión del Socorro Mutuo, el ahorro compartido, la atención hospitalaria y ciertas formas de cooperativismo. Todas ellas poseían objetivos y disposiciones estatutarias comunes. Los objetivos perseguidos fueron: la unión y la fraternidad de la comunidad italiana, el socorro mutuo y el apoyo material y moral de sus asociados. El lema que las caracterizó fue el de «Hacer a todo individuo el bien que desearíamos se nos hiciese a nosotros mismos». Todas ellas coincidieron en señalar expresamente que no tenían fines políticos y que basaban su organización en el sistema democrático.

Los asociados debían ser italianos o hijos de italianos reconociéndoseles iguales derechos a los que tuvieran la ciudadanía italiana o a quienes fueron originarios de cualquier zona del territorio histórico y geográfico de Italia, como por ejemplo el Cantón Ticino. En todos los casos el sostenimiento económico se apoyaba básicamente en las cuotas societarias de ingreso y la mensual que era obligatoria, y también se aceptaban donaciones.

El símbolo de casi todas estas sociedades era la bandera italiana a la cual, en algunos casos, se le incorporaban escudos o lemas especiales.

Otro elemento semejante en los estatutos era la instancia de edades límite para asociarse, las que oscilan entre 14 y 16 años como mínimo, y 45 a 60 años como máximo.

Instituciones hospitalarias

Las instituciones de carácter hospitalario fueron dos: el Hospital Italiano Garibaldi de Rosario que poseía una Sociedad de Beneficencia propia y el Hospital Italiano de Santa Fe y Colonias, ambos de vasta trayectoria y antecedentes ampliamente reconocidos en la historia sanitaria provincial, por la tarea desempeñada (Cecchini, 1989 y 1999).

El *Ospedale Italiano di Santa Fe e Colonie* se fundó en 1889 y se inauguró en 1892. Además de la labor específica de brindar atención médica a los asociados de la ciudad y región aledaña, tendió en sus orígenes a convertirse en un centro de estudio e investigación. Contó con más de 37 000 socios quienes aportaban una módica cuota mensual y llegó a ofrecer todos los servicios en las especialidades médicas, sumando también a sus actividades una comisión de damas que fundó su patronato, la que colaboraba para allegar fondos al hospital (Cecchini, 2004).

Sociedades extranjeras en general

Las asociaciones de origen extranjero que fueron fundadas a partir de 1857, fecha de creación de la *Unión y Benevolencia* de Rosario, primera en crearse, y hasta 1900, alcanzaron la cifra de 154 organizaciones y tuvieron finalidades diversas: mutuales, educativas, recreativo-culturales y/o de beneficencia. Entre ellas las italianas constituían el 50,56 % y predominaron las de socorro mutuo: 61,9 %. Lo que a veces aparecía combinado con uno u otro fin: educativo, de beneficencia, recreativo-cultural. En las décadas del '60 y del '70 fueron creándose progresivamente, dándose los números más importantes en los '80 y '90.

Foto 7 y 8: Lugares de instrucción y recreo en los departamentos de la provincia de Santa Fe. Carrasco, G: *Censo de la Provincia de Santa Fe de 1887*

- 147 -

LXXII.—INSTRUCCION Y RECREO
BIBLIOTECAS, TEATROS, CIRCOS Y BARRAS DE MÚSICA

DISTRITOS	Teatro	Cine	Biblioteca pública	Circos	Barras de música	total
I.—Departamento La Capital						
1 Santa Fe	1	1	2	2	6500	10
3 Rosales	—	—	—	—	—	—
7 Monte de Vera	—	—	—	—	—	—
II.—Departamento San Javier						
9 Florencia	—	—	1	1	400	—
10 San Tomás	—	—	—	—	—	—
11 Ocampo	—	—	—	—	300	—
III.—Departamento Las Colonias						
18 Esperanza	—	—	—	—	—	—
22 Providencia	—	—	—	—	—	—
25 Pilar	—	—	—	—	—	—
41 San Carlos	—	—	—	—	—	—
47 San Claudio	—	—	—	—	—	—
48 Sauro	—	—	—	—	—	—
V.—Departamento San Gerónimo						
33 Corneles	—	—	1	1	450	—
35 Osorio	—	—	—	—	—	—
VI.—Departamento Iriondo						
65 Cañada de Gomez	—	—	1	1	—	—
VII.—Departamento San Lorenzo						
74 San Lorenzo	—	—	1	1	6000	—
84 San José de la Espina	—	—	—	—	—	—
VIII.—Departamento Rosario						
85 Rosario	2	1	4	1	9000	—
IX.—Departamento General López						
96 Villa Constitución	—	—	—	—	—	—
Total	1	2	13	11	11250	—

- 147 -

LXXII.—INSTRUCCION Y RECREO
BIBLIOTECAS, TEATROS, CIRCOS Y BARRAS DE MÚSICA

DISTRITOS	Teatro	Cine	Biblioteca pública	Circos	Barras de música	total
I.—Departamento La Capital						
1 Santa Fe	1	1	2	2	6500	10
3 Rosales	—	—	—	—	—	—
7 Monte de Vera	—	—	—	—	—	—
II.—Departamento San Javier						
9 Florencia	—	—	1	1	400	—
10 San Tomás	—	—	—	—	—	—
11 Ocampo	—	—	—	—	300	—
III.—Departamento Las Colonias						
18 Esperanza	—	—	—	—	—	—
22 Providencia	—	—	—	—	—	—
25 Pilar	—	—	—	—	—	—
41 San Carlos	—	—	—	—	—	—
47 San Claudio	—	—	—	—	—	—
48 Sauro	—	—	—	—	—	—
V.—Departamento San Gerónimo						
33 Corneles	—	—	1	1	450	—
35 Osorio	—	—	—	—	—	—
VI.—Departamento Iriondo						
65 Cañada de Gomez	—	—	1	1	—	—
VII.—Departamento San Lorenzo						
74 San Lorenzo	—	—	1	1	6000	—
84 San José de la Espina	—	—	—	—	—	—
VIII.—Departamento Rosario						
85 Rosario	2	1	4	1	9000	—
IX.—Departamento General López						
96 Villa Constitución	—	—	—	—	—	—
Total	1	2	13	11	11250	—

Es posible interpretar que durante los primeros veinte años, el proceso colonizador fue afianzándose y las primeras asociaciones sirvieron como elemento experimental y cuando más tarde alcanzaron los mayores números y la difusión en todo el territorio ocupado de la provincia, eran ya un modo probado de utilidad para los grupos étnicos de la sociedad (Micheletti, s/f).

El aporte cultural

Las sociedades italianas y en general la colectividad, realizaron un aporte cultural muy específico en materia musical y teatral: la ópera. Los edificios que se construyeron a partir de las asociaciones en los pueblos santafesinos, se convirtieron en las salas de espectáculo principales de cada uno de ellos e incluso adquirieron con el tiempo un carácter monumental por sus peculiaridades estilísticas y constructivas. Muchos de los numerosos todavía existentes se han convertido en monumentos históricos provinciales.

Foto 9: Sede de la Sociedad de Socorros Mutuos de San Cristóbal



Fuente: Banco fotográfico «Florián Paucke»

En la evaluación censal de 1887 se evidencian en un cuadro sobre «recreación» las instituciones que se habían desarrollado para esta fecha en el rubro cultural. Proceso que no se detuvo sino que por el contrario tuvo incrementos notables durante el siglo xx.

La ópera, que en Italia se vivía aún como una forma musical popular, fue trasladada a la sociedad santafesina como un disfrute de los sectores de mayores recursos. Y para servir de ámbito se construyen los grandes teatros municipales como el de la ciudad capital, y privados como «El Círculo» de Rosario.

Una de las producciones simbólicas más importantes de la Sociedad Italiana fue sin dudas su sede social, su edificio. Los socios persiguieron el sueño de habitar un edificio propio. Luego de su apertura los proyectos comenzaron a verse con más claridad. La casa como punto de encuentro de los compatriotas en Santiago del Estero, era a la vez que el sitio donde se rendía a la patria lejana fervoroso culto, el local donde reunidos se cimentaban los lazos de la unión que debía ligar a los hijos de Italia, esfuerzo común de la colectividad italiana. Allí se instalaron canchas de bochas —deporte común en Italia— salas de juego y baile. (Tenti, 2010: [4])

Actualmente estos edificios, donde los creadores pusieron en juego las imágenes trasladadas en la memoria, de aquellos pórticos con escalinatas señoriales y columnas de estilo griego o romano, y para concretarlo procuraron la importación de materiales específicos, tales como mármoles de Carrara, travertino u otros, reflejan todavía hoy la intención de vestirlos con la mayor belleza y solemnidad posible, de acuerdo con el presupuesto de la institución que lo realizaba.

Conclusiones

La reducida sociedad santafesina de mediados del siglo XIX dio cabida y oportunidad de radicación en su territorio a un numeroso contingente inmigratorio, cuyo ingreso fue progresivo y el asentamiento definitivo.

Durante los primeros 50 años ambos grupos interactuaron, y en el comercio, escuelas y movimientos políticos desplegaron una singular disposición para integrarse.

Hubo dificultades, sin duda, pero eran previsibles. Las que se señalaron no fueron fruto del choque cultural, por el contrario, sino las habituales que pueden gestarse al interior de una sociedad culturalmente consolidada pero sometida a una profunda transformación económica y financiera.

La sociedad criolla, reducida en número, estratificada, pero sin fuertes diferencias entre los estratos, fue capaz de absorber los grupos humanos que llegaban, con lenguas, religión y costumbres diferentes.

El enorme espacio geográfico incidió como factor favorable ya que las áreas de contacto se dieron en ciertos lugares de aprovisionamiento, en los límites entre las estancias ganaderas y colonias agrícolas y por la acción de ciertos elementos de perfil delictivo.

Hoy se denomina inteligencia emocional a ese sentido práctico de vinculación humana que hace prevalecer el respeto, la condición humana, por encima de temores y dificultades.

El proceso fue continuo y permanente si se considera que hasta los años '50 del siglo XX seguían llegando inmigrantes.

El Estado apuntaló mediante la transformación legislativa, miró atento hacia todos los lugares y problemas de una provincia que cambiaba con dos velocidades,

el sur que acompañaba a Rosario, desbordado por inmigrantes y negocios; el centro que los incorporaba en colonias reales, efectivas, aquéllas en las cuales el colono recibía en propiedad la tierra, mientras desplazaba con sus sembrados, la frontera provincial hacia el norte y el oeste, y la ciudad de Santa Fe que, a su larga existencia y tradición, le iba sumando, con menor efervescencia, los efectos del cambio.

Los cambios que se dieron a partir del factor «colonia», con nuevos pobladores, resultaron exitosas. Tanto como pudo serlo la producción agrícola, básicamente de cereales, sometida a las contingencias de clima, langosta, demanda en los mercados, etc. Ese éxito fue asegurado por las obras realizadas en caminos, ferrocarriles y puertos, que construyó el Estado.

La misma dirigencia local que promovió el proceso transformador, 60 años más tarde, perdió el dominio de la política provincial para pasarlo a manos de los argentinos, primera o segunda generación procedente de aquellos colonos o artesanos que progresaron y alentaron a los hijos a estudiar y completar de ese modo el ciclo de progreso ambicionado.

La educación, la política, la cultura, la ayuda mutua fueron caminos válidos y aprovechados para instalar a la italianidad en la Pampa Gringa.

Nota

* Profesora y Licenciada en Historia. Magíster en Administración Pública. Fue Directora General del Archivo General de la Provincia 1998-2006 y 2008; Subsecretaria de Cultura de la Provincia 2006-2007. Tiene numerosos trabajos publi-

cados. Es Miembro de Número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de la Provincia de Santa Fe y del Centro de Estudios Hispanoamericanos.

Bibliografía

- Cecchini de Dallo, A. M. (2013).** *El Poder Legislativo en la Provincia de Santa Fe. 1815–1912*. Cámara de Diputados de la Provincia, Santa Fe.
- (2004). «De médicos y medicina». En *Los que hicieron Santa Fe. El Litoral* 16, Santa Fe.
- (1999). «Las sociedades filantrópicas de origen italiano en la Provincia de Santa Fe (1861–1900). Los italianos y el mutualismo». En *Istituto delle ricerche*. Anno 2. N 8. 11–13.
- (1996). *La sociedad santafesina en la segunda mitad del siglo XIX: la violencia entre los grupos pobladores*. Noveno Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina. Rosario. 26–28 de septiembre. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- (1993). «Urbanización y arraigo de la población en el sistema de colonización de Santa Fe (Segunda mitad del siglo XIX)». En *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*. N° LIX, Santa Fe.
- (1992). *Los grupos políticos en Santa Fe*. Ediciones Culturales Santafesinas, Santa Fe.
- Damianovich, A. (1991).** «Juan José de Lacoizqueta. Gestor del privilegio santafesino de Puerto Preciso». En *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe* 10, Santa Fe.
- Del Barco, J.; Calvo, L. M.; Cecchini de Dallo, A. M.; Montenegro de Arévalo, L.; Pistone de Hernández, C.; Valdés de Cristina, M. M. (2000).** «Extracción social del grupo dirigente santafesino en la década de 1920». En *Boletín del Archivo General de la Provincia de Santa Fe* 28. pp. 67–68, Santa Fe.
- Gallo, Ezequiel (2012).** *La pampa gringa*. Edhasa, Argentina.
- Di Biasio, Pascualina (1989).** «Notas para la Guía de Archivo de la Arquidiócesis de Santa Fe». En *Revista del Arzobispado de Santa Fe*. Año LXXXVIII, jul–dic. pp. 32–46.
- Di Stefano, Roberto y otros (2002).** «De las Cofradías a las Organizaciones de la Sociedad Civil». En *Historia de la iniciativa asociativa en Argentina. 1776–1990*. Edilab. Buenos Aires. www.gadis.org.ar/documentos/HistdelasAsociaciones.pdf
- Micheletti, María Gabriela. s/f.** *El mundo de las asociaciones en Santa Fe: las sociedades étnicas frente a la «cuestión nacional» (1857–1900)*. Inédito. www.ffyh.unc.edu.ar/archivos/modernidades_a/11/Mod2Contenidos
- Pauli, Carlos (2012).** *Las revoluciones radicales de 1893. Su repercusión en la política provincial. Santa Fe en la gestación y desarrollo de la Argentina. El Litoral* N° 37, Santa Fe.
- Stoffel, Leticia (2003).** Conferencia dictada el 24 de abril de 2003 en Esperanza, provincia de Santa Fe, República Argentina. 2003. <http://www.zingerling.com.ar/obras/otrosautores/masoneria.htm>
- Tenti, María Mercedes (2010).** *Origen del asociacionismo italiano en Santiago del Estero. Historia Crítica*. <http://historiacriticamnt.blogspot.com.ar/2011/10/origenes-del-asociacionismo-italiano-en.html>

ANEXO I. Italianos en cargos públicos durante la Revolución de julio de 1893.
Gobierno de los 21 días

NOMBRE¹	CARGO	LUGAR	PÁG.
Sívori, Belisario	Jefe de Policía	Rosario	(24)
Piombo, Manuel	Jefe Policía	San Cristóbal	(28)
Caraboca, Pedro	Comisario	Reconquista	(35)
Rigoli, Mariano	Revisor	Esperanza	(42)
Bosco, Juan	Comisario	Belgrano	(49)
Bogra, Raimundo	Policía	Coronda	(68)
Calismonte, Hermenegildo	Comisario pesquisa		(82)
Gastaldi, Bernardo	Contador		(98)
Paseggi, José	Rentas		(100)
Grillo, Lisandro	Receptoría		(100)
Qüesta, Antonio	Receptoría	San Martín	(103)
Cardetti, Pedro	Receptoría	Castellanos	(104)
Bruno, Luis	Contador		(108)
Deimuerdo, Santiago	Contador		(109)
Pessan, Víctor	Patentes	Rosario	(110)
Perozzo, Esteban	Tesorería		(114)
Novara, Teodoro	Almacenes		(116)
Premoli, Luis	Receptoría	Las Colonias	(119)
Guastavino, Pedro	Portero		(122)
Lasa, Aristóbulo	Receptor	San Lorenzo	(129)
Speratti, Fernando Iriondo	Receptoría		(120)
Qüesta, Esteban	Jefe Político	Belgrano	(151)
Qüesta, José	Jefe Político	San Martín	(14)
Molfino, Manuel	Sec. Departamento	San Martín	(14)
Forbes, Rafael	Subdelegado político	Gálvez	(13)
Bacigalupo, José	Jefe Político	San Lorenzo	(13)
Grippa, Enrique	Avalador	Caseros	(132)
Richieri, Juan	Receptoría	San Lorenzo	(138)
Nis, Juan	Receptoría	San Lorenzo	(138)
Calpiu, Antonio	Contaduría General		(143)
Picazo, Sebastián	Receptoría	Las Colonias	(146)

Maggi, Gabriel	Registro de la Propiedad		(148)
Nusbarrio, Juan	Juez	Colonia Pujato	(156)
Cozzetti, Rafael	Juez de Paz	San Agustín	(167)
Cutura, Juan	Juez de Paz	Serodino	(167)
Tiscornia, Pedro	Juez de Paz	María Luisa	(175)
Argiruffo, Manuel	Juez de Paz	María Juana	(177)
Monti, José	Juez de Paz	Estación Pujato	(180)
Ubina, Andrés	Juez de Paz	Arequito	(184)
Pera, Juan	Auxiliar mayor		(191)
Lombella, José	Juez de Paz	Reconquista	(193)
Schiaffino, Antonio	Juez de Paz		(193)
Bassuetto, Antonio	Juez de Paz	Colonia Gálvez	(195)
Beroco, Bernardo	Juez de Paz	Colonia Santa Teresa	(196)
Dardotti, Luis	Juez de Paz	Ataliva	(197)
Lombella, José	Juez de Paz	Sunchales	(201)
Neri, Pedro	Facultad		(202)
Varesly, Nicolás	Portero		(209)
Fierro, José	Fiscal		(210)
Bosque, Bartolomé	Juez de Paz	Coronda	(226)
Conesa, Isidoro	Juez de Paz	Helvecia	(229)
Paganini, Lisandro	Sec. Ap.		(230)
Sanguinetti, Ángel	Justicia		(231)
Penalti, Manuel	Justicia		(231)
Cetrara, Antonio	Juez de Paz	Matilde	(232)

Fuente: Registro Oficial. Provincia de Santa Fe. 1893. Tomo XXI. Santa Fe 1898

¹ Hubo apellidos cuyo origen no pudo determinarse.

ANEXO II. Autoridades legislativas e institucionales

Cuadro I

Presidentes y presidentes pro tempore. Senado (1912–1963)

Costanti

Recagno R.

Qüesta, M.

Cabutti, J.

Bonsembiante, L.

Bedetti, R.

Malaponte E.

Cuadro II

Presidentes Cámara de Diputados 1912–1963

Stagno F.

Arzeno, J.

Beleno, J.

Barreto, B.

Francioni, M.

Chiozza, J.

Anello, A.

Casalegno, A.

Sgrosso, L.

Ninci, G.

Gianello, L.

Marini, A.

Canullo, A.

Racca, E.

Pietropaolo, G.

Franchi, A.

Marchetti, A.

Fuente: Schiariti, Alberto; Fuse, Benito (1967). «Autoridades Legislativas». En *Historia de las Instituciones de la Provincia de Santa Fe*. Tomo I. pp. 195–204

Cuadro III

Club Comercial 1908

Presidencia Cámara de Cereales

Nicolás Botta

Mesa Directiva 1912

Manuel Pinasco

Valentín Parodi

Acta de inauguración de la Bolsa en 1912

Nicolás Botta

Antonio Dall'Armelina

Antonio Carusso

Enrique Benenatti

Sebastián Dalla Fontana

Carlos Lupotti

Elías Busquetti

E. Caffaratti

A. Lanfranchis

A. Argenti

Juan Risso

Mateo Chiama

J. Hulla [sic]

E. Cingolani

A. Tiscornia

A. Baragiola

E. Bianchi

E. Macagno

Demaría

Richeri

Fontanarosa

E. Guindetti

R. Guindetti

F. Ferraris

D. Tettamanti

J. Beltrame

Bonazzola

Guastavino

Parodi

Presidentes de la Bolsa 1919–1965

Ángel Cassanello

Francisco Bobbio

Carlo Sarsotti

Guillermo Cotta

Aquiles Allevi

Jose Mai

Daniel Salvatelli

Fuente: Vittori, Gustavo. «Los 120 años de la Bolsa de Comercio». En *Los que hicieron Santa Fe* 13. *El Litoral* [2004/5] pp. 158–9

Cuadro IV**Colegio de Médicos 1950**

Primer Presidente	Octavio Russo
Asamblea Constitutiva de la Sociedad Médica 1922	Luis Barletta
	Nicolás Beltramino
	Nicolás Bello
	Abel Furno
	Ricardo Garolini
	Vicente Molinari
	Pío Pandolfo
	Carlos Pensatti
	Juan Revecchi
	Luis Reggiardo
	Amadeo Repetto
Miguel Truco	

Colegio Odontólogos 1950

Lionel Chiaravini

Luis Mastandrea

Fuente: Cecchini de Dallo, Ana M. «De Médicos y medicina» (2da Parte). En *Los que hicieron Santa Fe* 16. *El Litoral*. [2004–5] p. 196

Cuadro V

Presidentes Colegio de Abogados 1922–1965

Juan Depetris

Elmiro Seghizzi

Aldo Santucci

José Gervasoni

Héctor Gaggiamo

Fuente: Damianovich, Alejandro. «Abogados, Foro y Administración de Justicia». En *Los que hicieron Santa Fe*, N° 12. *El Litoral*. [2004/5] p. 143

Cuadro VI

Primer Consejo Directivo del Centro Comercial 1933

José Carini

Juan Carlos Occhi

Domingo Quaranta

Manuel Travadello

Francisco Cecchini

Juan Gasparotti

Dionisio Cazorro

Carlos Nigro

Fuente: Chemes, José María. «Comercio y comerciantes (1900–2000)». (2da Parte). En *Los que hicieron Santa Fe*, N° 30. *El Litoral*. [2004/5]. p. 366

Cuadro VII

En la prensa (Siglos XIX–XX)

La Unión Provincial de Rafaela	(Rafaela) Alberto Fava
Nueva Época	Antonio De María Orestes Neri
El Litoral	Salvador Caputto Pedro Vittori
El Imparcial	Carlos Doce (Los tres últimos diarios de la ciudad de Santa Fe).

Fuente: Montenegro de Arévalo, Liliana. «El siglo xx: la prensa y sus gestores». En *Los que hicieron Santa Fe*, N° 30. *El Litoral*. 2004/5

ANEXO III. Sociedades filantrópicas de origen italiano en la provincia de Santa Fe (1861–1900)

Nº Orden	Nombre de la institución	Lugar	Fecha de fundación	Fecha de aprobación estatutos	Referencias
01	Unione e Benevolenza	Rosario	1861	02.04.1884	(1)
02	Unione e Benevolenza	Santa Fe	28.09.1873	10.04.1888 Reforma: 28.04.1898	(2) (3)
03	Unión y Fraternidad	San Jerónimo	19.03.1879	03.11.1898	(4)
04	Estrella de Roma	Santa Fe		16.09.1874	(5)
05	Circolo Italiano	Rosario	25.10.1882	14.06.1892	(6)
06	Unión y Benevolencia	Reconquista	01.10.1883	01.04.1897	(7)
07	Unión y Benevolencia	Coronda	01.06.1884	04.08.1886	(8)
08	Italiana Garibaldi	Rosario	06.07.1884	08.10.1886	(9)
09	Italiana «Pietro Micca»	Pilar	14.08.1885	15.02.1890	(10)
10	Unión y Benevolencia	Sta. Teresa	23.10.1887	27.05.1891	(11)
11	Italiana de Socorros Mutuos	San Carlos Centro	19.02.1888	30.06.1898	(12)
12	Unión y Benevolencia	Cañada de Gómez	17.06.1888	22.12.1885	(13) (14)
13	Unión y Benevolencia	Helvecia	26.08.1888	29.07.1896	(15)
14	Italiana de Soc. Mutuos de los Obreros y Agricultores	Gálvez	1888	28.09.1897	(16)
15	Italianas de Socorros Mutuos	Felicia	06.04.1890	18.12.1896	(17)
16	Unión y Benevolencia	Sastre	28.06.1891	05.11.1892	(18)
17	Italiana de Socorros Mutuos e Instrucción «Unione y Col. Italiana»	Cañada de Gómez	10.09.1891	s/aprobación	(19)
18	Italiana de Socorros Mutuos «Victor Manuel II»	Rafaela		16.10.1891	(20)
19	Protección Mutua «Estrella de Italia»	El Trébol y Paso	23.07.1892	s/aprobación	(21)
20	Unión y Benevolencia	Montes de Oca	01.10.1892	09.09.1896	(22)
21	Italiana de Socorros Mutuos «Alfredo Capellini»	Sunchales		26.10.1892	(23)

22	Italiana de Mutuo Soccorso «Goffredo Mameli»	Ceres		14.07.1894	(24)
23	Italiana «La Estrella del Chaco»	Las Toscas	01.01.1895	19.11.1898	(25)
24	Italiana «Estrella de Italia»	Rosario	11.03.1895	22.04.1898	(26)
25	Roma-Italia	Villa Constitución	13.10.1895	29.11.1899	(27)
26	Unión y Benevolencia	Clucellas		19.12.1895	(28)
27	Italiana «Patria e Lavoro»	Lehmann		26.11.1896	(29)
28	Italiana «Roma Nostra»	Santa Fe		04.11.1897	(30)
29	Italiana «Unión y Fomento de Socorros Mutuos»	Esperanza		03.09.1898	(31)
30	Italiana «20 de Setiembre»	San Cristóbal		18.05.1899	(32)

Sociedades con fines educativos

01	Italiana «Silvio Pellico»	San Carlos		18.03.1876	(33)
02	Escuela Italiana Vercelli	Col. Irigoyen		27.08.1891	(34)

Hospitales

01	Hospital Italiano «Garibaldi»	Rosario	30.03.1886	04.05.1887	(35)
02	Hospital Italiano de Santa Fe y Las Colonias	Santa Fe			(36)
				10.07.1881	(37)
03	Sociedad de Beneficencia Hospital Italiano «Garibaldi»	Rosario	20.03.1893¿2?		(38)
				07.04.1893	(39)

Sin determinar

01	Sociedad Italiana «José Mazzini»	Carlos Pellegrini			(40)
----	----------------------------------	-------------------	--	--	------

Fuente: Archivo General de la Provincia. Sección Archivo del Gobierno

Referencias

- | | | |
|--------------------------------|---------------------------------|--------------------------|
| (1) Tomo 76, expte. 6, f.108 | (12) Tomo 305, expte. 13 | (22) Tomo 250, expte. 16 |
| (2) Tomo 92, expte. 5, f.104 | (13) Tomo 79, expte. 105, f.683 | (23) Tomo 157, expte. 18 |
| (3) Tomo 303, expte. -7 | (14) Tomo 109, expte. -25 | (24) Tomo 192, expte. 13 |
| (4) Tomo 309, expte. 2 | (15) Tomo 250, expte. 7 | (25) Tomo 309, expte. 5 |
| (5) Tomo 60, expte. 11, f. 719 | (16) Tomo 278, expte. 6 | (26) Tomo 277, expte. 11 |
| (6) Tomo 156, expte. 9 | (17) Tomo 250, expte. 25 | (27) Tomo 331, expte. 10 |
| (7) Tomo 275, expte. 6 | (18) Tomo 157, expte. 23 | (28) Tomo 221, expte. 58 |
| (8) Tomo 82, expte. 77, f. 628 | (19) Tomo 250, expte. 2 | (29) Tomo 250, expte. 20 |
| (9) Tomo 82, expte. 8, f. 694 | (20) Tomo 141, expte. 21 | (30) Tomo 250, expte. 23 |
| (10) Tomo 127, expte. 52 | (21) Tomo 175, expte. 25 | |
| (11) Tomo 140, expte. 25 | | |

Una economía creada a nuevo: Santa Fe en la época de la gran inmigración italiana

Julio Djenderedjian*

La gente

Entre 1858 y 1914 la población santafesina se multiplicó por 22. Este impresionante incremento, a una tasa promedio del 5.65 % anual, se debió en buena parte al aporte extranjero, que, al menos hasta finales del siglo XIX, creció a tasas mayores que las del total poblacional.

Cuadro I: Población de la provincia de Santa Fe, 1858–1914

	1858	1869	1887	1895	1914
Argentinos	36 957	75 178	136 117	230 701	583 699
Extranjeros	4304	13 939	84 215	166 487	315 941
Total	41 261	89 117	220 332	397 188	899 640

Fuentes: Confederación Argentina. Provincia de Santa Fe, 1858; De la Fuente, 1872; Carrasco, 1887–1888; De la Fuente, Carrasco y Martínez, 1898; Argentina. Comisión Nacional del Tercer Censo Nacional, 1916–17

Así, no sorprende que el porcentaje de extranjeros sobre la población total de la provincia subiera desde el 10 % (1858) hasta el 42 % en 1895, cuando alcanzó su punto más alto (para 1914 se mantenía, de todos modos, en el 35 %). Esa evolución, como veremos, marca no sólo los picos de la afluencia de inmigrantes a Santa Fe, sino también el momento en que la provincia es completamente transformada por el aporte de los mismos, en especial los italianos.

En efecto, el papel de los italianos fue fundamental en esta evolución. De estar constituida por sólo 1156 personas en 1858, la comunidad creció exponencialmente hasta los primeros años del siglo XX, cuando formaban parte de ella más de 160 000 almas. En ese mismo período, el porcentaje de los italianos sobre el total de extranjeros pasó de un robusto 27 % en 1858 a un impresionante 68 % en 1887, tan sólo 29 años después. Si bien en los años sucesivos no lograría mantener esas cifras, de todos modos la comunidad italiana en Santa Fe siguió dando cuenta, al menos hasta 1914, de poco más de la mitad del total de los extranjeros allí domiciliados.

Cuadro II: Población extranjera (y dentro de ella italiana) en la provincia de Santa Fe, 1858–1914

	1858	1869	1887	1895	1914
Total de extranjeros	4304	13 939	84 215	166 487	315 941
De ellos, italianos	1156	4223	57 665	109 634	164 682
% de los italianos entre los extranjeros	27 %	30 %	68 %	66 %	52 %

Fuentes: Confederación Argentina. Provincia de Santa Fe, 1858; De la Fuente, 1872; Carrasco, 1887–1888; De la Fuente, Carrasco y Martínez, 1898; Argentina. Comisión Nacional del Tercer Censo Nacional, 1916–17

La centralidad del aporte italiano en la segunda mitad del siglo XIX (y aún más allá) es de ese modo evidente. Y el dato es muy importante porque fue en esos años que la provincia multiplicó su superficie territorial nada menos que veinticinco veces, ampliando sus fronteras y avanzando sobre las áreas antaño controladas por los indígenas. Esas áreas fueron puestas progresivamente en producción agrícola, ganadera e industrial, y se creó una red de infraestructura compuesta por ferrocarriles, caminos, puertos y multitud de construcciones civiles destinadas a los más diversos usos. Los pueblos se esparcieron por la campaña, y las ciudades crecieron y se transformaron. Los comercios se multiplicaron, a fin de atender las demandas de esa creciente población y las necesidades de la producción de bienes. La creación de estancias, la puesta en marcha de emprendimientos manufactureros y comerciales, y la expansión de colonias, estuvieron muy a menudo a cargo de italianos, así como fueron italianos quienes en gran medida llevaron a cabo el planeamiento y construcción de la infraestructura. Fueron, de ese modo, artífices centrales de todos esos cambios.

La evolución de la comunidad

La presencia italiana había comenzado a notarse en Santa Fe ya en las primeras décadas del siglo XIX, cuando estaba representada sobre todo por la inmigración de lígures, piemonteses y sardos, quienes realizaban el trayecto desde el Viejo Mundo hasta el Río de la Plata como comerciantes, y terminaban a menudo instalándose en Santa Fe o en Rosario para dedicarse al lucrativo pero arriesgado tráfico de cabotaje, en navíos a menudo contruidos por ellos. (Mulhall y Mulhall, 1869:16) Los ríos, por entonces, estaban llenos de barquichuelos de los más diversos tipos, cuyo manejo y mantenimiento eran tarea compleja dadas las particulares características de la hidrovía del río Paraná y sus múltiples afluentes, que por entonces constituían la más rápida y eficaz vía de comunicación para el territorio rioplatense.

En ese marco, los emprendedores navegantes italianos hicieron frente a las difíciles circunstancias de un país en guerra: las distintas provincias de lo que luego sería la Argentina, que por entonces funcionaban de hecho como estados autónomos, se enfrentaban entre sí con frecuencia, y los comerciantes eran los más perjudicados por los conflictos, tanto a causa de pérdidas materiales que pudieran sufrir como por las exacciones de gobiernos siempre en déficit, y por tanto prontos a apropiarse de bienes privados.

Aparte de ello, los bloqueos del puerto de Buenos Aires durante las guerras externas con el Brasil (1825–1828), Francia e Inglaterra (1838–1840 y 1845–1850), además de la llamada *Guerra Grande* en el Uruguay (1839–1851), significaron asimismo problemas de magnitud para los comerciantes establecidos en las ciudades santafesinas. Si bien muchos extranjeros contaban con protección consular, los italianos no la poseían, por lo que se veían en situación más frágil. Algunos se involucraron directamente en los conflictos, como fue el caso bien conocido de Giuseppe Garibaldi. Ello podía acarrear problemas para quienes desearan dedicarse a pacíficas tareas de trabajo agrícola, industrial o comercial, ya que, con razón o sin ella, se los solía identificar con los simpatizantes de uno de los bandos en pugna y blanco por tanto de las venganzas de los contrarios. Los diferentes estados italianos de la época no contaban con recursos para defender a sus ciudadanos en las lejanas tierras rioplatenses, como sí los poseían los británicos o los franceses, por lo que aquéllos estaban a menudo a merced de las exacciones y arbitrariedades de los caudillos locales. De modo que sólo con la caída de Juan Manuel de Rosas en 1852 y los comienzos de la institucionalización definitiva del país, las relaciones entre el Reino de Cerdeña y la Confederación Argentina comenzaron a adquirir una dimensión más formal, y los súbditos sardos lograron contar con mejores garantías.

De todos modos, los italianos continuaron llegando a Santa Fe y trabajando allí, formando una comunidad respetable y pujante. Los prolijos datos del censo de residentes en Rosario elaborado en 1855 por el cónsul sardo y transcritos por Griselda Tarragó (2011:145 y ss.) muestran que vivían allí 203 individuos, mayormente genoveses de Chiavari y Lavagna. De ellos, 46 poseían propiedades inmuebles y a veces capitales en el comercio, mientras que otros 33 sólo contaban con inversiones comerciales. El promedio individual de capital total de los propietarios de bienes raíces llega a los 6753 pesos fuertes, suma bastante considerable. En tanto, quienes sólo contaban con giro comercial poseían 1170 pesos cada uno. El informe los presenta fundamentalmente como comerciantes y artesanos, ligados tanto al tráfico por el río como a los servicios y la venta minorista urbana: eran panaderos, zapateros, pintores, orfebres, confiteros, albañiles... Lina Beck Bernard, una viajera suiza que vivió varios años en Santa Fe, los retrató como

pacientes, sobrios, activos, constantes y de remarcada probidad... casi toda la navegación del río se hace por los italianos: son los que cargan la cal en la ciudad de

Paraná, las naranjas en Santa Fe... ellos hacen el transporte de todos los productos locales y europeos; son considerados, con razón, los mejores pilotos del Río de la Plata, el Paraná y afluentes (Beck Bernard, 1864:107-8)

El período de intensas transformaciones que habría de recorrer la segunda mitad del siglo XIX los tuvo por actores principales. La expansión de la frontera, la creación de colonias agrícolas, el vertiginoso crecimiento de Rosario, la construcción de obras públicas, ferrocarriles y puertos, significaron buenas oportunidades para los italianos. Al crecer la importancia de la comunidad, se desdibujaron en buena parte muchos de los rasgos que habían sabido tener hasta mediados del siglo: por un lado, los ligures y piemonteses fueron perdiendo importancia proporcional al ganarla los provenientes de otras regiones de Italia, al principio las de la zona norte: Lombardía, Friuli, Emilia Romagna y Toscana; más tarde las centrales y meridionales. Por otro lado, el núcleo característico de actividades principales de los italianos pasó a estar en la producción rural y en la manufactura, perdiendo peso los oficios urbanos y los transportes, que no dejaron sin embargo de contar con su presencia. Por fin, la migración también dejó un poco de ser una empresa mayoritariamente emprendida por hombres solteros, ganando lugar las mujeres y las familias, si bien los varones continuaron teniendo un lugar preponderante.

El trabajo

Todo ello está relacionado también con el tipo de actividades que desarrollaron: al dejar paso las aventuras y riesgos del comercio a la labor del arado y en menor medida a las de la industria, se posibilitó y aun impulsó la formación de familias a más temprana edad. Los comerciantes y «marinos», por los avatares de su profesión, a menudo eran característicamente solteros, o se casaban tardíamente; la actividad descansaba sobre todo en sus propios conocimientos y experiencia, y en escasa medida ayudaba el poseer una familia. En cambio, en la labor agrícola y en la producción de bienes, a mayor cantidad de hijos había mejores posibilidades de prosperar, ya que si bien en un principio los mismos constituían bocas que alimentar, bien pronto al crecer se incorporaban al trabajo, permitiendo ahorrar así los salarios de peones externos al grupo familiar, y posibilitando la ampliación de la escala productiva y la continuidad transgeneracional de los emprendimientos. En ese sentido, resulta muy aleccionador transcribir la evolución de las cifras de población urbana y rural, y estudiar el papel de los italianos en la misma. En el siguiente cuadro hemos detallado, a partir de los censos, la distribución de la población en cada uno de los recuentos, y el número de italianos residentes en Rosario, que resultará una medida de la propensión a la residencia urbana de la comunidad, en tanto se trata de la ciudad de más rápido crecimiento en la provincia.

Cuadro III: Población urbana y rural, e italianos residentes en Rosario y en toda la provincia. Santa Fe, 1869–1914

	1869	1887	1914
Población urbana	37 405	105 091	513 032
Población rural	51 712	115 241	386 608
Italianos en Rosario	1968	11 955	45 357
Italianos en el resto de la provincia	2255	45 710	119 325

Fuentes: De la Fuente, 1872; Carrasco, 1887–1888; Argentina. Comisión Nacional del Tercer Censo Nacional, 1916–17

Como puede verse, si bien Rosario creció en esos años en forma espectacular (pasando de contar con 23 169 habitantes en 1869 a 222 592 en 1914), el papel de los italianos en el resto de la provincia aumentó proporcionalmente mucho más que en Rosario a lo largo del tiempo. No significa ello que abandonaran la ciudad más dinámica de Santa Fe y probablemente del país: por el contrario, continuaron teniendo en ella presencia preponderante. Pero la expansión por el resto del territorio santafesino marca su giro hacia los nuevos emprendimientos de base rural de esos años, fundamentalmente la colonización agrícola. De los datos de inmigración que cada año se recopilaban, es evidente no sólo la preponderancia de los italianos sino también la de agricultores. En 1885, por ejemplo, sobre 9163 inmigrantes ingresados al puerto de Rosario, 7646 eran italianos; y de las profesiones declaradas, 6660 dijeron ser agricultores (Carrasco 1886:619 y ss).

Ese vuelco hacia el campo se verifica ya en las postrimerías de la década de 1860, y se vuelve abrumador en la siguiente. Como es conocido, Esperanza fue la primera colonia agrícola santafesina, fundada en 1856. Luego de un período de prueba en el que sólo se agregaron a ella dos colonias más, la progresión de nuevos emprendimientos fue cada vez más rápida. Dado que la producción agrícola encarada en esos centros demandaba abundante dotación de trabajo, las familias ya instaladas llamaban a sus parientes de Europa para ofrecerles la posibilidad de iniciarse ellos también en la actividad, bajo su guía y habilitación crediticia. Así, no sorprende que el inspector de colonias Guillermo Wilcken afirmara en 1872 que Santa Fe era «El Dorado de los hombres pobres», frase que los hermanos Michael G. y Edward T. Mulhall (1875:45) consideraban muy verídica. En 1874 existían 34 colonias agrícolas, en las cuales los italianos, con 4157 individuos, constituían ya la comunidad más numerosa después de los suizos, quienes habían sido los que iniciaron el proceso; los argentinos, todavía, sólo incluían a 2364 personas, prácticamente todos ellos niños (45).

La rápida dispersión de los múltiples emprendimientos agrícolas todo a lo largo de la provincia dificulta el seguimiento individual, pero de todos modos es muy evidente que los italianos adquirieron un papel cada vez más destacado en la colonización. En 1881, por ejemplo, ya existían al menos 50 colonias agrícolas, que eran las que figuraban en el informe de ese año (y a las que debieran agregarse las recién fundadas, que no figuraban aún). Los italianos constituían ahora en las mismas el grupo nacional más importante luego de los argentinos: estos últimos llegaban a 19 441, mientras que los italianos eran 15 482, o el 34 % de la población total. Téngase en cuenta que en el número de argentinos se incluían, necesariamente, los hijos de buena parte de aquéllos, que por haber nacido en el país ya no podían ser considerados italianos (Aragón, 1881).

Los aportes italianos a la agricultura argentina son conocidos: entre otras cosas, vino desde Italia la semilla primigenia de la que surgió la variedad de trigo sobre la que se construyó la gran transformación agrícola en las pampas durante la segunda mitad del siglo XIX: el llamado trigo *Barletta*. Esa semilla, de gran rendimiento y resistente a los vientos y condiciones adversas de la pampa, fue aportada por Jacinto Caprile, quien en 1844 inició siembras experimentales en Buenos Aires. Su rápida aceptación hizo que comenzara a difundirse por Santa Fe, según todo lo indica, al menos desde la mitad del siglo XIX (Djenderedjian, et ál., 2010:571,741 y ss).

Pero la agricultura fue sólo uno de los campos en los que se destacaron los italianos. Su fuerte presencia en la Santa Fe de las décadas de 1870 a 1900 impactó además en la diversificación de la oferta de bienes y servicios y en la densidad ocupacional de la provincia. El excelente censo de 1887 registra una gran variedad de profesiones, de las cuales las principales están concentradas en la agricultura, la ganadería y la industria.

Cuadro IV: Clasificación de las profesiones declaradas en Santa Fe, 1887

Producción de materias primas	30 212
Producción industrial	19 628
Comercio	6534
Transportes	4385
Administración, educación y servicios	14 166
Peones y jornaleros	19 389
Varios	1311
	95 625

Fuente: Carrasco, 1887–1888

El compilador del censo, Gabriel Carrasco (1887–1888) destacaba entre otras cosas el rápido ascenso social posibilitado por las oportunidades laborales ofrecidas por la economía provincial: para un total de 50 536 obreros, jornaleros y dependientes, existían 30 598 patrones, o una relación de 1.6, la cual constituía una muestra de que llegar a formar un emprendimiento propio era algo muy posible.

De hecho, las empresas fundadas por italianos son abundantes. Desde fábricas de maquinaria agrícola a grandes casas comerciales, pasando por compañías de tierras o de alimentos, el listado es amplio y diverso. Pero si bien conocemos ampliamente la participación italiana en los avances agrícolas de la provincia, es menos frecuente la circulación de datos que retraten su papel en la industria. En general, aunque los nombres de las principales empresas ítalo argentinas de Santa Fe a inicios del siglo xx (como por ejemplo la de Domingo Minetti) figuran todavía en la memoria colectiva, las investigaciones sobre el papel de los industriales italianos en el avance económico de la provincia en esos años no ha circulado mucho fuera de los ámbitos académicos.

Por ello daremos aquí alguna información útil. El material publicado en los censos no informa en general la nacionalidad de los dueños de todos los comercios e industrias, pero el efectuado en 1887 detalla los nombres de los molinos harineros existentes en la provincia ese año, con datos de personal empleado, capital invertido, producción total de harina en el año anterior y mucha información adicional. De los apellidos de los propietarios puede deducirse fácilmente cuáles eran italianos; en función de ello, se verifica que existía un total de 22 molinos en sus manos (de los 70 que había entonces), con un capital en tierras, maquinaria e instalaciones de 1 138 275 pesos moneda nacional (el 23 % del total invertido en esa industria en la provincia), y una producción de 17 252 toneladas de harina, o el 22 % del total. Es imposible obtener precisiones sobre otras actividades, pero todo indica que la presencia italiana en las mismas era conspicua. Baste recordar el papel que tenían en la importación de bienes de origen italiano, en especial vinos y licores; o en la comercialización rural; o en la construcción urbana, a través de la cual transformaron de manera absoluta el perfil de las ciudades, creando inmensos barrios de casas para obreros o profesionales, y renovando por completo los edificios de prestigio del centro, tanto en la arquitectura como en la decoración interior y exterior. En esos rubros, la marca italiana fue siempre mucho más potente que en industrias como la harinera, buena parte de la cual estaba en manos de otras colectividades.

La riqueza

Los ahorros de la comunidad italiana en Argentina eran considerables incluso tan temprano como a mediados del siglo XIX. En las décadas subsiguientes no hicieron más que aumentar. Hacia 1860, los depósitos efectuados por inmigrantes en el Banco de la Provincia de Buenos Aires (la única institución formal estatal de crédito entonces existente en el país) mostraban que por cada 100 depositantes había 30 italianos; 13 vascos españoles y franceses; 4 ingleses e irlandeses; 9 franceses; 13 españoles y sólo 18 argentinos. La proporción de los depósitos también favorecía a los extranjeros: por cada 100 millones de pesos papel, los italianos contaban con 20 millones; los vascos con 9; los ingleses e irlandeses con 14; los franceses con 8; los españoles con 10 y los argentinos con 27 millones (Alsina, 1910:156). A medida que se fueron creando bancos destinados a captar los depósitos de los inmigrantes, la dispersión de éstos hace imposible seguirlos. Pero de todos modos las fuentes insisten en la rápida acumulación de ahorros por parte de los extranjeros en general, y de los italianos en particular.

En Santa Fe, la creación de bancos a partir de mediados de la década de 1860 se intensificó, formándose por primera vez entidades con respaldo sólido. Esos bancos permitieron la emergencia de un mercado de crédito moderno, por el cual los consistentes fondos acumulados por los inmigrantes se canalizaron hacia inversiones productivas, ofreciendo además a aquéllos servicios confiables para enviar dinero a familiares en Europa. Pero de todos modos, más importante aún que la formación de activos líquidos a nivel local fue el papel del trabajo italiano como factor principal en la construcción de esa provincia moderna, que hacia los años finales del siglo XIX había crecido espectacularmente en riqueza invertida. Para 1885 los hermanos Mulhall calculaban la riqueza santafesina en 628 pesos oro en promedio, lo cual convertía a la población de la provincia en la tercera más rica del país, luego de Buenos Aires y Entre Ríos. En 1892, Santa Fe, con 740 pesos por habitante, había incluso desbancado a Entre Ríos. La riqueza total en la provincia había pasado de 32 millones en 1864 a 119 en 1885, y llegado a 188 millones en 1892; en tanto, la individual en promedio había aumentado un 68 %. En cuanto al ingreso por habitante, había logrado ya en 1885 el segundo puesto, con 134 pesos oro, contra 170 de Buenos Aires y sólo 113 de Entre Ríos, aumentando aún su performance siete años más tarde, en que el ingreso per cápita santafesino había llegado a 165 pesos, más incluso que en Buenos Aires, muy afectada por la dura crisis de 1890 (Mulhall y Mulhall, 1885:17-30,88-9; Mulhall y Mulhall, 1892:21).

La parte acumulada por los italianos es hoy muy difícil de calcular, pero puede obtenerse una muestra a través de los datos sobre propietarios de inmuebles, que los censos afortunadamente discriminan por provincia y por nacionalidad.

Cuadro V: Propietarios de bienes raíces. Santa Fe, 1895–1914 (en porcentaje sobre el total de individuos de cada nacionalidad)

	1895	1914
Italianos	109 734	164 682
Propietarios	13 262	32 212
	12 %	20 %
Resto de los extranjeros	56 759	200 711
Propietarios	6 243	18 614
	11 %	9 %

Fuentes: De la Fuente, Carrasco y Martínez (dirs.) 1898; Argentina. Comisión Nacional del Tercer Censo Nacional, 1916–17

Debe tenerse en cuenta que los datos de propietarios se han relacionado con el total de población italiana y extranjera, es decir, incluyendo mujeres y niños, así como hombres de toda edad. Sin duda que entre los extranjeros predominaban los hombres en edad laboral, y por tanto buena parte de ellos era susceptible de ser considerado eventual poseedor de bienes raíces (en esos años, no era frecuente que las mujeres poseyeran inmuebles, salvo si los recibían en herencia de sus padres o por viudez de sus maridos). Pero de todos modos la vía de acceso a la propiedad era un proceso que sólo se emprendía luego de entrar al mercado laboral (y por tanto a partir de determinada edad) y, por otra parte, constituía también una opción no siempre deseable para los extranjeros, ya que éstos en buena medida buscaban permanecer únicamente un tiempo en el país para luego retornar al suyo con las ganancias acumuladas. De allí la popularidad del arrendamiento, forma útil además para evitar distraer dinero, cuyo rendimiento era mayor en inversiones productivas, o en remesas destinadas a socorrer a los familiares en el país de origen, los cuales podían precisar los fondos para su propia subsistencia. Por otra parte, dada la esperanza media de vida de esa época (que apenas alcanzaba los cuarenta años), la alta movilidad social y geográfica, y la circunstancia de que los extranjeros recién llegados (y por tanto más jóvenes y sin recursos) eran proporcionalmente una parte considerable del total, la tasa de propietarios entre los mismos, en general, no podía ser necesariamente muy alta.

Sin embargo, como aparece por los datos, es bastante evidente que los italianos poseían ya en 1895 una riqueza inmueble considerable (el 12 % de ellos era propietario), y que la aumentaron sustancialmente entre 1895 y 1914, al pasar este último año al 20 %, contra el mantenimiento e incluso descenso de la tasa de propietarios para el resto de los extranjeros. Ello es una muestra más del éxito individual que lograron en esos años los italianos, y en cierta forma del mayor grado de compromiso con el país de recepción que el que tenían otras colectividades.

El aporte italiano en perspectiva

Hacia inicios del siglo xx, el flujo de inmigrantes italianos que llegaba a la Argentina continuaba orientándose en parte a Santa Fe, pero ésta ya no era el punto preferido de instalación. Nuevas oportunidades aparecían en otras provincias, como Córdoba, La Pampa o Mendoza, donde la industria vitivinícola buscaba con avidez el conocimiento tecnológico italiano a fin de mejorar sus índices de producción y de calidad. En Córdoba, el proceso de formación de colonias que se había iniciado medio siglo antes en Santa Fe continuaba ampliándose sobre tierras más baratas que en esta última provincia. No es así extraño que la tasa de incremento de la población italiana en Santa Fe haya ido mermando. Mientras que entre 1869 y 1887 la misma aumentó a la increíble tasa del 15,6 % anual, entre ese último año y 1914 la cifra fue del 4 %. Muy alta, sin embargo, para cualquier parámetro, de todos modos ese descenso (que en los hechos se verifica sobre todo entre 1900 y 1914, pero no contamos con cifras desagregadas para el primero de esos años) marca que el aporte inmigratorio italiano a Santa Fe había ya comenzado a transitar por carriles menos espasmódicos que antaño.

De todos modos, la etapa 1869–1887 constituye sin dudas un momento de singular importancia, en tanto fue allí que la provincia de Santa Fe adquirió los caracteres fundamentales que habrían de marcarla en lo venidero. Y fue justamente en ese período que los italianos contribuyeron más acentuadamente a sus avances. Es singular constatar que, por el contrario, el conjunto de las restantes comunidades de extranjeros que se encontraban en Santa Fe en esos mismos años creció a tasas prácticamente inversas a las italianas: entre 1869 y 1887, aumentó al 5,7 % anual, o alrededor de la tercera parte del ritmo de los italianos; y entre 1887 y 1914, lo hizo al 6,7 % anual, bastante menos que estos últimos. Queda así claro el carácter pionero de la inmigración italiana en Santa Fe, que por lo visto abrió el campo para el desarrollo ulterior de multitud de emprendimientos rurales y urbanos, quizás incluso algunos que luego fueron desarrollados por otros extranjeros. Suele destacarse con razón la importancia del aporte suizo y alemán en las primeras colonias agrícolas; pero es menos conocido el hecho de que fueron italianos quienes expandieron los cultivos sobre las difíciles tierras del oeste santafesino. También, incluso en rubros dominados por otros grupos de inmigrantes (como la industria harinera, donde el papel de los alemanes era muy destacado) lograron incursionar con éxito. Su aporte fundamental, en esas dos o tres décadas, adquiere así aún mayor dimensión: no sólo por el número y las cifras de su demografía o sus propiedades, sino sobre todo por todo lo que fue capaz de crear, en un ambiente de oportunidades pero también de difíciles condiciones técnicas.

Nota

* Investigador independiente CONICET y docente de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires y en FLACSO. Ha publicado alrededor de ochenta trabajos científicos sobre historia del mundo rural rioplatense en los siglos XVIII y XIX. Sus últimos libros se titulan *Gringos en las*

pampas. Inmigrantes y colonos en el campo argentino, y *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX*, este último realizado en colaboración.

Bibliografía

- Alsina, J. A. (1910).** *La inmigración en el primer siglo de la independencia*. Felipe S. Alsina, Buenos Aires.
- Aragón, A. (1881).** *Informe de la Inspección de Colonias de la Provincia de Santa Fe hasta 1880*. Imprenta de R. Carrasco, Rosario.
- Argentina. Comisión Nacional del Tercer Censo Nacional (1916–17).** Tercer Censo Nacional levantado el 1º de Junio de 1914. L.J. Rosso y Cia., Buenos Aires.
- Barsky, O. y Gelman, J. (2001).** *Historia del agro argentino*. Grijalbo–Mondadori, Buenos Aires.
- Beck Bernard, C. (1865).** *La République Argentine par... Ancien Directeur de la colonie de San Carlos, près de Santa Fé (Amérique du Sud)*. Delafontaine et Rouge, Lausanne, Suiza.
- Beck Bernard, L. (1864).** *Le Rio Parana. Cinq années de séjour dans la République Argentine*. Grassart, Paris.
- Carrasco, G. (1886).** *Descripción geográfica y estadística de la Provincia de Santa Fe*, 4ª Edición. Stiller y Laass, Buenos Aires.
- Carrasco, G. (Director y Comisario General). (1887–1888).** *Primer Censo General de la provincia de Santa Fé... verificado... el 5, 7 y 8 de junio de 1887. Libros I a XI*. Jacobo Peuser, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco y Stiller y Laass, Buenos Aires – La Plata.
- Confederación Argentina. Provincia de Santa Fe. (1858).** *Apuntes estadísticos sobre la ciudad del Rosario con sujeción al censo levantado en abril de 1858*. Imprenta de El Comercio, Rosario.
- De La Fuente, Diego G. (dir.). (1872).** *Primer censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869*. Imprenta del Porvenir, Buenos Aires.
- De La Fuente, D. G.; Carrasco, G. y Martínez A. B. (dirs.). (1898)** *Segundo censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895*. Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires.
- Devoto, F. (1999).** «Para una historia de las migraciones españolas e italianas a las regiones suratlánticas». En Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chavez y Ruggiero Romano, *Para una historia de América. III. Los nudos*. Fondo de Cultura Económica, México.
- (2006). *Historia de los italianos en la Argentina*. Biblos, Buenos Aires.
- Djenderedjian, J.; Bearzotti, S. y Martirén, J. L. (2010).** *Expansión agrícola y colonización en la segunda mitad del siglo XIX. Historia del Capitalismo Agrario Pampeano*, tomo VI. Teseo, Buenos Aires.
- Gallo, E. (1983).** *La pampa gringa*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Mattiussi, E. (1997).** *Italianos en la Argentina: los friulanos*. Ed. Asociación Dante Alighieri, Buenos Aires.
- Miatello, H. (1904).** *Investigación agrícola en la Provincia de Santa Fe*. Cia. Sub [sic]–Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires.
- Molinas, F. (1910).** *La colonización argentina y las industrias agropecuarias*. A. Molinari, Buenos Aires.

- Mulhall, M. G. y Mulhall, E. T. (1869).** *Handbook of the River Plate; Comprising Buenos Ayres, The Upper Provinces, Banda Oriental, and Paraguay.* Standard Printing Office, Buenos Aires.
- (1875). *Handbook of the River Plate Republics comprising Buenos Ayres and the provinces of the Argentine Republic and the Republics of Uruguay and Paraguay.* London, Edward Stanford, London; M.G. & E.T. Mulhall, Buenos Ayres.
- (1885). *Handbook of the River Plate comprising the Argentine Republic, Uruguay, and Paraguay. Fifth Edition – Ninth Thousand.* Buenos Ayres: M.G. & E. T. Mulhall; London: Trübner and Co.
- (1892). *Handbook of the River Plate comprising the Argentine Republic, Uruguay, and Paraguay. Sixth Edition.* M.G. & E. T. Mulhall, Standard Court, Buenos Aires; Kegan Paul, Trench & Co., London.
- Tarragó, G. (2011).** *De la orilla del mar a la vera del río: navegantes y comerciantes genoveses en el Plata y el Paraná (1820–1860).* Prehistoria, Rosario.
- Wilcken, G. (1873).** *Las colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina.* Sociedad Anónima, Buenos Aires.

Nuevas miradas sobre la Pampa Gringa: fuentes alternativas para el estudio de la colonización agrícola y la inmigración italiana en la provincia de Santa Fe (1856–1895)

Juan Luis Martiren*

Introducción

La implementación y el desarrollo exitoso de un proceso sistemático de colonización agrícola permitieron a la provincia de Santa Fe consolidar un espectacular crecimiento de la agricultura especializada, en un espacio que había sido hasta ese momento predominantemente ganadero. Una de las variables fundamentales de este proceso fue la inmigración extranjera, sobre todo de origen italiano. Si bien el fenómeno colonizador comenzó tíbiamente a partir de la instalación de inmigrantes suizos, alemanes y franceses, desde mediados de la década de 1870 los flujos inmigratorios provenientes de la península itálica pasaron a ser predominantes. Este movimiento de inmigrantes italianos se profundizó en la década de 1880 y se convirtió en la piedra basal de la transformación agrícola santafesina, ya consolidada en las postrimerías del siglo. Para 1887, los inmigrantes italianos componían el 26 % de la población total de la provincia, y nada menos que el 70 % de la población extranjera, guarismos que prácticamente se mantuvieron hasta 1900. El impacto generado por los inmigrantes, no sólo trastocó las bases económicas de la provincia, sino que también modificó radicalmente las estructuras sociales, demográficas y culturales. Este marco de transformaciones dio origen, por tanto, a lo que actualmente se conoce como pampa gringa.

La colonización agrícola en dicho espacio ha sido ampliamente analizada desde distintas ópticas y niveles de investigación. Se destacan en este sentido un amplio número de trabajos de divulgación, libros y artículos académicos publicados en revistas especializadas, así como también algunas tesis de doctorado. En todos los casos, por la magnitud que tuvo y el rol central que ocupó en el proceso, la inmigración ha sido una de las temáticas más trabajadas en estos estudios. Se han utilizado perspectivas micro, para dar cuenta de derroteros individuales, tomando para ello una variedad de fuentes cualitativas, que van desde documentos familiares de archivos personales a fuentes públicas existentes en el Archivo General de la Provincia de Santa Fe. También, desde luego, existen trabajos con análisis más generales sobre los flujos inmigratorios, que se han muñado básicamente de variables agregadas disponibles en censos de población de carácter nacional, provincial y local. Afortunadamente, este tipo de registros para la provincia de Santa Fe, aún se conservan en muy buen estado, desde las fichas manuscritas de

los censos nacionales de 1869 y 1895 y del censo provincial de 1887, hasta las ricas y numerosas estadísticas levantadas por jueces de paz e inspectores de colonias de distintos espacios de la geografía santafesina. Estas fuentes, además de permitir mensurar las variaciones de los flujos inmigratorios y su impacto general en la demografía provincial, nos habilitan a la vez a realizar análisis demográficos de mayor densidad, tales como el estudio de las formas familiares, las estructuras etarias y socio ocupacionales, entre otras.

Sin embargo, además de estos documentos clásicos, nuevas metodologías de investigación han conseguido en los últimos años aumentar la utilidad de numerosas fuentes alternativas que pueden ayudar a brindar nuevas miradas sobre el impacto real de los inmigrantes en términos económicos. En este sentido, el presente trabajo pretende mostrar las ventajas que ofrecen tres tipos de fuentes que permiten nuevos abordajes sobre el peso económico que la inmigración extranjera tuvo en la transformación productiva de la provincia a partir del desarrollo del proceso de colonización agrícola. Por un lado, tomaremos en cuenta dos fuentes de carácter público: los protocolos notariales y los registros de Contribución Directa, con la intención de mostrar la racionalidad económica, las estrategias empresariales y los índices de acumulación de riqueza de estos colonos. Y por otro, mostraremos la importancia del estudio de archivos de empresas de colonización, que nos permiten mostrar el derrotero de los inmigrantes en la formación de las colonias en el centro oeste santafesino entre 1856 y 1895.

Los repositorios documentales y las diversas fuentes para el estudio de los inmigrantes y la colonización agrícola santafesina durante el siglo XIX

Es de destacar que la Provincia de Santa Fe cuenta con un archivo general muy rico sobre inmigración y colonización agrícola en su territorio. Los fondos de Escribanos, Gobierno, Hacienda, Departamento Topográfico y Expedientes Civiles se han conservado casi por completo, lo que otorga una base documental muy interesante para el estudio de la historia económica santafesina de la segunda mitad del XIX. Existen, por su parte, varios repositorios adicionales en distintos puntos de la provincia que agregan información por demás sugestiva. En Rosario se destaca el Archivo de Protocolos Notariales del Colegio de Escribanos, que contiene todo el fondo de escrituras de la Segunda Circunscripción Notarial de la Provincia (el fondo de la Primera Circunscripción se encuentra en el Archivo General, en Santa Fe). El Museo «Julio Marc» y el Centro de Investigaciones Históricas de Parque de España también cuentan con información relevante sobre expedientes de Gobierno. En la ciudad de Esperanza —primera y principal colonia agrícola establecida en la provincia—, el Museo de la Colonización cuenta con información estadística sobre la colonia, y con un fondo privado de una empresa de colo-

nización, Beck & Herzog, que hemos analizado para este trabajo. En la ciudad de Rafaela, el archivo municipal cuenta con el Fondo de la Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann, también muy completo en lo que respecta a libros contables, utilizados para analizar el funcionamiento económico de su empresa. En la ciudad de Humboldt, el museo histórico cuenta con otro fondo privado de incalculable valor, en este caso de una empresa de ramos generales y molino harinero, que contiene información valiosísima sobre circuitos comerciales, sistemas de gerenciamiento de casas de comercio, funcionamiento de los mercado de cereales y de harinas, métodos de financiación, estrategias empresariales, entre otras cuestiones. En la ciudad de San Carlos Centro, el archivo municipal también cuenta con información contable de la empresa continuadora de Beck & Herzog, que aportan datos fundamentales para analizar este caso a mediano plazo, así como también una numerosa variedad de fuentes cualitativas sobre la colonia.

Las fuentes de publicaciones periódicas que aún se conservan, en contraste con la documentación de archivo, no alcanzan tal grado de riqueza, aunque algunos periódicos resultan de particular interés. En la Biblioteca Nacional, están disponibles para consulta periódicos con vasta información sobre Santa Fe. Se destacan, entre otros, el periódico provincial *La Unión Nacional*, con información importante para la década de 1870, los periódicos de la colectividad alemana *Argentinisches Wochenblatt* y *Argentinisches Tageblatt*, con información de la década de 1890, el Boletín Mensual del Departamento Nacional de Agricultura, con información muy rica en estadísticas y ensayos de investigación agrícola desde los '70; y el semanario *El Campo* y el *Sport*, con excelente información estadística para los '90. En la provincia de Santa Fe se destacan algunos periódicos editados en la colonia Esperanza que se encuentran en el Museo de la Colonización (aunque se trata de pocos números) y, en mucho mayor medida, el diario *La Capital* de Rosario.

Paralelamente, existen obras éditas sobre colonias que contienen información estadística muy completa. Desde trabajos de campo como los de Karl Beck, Guillermo Wilcken, Karl Kaerger o Theodor Alemann, que dan cuenta pormenorizada de las técnicas de cultivo y los costos culturales de una unidad de producción en Santa Fe durante las décadas de 1860, 1870, 1880 y 1890, a datos de informes de colonias, censos provinciales, estudios de campo y demás, editados tanto aquí como en Europa, que suponen una fuente de insumos nada despreciable.

Tres fuentes alternativas: metodología y problemas

Los avances metodológicos de los últimos años han logrado un aprovechamiento más óptimo de algunas fuentes que antiguamente no tenían un lugar central en los trabajos historiográficos sobre la colonización. Una de ellas son los protocolos notariales. Si bien su utilización no es una novedad, los avances tecnológicos en los procesadores de datos abrieron la puerta a la creación de datos seriadados muy

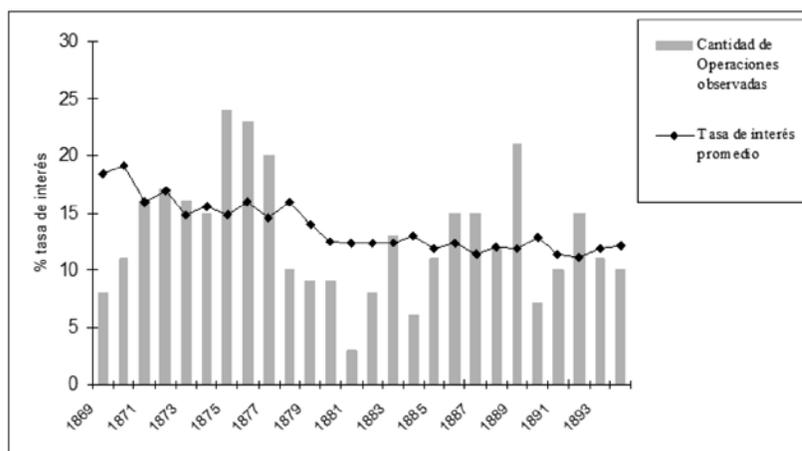
completos, basados en la información provista en los protocolos. Estos documentos se volvieron fundamentales para el análisis de los mercados inmobiliarios (negocios de compra y venta de terrenos) en el mediano y largo plazo. Se trata de una fuente de carácter público, que contiene documentos notariales que van desde transacciones de compra/venta de tierras, conformación de sociedades comerciales o industriales hasta conformación de obligaciones hipotecarias, por nombrar algunas. Por suerte en Santa Fe se conservaron, al menos para el siglo XIX, los originales completos de las dos circunscripciones en las que fue dividida la provincia, además de gran parte de las copias de transacciones de tierras llevadas a cabo por jueces de paz —particularmente en colonias—, ante la ausencia de escribanías cercanas.

Los protocolos notariales nos otorgan, entonces, datos muy ricos para analizar diversas variables de la colonización agrícola y el peso de los inmigrantes en la transformación productiva provincial. Por un lado, brindan información cualitativa que permite dilucidar estrategias empresariales y comerciales de los inmigrantes. La posibilidad de contar con los registros notariales completos nos habilita a conocer la totalidad de las sociedades comerciales e industriales formadas por inmigrantes. Ello no sólo resulta importante para conocer mejor la estructura societaria de cada firma, sino que también en la mayoría de los casos los documentos brindan datos como los porcentajes de participación y el capital accionario de las distintas sociedades. Por otra parte, otras dos modalidades de los protocolos notariales, tales como las obligaciones hipotecarias y las transacciones de compra/venta de tierras (urbanas y rurales) se vuelven centrales a la hora de analizar grandes temáticas de la historia económica, tales como los mercados inmobiliario y crediticio. En lo que respecta a las obligaciones hipotecarias, los documentos cuentan con datos nominales del prestamista y el prestatario, el monto de la obligación hipotecaria, la tasa de interés corriente, el plazo de devolución y los datos del bien inmueble que se presenta en garantía. Esta fuente nos permite más que dimensionar el mercado de crédito entre particulares (es decir, préstamos con garantía hipotecaria entre personas, sin intervención de los bancos), elaborar series de tasas de interés, indispensables tanto para analizar coyunturas económicas, cuanto para comparar este tipo de préstamos con los créditos bancarios.

El Gráfico 1 pretende mostrar el potencial de esta fuente para el análisis del mercado crediticio entre particulares. A partir de un muestreo aleatorio de 340 operaciones entre 1869 y 1894, se realizó una serie de tasas de interés cuyos resultados son de crucial importancia. Así, puede notarse que desde la década de 1860, la tasa de interés (y por ende, el costo del dinero) tuvo una tendencia decreciente hasta finales de siglo, motivada sobre todo por el crecimiento exponencial de la economía agrícola, producto de la colonización y la integración de fuertes flujos de inmigrantes. La disminución de la tasa de interés en el mercado de crédito entre particulares que se consolida en la década de 1880 es una prueba más de la modernización de la economía provincial en el último cuarto del siglo. Los profundos

cambios que se consolidaron a partir de esta época, tales como la conjunción de mayor seguridad física y jurídica, las transformaciones en las estructuras de comunicaciones y el aumento en la eficiencia de los circuitos de comercialización, así como la previa concentración y especialización del negocio crediticio, ofrecieron condiciones más atractivas para la inversión de capital, y lograron así ir paliando la estrechez crónica del mercado crediticio santafesino.

Gráfico 1: Serie de tasas de interés en el centro oeste santafesino entre 1869 y 1894



Fuente: Elaboración propia en base al procesamiento de 340 operaciones consultadas en AGPSF, Escribanos, Tt. 32, 100, 104 a 113, 156 a 160, 237 a 240, 305 a 306, 314 a 316, 322, 342 a 346, 359 a 360, 368, 371 a 387, 407, 410, 413, 456, 498, 499, 533 a 537, 511 a 512 y 548 a 549.

En cuanto a las transacciones de compra/venta de tierras, los datos contenidos en la fuente no son menos importantes. Cada protocolo de compra/venta (ya sea rubricado ante un escribano público o, ante la falta de éste en la localidad, por un juez de paz) contaba con los datos nominales y de nacionalidad de las partes contratantes, la localidad de la venta, la extensión de la superficie, por lo general una breve descripción de las construcciones existentes (si las había), el precio del bien, el tipo de moneda, el plazo de pago y la financiación. Como puede notarse, el nivel de información es muy alto y permite, en consecuencia, abrir distintos caminos de pesquisas. Mediante un relevamiento completo o con un muestreo que dé cuenta equilibradamente de los diferentes espacios provinciales, los protocolos nos abren la posibilidad de dimensionar variables de carácter cualitativo tales como el peso de las distintas colectividades inmigrantes en el mercado inmobiliario, su localización geográfica, o bien sus estrategias económicas en dicho mercado, tanto como compradores que como vendedores.

Para el caso del centro oeste santafesino, la riqueza de estos documentos es notable. Quien procure emprender un estudio sobre el mercado inmobiliario en el principal núcleo de colonización provincial, se encontrará con la totalidad de los registros de compra/venta de tierras. Los resultados de un ejercicio de análisis de este tipo, que contemple el procesamiento de todos los datos anteriormente expuestos, pueden arribar a respuestas muy interesantes sobre la evolución del mercado inmobiliario y el peso de los inmigrantes en éste. Vale citar un ejemplo: en nuestro caso, realizamos el procesamiento de los precios de la tierra en todas las colonias del centro oeste santafesino entre 1862 y 1880.

Cuadro I: Evolución del mercado inmobiliario rural en las colonias del centro oeste santafesino entre 1862 y 1879

Año	Cantidad de operaciones	Superficie en hectáreas	Precio total en \$ oro	Promedio por ha en \$ oro	Promedio de hectáreas por operación
1862	41	672	4233	6,3	16,4
1863	37	601	6868	11,4	16,2
1864	65	1412	18 156	12,9	21,7
1865	49	1023	10 599	10,4	20,9
1866	93	2986	27 295	14,4	62,9
1867	255	12 515	84 764	13,8	117,5
1868	315	22 396	153 149	20,6	149,1
1869	259	23 555	143 410	24,8	148,1
1870	156	8486	71 034	21,6	95,8
1871	324	21 295	174 557	24,5	105,3
1872	437	31 474	245 160	19,0	116,9
1873	144	9540	82 950	21,0	119,5
1874	212	11 347	109 448	21,9	101,2
1875	325	24 979	204 092	26,4	229,4
1876	356	33 332	235 006	27,6	247,4
1877	151	11 122	102 191	29,9	254,6
1878	122	7656	69 386	28,1	191,3
1879	183	12 512	107 743	27,0	208,7

Fuente: AGPSF, Fondo Escribanos, Tomos 32 a 33; 46; 51; 100; 147 a 149; 156 a 160; 233; 296; 304 a 306; 342 a 346; 368 a 371; 407; 532 a 537; 546 a 547; y Fondo Juzgados de Paz, Juzgado de Paz de Esperanza, Tomos 237 a 240; Juzgado de Paz de San Carlos, Tomos 44 y 45; Juzgado de Paz de San Gerónimo, Tomo S/n, «Documentos en alemán pertenecientes a la colonia San Gerónimo»; Tomo 406, Años 1867-69; Tomo «Protocolos de la colonia San Gerónimo», Años 1870-79; Juzgado de Paz de San Agustín, Tomo 100; Juzgado de Paz de Humboldt, Tomo «Juzgado de Paz de Humboldt», Años 1868-73

El cuadro precedente fue realizado a través de un relevamiento de la totalidad de las operaciones de compra/venta de tierras en el núcleo de colonias existentes en el centro oeste santafesino entre 1862 (año en que se registran ante Juez de Paz las primeras escrituras entre privados en la colonia Esperanza) y 1879.¹ Si bien el cuadro se trae a colación sólo a modo ilustrativo, de sus datos puede apreciarse el potencial de esta fuente para analizar la colonización. Podemos ver así cómo los ciclos de crecimiento y estancamiento económico en la economía santafesina impactaron directamente en el mercado inmobiliario. A la vez, se puede notar que a medida que el proceso colonizador iba consolidándose, el promedio de hectáreas por unidad enajenada aumentaba, lo que nos deja pensar que ya hacia la segunda mitad de la década de 1870 el ciclo de agricultura en secano a gran escala había comenzado a emerger.

No obstante se trate de una fuente muy rica para la elaboración de series de precios, los protocolos notariales cuentan con algunos problemas que no deben desatenderse. En primer lugar, y sobre todo hasta 1880, en la mayoría de los casos de transacciones de tierras de pastoreo, es decir, que se encontraban fuera de las colonias, no estipulan medidas de longitud completas que permitan calcular la superficie transada (por ejemplo, el precio se estipulaba de acuerdo a la cantidad de cuerdas² sobre un curso de agua, con fondo indeterminado, de manera que se torna imposible calcular la superficie). Ello genera algunas dificultades para elaborar un muestreo medianamente amplio, sobre todo en un mercado hasta ese momento bastante acotado en cuanto a número de transacciones anuales. En segundo lugar, en muchos casos los protocolos no separan el precio de la tierra pelada y sus construcciones, de modo que debe tenerse en cuenta ese problema con especial énfasis, para no incorporar a las series operaciones que estén dando cuenta de un precio que no tiene que ver con el propio recurso tierra en sí. En tercer lugar, buena parte de los protocolos no nos deja analizar fehacientemente los índices de morosidad o la venta a crédito, ya que en un buen porcentaje de estos documentos, si el pago fue realizado con anterioridad a la escrituración, no se aclara cuándo ni cómo fue hecho el pago. En cuarto lugar, una variable a atender, aunque no tan importante, es la variedad de medidas de longitud utilizadas, que no siempre son iguales en las mismas provincias. Hasta la adopción en todo el territorio nacional del sistema métrico decimal, en Santa Fe las operaciones se medían en varas, cuerdas o leguas; aquí tuvimos que chequear con exactitud la longitud correcta de cada una de estas unidades para hacer una conversión métrica certera. Deben agregarse a este problema la existencia de medidas de superficie extranjeras (juckarts alemanes y journales franceses), presentes en las primeras transacciones de tierras redactadas en alemán y francés por los jueces de paz de las colonias más antiguas. Por último, nos encontramos con el problema de la moneda de pago; al menos para el caso santafesino, el 90 % de las operaciones eran hechas en pesos

bolivianos (pesos de plata de 8 reales), cuya cotización (según pudimos constatarlo en las contabilidades de empresas), tuvo importantes variaciones entre 1875 y 1883.

Los archivos de empresas colonizadoras son otras de las fuentes alternativas que en los últimos años han adquirido particular relevancia para el estudio de la colonización, sobre todo por el avance que ha tenido la historia de empresas como disciplina.

La Historia de Empresas ha aportado un enfoque novedoso en la historia económica, al partir de la idea de que el estudio de casos debiera servir para algo más que el conocimiento de las líneas y las razones de la evolución de una firma particular. En rigor, ofrece nuevas claves para la comprensión del pasado a partir de una identificación más cuidadosa y creativa de los actores y de sus estrategias en una perspectiva dinámica. De modo que, si bien existe una tendencia a la multiplicación de estudios de caso, también pueden realizarse análisis comparados sobre trayectorias de firmas, sobre estrategias empresariales u otros aspectos identificados con la operatoria de la empresa, como lo son las formas de propiedad y gestión (Barbero, 2006:153).

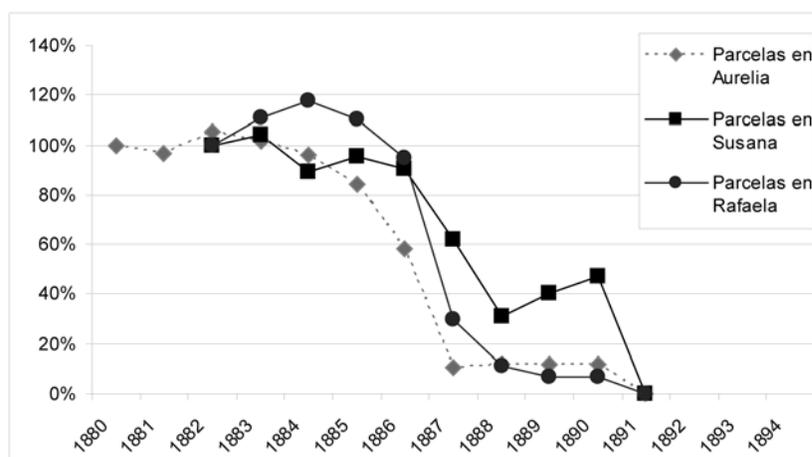
Los ya mencionados casos de Beck & Herzog y Guillermo Lehmann, cuyos archivos se encuentran en las ciudades de Esperanza, San Carlos y Rafaela componen un corpus documental de gran calidad, ya que cuentan con documentación de carácter privado (libros de Contabilidad, copiadore de cartas, boletos de compra/venta, entre otros), que permiten dar cuenta de la lógica interna de funcionamiento, rentabilidad y de las estrategias utilizadas por estos actores, variables muy difíciles de interpretar a partir del análisis de documentos públicos.

A continuación, presentamos un gráfico realizado a partir de los libros de contabilidad que registran las ventas y la evolución de los saldos de la empresa en las colonias Aurelia, Susana y Rafaela, entre 1881 y 1882, que intenta mostrar las ventajas que ofrece la fuente. Sin dudas se trata de un análisis de una firma en particular, aunque creemos que el caso es representativo para analizar la realidad del negocio inmobiliario del principal núcleo de colonización en la provincia de Santa Fe. Tal como establece la historia de empresas, con los análisis de caso, se pretende comprender más profundamente el comportamiento de distintas variables económicas. Los libros de contabilidad de la empresa de Guillermo Lehmann, en este sentido, nos otorgan una serie de claves muy interesantes para entender la incorporación de los colonos —mayormente italianos— que se instalaron al oeste del Departamento Las Colonias (terrenos que en 1890 se convertirían en los departamentos de Castellanos y San Cristóbal), iniciando así el corrimiento definitivo de la frontera hacia Córdoba, y la apertura de la colonización en los departamentos orientales de esta última.

El siguiente gráfico, entonces, es sólo una muestra de la variedad de análisis que esta rica fuente nos permite realizar. De las más de diez colonias que la empresa de Guillermo Lehmann fundó, elegimos las ventas de estas tres, pues suponen

el inicio de la gran expansión de la empresa luego de su experimentación inicial con Pilar y Nuevo Torino.

Gráfico 2: Evolución de la relación de la deuda sobre los activos en tierras de los colonos que adquirieron parcelas en Aurelia, Susana y Rafaela (compras realizadas entre 1881 y 1882)



Fuente: Elaboración propia en base a los siguientes documentos: Libro Mayor–Diario 1880–84, Libro Mayor 1881–85, 1884–94 y 1885–94; Libro Mayor/Caja 1885–1905, todos disponibles en el Archivo Municipal de Rafaela, provincia de Santa Fe

La tendencia de la progresión de las deudas de los colonos, en relación con el valor de las parcelas adquiridas, que se ve en este gráfico, permite desestimar muchas ideas erróneas sobre los negocios de tierras. Esta idea ya había sido evidenciada por Gori en su excelente estudio sobre la colonización en Humboldt (Gori, 1948) en el cual mostraba las dificultades de la empresa para lograr recuperos de capital por parte de los colonos en los primeros años (Gori, 1948:36 y ss.). Este gráfico sigue la idea original de Gori, y muestra las dificultades de los colonos para cancelar sus deudas, al menos en los primeros cinco años desde la compra inicial. Lo interesante de ello, es que este caso se dio en un contexto distinto, justamente cuando el costo del dinero era más bajo y el ciclo de especialización cerealera ya estaba en marcha. Así, los libros de Lehmann nos muestran que la diferencia entre precio de compra inicial y de venta final de sus colonias no parece haber sido una estrategia central, ya que no fue demasiado alta, sino que la clave para mantener los flujos de ingresos parece haberse generado en los montos crecientes de los intereses, mostrando hasta cierto punto que el negocio inmobiliario así montado era también, y quizá sobre todo, un negocio financiero. La cuestión central en este sentido era poner en producción dicha tierra y así ir haciendo

progresar el negocio inmobiliario, a partir del incremento en los flujos de pagos, para los cuales se aceptaban diversos instrumentos monetarios o pseudomonetarios, algo por otro lado típico de situaciones de frontera. Y pese a los altos niveles de morosidad, no parece haber existido una estrategia de expulsión de los colonos, sino que se buscó preservar el crédito generado hasta tanto surgiera alguien capaz de ir cancelándolo, o hasta que los flujos de pagos comenzaran a incrementarse. Central en este aspecto fue la transferencia de créditos de aquellas parcelas que fuesen devueltas o abandonadas.

En esencia, más allá de las particularidades del caso, las bondades que otorga esta fuente son indudables. Por lo demás, los estudios sobre el tema son escasos, de modo que está abierta la puerta para que nuevas investigaciones pongan el acento en el estudio de las empresas de colonización, a fin de lograr hipótesis más acabadas sobre un aspecto central de este proceso, como lo fueron los empresarios del rubro.

Por último, debe destacarse el valor de las fuentes fiscales o, más específicamente, los registros de Contribución Directa (CD, en adelante). La CD era un gravamen provincial sobre la riqueza individual de todos los contribuyentes, de modo que este tipo de documentos nos deja acceder al detalle de la capitalización inmobiliaria de todos los poseedores de riqueza en cada colonia. Estas fuentes, que son deficientes para analizar la mayoría de los distritos ganaderos de la provincia, no lo son para las colonias, ya que dan cuenta fehacientemente de todos los contribuyentes, incluyendo a los que por ley estaban exentos. Este tipo de documentos, muy detallados, confiables y completos, y que cubren satisfactoriamente un amplio período, tienen la ventaja de que no sólo permiten analizar la evolución de la riqueza inmobiliaria en un espacio productivo que recién ha comenzado a ser analizado en la bibliografía argentina, sino que cubren también tanto los difíciles años iniciales del fenómeno, su primer gran florecimiento de la segunda mitad de la década de 1860, el impacto de la crisis de 1873/75, y su consolidación y expansión en torno a 1880.

Si bien en los últimos años varios estudios han utilizado los registros de CD para analizar la desigualdad en el mundo rural pampeano del siglo XIX, estos análisis se han centrado en etapas previas a la inmigración masiva o bien sobre distritos donde predominaba una pauta productiva basada en la ganadería extensiva, con mayoría de población criolla. Ahora bien, poco se sabe en este sentido sobre las pautas de acumulación y distribución de la riqueza en distritos con mayoría de población extranjera, como es el caso de las colonias agrícolas santafesinas. La posibilidad de contar con este tipo de fuentes en los distritos rurales santafesinos que optaron por sistemas de producción más intensivos en base a mano de obra extranjera, abre la puerta a nuevas interpretaciones sobre la evolución económica de estos actores. A partir de diversas metodologías estadísticas, los registros de CD nos muestran la posibilidad de establecer no sólo los patrones de desigualdad en estos espacios, sino también su acumulación y la distribución del capital en los distintos rubros productivos.

Distintos criterios metodológicos modernos han podido aplicarse con eficiencia sobre estas fuentes. Uno es el coeficiente de Gini, una fórmula matemática que mide la distribución del ingreso o la riqueza en una determinada población: se trata de un número que oscila entre 0 y 1, donde 0 corresponde a la perfecta igualdad (todos los individuos contarían teóricamente con el mismo nivel de ingreso o riqueza) y 1 a la total desigualdad. Tomando la información proporcionada por los registros de CD, que dan cuenta de la riqueza individual de cada contribuyente, es posible armar una matriz de datos que da lugar a este coeficiente, pudiendo de este modo establecer un diagnóstico de la distribución de la riqueza en un determinado espacio productivo. Otra metodología se realiza a partir del cálculo del índice 20/20, que a partir de la realización de «cortes» en determinados sectores o deciles de la población, permite estimar la distancia existente entre el 20 % más rico y el 20 % más pobre de los contribuyentes.

Para intentar responder a algunos de estos interrogantes, a continuación se presentan algunos resultados que arrojan los registros de CD de la colonia Esperanza de 1864, 1867 y 1875. Se optó particularmente por el caso de Esperanza, dado que la disponibilidad de registros habilita tener una noción extendida de la evolución de la riqueza inmobiliaria de los inmigrantes en tres épocas distintas: la etapa inicial, que resume los difíciles años iniciales que tuvieron que atravesar los colonos; posteriormente, una etapa marcada por los beneficios económicos que generó la contienda bélica en Paraguay; y por último, los años '70, atravesados por la urbanización de la colonia y la expansión productiva del *hinterland* colonial. En fin, se trata de tres épocas que marcaron el proceso de crecimiento económico de la colonia y por ende de la acumulación de riqueza de los colonos esperancinos.

Cuadro II: Evolución de la riqueza inmobiliaria y su distribución en Esperanza

	Esperanza		
	1864	1867	1875
Total de Contribuyentes/Propietarios	304	268	282
Total de familias con y sin bienes	355	305	343
Monto avaluado (en \$ Fuertes)	194 670	211 151	316 452
Promedio entre propietarios (\$ F)	640	788	1122
Gini entre Propietarios	0,3919	0,3647	0,5252
Gini sobre el total de familias	0,4793	0,4418	0,6096
20/20	7	7	18

Fuente: Elaboración propia en base a los Registros de CD de Esperanza correspondientes a los años fiscales de 1864, 1867 y 1875. AGPSF, Contaduría, Tomo 117, Año 1864, Leg. 28, Tomo 127, Año 1867, Leg. 1 y Tomo 117, «Expedientes Archivados», Año 1875, Leg. 44

El cuadro, en consecuencia, busca mostrar tanto la acumulación de riqueza cuanto su distribución. En lo referente a las mediciones, es conveniente destacar las particularidades que arroja el registro de CD de Esperanza de 1864, dado que resulta el primer diagnóstico de la evolución del crecimiento y la desigualdad en la distribución de la riqueza inmobiliaria, ocho años después de su fundación. Teniendo en cuenta sólo el universo de propietarios, la primera aproximación permite afirmar que la distribución de la riqueza en Esperanza era mucho más homogénea que en otras zonas del mundo rural pampeano. Según los cálculos realizados, la colonia tenía un Gini de 0,3919 y el 20 % más rico tenía en promedio 7 veces más capital que el 20 % más pobre. Esta cuestión variaba un poco al tomar en cuenta en el análisis el universo total de población de la colonia, esto es, incluyendo a las familias sin bienes. Así, el índice Gini aumentaba a 0,4793, un promedio igualmente bajo en comparación con la economía criolla, pero de todos modos llamativo dado el corto período de tiempo transcurrido desde la formación de la colonia. En ese sentido, para un primer diagnóstico debe advertirse que paradójicamente el crecimiento de la desigualdad fue muy alto en esos primeros años, dado que se pasó de un punto de partida virtualmente igualitario a una situación intermedia entre la perfecta igualdad y la total desigualdad.

Lo interesante de la fuente, es que la existencia de otros registros de CD en 1867 y 1875 nos deja ver la evolución de la distribución de riqueza. Así, podemos ver que la misma se mantuvo en niveles realmente «modernos», esto es, la colonización agrícola como sistema de producción, al contrario que la economía ganadera criolla, tendió a mediano plazo a una distribución menos desigual de la riqueza inmobiliaria. Esto implica que aquella economía farmer, de base inmigrante, que floreció en la provincia de Santa Fe desde mediados de la década de 1850 no sólo transformó la estructura productiva provincial, generando niveles de acumulación de riqueza muy importantes, sino que también esa misma acumulación no generó mayor desigualdad.

Creemos, en este sentido, que esta fuente presenta un valor muy importante, sobre todo porque existen registros de CD para la década de 1880, lo que supone una riqueza aún mayor, ya que permite ver cómo reaccionó la distribución de riqueza inmobiliaria al gran impacto inmigratorio que tuvo la provincia desde 1880.

A modo de conclusión: ¿qué aportan estas nuevas fuentes al estudio de la colonización agrícola?

Plantearse estudiar la colonización agrícola supone un desafío, sobre todo por la dificultad de saber si se podrá arribar a nuevas hipótesis o conclusiones que complementen o discutan las ya presentadas por los excelentes trabajos sobre el tema. En este sentido, el trabajo buscó presentar nuevas fuentes que ayudan a analizar aspectos que no han sido trabajados o bien profundizados por esa biblio-

grafía. Si bien en estos estudios se ha mostrado claramente el fuerte impacto de la colonización en varios aspectos, es de destacar que aún se ha trabajado muy poco sobre uno de sus principales actores: los empresarios de tierras. Los escasos trabajos que han hecho hincapié en la historia de estos actores han utilizado fuentes públicas o bien publicaciones con información biográfica. Así, se ha logrado diagramar a grandes rasgos el accionar de éstos, como bien es el caso de la empresa Beck & Herzog, o del mismo Lehmann, sobre los cuales existen varias referencias. Sin embargo, sus archivos privados no se han trabajado aún sistemáticamente, es decir, no se ha realizado un trabajo en detalle sobre la contabilidad de estas empresas, que permita trazar un panorama de la realidad económica de las mismas en el mediano y largo plazo, con el fin de comprender mejor ciertas coyunturas. El caso planteado en este trabajo a modo de ejemplo, sobre la evolución del negocio colonizador de Lehmann en Aurelia, Susana y Rafaela, nos muestra las grandes ventajas que un enfoque de este tipo puede otorgar para entender mejor cómo era el mercado de tierras, cómo respondían los colonos en el devenir de la actividad, qué estrategias utilizaba el empresario para no perder la clientela en épocas difíciles, entre otras cuestiones.

Por otra parte, es importante plantear que encarar un análisis de las estrategias empresariales sin analizar propiamente el mercado de tierras rural resulta tal vez insuficiente. De ahí que, tras constatar la existencia de un fondo completo de Escribanos en el Archivo General de la Provincia de Santa Fe, planteamos la necesidad de utilizar los protocolos notariales para estudiar tanto el mercado de crédito en las colonias, cuanto el de compra/venta de tierras. La posibilidad de seriar los datos provenientes de estas fuentes, sobre todo precios y tasas de interés, otorgan un insumo fundamental para el análisis de ambos mercados. Es de destacar que sin series de precios de la tierra o del costo del dinero, el análisis de la economía agrícola santafesina del siglo XIX resulta más complejo. Estas dos series nos abren la puerta, además, para la realización de estudios comparativos con áreas similares, no sólo del ámbito nacional, sino de otros puntos de colonización en distintos países. A la vez, trabajar con protocolos notariales nos permite una mejor comprensión de la actividad de las distintas colectividades, en el sentido de que nos habilita la posibilidad de identificación anual de los actores en las distintas colonias. El cruzamiento con datos censales resulta sin dudas, fundamental, aunque la dispersión de estos en el tiempo (en efecto, en la provincia sólo contamos con censos en los años 1869, 1887 y 1895), deja a los protocolos en este sentido mejor ubicados en este punto.

Por último, la distribución de la riqueza es otro de los puntos sobre los cuales muy poco sabemos, y que a la vez resulta de vital interés, sobre todo porque la colonización, se supone *a priori*, rompió con el patrón mayormente desigualitario predominante en las pampas durante el siglo XIX. Así, presentamos las ventajas que una fuente fiscal, la contribución directa, podría otorgar para el análisis de

esta variable. Afortunadamente, los registros existentes para las colonias agrícolas santafesinas son muy vastos, y abarcan desde la década de 1860 hasta la de 1880. Ello es por demás interesante, ya que permite mensurar la evolución de la desigualdad en distintos momentos del proceso de colonización, esto es, desde los difíciles momentos iniciales, hasta la gran consolidación en la década de 1880.

En resumen, creemos que estas tres fuentes pueden resultar un insumo de gran calidad para quienes quieran encarar más en detalle el estudio de la colonización agrícola y del impacto inmigratorio en la realidad santafesina, procesos sobre los cuales pesan aún importantes incógnitas.

Notas

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y becario del Instituto del Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» de la Universidad de Buenos Aires. Docente de Historia Social y Económica Argentina Contemporánea en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Ha publicado trabajos de historia agraria pampeana en el siglo XIX, relacionados principalmente con el mercado de tierras y la colonización agrícola en la provincia de Santa Fe.

¹ Si bien se trata de un universo que comprende 3524 operaciones, debe destacarse que en el

total no se incluyeron las ventas de terrenos menores a las cinco hectáreas, ni aquellas en las cuales no se podía determinar el valor diferencial de las tierras y de las construcciones y bienes semovientes que incluía la venta. Debe destacarse, al mismo tiempo, que en 1861 se registraron ante el Juez de Paz de Esperanza cuatro compraventas de terrenos, que no fueron incluidas por tratarse de traspasos de posesión —sin títulos de propiedad— que no contaban con valores reales de mercado.

² Medida de longitud que comprendía 100 varas castellanas u 86 metros.

Repositorios documentales y Bibliografía

Fuente

AGPSF, Escribanos, Tomos varios, años 1866–95
PAG.5

AGPSF, Archivo General de la Provincia de Santa Fe, ciudad de Santa Fe

Fondo Escribanos

Fondo Juzgado de Paz

Fondo Contaduría

AMR Archivo Municipal de Rafaela, provincia de Santa Fe

Fondo Empresa Colonizadora de Guillermo Lehmann Barbero, M. I. (2006). «La historia de empresas en la Argentina: trayectoria y temas en debate en las últimas dos décadas». En Gelman, J. (coord.), *La historia económica en la encrucijada*. AAHE, Prometeo, Buenos Aires.

Gori, G. (1948). *Colonización. Estudio histórico y social de la colonia Humboldt*. Colmegna, Santa Fe.

La italianidad en los espacios de la memoria. Un recorrido por los cementerios de la inmigración

Daniel J. Imfeld*

Introducción

Las migraciones europeas de la segunda mitad del siglo XIX devinieron en procesos que movilizaron a millones de personas y así como activaron los intercambios económicos en el mercado mundial favorecieron la interacción de culturas.

La llegada masiva de estos inmigrantes a los nuevos territorios, no sólo impulsó el cambio productivo con el agregado de mano de obra, como en el caso de Argentina y en particular de la provincia de Santa Fe, sino que estos espacios de recepción se convirtieron en escenarios de un singular proceso de reconfiguración de identidades.

Con los hombres y mujeres que puso en movimiento el flujo migratorio se desplazaron también las lenguas, las costumbres, los sistemas religiosos, las ideologías políticas, las instituciones, las liturgias y los rituales, y a pesar de los intensos procesos de asimilación que se intentaron desde los niveles oficiales, estos grupos dejaron sus marcas materializadas en un singular paisaje cultural, el que suele ser identificado como la pampa gringa.

La presencia italiana, y su rol en aquel momento histórico se puede reconocer aún a la distancia en los signos tangibles e intangibles que señalan la geografía de las colonias agrícolas del centro-oeste santafesino. Ese proceso de transformación del espacio como una construcción social no resultó neutro, ya que su configuración como lugar, es el producto cualificado de las relaciones sociales e históricas que expresan los signos y las huellas de la condición humana de quienes los construyeron. En la morfología de estos paisajes, no sólo se reconocen los campos parcelados, las chacras, los pueblos junto a las estaciones ferroviarias, sino también aquellos lugares que contuvieron el destino final de todos esos hombres y mujeres; nos referimos a los cementerios.

El cementerio en su condición de espacio público destinado a satisfacer tanto necesidades higiénicas como espirituales, se convirtió en un importante documento social donde se expresó un imaginario en torno no sólo de la muerte, sino en relación con el sentido de la vida, de lo que se había logrado, de lo que se quería dejar memoria, de una manera de ser y de pertenecer, donde la italianidad se filtró a través de los múltiples recursos de los que se valieron tanto quienes encargaron las obras como quienes satisficieron sus demandas.

Desde una perspectiva que no desconoce la complejidad de las representaciones trataremos de reconocer, a través de un recorrido por sus cementerios, cómo en las sociedades de las colonias agrícolas la presencia italiana dejó una marca indeleble, que forma parte de los aspectos identitarios que singularizan a esta región y a sus pueblos.

En un lugar *lontano*...

El proceso de ocupación del centro-oeste de Santa Fe basado en el modelo de colonización agrícola, reconoce un primer momento de desarrollo entre 1856–1870 en el espacio comprendido al este por el río Salado y el arroyo Las Prusianas al oeste. Fue éste entonces el escenario de las primeras colonias agrícolas surgidas con el aporte de inmigrantes suizos, franceses, alemanes e italianos entre los contingentes más numerosos. A partir de mediados de la década de 1870 la colonización cobró un nuevo impulso, cuando como expansión natural de esta área nuclear se avanzó al oeste de Las Prusianas, con la formación de numerosas colonias que en un primer momento quedaron incluidas en el departamento homónimo y que a partir de 1890 pasarían a formar varias de ellas el Departamento Castellanos. En dicha geografía signada por el cultivo del cereal, tuvo singular importancia la presencia del elemento italiano. Así el informe de 1883 del inspector de colonias Pablo Bouchard había registrado en el oeste del departamento Las Colonias y norte de San Gerónimo un total de 743 familias, de las cuales 565 (76 %) eran italianas. En algunos casos, como el de Rafaela, de formación más reciente (1881), la totalidad de los colonos eran italianos, en tanto en las colonias vecinas a ésta las cifras superaban el 80 %, tal el caso de Susana (90 %), Nuevo Torino (84,6 %), Pilar (81,3 %), para descender, aunque siempre con valores que denotaban su primacía entre los extranjeros, en colonias como Felicia (74 %) al norte y San Martín de las Escobas (64,5 %) al sur del espacio que estamos considerando (Bouchard, 1883).¹

Para 1887 la región había experimentado un importante crecimiento demográfico, y si bien muchos de los hijos de los inmigrantes ya estaban registrados como argentinos, la presencia italiana era preponderante en la mayoría de los casos: Lehmann (66,2 %), Nuevo Torino (64 %), Susana y Aurelia (59,35), Pilar (58,3 %) Rafaela (57,2 %), María Juana (56,25), Sunchales (55,8 %), entre aquellas donde se alcanzaban los valores más elevados² (Carrasco, 1888: T.I).

Hacia 1895, Rafaela ya se perfilaba como el más importante centro de atracción regional, lo que se reflejaba en el crecimiento de su casco urbano, que congregaba a una importante población de extranjeros, donde los italianos conservaban un lugar destacado. Así, de los 2298 habitantes que poseía el pueblo, 928 (41,65 %) eran de nacionalidad italiana, en tanto en la zona rural, el porcentaje aún era superior (57 %).³

Al comenzar el siglo xx, con la estabilización del proceso de colonización y la argentinización de la población, en el Departamento Castellanos, los pobladores de origen italiano seguían siendo aún significativos sobre el total de los habitantes (25,9 %).⁴

El paisaje resultante del complejo de relaciones técnicas y productivas que transformaron radicalmente el medio natural por acción del nuevo caudal humano que proveyó el fenómeno inmigratorio no dejó de reconocer la singular presencia de los italianos. Ante el desarraigo que implica toda migración, la toponimia de este nuevo lugar en el mundo, avivaba la añoranza por la tierra dejada. Así hubo colonias que recordaban con sus nombres a la patria lejana y a la región desde donde muchos habían partido, como Bella Italia, Nueva Roma, Nuevo Torino, Piemonte; otras parecían rendir homenaje a quienes habían soñado y luchado por el ideal de la unidad nacional, Cavour, Garibaldi; los propios reyes recibieron su reconocimiento en Humberto Primo y Reina Margarita, y las esperanzas en la tierra de promisión parecieron reflejadas en Bel Grano, más tarde devenido en Belgrano.

El territorio colonizado en que se transformó la extensa llanura fue adquiriendo una imagen caracterizada entre otros rasgos por un paisaje de horizontales infinitas, reforzadas por las delgadas líneas de los alambrados que delimitaban las concesiones con las que se había fraccionado la propiedad rural, y enmarcadas por la silueta verde de los paraísos que comenzaron a bordear los caminos. Los escasos elementos verticales, como los molinos de viento delataban las nuevas tecnologías con las que se arremetía en la tarea productiva. La ortogonalidad de los parcelamientos que facilitaba el relieve plano, casi sin accidentes, parecía a su vez una prolongación natural del pequeño damero con el que se esbozó la trama urbana de los incipientes pueblos. Al poco tiempo el ferrocarril irrumpió sobre esta geometría rural, y muchas veces sus estaciones originaron un nuevo poblado junto a las vías.

La simpleza formal de las construcciones rurales, muchas de ellas de ladrillos, sin revoques ni ornatos, pareció reflejar la idiosincrasia de la gente, ligada a formas de vida asociadas con la agricultura, con un fuerte apego a su condición de chacareros, que con sacrificio, ahorro, esfuerzo y el recurso de la mano de obra que proveía el propio grupo familiar, se convirtieron rápidamente muchos de ellos en propietarios. El censo de 1895 daba cuenta de que en los departamentos de la región éstos eran mayoría; en Las Colonias, el porcentaje de los que habían accedido por entonces a la propiedad de la tierra llegaba al 70 %, en Castellanos al 61 % y en San Martín al 52 %.⁵

La primacía de lo utilitario pareció reflejarse también en los pueblos, con su trazado ordenado por anchas calles de tierra que recibieron el presuntuoso nombre de boulevares, donde la economía de recursos se advertía en la simpleza de las edificaciones que se levantaban a sus costados, con alturas uniformes que rompía alguna que otra casa con una planta alta, y donde sólo sobresalía el edificio de la

iglesia. La presencia italiana se insinuaba de diversas maneras, ya sea a través del nombre de algunos comercios, y allí donde el núcleo urbano se iba desarrollando con más ímpetu, no tardaron en constituirse las infaltables sociedades italianas de socorros mutuos, como así las escuelas que enseñaban en italiano y hasta periódicos, tal *Il Grillo* que se editaba desde 1901 en Rafaela.

Pero el propio ritmo vital, con su ciclo de vida y muerte hizo que el paisaje se completara con aquellos otros lugares que debieron dar cabida al destino final de los hombres, el cementerio. Lugar de tierra última, no podía estar ausente aún en el espacio simbólico de la mítica «Corda» donde Lermo R. Balbi en *Los nombres de la tierra* ubicó a sus personajes de itálica estirpe:

Aquí está tu sepultura y a pocos pasos la de Tibalda la Grossa que ahora tendrá a su cargo una eternidad de lacerados y dolientes para atender con su piedad inmensa hasta quién sabe qué infinitud de tiempo. Tierra de cementerio, la tuya y última para siempre como lo es para todos los otros que te acompañaban y para los que vendrán después. (Balbi, 1985:220)

Surgidos para dar respuesta a una realidad higiénica y moral, estos cementerios de la inmigración se caracterizaron por la excentricidad de su ubicación respecto de los núcleos urbanos. Como contra-ciudad de los muertos, se localizaron muy distantes del lugar de los vivos, generalmente en una esquina de los tantos cuadrados en que se dividían los campos, ocupando por lo común una hectárea que alguien donaba, ya sea un colono generoso o algún colonizador a solicitud de la comunidad o de sus autoridades. La separación tan categórica entre los espacios de vida y muerte, a su vez aparecía enfatizada aún de manera más rotunda por los muros con los que fueron rodeados, especialmente en su frente, para continuar delineando el perímetro con tapias más pequeñas que completaban los bordes laterales y el posterior (Imfeld, 2003).

Esta segregación y enclaustramiento del espacio respondía tanto a razones de salubridad, que recomendaban los higienistas de la época, como no menos cierto es que pareció estar asociado también con el temor ancestral a la muerte que acompañaba a los hombres desde tiempos inmemoriales y lo seguía haciendo en estos nuevos tiempos que muchos habían inaugurado en un lugar tan lejano:

A dos cuadrados del pueblo estaba el camposanto, justo dos, en la esquina del segundo cuadrado, por el lado en que se pone el sol o sea a la izquierda si uno se coloca mirando al norte. El maestro dice que los primeros colonos lo hicieron tan lejos porque le tenían miedo a los difuntos y ahí está el peón de la herrería que jura que él no viviría de ese lado del pueblo ni que le regalaran la casa porque «ahí» se ve el camposanto y la punta de los pinos que parecen difuntos que lloran remordimiento. (Oyoli, 1993:7)

El mundo de la inmigración se expresó allí de manera muy especial: panteones familiares e institucionales, enterramientos según las creencias religiosas, placas recordatorias, inscripciones en las lápidas, la firma de constructores y artistas, todo remite al origen de quienes allí descansan y de quienes los recuerdan, siendo notoria, como no podía ser de otro modo en esta región, la presencia italiana.

Memoria de lo que somos, memoria de lo que fuimos

Al acercarnos al ingreso de los cementerios, como en el de Rafaela, y también en el de Vila, la sentencia grabada en la parte superior de sus pórticos «Memento quia pulvis es» parece advertirnos que estamos ingresando a un espacio donde se pone en juego la memoria del hombre ante el destino final que le aguarda. Y no resulta casual que se exprese en estos lugares, donde vida y muerte, memoria y olvido se conjugan permanentemente.

La visita al cementerio, a la que eran muy asiduos los antiguos pobladores, más allá de cumplir con el cuidado de la morada de las que ya no compartían la existencia terrenal, debía proporcionar también una lección, tal como parecen recordarlo los versos que se colocaron en los cementerios de Rafaela, Lehmann, Ataliva, cuando dicen: « ven a este sitio a aprender/ del hombre la duración/ que en esta triste mansión/ de desengaño y consejo/ cada sepulcro es espejo / cada epitafio lección.»⁶

La interpelación al visitante desde la propia tumba, solicitándole no tanto una plegaria sino el recuerdo, tanto del difunto como de su propio destino, quedó grabada a su vez en el panteón de una antigua familia de italianos en el cementerio de Vila. Allí en una placa de mármol sobre la puerta del panteón de Giuseppe Cordera é Famiglia (sic), que lleva grabado el año 1912, el visitante puede leer: «Voialtri che de qui passate / Di me vi ricordate / Finis venis, venis finis».⁷

No resulta entonces extraño reconocer cómo muchos de los elementos formales de la epigrafía funeraria que se venían desarrollando en Europa desde siglos anteriores, se reeditaron a fines del siglo XIX y comienzos del XX en las sepulturas de estos cementerios de las colonias agrícolas.

Entre las inscripciones más antiguas, como se puede leer en una lápida del cementerio de Susana, vemos cómo se manifestaba ante todo la necesidad de afirmar una identidad frente a la amenaza del olvido impuesto por la muerte en un lugar tan lejano; y así junto al nombre, el lugar de nacimiento no podía obviarse: «In Memoriam / Aquí yacen los restos mortales/ de/ Agustín Trucco / Nació en Savigliano Italia / en el año 1827 / Murió el 10 de marzo 1890 / Sus hijos le dedican este recuerdo».

Siendo la familia la base del entramado social inmigratorio, y muy particularmente entre los italianos, la voluntad de adhesión a aquellos elementos, que aún en el plano de lo simbólico garantizaran la perpetuación del vínculo filial

nutriendo a la memoria, hizo que se echara mano de los recursos más variados que iban desde las fotos familiares, los relatos, los objetos personales, hasta las tumbas con sus inscripciones.

De ahí que además de los datos de filiación, se solía asociar al primero en morir con su cónyuge e hijos. Se afirmaba entonces, de esta manera públicamente, sobre una tumba visible, una relación familiar acompañada de los sentimientos expresados siempre en la propia lengua:

*In questa tomba riposano la spoglia / di / Scaglia Vincenzo / sposo e padre amoroso / che nell' ancor verde eta di 43 anni / il 21 aprile 1895 / rese l' anima al cielo / lasciando inconsolabile / la consorte Tessara Giovanna / e due bambini che pregando / per l'eterno riposo del caro estinto / questo ricordo posero.*⁸

Los familiares, así como dejaban grabado un recuerdo sobre la tumba, en ocasiones también gritaban su desconsuelo, sobre todo si la muerte se producía a temprana edad, dolor que era proclamado con la mayor de las congojas, como aparece en una de las más antiguas tumbas del cementerio de Rafaela: «Gatti Lucia / Mori il 7 giugno 94 / all' eta di 32 anni / Lasciando sconsolati lo sposo / Baraldi Celso / e quatro figli / R.I.P.».⁹

El deceso como ruptura del vínculo familiar y desconsuelo para los que sobrevivían, en el mismo cementerio, se patentiza en un pequeño túmulo: «Vedovo Di Felicita Baldi / Mancato ai Vivi Il 29 Dicembre 1892 / La Famiglia Desolata / Questo Ricordo Pose».¹⁰

No faltaron tampoco las expresiones de dolor que, al tiempo que increpaban a la propia muerte, lanzaban además la denuncia contra aquél que había terminado con una vida, en tiempos donde la inseguridad en los ámbitos rurales era frecuente. Así sobre una tumba del año 1892 en el cementerio de Clucellas se puede leer: «La parca non doveva ancora estinguerti / o / Octavio Viale / il lavoro e l'affetto dei una giovine esposa / ti facevano felice / alorquando la mano dell' assassino / ti tolse il 15 maggio 1892 / alla consorte ed ai fratelli / che desolati implorano per te / Pace Eterna».¹¹

La recurrencia frecuente a la lengua italiana en el espacio público, más allá que para el uso doméstico en muchos casos se empleara el piemontés, también era una manera, en los primeros tiempos de afirmar una identidad, en un medio donde no se dejaba de ser extranjero entre otros muchos extranjeros.

En tanto en su organización topográfica, el cementerio reprodujo una imagen de las sociedades que se habían constituido en las colonias agrícolas. Se nos ofrece allí una reducción simbólica de las mismas, donde todos descansan en el mismo espacio, pero cada uno tuvo un lugar, más cerca o más alejado del ingreso y de la calle central, según la posición económica que se había alcanzado en vida. Allí, donde el desarrollo demográfico y económico había permitido una diferencia-

ción mayor en la estructura social, se reconoce aún más en términos de clase y de status. Dada la participación de los inmigrantes italianos en dicha estructura, su presencia se torna visible rápidamente. Así, por ejemplo, en el cementerio de Rafaela, en la calle principal encontramos los panteones y bóvedas de quienes se habían convertido en los más prósperos comerciantes, como Ripamonti, Colombo, Berta; los primeros profesionales, Lencioni; propietarios rurales exitosos, Lorenzatti, Operto, Ércole; iniciadores de actividades, Zanetti, Podio, Marini, Santucci, Poggi; los pioneros del desarrollo industrial, Fasoli, Frossi. Si bien en la región la presencia piemontesa había alcanzado entre la italianidad, una significativa preponderancia (Imfeld, 1999) en los centros urbanos, donde hubo mayores posibilidades para el desarrollo de las actividades industriales, comerciales y profesionales, lombardos y toscanos desempeñaron un aporte fundamental. Así, lo delatan en el caso mencionado, los apellidos lombardos: Ripamonti, Fasoli, Colombo, Frossi, Marini, Ércole, Zanetti, y toscanos, como Lencioni, Santucci.

La identificación familiar como decíamos, grabada en estas sepulturas sobre bronce o mármol, los textos en las placas, los retratos, dejan leer aún a la distancia las biografías conjeturales de tales personajes, a través no sólo de los nombres, sino también de las relaciones afectivas, la evocación y el reconocimiento de parte de la propia colectividad.

La referencia genealógica encabezada por el nombre de familia grabada con letras destacadas sobre la puerta de ingreso de los panteones, parecía cumplir entonces la condición de marca indicial con la que se pretendía recuperar el origen ante el desarraigo de la inmigración y señalar los límites propios de la propiedad que el sistema capitalista, en su versión local, se encargaba muy bien de determinar, así como se buscaba legitimar la condición social que se había logrado. El tamaño de las construcciones, las formas, los ornatos, la decoración exterior e interior se encargarían de reafirmarlo.

En ocasiones encontramos bóvedas que se convirtieron en verdaderos lugares de homenaje ya sea a través del tributo familiar como del reconocimiento social. Tal el caso de la de Ripamonti en el cementerio antes mencionado, cuyas paredes exteriores recibieron placas de alto valor artístico donde los familiares expresaron el recuerdo a sus propios difuntos y los empleados de la casa central de Rafaela y de sus sucursales, el reconocimiento a uno de los comerciantes de ramos generales más importantes de la pampa gringa y la sociedad italiana, a su benefactor. Otro tanto se puede advertir en la de Fasoli. Allí tanto la empresa como el personal testimoniaron su homenaje a quien habiendo llegado como inmigrante desde Mandello del Lario, puso en marcha uno de los frigoríficos más importantes del interior del país, y donde muchos de sus connacionales encontraron trabajo.

Pero el elemento italiano no sólo aportó al desarrollo económico de la región, sino que también lo hizo en el terreno intelectual. En este sentido, en el panteón que guarda los restos del poeta Mario R. Vecchioli, se pueden encontrar entre

otros el homenaje del «Núcleo Literario Centuria», como el de la familia, que eligió recordarlo a través de su propia obra, con una placa donde están grabados los versos de su libro *Silvas labriegas*: «Porque la muerte conoció sus sombras / hoy vive más allá de las palabras». En tanto para su esposa, se eligieron los versos de *De otros días*: «La MADRE es tal / que nadie determina si es tan divino DIOS como ELLA humana / Si es tan humano como ELLA divina».

Pero si hubo un lugar, que estuvo llamado a contener a la italianidad en su último descanso, ese fue el panteón de la Sociedad Italiana. Pensado como parte del servicio mutualista para el que habían sido creadas estas instituciones, en el caso de la «Sociedad Italiana S. M. Víctor Manuel II» de Rafaela, su construcción se propuso en 1917, aunque recién pudo ser inaugurado en 1925. Fue por entonces la edificación más monumental con la que contó la necrópolis local. Al frente del mismo, el 6 de noviembre de 1935, presidiendo todo el artístico e imponente conjunto, se inauguró un busto de quien se reconocía como el más importante benefactor, y que en momentos de agitación institucional pudo acallar las encontradas disputas internas y salvar la mancomunidad: Faustino Ripamonti. Dada la importancia que había adquirido la figura del homenajeado dentro y fuera de la propia colectividad, al acto asistieron, en signo de adhesión, delegaciones de las sociedades italianas de Vila, Lehmann, Ataliva, Humberto I. En tiempos de exaltación nacionalista como los que se vivían en esos años entre la italianidad de ambos mundos, no faltaron para el homenaje las asociaciones locales ganadas por tales sentimientos, como la Sociedad «Reducci de Guerra», la «Asociación Nacional de Combatientes» y la Escuela «Dante Alighieri». A ellas se sumaron, las sociedades «Obrera» y «Española», la de «Conductores y anexos», así como representantes de la banca y el comercio de Rafaela. Una artística placa en la base del busto testimonia el sentido reconocimiento de la colectividad a través de su expresión institucionalizada: «La Società Italiana Riconoscente». Es que Ripamonti se presentaba entonces como un claro ejemplo de cómo algunos inmigrantes italianos de primera generación, exitosos en lo económico, habían forjado relaciones bilineales que los vinculaban tanto con la sociedad de origen como con la de acogida. Sus reiterados viajes a Italia, a Villa Romanó, donde mantenía propiedades, la ayuda económica a la Cruz Roja Italiana durante la I Guerra Mundial, así como los festejos por la victoria que se realizaron en su residencia de Rafaela, y la visita de ilustres personajes como el general Enrico Caviglia, a quien alojó en su propia casa, son muestra de ello. Estas actividades relacionadas con la patria originaria eran a su vez como decíamos acompañadas con la adaptación exitosa en la sociedad lugareña, a la que no sólo proporcionaba una importante fuente de trabajo con su comercio, sino que también era figura referente entre la italianidad local (Imfeld, 2005:63). La colocación de su busto al frente del panteón institucional parecía entonces resaltar la intención de encolumnar detrás de su figura a la institución toda.

Pero, si bien había un lugar reservado para el sueño eterno de los hijos de Italia en el panteón societario, otros, sin renegar de su nacionalidad, prefirieron hacerlo junto a quienes consideraban sus hermanos fraternales, a los que se hallaban unidos por el ideal universal que proponía otro tipo de institución, en este caso la masonería. Conocida es la presencia de muchos italianos en ella; así la primera logia masónica que se constituyó en Rafaela, en el año 1895, se llamó «Hija de Garibaldi», con lo que ya en su denominación podía advertirse el origen de varios de sus integrantes. Esta entró en sueño¹² en el año 1903, y para 1914 obtuvo su carta patente una nueva logia, «La Antorcha». El panteón construido en el cementerio de Rafaela, guardó los restos de 62 personas sepultadas entre 1900 y mediados de la década de 1920; de entre ellos el 33 % eran italianos, 27 % argentinos, y los restantes de distintas nacionalidades tales como franceses, suizos, y hasta un cubano.¹³

El sentido de continuidad histórica a partir de la presencia en la comunidad, lo volvemos a encontrar en torno de aquellos espacios y monumentos que remiten al origen y a sus figuras fundacionales. Así, junto al templete que guarda los restos del empresario formador de varias colonias del centro oeste santafesino, Guillermo Lehmann y de su esposa Ángela de la Casa, se fueron disponiendo placas recordatorias en homenaje a personas destacadas de la comunidad, donde la italianidad se abre paso también, como viene ocurriendo desde las últimas décadas, a través de las identidades regionales. Allí una placa con los colores de la bandera italiana testimonia el homenaje de la «Asociación Cultural Piemontesa» de Rafaela a los piemonteses fallecidos, en tanto un árbol recuerda a la «Familia Trentina».

Placas, fotos, inscripciones, se convierten entonces en recursos posibilitadores de un espacio de construcción de la memoria. Memoria que enfrenta la ausencia y el vacío producido por la muerte. El objetivo parece claro, transformar el texto, la imagen, en lugar de lectura, en un espacio de conmemoración que actúa como recurso identitario al pretender orientar las memorias individuales en una misma dirección, focalizándolas hacia significados que aspiran a la posibilidad de ser reconocidos como parte de un pasado pero también de una manera de ser y de estar en el mundo.

Un arte al servicio de la eternidad

A medida que las colonias agrícolas ganaron en crecimiento y desarrollo demográfico, sus cementerios experimentaron el paso de las modestas tumbas de los comienzos a construcciones cada vez más sólidas e imponentes. La necesidad que fueron sintiendo las personas de perpetuar el vínculo familiar, demandó de construcciones acordes para ello, y así desde las primeras décadas del siglo xx los cementerios de la región se fueron poblando con grandes panteones familiares, que competían no sólo con sus ornatos, sino también con su volumen y altura.

En el imaginario de esta población, que había sufrido el desarraigo familiar por el efecto migratorio, parecía no soportarse la idea del abandono de los muertos y así la tumba visible no sólo se fue cargando de significados sino que fue asemejándose cada vez más a una casa para dar cabida a esa familia que se iba extendiendo en la nueva tierra. La familiaridad entre vivos y muertos fue haciéndose cada vez más ritual, por lo que la idea de contar con un panteón se tornó necesidad en muchas familias. Todavía hoy asombran con su arquitectura, en claro contraste con la simplicidad y austeridad de las casas donde siguieron viviendo los vivos.

Muchos de estos panteones recuerdan la tipología de las tumbas capillas. En su aspecto exterior recibieron detalles de las más variadas procedencias eclécticas, lo que los convierte en un muestrario de la historia de la arquitectura. En tanto, una población de ángeles, así como copones, urnas cinerarias, cruces, suelen coronar sus elevadas cúpulas que se recortan en la silueta de estos cementerios en medio de la soledad de los campos que los rodean. En las distintas colonias no faltan estos ejemplos y de entre ellos, los de las familias italianas suelen constituir sus exponentes más importantes, como en Lehmann, los de Camporini y Borgna; en Clucellas destaca por su imponencia el de Borda Bossana; en Vila, los de Bessone, Mondino, Ingaramo y Porta; Roggero, Balarino, Armando, Rasetto y Marengo en Zenón Pereyra; los de Castagno y Bruno en Susana; entre algunos de los tantos que pudieran citarse a medida que se recorre la región.

Proyectistas, constructores, escultores, frentistas, vitralistas, herreros, trataron de dar forma a un arte que perpetuara la memoria. Muchos de ellos, también eran de origen italiano. Así encontramos, entre los que dejaron sus firmas en estas construcciones, los apellidos de Nidasio, Dellasanta, Nicollini, Platini, Piazzoni, Odetti y Arbore. En el arte de la escultura a Cammilli, Merlo y Porzio.

Entre los que se destacaron por la calidad de su obra cabe mencionar a José Nidasio, el proyectista del panteón de la Sociedad Italiana en el cementerio de Rafaela. Había nacido en Castellazo Novara, y en 1905, a los 20 años, llegó a la Argentina. Al radicarse en Rafaela desarrolló una amplia tarea como proyectista y constructor. También se destacó por su activa presencia en la colectividad italiana y en sus instituciones; fue presidente de la «Sociedad Italiana Víctor Manuel II» entre 1929 y 1931, brindó su apoyo para la creación de la Escuela «Dante Alighieri» en la década de 1930, y se desempeñó como agente consular de Italia entre 1946 y 1968. El panteón que proyectó para la Sociedad Italiana en el cementerio de Rafaela muestra toda su versatilidad en el arte de la construcción. No sólo la obra llama la atención por su monumentalidad sino también por la riqueza decorativa y simbólica con la que se lo acompañó. La construcción se organiza de manera simétrica siguiendo un eje vertical, cual *axis mundi*, que parece unir el infra mundo, representado por la parte subterránea con la que contó en algún momento, con el cielo. La escultura de un gran ángel que sostiene en una de sus manos un ramo de flores, vueltas como en recogimiento hacia la tierra, y que en

la otra supo tener una antorcha, conduce las miradas hacia el gran remate con cuatro columnas en las que se apoya el lábaro y cuatro cruces, entre ellas cuatro lechuzas, que sostienen una urna votiva. El fuego, símbolo viviente y de la purificación, en esta escenografía vuelve a repetirse en los cozones que rematan las pilastras de la gran galería frontal decoradas a su vez con cruces fulgurantes y circuncisas junto con motivos vegetales.

La tarea de construcción en este caso correspondió a otro italiano, Arnoldo Dellasanta, quien llegó a la Argentina con poco más de 20 años y con el oficio adquirido en su tierra, de constructor. Como muchos de sus compatriotas se declaró agricultor al momento de ingresar al país y su primer destino fue Sunchales. Tiempo después se radicó en Rafaela para dedicarse plenamente a la construcción. En el cementerio local no sólo fue el constructor del panteón antes mencionado sino también tuvo a su cargo la obra del osario y capilla.

Entre los escultores italianos que dejaron valiosas muestras de su arte cabe mencionar a Eduardo Cammilli nacido en San Nicolás Agliana, en la Toscana, en 1881. Hacia 1923 se radicó en Rafaela y realizó varias obras. Entre las destinadas al espacio público se encuentra el busto de Garibaldi en el boulevard Santa Fe, encargado por la colectividad italiana con motivo del cincuentenario de la muerte del héroe de dos mundos, así como la placa que se colocó al inicio del boulevard Lehmann en honor del formador de la colonia en ocasión de su cincuentenario. No le faltaron tampoco los encargos para el cementerio. Allí destacan las esculturas que realizó para el panteón de la familia Poggi. En la parte superior se hallan dos figuras femeninas, una implorando al cielo, la otra, con profundo dolor aferrada a la tierra, en clara alusión a los sentimientos encontrados que desata la muerte. En el interior, un magnífico sarcófago al mejor estilo paleocristiano, en bronce, da pruebas de su arte. También es de su autoría el busto de Faustino Ripamonti que se colocó, como ya se hizo mención, frente al panteón de la Sociedad Italiana y de la placa en bronce del basamento donde la figura en relieve de un efebo, en recogimiento con sus brazos en cruz y a sus pies una palma, expresa a través de formas más clásicas el sentido de homenaje recordatorio.

No faltan tampoco en este espacio muestras de la obra de otro escultor italiano radicado en Rafaela desde 1924, Ricardo Merlo. Éste nació en Rondinone (Torino) el 5 de abril de 1895 y falleció en Rafaela en 1967. En su tierra natal estudió en la escuela «Don Bosco» y en la «Academia de San Carlos» de Torino cursó la escuela técnica. Su arribo a Rafaela se produjo a instancias de familiares ya radicados en ésta. Aquí desarrolló su labor dedicándose a la talla en madera en la que descolló y obtuvo importantes premios en distintos salones. En 1935 se incorporó al cuerpo de docentes del Colegio Nacional de Rafaela por recomendación del reconocido pintor Pío Collivadino quien supo advertir el valor de su obra. En su labor como escultor realizó distintos trabajos con destino al cementerio municipal como el busto en bronce dedicado al maestro Benito Anduiza y el del diputado Martín

Oliver, así como placas con artísticos relieves en recordación de Eduardo Ripamonti y Juan B. Audenino.

Radicalados en Devoto (Córdoba), los Porzio se sumaron también con sus artísticas obras en distintos cementerios de la región. Leandro Porzio era oriundo de Asti donde había nacido en 1889. Su arribo se produjo, como en los casos anteriores, luego de la Primera Guerra Mundial. En la década de 1920, más precisamente en 1926, llegó a la localidad cordobesa con su pequeño hijo Nicola de tan sólo cuatro años. Allí desplegó su labor como escultor realizando trabajos destinados a espacios públicos como el monumento a la bandera, a la madre, y para la iglesia local, las estatuas de San Pedro y San José colocadas en la fachada principal. En materia de arte funerario tuvo también una producción destacada contando para el oficio con el auxilio de su hijo. En su propia localidad el pórtico del cementerio, y numerosos panteones familiares. En la región santafesina realizó entre otros, trabajos en los cementerios de Presidente Roca y de Rafaela. En el primero, la sepultura del matrimonio de Hipólito y Magdalena Gaido y en el segundo, el panteón para Juan Valsagna y familia. En este caso resolvió el encargo con los clásicos materiales de frente que solía utilizar para sus obras. Decoró las paredes laterales con un copón y un velo, como símbolos del cuerpo y el alma, y grabó en las caras laterales las inscripciones «Hodie Mihi / Cras Tibi».¹⁴ Sobre la puerta de ingreso colocó una imagen de perfil de la virgen y para el interior realizó un artístico altar.

En este mismo cementerio, en el panteón de Gentilini Hermanos, con la firma de R. Cinelli encontramos la escena de la crucifixión, resuelta ya con un lenguaje más moderno que los anteriores, de líneas depuradas y con las figuras desplegadas en torno a la puerta de ingreso. En la parte superior Cristo en la cruz y a ambos costados de la puerta, las figuras de María y María Magdalena. El sentido mismo de la puesta de la crucifixión no solo alude al drama histórico que recuerda, sino también al simbolismo de la contradicción y la ambivalencia. Ya desde la Edad Media, tal como el artista recurrió en este mismo caso, aparecen los pares dualistas extraídos de los testigos del acto. Esos pares no hacen sino ratificar el sentido binario de la cruz. El derivado del madero horizontal: lo pasivo, la manifestación; y del madero vertical: la trascendencia y la evolución espiritual.

No faltaron tampoco los encargos hechos desde estas poblaciones a las casas y talleres de las grandes ciudades especializados en este tipo de obras. Así para el panteón de Ripamonti, esposa e hijos se mandó hacer una gran placa recordatoria de Faustino Ripamonti a la firma de Constante Rossi, el eximio grabador de Buenos Aires que realizara placas y medallas de reconocida calidad artística. Si bien en sus obras no se apartaba de los modelos más clásicos, se advierte a menudo la influencia de una estética modernista. En este caso, el rostro del extinto fue colocado en la parte superior, en un medallón circular; a él dirige su mirada entre triste y resignada, una mujer de rodillas, como rindiendo al mismo tiempo tributo

a tal figura. Completa, enmarcando la dedicatoria familiar, un ramo de flores, símbolo de la belleza pero también de la fugacidad. Otras placas con destino a este mismo panteón también llevan la firma de Rossi.

La fama de los constructores y artistas italianos en la materia, hizo que se recurriera a ellos para obras de gran envergadura, como el panteón que la familia Weis encargó para el cementerio de Presidente Roca a Fausto Gallacchi de Rosario. Scarabelli y Fontana de la misma ciudad, verdaderos especialistas en este arte, realizaron a su vez una tumba monumento presidida por un busto en mármol de carrara para María M. de Aufranc en el cementerio de Rafaela.

Este arte para la eternidad, del que echaban mano los sectores más acomodados y que encontraba respuestas en los hábiles artistas y artesanos puestos a su servicio, parecía lograr su eficacia al reunir las dimensiones del tiempo en un espacio tan sensible al mismo. Así a través de tales obras podía conectarse el pasado de una vida, el presente del que contempla y la perdurabilidad de una memoria a través de la materia.

Por cierto que para otros, menos favorecidos económicamente y con menor reconocimiento en el seno de la colectividad, el recuerdo quedaría en el plano más íntimo y doméstico de la familia. Sus tumbas mucho más simples, carentes de tales tratamientos artísticos, seguirían albergando aún en la sencillez de las formas, las marcas indiciales de una genealogía, de un origen, expresadas a través de la fotografía y de las placas que testimoniaban el recuerdo filial y que también a su modo intentaba hacer posible la extensión de una memoria.

Conclusión

Así como toda ciudad expresa una proyección de los imaginarios sociales sobre un espacio al que se pretende cualificar y ordenar, los cementerios, estas otras ciudades de los muertos, no dejan tampoco de hacerlo. Surgidos como tantas otras expresiones en medio de un paisaje cultural modelado en este caso por el intenso flujo migratorio europeo que pobló la región centro oeste de Santa Fe, la presencia en ellos del aporte italiano se convierte en una referencia ineludible dada la importancia del colectivo en dicho proceso poblacionista. La propia organización espacial, cual reflejo especular de la organización social que cobraba forma en las colonias, les proporcionó un lugar de privilegio en el mecanismo de las fuerzas reguladoras de la vida colectiva, al poner en escena toda la carga simbólica de las formas de las que se echaba mano entonces para perpetuar una memoria.

Surgidos en un contexto donde el estado liberal se valió del espacio público urbano para construir su propia versión de pasado, ya sea a través de la nominación de calles, escuelas, plazas, como la construcción de monumentos, la colocación de placas, para los particulares les fue reservado este otro espacio de lo público, aunque segregado, separado prudencialmente. Allí las familias pudieron

exhibir la propia versión de sus pasados y edificaron sus propias memorias. Se valieron también ellos de los materiales más nobles como el mármol y el bronce, erigieron grandes construcciones y recurrieron a artistas y artesanos que grabaron imágenes y textos laudatorios, moldearon bustos y hasta levantaron verdaderos monumentos en algunos casos. La italianidad se coló por todas partes, desde las inscripciones en las tumbas que se grabaron en la propia lengua al sentido estético que aportaron constructores y escultores, así como la firme voluntad de querer permanecer unidos en el más allá. Ya sea como familia, en el panteón familiar, y como colectivo que la muerte volvía a contener en el panteón de las sociedades de socorros mutuos.

La voluntad por dejar memoria a través de estas formas creemos que tampoco puede separarse del hecho de que muchos, gracias a coyunturas que les fueron favorables, se habían reinventado. De desarraigados de su propia patria o expulsados por la situación económica habían pasado a ser miembros de una nueva clase propietaria en una tierra nueva. De ahí que la herencia, la conservación de lo que aquí se había logrado, se convirtió en verdadero mandato familiar, expresión del triunfo de una vida que la muerte no podía borrar, que era necesario perpetuar en estos verdaderos espacios de representación que eran los cementerios. Fueron así estos, los lugares apropiados para hacer de la memoria personal y familiar un culto al que las familias de origen italiano resultaron muy afectas y dedicaron por ello especial atención a la última morada aunque muchos siguieran viviendo en construcciones sin tantas pretensiones arquitectónicas como la tumba. Es que la importancia de la tumba parecía no escaparles ya que ésta en sus diversas tipologías, sea individual o colectiva, es expresión de una memoria. Ayuda a reconocer una identidad, a hacerla inteligible, a insertarla en la trama socio-histórica y en el propio imaginario de cada población.

Notas

* Profesor de Historia (ISP N° 2 Dr. J.V. González). Licenciado en Gestión de Instituciones Educativas (UCSE). Miembro de Número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe. Presidente del Centro de Estudios e Investigaciones Históricas de Rafaela. Principales publicaciones: *Actores, prácticas y representaciones de la historia local y regional* (Rafaela, Arteprint, 2010). *Maestros de la pampa gringa* (Rafaela, Peacock, 2007). *Imago Mundi urbano, la configuración simbólica de la ciudad* (Rafaela, Peacock, 2005).

¹ Bouchard, Pablo. Informe del Inspector de Colonias. Ministerio de Gobierno. Notas 1883-84.T. 107. Leg. 10.

² Datos extraídos del Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe 1887 (1888) Peusser, Buenos Aires, T.I.

³ Datos extraídos del Segundo Censo de la República Argentina 1895 (1898) Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires. T.II. Población CXXI.

⁴ Datos extraídos de República Argentina. Tercer Censo Nacional 1914 (1916) Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía. Buenos Aires. T.IV

⁵ Cfse. Segundo Censo...op.cit. T.III

⁶ Para algunos el autor de estos versos, que forman parte de una décima, es el uruguayo Francisco Acuña de Figueroa (1790-1862) que lo es también del Himno Nacional de su país. Para otros, la autoría le corresponde a Juan Nepomuceno Canet.

⁷ «Vosotros que por aquí pasáis / de mi acordaos / el fin viene, viene el fin». (Todas las traducciones nos pertenecen)

⁸ «En esta tumba reposan los despojos / de / Scaglija Vicente / esposo y padre amoroso / que aún en la tierna edad de 43 años / el 21 abril 1895 / dio su ánima al cielo / dejando inconsolable / a la consorte Tessara Juana / y dos niños que rogando / por el eterno reposo del querido extinto / este recuerdo dejan.»

⁹ Gatti Lucía / murió el 7 junio 94 / a la edad de 32 años / dejándolo desconsolado al esposo / Baraldi Celso / y cuatro hijos / R.I.P.

¹⁰ Viudo de Felicita Baldi / Faltó a los vivos el 29 diciembre 1892 / la familia sentida / este recuerdo deja».

¹¹ La parca no debía aún extinguirte / o / Octavio Viale / el trabajo y el afecto de una joven esposa / te hacían feliz / cuando la mano del asesino / te quitó el 15 mayo 1892 / a la consorte y a los hermanos / que desconsolados imploran por ti / Paz Eterna».

¹² Expresión muy común en la jerga masónica para aludir a una logia que cesó en sus actividades.

¹³ Archivo Cementerio Municipal de Rafaela. Libro de Defunciones I. II.

¹⁴ «Hoy a mí / mañana a ti». Expresión que en el lenguaje familiar se dirige a una persona que ha de sufrir pronto una prueba que nosotros ya hemos pasado.

Repositorios y fuentes

Archivo Cementerio Municipal de Rafaela. Libro de Defunciones I. II (1898-1930)

Bouchard, Pablo (1883). Informe del Inspector de Colonias, Ministerio de Gobierno.

Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe 1887 (1888). Peusser, Buenos Aires. T.I.

Segundo Censo de la República Argentina 1895 (1898). Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional., Buenos Aires. T.II. Población CXXI.

República Argentina. Tercer Censo Nacional 1914 (1916). Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía, Buenos Aires. T.IV.

Bibliografía

- Aries, P. (1999).** *El hombre ante la muerte*. Taurus, Madrid.
- Augé, M. (1994).** *Los no lugares*. Gedisa, Barcelona.
- (1998). *Las formas del olvido*. Gedisa, Barcelona.
- Balbi, L. R. (1985).** *Los nombres de la tierra*. Librería y editorial Colmegna, Santa Fe.
- Candau, J. (2002).** *Antropología de la memoria*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Cirlot, J. E. (1995).** *Diccionario de Símbolos*. Ed. Labor, Barcelona, [1991].
- Eusebio, M. (2006).** *Los Inmigrantes Lombardos*. Gráfica Gutenberg, Rafaela.
- Gallo, E. (1983).** *La Pampa Gringa*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Grossato, A. (2000).** *El libro de los símbolos*. Grijalbo, Barcelona.
- Imfeld, D. (1999).** *Piemonteses en el oeste santafesino*. Gráfica Gutenberg, Rafaela.
- (2003). *Un lugar para la memoria El cementerio en las colonias agrícolas*. Gráfica Gutenberg, Rafaela.
- (2005). *Imago Mundi Urbano, la construcción simbólica de la ciudad*. Peacock, Rafaela.
- Oyoli, Á. (1993).** *La señora niña*. Rivis Impresos, Rafaela.
- Peirone, R. y Tosello, A. (2009).** *Las Artes Visuales en Rafaela*. Ed. a cargo de Ricardo Peirone, S/D.
- Stoffel, L. (1995).** *Ripamonti, un hito en la historia de los comerciantes de la Pampa Gringa*. Imprenta Lux, Santa Fe.
- (2002). *La Masonería en Rafaela y sus múltiples interrogantes*. Gráfica Gutenberg, Rafaela.
- Troncoso, M. E. (2007).** *Il Recupero de la Cultura Inmigrante. Familia Piemontesa Devoto*. Ediciones del Boulevard, Córdoba.

Configuraciones de la italianidad en la literatura santafesina: archivos y patrimonios de la memoria gringa

Adriana C. Crolla*

Un poco de historia...

Mucho se ha escrito sobre los procesos migratorios de los italianos en la Argentina. Y no han sido pocos los que han tratado de organizar esa experiencia en cuadros estadísticos y modelos explicativos. Pero mucho menos es lo que se ha abordado en modo sistemático y fundamentado sobre la colonización en la pampa húmeda, el modo de inserción de las grandes masas de italianos en dichas tierras y su incidencia en el fenómeno transformador de la economía y la cultura local y nacional.

Proponemos entonces este breve recorrido con especial atención a lo ocurrido en Santa Fe.

Si bien la presencia de italianos en la Argentina y en el interior data de los primeros viajes de la conquista y con diversa intensidad (Crolla, 2013*b*), es posible fijar el inicio de lo que se entendería como «fenómeno inmigratorio» al período posterior a la batalla de Caseros (1852) que signa el fin del ciclo político de Rosas. A partir de la promulgación de la Constitución en 1853 en la ciudad de Santa Fe, se perfilan nuevas políticas y se logra consenso de construcción nacional basado en el proyecto liberal (ideario sistematizado en *Las bases* de Alberdi) por lo que se abren las puertas provocando el primer gran afluente, época cuyos perfiles se extienden hasta la Primera Guerra Mundial.

Esta primera oleada migratoria y los efectos de la «migración no deseada» caracterizará entre otros, el fenómeno del «conventillo» y el traumático estancamiento en Buenos Aires de grandes masas de desheredados.

Pero en la pampa aluvional, en especial en territorio santafesino, el fenómeno es altamente positivo lográndose la inserción de un número colosal de emigrados, la expansiva constitución de pujantes colonias y el desarrollo de las riquezas naturales.

El 15 de junio de 1853 se firma entre el gobierno provincial y el empresario salteño Aarón Castellanos, el Primer Contrato de Colonización para promover la instalación de una primera colonia, la que será fundada a 8 leguas de la ciudad capital en 1856 y se llamará Esperanza. Este primer contingente proviene especialmente de Suiza y sus países limítrofes, conformado por 1167 personas: 552 suizos-franceses y 609 alemanes: un 52 % suizos, 29,3 % alemanes y 13,6 franceses (de la Saboya). Pero en el Monumento a la Agricultura en la Plaza central de Esperanza, se registran apellidos italianos (Grenon, 1939:128). Ello es posible porque de las

200 familias que debían venir originalmente de Suiza y Alemania, es posible que ya piemonteses y valesanos, dada la cercanía con el país helvético, aprovecharan la reventa del contrato de algunas familias que desistieron antes de partir, y se hayan integrado. Constituyendo un contingente importante dos años después, cuando la Compañía de Beck & Herzog funda San Jerónimo y San Carlos.¹

El *Censimento degli italiani all'estero* organizado por el Ministero degli Affari Esteri a través de su red consular en 1871 (cit. por Devoto, 2006:56) señala una progresiva diversificación del origen. De mayoría genovesa y napolitana en el período rosista, con radicación exclusiva en Buenos Aires y dedicados a tareas del comercio fluvial, se va registrando la entrada cada vez más importante del triangulado Liguria–Piemonte–Lombardía, predominando todavía para el inicio de 1870 los lígures (57 %), seguido de lombardos (20 %) y piemonteses (11 %).

Según las estadísticas, los italianos que entran al país entre 1857 a 1873 son 175 726, es decir, un 65 % de las entradas. Si bien se estima que 100 000 realizaban el trabajo golondrina y regresan a Italia.

En estos primeros años de tenacidad y coraje la tierra colonizada en la pampa santafesina, comienza a dar los frutos y se activan las políticas provinciales, entre las que se destacan las acciones desarrolladas por Nicasio Oroño a partir de 1860. Primero como diputado nacional y gobernador interino, luego como Gobernador entre 1865 y 1868 y durante los nueve años posteriores en el Senado Nacional, defendió siempre la educación pública, la colonización de tierras, la libertad de pensamiento, la paz y la laicización de los registros civiles, lo que la valió la excomunión. Oroño fue el primero en comprender la necesidad de organizar una política inmigratoria y en 1861 —durante la administración del presidente Urquiza, que donó tierras de su propiedad en Santa Fe para crear nuevas colonias— da un gran impulso a la protección del inmigrante. El mismo Urquiza autorizó un crédito para promover el desarrollo de las colonias agrícolas sin presiones económicas, favoreciendo una inserción menos traumática a los miles de inmigrantes, principalmente italianos del norte, que llegaron a la Argentina y entraron al interior.

En la historia del fenómeno inmigratorio —principalmente el italiano— y de la colonización agrícola, 1861–1862 resulta una fecha decisiva. Es el inicio de la construcción de la ferrovía Córdoba–Rosario, ciudad mediterránea cabecera de la economía colonial y la nueva ciudad portuaria que permitiría de manera continua la salida de cereales y ganados. Esta estrecha comunicación favoreció el rápido desarrollo de las colonias en la provincia de Santa Fe. Y en este período —debido al alza de los precios del grano, relacionado con la Guerra contra el Paraguay— es que los contingentes arriban numerosos y continúan creciendo de modo exponencial. El 29 de diciembre de 1862, el gobierno de Santa Fe concede a los primeros colonos su título de propiedad sentándose un precedente de innegable peso político ya que por primera vez en la Argentina se entregaba en propiedad, una «porción de su tierra a la familia que directamente la trabaja, sin

preguntar por su raza, nacionalidad, idioma o convicción religiosa, sino sólo por su honestidad y laboriosidad».²

La política provincial de otorgamiento de la tierra y la progresiva fundación de colonias, genera una lenta penetración en las zonas del Litoral y una significativa diversificación ocupacional hacia lo rural. Al mismo tiempo, si bien predomina el trabajo «golondrina» ejercido por hombres solos que viajan alternativamente desde y hacia Italia para participar de las cosechas, aprovechando la gratuidad de los viajes de ultramar, se produce un progresivo aumento de núcleos familiares debido a la importancia de la «inmigración espontánea» y de los «llamados» en el seno de las redes migratorias, así como un lento pero sostenible aumento de mujeres y niños.

La irrupción de los italianos comienza entonces a ser incontenible

Entre los años 1865–1880 se produce un alza del precio de la tierra por el fenómeno de la especulación territorial y empobrecimiento estatal por la construcción de las líneas de ferrocarril, lo que sin embargo no impide un periodo floreciente y de imparable expansión con cambios vertiginosos en la propiedad de la tierra, revalorización de los precios, parcelación y fundación de nuevas y pujantes colonias, tendencia al monocultivo del cereal y consolidación de las redes sociales inmigratorias que incrementan exponencialmente la llegada de nuevos colonos, en especial de familias.

Gabriel Carrasco, observador calificado de la colonia santafesina y director del Primer Censo Provincial en 1887 observa que el 70 % de la población inmigrante era para ese año de origen italiano y que de 400 000 habitantes, un 45 % era extranjero y de ellos un 70 %, italiano, superando incluso a los criollos en 30 de los 100 distritos provinciales (1888:iv). A inicios de 1870 opinaba:

El viajero que cruza las llanuras encuentra numerosos rebaños y grandes rodeos de hacienda y ve de cuando en cuando el pajizo rancho cuando no los importantes edificios de los propietarios acaudalados, nacionales y extranjeros, que se levantan en medio de la pampa santafesina como el emblema de la civilización y anuncio práctico de los resultados del trabajo... En las numerosas colonias agrícolas de la provincia el paisaje cambia de aspecto... Antes de 1852 la agricultura era casi desconocida y únicamente uno que otro laborioso santafesino sembraba algunas cuerdas de maíz para obtener choclos y mazamorra o unas fanegas de trigo para tortas y loco. En aquella época la provincia era exclusivamente ganadera, pudiendo considerarse la agricultura como no existente. La provincia entera permanecía yerma y... aquellos buenos habitantes, más acostumbrados a luchar con los indios que a manejar el arado y la podadora, estaban muy convencidos de que la tierra no producía. Esto llegaba hasta el punto de que la alimentación de las clases pobres era exclusivamente animal (carnívora) consumiéndose muy poco pan o productos

de harina, porque ésta tenía que ser importada del extranjero, de Chile y aún de California y era por consiguiente escasa y cara. ¡Cuánta diferencia desde entonces hasta hoy! La provincia de Santa Fe es actualmente la más rica de la República por su agricultura y por las grandes cantidades de cereales que produce, llegando a abastecer el consumo de la República y aun enviando a Europa el exceso de sus productos. Todo esto se debe exclusivamente a la formación de las colonias agrícolas que hoy en número de 90 arrancan a las más pingües cosechas. (Carrasco, cit. por Carlino, 1976:213)

En 1885 el diario *L'Economiste Française* afirmaba que la riqueza media de los colonos santafesinos podía estimarse en 2115 francos. Casi el doble de lo que la misma fuente calculaba para Italia: 1175 francos (Gallo, 2004:245). Por ello, durante la crisis económica de los 90, si bien se manifiesta una pérdida generalizada del ahorro y del poder adquisitivo, la provincia de Santa Fe en 1896 ha recuperado ya un nivel positivo gracias a la progresiva consolidación y estabilidad económica en las colonias, donde se manifiesta una población más estable y próspera que en otras partes del país.

Pero no todas las voces ni las circunstancias fueron en su origen acogedoras para los recién llegados y los gringos serán juzgados sin caridad por la población nativa, los gauchos.³ Sin embargo la palabra «gringo» va lentamente perdiendo su connotación ofensiva y burlesca para pasar a ser, con la inevitable fusión de sangre, un apodo cariñoso y valorizador, específicamente atribuido a los italianos (Crolla, 2009, www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo).

Un segundo período es el que media entre los años 1895–1914 y el inicio de la Primera Guerra Mundial. En estos años se produce una progresiva «italianización» del componente inmigratorio, en especial de origen norpeninsular, sobre todo del Piemonte, compuesto de población mayoritariamente rural y un predominio de profesiones ligadas a las tareas agrícolas. Compuesto por hombres jóvenes y núcleos familiares y una importante entrada de mujeres solas o acompañadas de hijos pequeños. La llegada es favorecida por la cadena de redes inmigratorias endogámicas sólidas y operativas.

Este período se ve favorecido por políticas estatales y gestiones empresariales privadas que potencian el desarrollo del minifundismo familiar de explotación agrícola–cerealera. Y la Pampa Gringa se prepara para hacer de la Argentina el mítico «Granero del Mundo» que proveerá de alimentos a vastas poblaciones europeas, azoladas por las guerras y la pobreza.

En 1914 podríamos fijar el inicio de un tercer período. Los italianos en Argentina constituyen ya un tercio de la población total: 1 930 000 y se concentran en la provincia de Santa Fe, Buenos Aires y Córdoba (80 %). Pero en la Pampa gringa, constituyen el 51 % de los habitantes. En Santa Fe, para esa época, los italianos constituyen la mitad de los arrendatarios y un tercio de los propietarios.

El período entre guerras manifiesta un saldo positivo de entradas entre 1920–21, favorecido por la Ley de Cuotas norteamericana y por los decretos de 1916 que mejoran la Ley Avellaneda, si bien ya se exige la presentación de pasaporte con foto y certificado de moralidad y salud.

Este momento se caracteriza por el proceso de voluntaria «argentinización» de las nuevas generaciones y la inserción de nuevas migraciones que, radicándose mayoritariamente en las ciudades, en particular alrededor del puerto y el desarrollo industrial de él derivado, van perfilando nuevos diseños en las redes sociales, manifestado en fuertes presiones sobre el cambio demográfico, el choque y la revalorización–desvalorización de las diversas culturas de origen, así como las prácticas sindicales de organización y de luchas políticas.

Las convulsiones que provoca la Segunda Guerra Mundial, los conflictos de política interna en Italia provocados por el fascismo, la resistencia y la organización nacional a partir de la constitución de la República en 1947, ocasiona otra oleada de migrantes proveniente sobre todo de las regiones meridionales, las que inciden particularmente sobre el tejido social ciudadano, redimensionándose los procesos históricos anteriores. Es notoria la variación de espacios de origen de personas y grupos que antes se orientaban hacia los EE. UU., en particular los meridionales (sicilianos, calabreses), junto al mantenimiento de espacios tradicionales de migración (Piemonte, Lombardía).

En la ciudad de Santa Fe por ejemplo, a partir de 1924 y hasta avanzada la década del 50, llegan grupos provenientes de Friuli–Venezia Giulia, Le Marche y Sicilia (en particular de Rosolini) y numerosas familias del Lazio (en particular de Avellino) y de los Abruzos, que se radican en los nuevos barrios al norte de la ciudad, generando grupos identificables y centros sociales que indican su proveniencia: Figli di Lione, Centro Laziale, Centro Abruzzese, Familia Siciliana, así como negocios que enarbolan orgullosos el lugar de proveniencia.⁴

En esta época se acentúa el proceso de movilidad y dispersión familiar hacia diferentes destinos gracias al desarrollo de los medios de transporte marítimo y la apertura de otros destinos alternativos con un progresivo abandono de radicación rural, lo que incide particularmente en la Pampa Gringa, al acentuarse el flujo inmigratorio hacia las zonas urbanas y la incorporación de nuevas zonas de radicación en el país, como el valle del Río Negro y la Patagonia. Al mismo tiempo se produce un descenso abrupto del sector masculino superado por los arribos femeninos debido al fenómeno de reubicación familiar; cambios de estructura etaria por aumento del número de menores y adultos mayores a 40 años y reorientación ocupacional hacia actividades urbanas industriales o conexas.

Un cuarto período, posterior a la Segunda Guerra, manifiesta la reducción progresiva de la proporción de extranjeros en la Argentina llegando a un 5 %, por muerte de los pioneros y envejecimiento poblacional, así como de las entradas anuales. En 1956 entran sólo 10 000 italianos y la Argentina va pasando a un

tercer puesto en preferencia de destino. La guerra y sus secuelas es un factor que influye en el último flujo inmigratorio beneficiado por un acuerdo bilateral que se firma entre ambos países y por la incidencia de la parentela ya residente que acoge a los nuevos arribados.

Un último período, que enunciamos como «post-inmigratorio», se extiende entre 1955–1980, con una reducción casi completa de entradas y un crecimiento significativo de los retornos así como un predominio casi absoluto de radicaciones urbanas. El fuerte movimiento empresarial peninsular produce una visibilidad creciente de «lo italiano» en todas sus expresiones, gracias al boom del «miracolo económico» de los '60 como consecuencia de la aplicación del Plan Marshall, lo que impacta en todos los órdenes de la cultura, la industria y la economía local, reconfigurando la mirada que se tenía de Italia. País que a partir de 1980 se rediseña en la utopía de las nuevas generaciones argentinas y receptor de emigraciones favorecidas por el otorgamiento de la ciudadanía italiana, debido al derecho constitucional del *Jus sanguinis*, a los descendientes de aquellos numerosos inmigrantes que nunca rechazaron la de origen.⁵

La italianidad en la literatura de la Pampa Gringa santafesina y sus configuraciones

La cultura italiana, como fenómeno histórico y social, fue por tanto trasplantada a nuestra tierra en los recuerdos, costumbres, lenguas y dialectos de esa inmensa cantidad de italianos que emigraron a la Argentina en grandes oleadas. Fuerza étnica que provocará cambios sustanciales en el esquema social autóctono (indio-hispánico) dando origen, junto a tantos otros extranjeros, a lo que se conoce como Pampa Gringa, extendida en el espacio geográfico de la llanura centro y sur santafesina, la franja este de la provincia de Córdoba y los espacios colindantes al norte de Buenos Aires. Italia se destaca como fuerza matricial de esta amplia zona aluvional que experimentó un fenómeno inusual de «colonización». Y en la que los italianos, en interacción con la etnia criolla y aborígen, dieron lugar a una experiencia inédita de fusión y sincretismo cultural.

Ser «gringo» de origen, poseer una marca identitaria europea, y por extensión, italiana, es para los habitantes de esta «zona» una cualidad tan intrínseca y naturalizada, que casi impide tomar conciencia de la «extranjería» y «otredad» que la constituye (Crolla, 2009).

Nos interpela particularmente la contradicción entre esa ostensible hegemonía numérica en la conformación social local y la escasa visibilización de sus diversas manifestaciones, entre ellas la literaria. Y por ello hemos decidido trabajar con materiales locales de marcada valía como son los archivos públicos y privados y las bibliotecas atesoradas por albaceas de intelectuales y escritores de la talla de Eugenio Castellí, Gastón Gori y Mario Vecchioli. Lo que nos posibilita un acceso

directo a fuentes no trabajadas y permite reconstruir con precisión el modo en que las sucesivas generaciones de escritores santafesinos construyeron una cofradía intelectual y una escuela poética y ensayística original, autoidentificada como «Literatura de la Pampa Gringa».

Santa Fe, desde la época colonial produjo una literatura de interesantes perfiles sin dejar de establecer, según las épocas, estilos y tendencias, una apertura a lo foráneo, de lo que dan cuenta la mayor parte de nuestros críticos: José R. López Rosas (1972), Eugenio Castelli (1991, 1998), Felipe Cervera y Graciela Cocco (1985, 1989), Osvaldo Valli (1985, 1992), Gastón Gori (1940; 1950; 1988), Gladys Onega (1969) y José Luis Vittori (1986, 1988), entre otros.

En este trabajo, sin pretensión de exhaustividad, aglutinamos algunos recorridos previos, recuperando voces reconocidas por la crítica y que conforman el espacio de los «poetas de la pampa gringa» por su común motivación hacia los temas de la tierra y la inmigración. A partir de documentos epistolares y poéticos, avanzaremos en el análisis de una red discursiva que da origen a una especial cofradía con marcas poéticas identitarias y perfiles inusuales en otros contextos, que denominamos «fratellanza».

En otras sedes (Crolla, 2013a; 2013b) manifestamos que gracias a la colonización se configuró una nueva civilización que se celebró como «gringa» y que cubrió de leyenda la pampa gaucha y a la que el poeta Carlos Carlino le otorgó el status de nueva heráldica nombrándola «rosafé candial de los trigales» (1976).⁶

Si bien no es posible encontrar la palabra directa de los actores que vinieron a *fare l'America* porque por desconocimiento de la nueva lengua, por iletrados o porque eligieron un marcado mutismo para olvidar el mundo que habían dejado atrás, no dejaron registro, sí transmitieron valores ancestrales a los hijos, quienes ya argentinizados, supieron inventar una crónica y un imaginario poético para celebrarlo.

En su libro sobre la literatura santafesina del siglo xx (1998) Eugenio Castelli reconoce cuatro períodos que organiza según la categoría de «Generaciones literarias». Otorga a los que pertenecen a la primera, entre 1925 y 1939, el apelativo de «Poetas de la Pampa Gringa», incluyendo en este grupo a José Cibils, José Pedroni, Carlos Carlino y Mario Vecchioli.

Unos años antes, los estudiosos Cervera y Cocco (1989) habían elaborado una antología de textos literarios santafesinos, con una explícita intención didáctica. Para ello cartografiaron la provincia en tres regiones: la criolla, la gringa y la urbana, desde una perspectiva «regionalista» y con una metodología de impronta «naturalista». Si bien estos planteos fueron superados por posteriores corrientes teóricas, la propuesta tiene para nuestras indagaciones, el valor de que se reconoce una literatura referida a la Pampa Gringa proponiéndose la lectura de textos de Segundo Ramiro Brigiler, Lermo Rafael Balbi y Gastón Gori.

Previamente, el apelativo «Gringo» en relación con la experiencia colonizadora, había sido sancionado por Alcides Greca en una novela que publica en Chile: *La*

pampa gringa (1936) y de la que se carecen ejemplares en circulación. Término que luego Saer extenderá a la identificación de una «zona»⁷ y a una matriz cultural identitaria, si bien de difícil determinación.⁸

Así, en «Discusión sobre el término zona» (incluido en *La mayor*, 1976) los amigos Pichón Garay y Lalo Lescano, discuten el alcance de este término durante un tórrido día de febrero de 1967. Garay está por emigrar a Europa y en parte le preocupa la idea del desarraigo. Por ello necesita afianzar su fidelidad a una zona de pertenencia, la santafesina, y alcanzar una idea clara de sus límites y demarcaciones. Tarea casi imposible conceptualmente, piensa Lescano, pero según Garay, necesaria y concebible con cierta precisión para cualquier habitante que, al poseer una serie de coordenadas conceptuales provistas por sus propias matrices culturales, puede pensar y pensarse desde el paradigma identitario de su propia territorialidad. Y explica:

¿Dónde empieza la costa? En ninguna parte. No hay ningún punto preciso en el que se pueda decir que empieza la costa. Pongamos por ejemplo dos regiones: la pampa gringa y la costa. Son regiones imaginarias. ¿Hay algún límite entre ellas, un límite real, aparte del que los manuales de geografía han inventado para manejarse más cómodamente? Ninguno. Lescano está dispuesto a admitir ciertos hechos: ... Étnicamente, la pampa gringa está compuesta más bien por extranjeros, italianos sobre todo, en tanto que en la costa predominan las familias criollas. Pero acaso ¿no hay italianos en la costa y criollos en la pampa gringa? La pampa gringa es más fuerte desde el punto de vista económico y sabemos con precisión que mientras ella está más cerca de Córdoba, la costa en cambio limita con Entre Ríos y con Corrientes. Todo esto supone un principio de diferenciación, admitido. ¿Pero no existe también la posibilidad de definir la pampa gringa como una costa que está más alejada de Entre Ríos... una costa en la que por las características de la tierra se siembre más trigo que algodón?... No hay ningún límite preciso: el último arrozal está ya en el interior de los campos de trigo, o viceversa... No entiendo, termina Lescano, ¿cómo se puede ser fiel a una región, si no hay regiones? No comparto, dice Garay. (Saer, 2010:137)

Por tanto el desafío es intentar determinar algunos de los elementos que nos permitirían hablar de una «zona literaria» asociada a lo «gringo». Zona que entendemos no se corresponde con un preciso límite geográfico, ni con una sola matriz foránea (en Pedroni «gringo» se refiere al componente extranjero que fundó Esperanza y en Greca al que se radicara en la pampa santafesina), pero tampoco limitado a un período histórico o a una sola generación como lo entiende Castelli, ni a productores nacidos exclusivamente en la región. Si bien un elemento que permite pensar en un conjunto identificable sería el abordaje de temas asociados a los tópicos de la tierra y de la extranjería.

Mientras el «sainete» porteño refleja el impacto inmigratorio y las transformaciones sociales que experimenta la gran urbe, consolidando el estereotipo degradante del «tano» y el «cocoliche», en 1904 Florencio Sánchez (Montevideo, Uruguay, 1875–Milán, Italia, 1910) estrena en Rosario *La gringa*, drama rural donde se propone una interpretación diferente y superadora, basada en la experiencia colonizadora de la pampa litoral. Precursor en el tratamiento poético de las contradicciones por la inserción del gringo en tierras del gaucho, el dramaturgo uruguayo refleja en la acción dramática los conflictos provocados por la pequeña burguesía agraria inmigrante en ascenso, con un mensaje final conciliador.

La acción se articula alrededor de una tipología creíble de arquetipos como son don Nicola y María, matrimonio de gringos ricos y pujantes, dueños ya de una importante cantidad de tierras que han prestado plata al gaucho Cantalicio quien por impericia, juego y vagancia (según opina el gringo), no puede devolver el préstamo y termina perdiendo el rancho y la tierra, que considera le pertenece por derecho histórico. Los hijos de ambos, Próspero (del gaucho) y Victoria (del gringo) se han enamorado y llevan en sí los nombres emblemáticos de una nueva clase emergente: la burguesía agraria. Los peones gauchos critican al gringo por someter a su prole a duras condiciones de trabajo, al no poder comprender el modelo trasplantado de economía doméstica: «Pucha, gringos desalmaos... podridos en plata y haciendo trabajar a esas pobres criaturitas...» (Sánchez, 1999:20). Mientras Cantalicio manifiesta su resentimiento ante el extranjero que le roba su tierra y su libertad, el gringo rechaza la cultura del gaucho y se enfurece cuando se entera de las pretensiones de Próspero, manifestando la supremacía que ya ejerce sobre el nativo:

Nicola: Cosa?... Cosa?... Mándese a mudar le digo. En seguida, eh? Casarse!... Casarse!...Te gustaría eh?, casarte con la gringa pa agarrar la platita... los pesitos que hemos ganado todos trabajando...trabajando como animales sobre la tierra! Ya! Mándese a mudar...haraganes!... aprendan a trabajar primero... No me faltaría otra cosa de que después de tanto sacrificio pa juntar un poco de economía, viniese un cualquiera a querérsela fundir...Conque casarte!...casarte con la herencia, no? Con la herencia del gringo viejo... pa gastaarla en los boliches y jugarla en las carreras... Haraganes! Mándese a mudar! (vase mascullando frases en dialecto piemontés) Mándese a mudar! Aprenda a trabajar primero. (1999:30)

Próspero, que ha dejado su mundo para trabajar con los gringos, ha aprendido que se necesita cambiar para generar la «buena raza» argentina. Bisagra entre las dos culturas encarna el mensaje superador de una nueva sociedad basada en la integración y en la valoración de los opuestos. Por ello el drama culmina felizmente y la unión matrimonial se concreta. La venida de un hijo anticipado y la conversión del gaucho a la cultura del trabajo es el *deus ex machina* que lo justifica.

Pero en esta operación fusional la figura de la mujer como motor del cambio es de capilar importancia. Por ello Próspero reta a los otros gauchos:

Qué saben ustedes!... Búsquenme la última gringuita de estas y verán que mujer así le sale...qué compañera pa todo...habituada al trabajo, hecha al rigor de la vida, capaz de cualquier sacrificio por su hombre o por sus hijos... Amalaya nos fuéramos juntando todos los hijos de criollo y de gringo y verían que cría! (1999:20)

Se podría decir que *La gringa* es la primera obra dramática que muestra los efectos positivos otorgados al «gringo» gracias al éxito de la política «colonizadora» en tierras que ya empiezan a reconocerse con ese apelativo. Así como las contradicciones surgidas con el grupo nativo, el gaucho, convertido en peón de los prósperos inmigrantes.

Castelli reconoce a Amilcar Razzori (1894–1958), no santafesino de origen, como el anunciador de una mirada nueva sobre la realidad agrícola santafesina con su novela *Campo arado* (1923). Y a José Cibils (1866–1919), entrerriano de nacimiento, como poeta constructor de imágenes líricas sobre la pampa y la figura del colono inmigrante en tanto símbolo del progreso y transformación social. Gori por su parte considera a José del Hogar con el primer novelista de la tierra.⁹

Como ya anticipáramos, *La pampa gringa* de Alcides Greca (San Javier, 1889–Rosario, 1956) expresa los conflictos que viven los colonos inmigrantes en el sur de la provincia. Ambientada en Maciel, los personajes son gringos, entre ellos varios italianos, empobrecidos por la sequía y la especulación, que se sublevan y son reprimidos ilegalmente por otros gringos ricos que ya conforman las «fuerzas vivas» de la gran urbe, Rosario. Elementos que hacen de la novela un intento de denuncia al sistema político–social imperante y que le valió al autor recibir amenazas cuando la novela se encontraba en curso de edición, por lo que debió publicarla en el país vecino.

Por su parte, Gastón Gori (Esperanza, 1915–Santa Fe, 2004) (pionero en el estudio comprometido de la problemática inmigratoria y de las contradicciones sociales durante un período crítico en la conformación de la vida social local y argentina) confió a su hija Mónica Marangoni que su intención al comenzar a investigar sobre la colonización fue la ausencia de estudios serios y la oportunidad de contar con las fuentes para analizarla en su real dimensión. Conocimiento que consideraba imprescindible para poder escribir una novela de inmigración desde una mirada más realista, evitando las estéticas neorrománticas o el tono épico que habían elegido los poetas. La primera novela que publica sobre estos tópicos es *La muerte de Antonini* (1956), donde pinta con tonos acervos la existencia de un italiano miserable y avaro. El personaje es presentado como la resultante de un caso de orfandad obligada, pues queda desde niño al amparo de la familia de

un «compare» hasta el regreso, nunca ocurrido, del padre de Italia. La historia es narrada desde la mirada crítica de quien fuera su hermano postizo, quien memora e interpela al cadáver de Antonini para tratar de encontrar un sentido a tanta mezquindad.

Creemos que en cierto modo Gori no pretende sólo analizar la parte sórdida de la inmigración, sino continuar indagando sobre un tema de interés surgido en sus tempranas lecturas escolares: la maldad congénita. Alfonsina Dusuel, personaje de la novela *Pedrito* de Anatole France (un fragmento se proponía a la lectura de niños de 6° grado en el libro *Claridad*) tortura a otro niño que no puede defenderse ni protestar pues los adultos no pueden creer que pueda esconderse tanta maldad en esa angelical niña.

Con *Antonini*, Gori traspone además el caso de un italiano miserable que conoció en La Forestal durante su estadía en la misma y, según su hija, el temperamento de un vecino de su infancia en Esperanza. Por tanto suponemos que no tuvo la intención de presentar a este italiano como prototipo del grupo inmigrante, sino indagar con tonos más sombríos, otros aspectos concomitantes como fueron la especulación y la usura, o un caso extremo de resultantes sociales.¹⁰ Al no especificar la locación y hacer transcurrir la acción en ámbito cuasiurbano, logra mostrar, sin llegar a ser emblemática, una historia posible en las colonias emergentes de la pampa gringa.

La novela que Gori escribió sobre la inmigración es *El desierto tiene dueño*, publicada en 1958 aunque escrita contemporáneamente a la anterior. En la solapa de la edición de editorial Doble p., su editor Carlos Prelooker manifiesta haber recibido el original definitivo de *El desierto...* en 1956, aunque se publica dos años después por problemas de presupuesto y, tal su denuncia, por falta de apoyo oficial para la promoción de escritores argentinos. Por lo que fue Don José Stillman, dueño de la empresa, quien asumió el costo de edición.^{11 y 12}

La propuesta narrativa responde a los protocolos de la novela histórica. Carlos Beck, dueño de la empresa suiza a quien Aarón Castellanos dio el encargo de contratar las familias que empiezan a conformar las nuevas colonias, aparece como personaje. Y si bien el relato se abre con una referencia a 1856 y a la fundación de Esperanza, se reconstruye la historia de las familias suizo-alemanas que llegan en la goleta «Fautier» (entre ellos el protagonista Ernesto Bourdin y su familia) a San Carlos, colonia fundada por Beck en 1858. Datos que el historiador seguramente recabó de los documentos estudiados.

No sólo se destaca la maestría de Gori en los diálogos, la justa reconstrucción del proceso histórico y los trazos expresivos con que hace revivir a los responsables de la gesta, sino que, y transcribimos a modo ejemplo, demuestra verdadera excelencia cuando con sintéticos trazos reconstruye en su compleja expresión la experiencia inmigratoria y los conflictos concomitantes. La tierra y sus transformaciones en una geografía de «desiertos compartidos», es descripta con sugerentes tonalidades:

La llanura desértica se extendía por el oeste hacia Córdoba. Uno que otro fortín rodeado de empalizada, con pocos soldados de custodia, guarnecía la frontera. Fiscalizábase desde allí, en lo posible, el tráfico de vacunos y yegüarizos, y resistíase a esporádicos avances de los indios sobre las estancias que abastecían de ganado a las poblaciones y a las tropas.

En la inmensidad del desierto, lo asombroso era el hombre transitándolo... Por el sur, la tierra virgen tapizada de gramíneas uniformes, se prolongaba con monotonía y daba, en primavera, el aspecto de ondulante mar de verdura; y en verano, en zona de cardales, el de eriazos áridos. Interrumpía su igualdad cuando mucho, algún grupo de árboles sombreando vivienda de pastores o el curso irregular de arroyos en cuyas barrancas la maleza proliferaba al favor de la humedad y proporcionaba refugio a delincuentes, vagabundos o desertores y a familias aborígenes expulsadas por la miseria, que, de tránsito al interior de las provincias, sorteaban la vigilancia policial de los fortines.

Por el norte, la colonia Esperanza desconcertaba la visión de la llanura. Tierras aradas, bueyes uncidos, cuadrilongos con cercos de árboles o zanjeados, carruajes campesinos a la usanza europea, habían creado, como en San Carlos, un ritmo distinto al autóctono que pujaba desde todos los límites con su influencia salvaje o pastoril, para introducirse en el orden de ese sitio novedoso de extranjería. Mas pocas leguas abarcaba la colonia y tornaba el desierto despejado a predominar, inmenso y silencioso, hasta las estribaciones del Chaco. (Gori, 1958:133-134)

Con referencia a los «Poetas de la Pampa Gringa», José Pedroni (Gálvez, 1899–Mar del Plata, 1968) es su estandarte por potencia expresiva y porque Leopoldo Lugones lo canonizara como «Hermano luminoso» al publicar *Gracia plena*. Pero integra una tríada auroral al modo de la magna del Trecento italiano de Dante, Petrarca y Boccaccio, con otros dos poetas confraternos: Mario Vecchioli (Sunchales, 1903–Rafaela, 1978) y Carlos Carlino (Oliveros, 1910–Buenos Aires, 1981). Poetas que fundan el canto de la Gesta Gringa y que inician una tradición de diálogos estéticos y de preocupaciones compartidas.

Pedroni, con su libro *Monsieur Jaquín* (1956) y poemas como «La invasión gringa», «Génesis», «Puerta», «Historia de una escritura», «Nostalgia», «Monumento a la agricultura», rinde tributo a los pioneros y a la gesta colonizadora en sus esencias arquetípicas. Con tonos más personales, construye también la memoria verbal de su padre italiano, Don Gaspar, rescatando metonímicamente en sus herramientas de albañil, los símbolos constructores de la sociedad naciente.

Carlos Carlino, si bien nació en Oliveros, se crió en el mundo campesino de Maciel y Gálvez, para luego ir a Rosario a cursar sus estudios secundarios. La valoración del campo y de sus gentes aflora en *Poemas de la tierra* (1938) y en *Poemas con labradores* (1940) donde recupera la voz mediterránea del padre, abuelo y de tantos otros que, «con ternura de novio» aprendieron a amar y conquistar la

tierra nueva. Como afirmó su amigo Pedroni, el lino que lleva su apellido es color emblema de su palabra poética, dignificada en la bucólica relación con la tierra y la dolorosa conciencia de los sacrificios y costos que fueron necesarios pagar para «enamorarla». Es en el teatro donde indagó con lúcida conciencia social los problemas que comenzaban a manifestarse en estos nuevos ambientes y por lo que alcanza trascendencia nacional. En 1952 es proclamado el mejor dramaturgo del año por Argentores y obtiene el 2do Premio Nacional de Teatro por su obra *La Biunda* (deformación dialectal de «bionda»: rubia, en italiano). El drama se desarrolla en una chacra de la pampa santafesina, hacia 1910. La acción plantea el eterno drama de amor adolescente e imposiciones familiares en una ambiente de porfiada tozudez y de conveniencias, traducidas en el trueque «mujer por hacienda», lo que lleva a un desenlace trágicamente desesperanzado. Con *Tierra del destino* (estrenada en 1951) refleja las tensiones generacionales entre el nono inmigrante escapado de la miseria en la Italia de origen, el padre fuertemente arraigado a la tierra y a sus esclavizantes ritmos y el hijo que corre tras la fascinación que ofrece la gran ciudad. Tema del desgajamiento de las familias campesinas que con diferentes tonalidades será preocupación de otros escritores.

Es también interesante mencionar la producción ensayística de Carlino. En *Gauchos y gringos en la tierra ajena* (1976) indaga en los orígenes y hace visible las numerosas aristas del proceso inmigratorio y su incidencia en la construcción nacional. Experiencia que celebra como un milagro único en el mundo porque aquí, afirma, los hijos se hicieron americanos sin dejar de ser hijos de extranjeros. «Un milagro que sólo se da en la Argentina y que sólo pueden entender los limpios de corazón, los puros de conciencia y los inmigrantes de la invasión pacífica y su extensa progenie aborigen» (1976:332). En *Biografía con gringos* (1976) propone un interesante análisis de la relación entre el tango y los hijos de los gringos, como baile de afirmación y de ratificación de la nacionalidad argentina, como emergente en los márgenes de la gran urbe y su incidencia en las extendidas pampas de la colonización:

El tango es producto metropolitano y nosotros somos de provincia, campesinos, pueblerinos. ¿Cómo pudo producirse la extraña adopción? Sencillamente porque Buenos Aires nos facilita un rasgo argentino en cuya creación y difusión intervienen gringos e hijos de gringo. Conviene advertir, además, que los intérpretes máximos del tango en esa época, en lo que se refiere al canto, son Carlos Gardel, francés; Agustín Magaldi, descendiente de italianos nacido en Casilda, zona cerealera, e Ignacio Corsini, porteño, cuyo apellido no da lugar a dudas.

El tango, que en parte es inmigrante —desciende de la habanera introducida al país por el puerto de la Boca— nos entiende y expone, e intuimos que en la canción folklórica de Buenos Aires podemos encontrar el elemento raigal preciso. No sólo porque la ciudad es campo cubierto de pavimento...sino porque la simbiosis campo-ciudad está lograda en esa música.

En especial por el «gaucho porteño» que ensalza la morocha en el tango de Villoldo: «Soy la gentil compañera/ del noble gaucho porteño».

Gaucho porteño. Pampa–metrópoli. Y además por otras razones. Una de ellas es que nosotros, los hijos de los inmigrantes pobres somos pueblo, y el tango indudablemente lo es... Alberdi había dejado escrito: «la Argentina no son dos partidos, son dos países. Son Buenos Aires y las provincias». Nosotros, los jóvenes del litoral gringo, liquidamos cantando la empecinada contradicción. (1976:15–16)

Más adelante, analiza aspectos que ratifican la hipótesis del tango como operación de «prendimiento matricial» (Mandoki, 2006) y el modo como encarnándose en esta música que tomaron prestada de Buenos Aires, los hijos de los gringos construyeron la propia nacionalidad argentina. Proponemos este extracto que, aunque extenso, consideramos necesario para adentrarse en la teoría basilar del ensayo:

Para defenderse de los otros hombres los gringos se constituyen en círculos algunas veces estrechos. Dentro de las empalizadas lingüísticas costumbristas, sentimentales, nacemos nosotros. Y al adquirir conciencia, tempranamente por cierto, de nuestra incomodidad en tal recinto, buscamos la manera de evadirnos... La República no nos da casi nada para alentarnos en el ingreso de la nacionalidad... Al asomarnos a la conciencia de la necesidad de estar, de construir nuestra propia residencia, vemos que nos dan muy poco para cumplir con nuestro propósito, y que ese poco es bastante confuso, casi caótico. Sucede, que además de lo expresado, los hijos de la inmigración no tenemos canción argentina que nos exprese. Nuestros padres han traído sus canciones: *El Sirio*, *La viuleta*, *Il mazzolin di fiori*... todas hechas de despedidas, de amores que esperan al otro lado del mar, de promesas de regreso, de hechos bélicos, de paisajes extraños... El tango, con la grave tonalidad del bandoneón, conviene al problema que nos asedia. Sentimos, intuimos, que el tango, aun con sus historias ciudadanas, nos manifiesta...

De entrada planteamos lucha contra el idioma paterno, porque no es el nuestro, porque no nos corresponde a nosotros ni a la realidad. La naturaleza es uno de los elementos esenciales para el logro de una expresión propia. El lenguaje es una revelación, una necesidad territorial. Y el tango tiene la letra, el idioma que pertenece al medio, está en la verdad geográfica y humana. En tal ambiente, la pampa toda en derredor, y el río padre a un costado, con sus vivencias y su historia; fraternizando con los muchachos que tienen patria desde antiguo y con un poco de tango, comenzamos a crear idioma propio. Un idioma en el cual tienen poderosa injerencia vocablos indígenas que nos llegan de la costa, palabras quechuas que nos vienen del norte, el lunfardo, que se pasea por el tango, y los modismos populares que andan por las calles. Allá, en ese tiempo en que todo estaba por hacerse, también contribuimos a hacer el idioma argentino.

Al margen de la vida nacional, casi de prestado, transitando por caminos ásperos, con fe, con voluntad, con ansiedad de arraigo. Hicimos otras muchas cosas. Iniciada la estabilización, además de desbrozar campos, hachar montes, civilizar el desierto, levantar pueblos y ciudades cada vez más adentro, comenzamos a escribir versos, a documentar artística y literariamente la época, a legislar con sentido realista y revolucionario; a lubricar, en una palabra los engranajes enmohecidos del país. Y lo hicimos patrióticamente, porque la fuerza telúrica, lo fundamental del espíritu argentino, nos absorbió totalmente....los hijos de ese ser postizo rompimos con la inadaptación, la añoranza, la prevención, el aislamiento; levantamos nuestra conciencia patriótica aventando la viva conciencia de patria lejana que nos insuflaban los mayores.. [quienes] no han dejado más que un país en marcha, millones de descendientes patriotas e idóneos en cualquier quehacer, y sus huesos finados. Y hemos seguido con esos apellidos porque no nos pesan y porque estuvimos ocupados en cosas más importantes «todas ellas impostergables, como la de continuar haciendo la nacionalidad»,¹³ en unión de los otros, de otros que no venían de gringos, pero que también estaban metidos en ese trabajo. Quisimos *ser argentinos hasta la muerte*, sin la obligación de nacer en Buenos Aires. Y lo conseguimos. (1976:26–30)

Mario Vecchioli (Sunchales, 1903–Rafaela, 1978), considerado el «vate rafaelino», era hijo de un marchigiano que había logrado una cierta posición económica y que en 1913 envió a sus hijos a Osimo, Italia, para que estudiaran en el Collegio «Convitto Campana». Interno en este austero colegio recibió Vecchioli una fuerte formación humanista y un alto nivel intelectual, digno de la más rancia tradición italiana. Aunque dicha formación lo enlaza fuertemente con la poética leopardiana, se destaca, al decir de Lermo Balbi, como un evocador «espirituoso» de una epopeya ingenuamente campesina que contiene en su seno la génesis y la apoteosis. Es sobre todo en los poemas de *Silvas labriegas* (1952) donde esta mirada alcanza su mayor expresión, y en el poema «Los inmigrantes», con la elección de un adjetivo audaz como «carne amarga» contrapuesto a la «tierra iluminada» y a la exactitud metafórica del «inventar un mundo», logra reflejar sus mayores contradicciones. Grito épico y constatación dolorosa que hermanan su poesía a la imagen de los inmigrantes del cuadro homónimo de Antonio Berni:

Eso que el barco tira sobre el muelle
con el desdén con que se arroja un bulto
es el dolor sobrante de una raza
que supo del poder, la gloria, el yugo...
Gringos que vienen, apretando
su lástima en el puño.

Particularmente relevante el poema «Canto final» donde parece sintetizar un periplo poético cristalizado en los retratos de los dioses anónimos del surco y la simiente, a los que ensalza en su coraje. Los rudos labradores que supieron germinar la vida y la historia nueva en «el decoro rural de los terrones.../ Para esos gringos tuyos, ciudad mía;/ Te pido el bronce!»

Estos tres poetas se destacan no sólo por la maestría y profundidad que individualmente imprimieron a su canto, sino también por una originalidad fundacional reflejada en lo que denominamos «Fratellanza». Confraternidad instaurada en la necesidad (como ya lo enunciara Carlino) de crear un universo verbal comunitario que diera carnadura a la entidad «gringa». Desafío que cincelaron e inscribieron a través de un incesante diálogo poético y epistolar.

Si bien un análisis más extenso excede el exiguo espacio de este capítulo, proponemos una lectura seleccionada de textos que hacen visible esta cofradía poética, entretrejida por mutuas celebraciones, dedicatorias y reflexiones.

José Pedroni dice en su poema «Carta a Carlos Carlino»

Carlos: aquí tengo tu libro «Poemas con labradores»,
esto es, aquí tengo tu ramo de flores.
Como yo, tú eres santafesino;
poetas ambos de la tierra del lino
(llevas el lino hasta en tu nombre, Carlino),
y es de ambos la dicha de cantarla,
que es una forma de ararla.
Cantámosla en su valor humano:
el cordial labrador,
el oscuro artesano,
el albañil cantor..
Cantámosla en el ademán
del sembrador,
y en la respuesta multiplicada:
el pan.
Cantámosla en la bestia inclinada
que la mira en los ojos,
y en la florecilla silvestre,
dormida entre abrojos...
Carlos, honrado tu libro que honra al labrador.
Carlos: y hermoso como un linar en flor. (En *El pan nuestro*, 1941)

Por su parte, en una conferencia leída en la Sociedad Argentina de Escritores el 6 de diciembre de 1968, durante un acto de homenaje al poeta de Esperanza, y luego en el Círculo Italiano de Santa Fe el 17 de mayo de 1969, bajo los auspicios

del Centro Piemontés,¹⁴ Carlos Carlino elabora una *Breve crónica de José Pedroni* y referencia poemas que se dedicaron mutuamente, subrayando la compartida pertenencia a la «zona» gringa, donde, en tanto forjadores de palabras, ambos tuvieron que luchar para legitimarse como argentinos y como poetas:

Nuestro pago, en el corazón de la pampa gringa, era un suelo lleno de vivencias nuevas y de fantasmas. De formas activas y de sombras que venían del fondo de una edad que no nos pertenecía, dando alaridos de malón y de fantasmas. Y como era eso, un encontrón de muerte entre el pasado ecuestre y cruento y aquel pasado pacífico y de a pie, no les fue fácil a los hijos de inmigrantes ubicarse. Costó trabajo tomar conciencia argentina... Pedroni fue, tempranamente, de esta parte, de aquí, aquella remota tarde que enterraron a su abuelo... Estas razones: una fraternidad dilatada y sin aflojamientos; la comunidad de ideales; el conocimiento y el amor a la tierra, tal vez nuestro vínculo más florido y estrecho son las que acreditan esta crónica... Declararse pública, desembozadamente poeta en las dos primeras décadas del siglo en aquella localidad [Gálvez], como en las otras, era una temeridad... Don Gaspar sufría porque tras la salida del periódico le esperaban en el boliche de frente a la estación las burlas de sus paisanos, cofrades en murras y en naipes. Y el albañil mayor no sabía cómo explicarle a esa gente de manos agrietadas por la cal, mascadora de tabaco, de poca o ninguna lectura, de dónde le había salido ese hijo que hacía esas cosas. (Carlino en Pedroni, 1999:628–633)

Cofradía temprana y fraternidad dilatada en el conocimiento y en una definida identidad vital y poética. Experiencias que en estas geografías y en la cultura del ladrillo y la azada, era una osadía inconcebible. Por ello necesitaron construir un mismo basamento con la argamasa verbal que legitimara el compromiso por el canto y las actividades del espíritu.

Carlino rememora una carta que Pedroni le enviara en la Navidad de 1966 para agradecerle su poema: «Carta a José Pedroni», publicado en el diario *La Capital* de Rosario y la promesa de incorporarlo como prólogo de un libro. Lo que Pedroni cumplió en *El nivel y su lágrima*. Carlino recuerda:

Viendo mis versos pobrecitos en su libro ilustre recordé sus lágrimas. Los hijos de los gringos, a cierta edad, salamos así nuestras emociones. Y no lo disimulamos. Esta costumbre tiene su explicación. Tal vez porque nuestro nacimiento argentino es una consecuencia de lágrimas que los antepasados derramaron al desgajarse del último puerto. De lágrimas derramadas al llegar a América, el tantas veces bendecido suelo del pan y de la paz, al que ellos introdujeron montañas de buena voluntad. De lágrimas acariciando las pepitas de oro de la primera cosecha... En ese poema le dije en parte:

Tu voz, José:
antigua como los odres donde nuestros abuelos
escondían la esmeralda líquida de los olivares.

Tu voz:
llena de sabiduría como una epístola bíblica...
honda como el apretón de manos.
de dos viejos compañeros...
Laboriosa como el viento y las abejas.

Y, entonces, te alabo, José,
y te celebro como una suerte de patriarca...

Te alabo, José,
porque la música que he perdido
no me duele más que lo necesario
y todo lo ausente encuentro en tu voz,
como un pájaro extraviado en la noche
descubre la rama familiar
en la inundación de luz de la alborada.¹⁵

Por su parte Gastón Gori escribe el 1 de octubre de 1969 una «Carta a Carlos Carlino» que incluye en *Búsqueda de la alegría* (1986:8-9):

Querido Carlos:
Releí tu libro
Abril se inclina hacia el oeste;
tu libro triste, enfermo de la peste
que enferma al siglo;
enfermo de cemento, contaduría y ludibrio;
pleno de nostalgia por la vida y por la muerte.
¡Hermoso como un lirio!...

Releí tu libro.
Comprendí que mi propia tristeza, no conocida,
puede ser la tuya, pasada en limpio,
hecha versos de entrañable ritmo.
Pero también, sentí la fuerza inmortal de los gringos,
la potencia rediviva del trabajo
robado en la vaca, y en la parva de trigo;
sentí esperanzas heroicas, el grito de Alcorta,
y el lagrimal vacío...

Releí tu libro.

Te abrazo como hombre, te espero, como amigo,
en la esquina de campos y talleres
donde esperan obreros y campesinos.

Y otro más para ensalzar a sus confraternos poéticos: «Patria adentro» (1986:23–24):

Aquí estoy, con dos campesinos.
Levanto mi frente al aire y nombro:
Pedroni y Carlino.

Uno, Pedroni, viene del fondo y memoria,
el otro, maduro como el trigo
en noviembre,
es presente argentino
caminando en asfalto porteño
¡Párese usted señor, y mírelo!
Aquí estoy, con dos campesinos.
Uno cantó la epopeya
del barco, del mar, del amor y el olvido;
este es Pedroni, el que una vez dijo
a hombre de metralleta y uniforme,
que además era vecino
de Esperanza –
«Tu arma es un peligro,
aquí todos somos mansos
se puede escapar un tiro»...

El otro es Carlos Carlino,
una racha milagrosa
de inteligencia y lirismo,
un fruto amargo y dulce
a la vez, – desilusión y optimismo –
un fondo ardiente de rosa
y azul angustia de lino.
¡Párate hombre de la patria,
párate y míralo!
Aquí estoy con dos campesinos.
De uno tengo la imagen
desde que se ha ido,
junto al mar.

El otro está conmigo,
aquí, con su carta,
con su libro,
con su poema a Santos Vega,
con su vocación de Esquilo...

Algunos años después, en «Poema a Pedroni» (*Poemas de nacer y de vivir*, 1995),
Gori vuelve a homenajearlo en el estupor de la ausencia:

A tu tumba fuimos dos,
llegamos con una rosa –
Reynaldo y yo.

Una rosa y una lágrima,
José Pedroni, cantor.

Y luego, Mónica vino
con su emoción.
Mónica mi hija,
que te conoció.

La que lee tus cartas,
y tus poemas de amor,
al hombre sencillo
como Reynaldo, como yo.

Te lo digo Pedroni,
como lo dijeras vos
si estuvieras aquí,
hablando los dos.

Tú con tus cabellos blancos
y tu suave voz;
y yo con mi palabra recia,
estatura a lo Gastón,
y ese amarte siempre
por tus libros o por vos...

Pero la pluma de Gori no acaba en el poemario y su «fratellanza» se consolida
en ensayos, obituarios y aportes críticos, como los que recopila en *La pluma ince-*

sante (1984), donde entre tantos otros, vuelve a incursionar en la obra de Carlino, Pedroni, José Cibils y la exquisita poetisa y amiga, Amelia Biagioni.

Durante los '60 y '70 otro grupo de escritores se destaca por el voluntario abandono de la épica y el redimensionamiento de los procesos históricos, asumiendo posturas más intimistas y buscando elaborar nuevos perfiles. Entre ellos, las voces más potentes provienen de Rafaela. En sus relatos y poemas reflejan una fuerte impronta autobiográfica y crítica que ya no celebra sino indaga el pasado a través de un tenaz ejercicio de la memoria. Muertos los *pare* y las *mare*, estos poetas elaboran sus propias mitologías del Edén perdido y de la infancia feliz en la gran casa labriega, contrapuestas al desencanto de un presente hostil, ciudadano, signado por la fugacidad y la imposible persistencia de las cosas. Comparten este territorio y una común sensibilidad e intencionalidad mítica, Lermo Rafael Balbi (Aráuz, 1931–Santa Fe, 1988), Elda Massoni (Ataliva, 1938–Rafaela, 2001) y Fortunato Nari (Monte Oscuridad, Dpto. San Cristóbal, 1932). Y al que se suma una voz confraterna que viene del sur: Jorge Isaías (Los Quirquinchos, 1946), quien así rinde homenaje poético en «Versos para José Pedroni»:

Sobre su molde
escribo.
Nadie que lo quiera
lo echará al olvido.
Su silencio cabe
en las manos de un amigo.
Sus canciones
dicen del pájaro,
del hombre,
de la anchura del trigo.
Sobre su molde
hago mis versos.
Su canto es grande
inmenso de mares tiernos,
el mío es apenas
un granito humilde
de trigo.
Escucho la voz
del chacarero que canta
en el rastrojo perdido.
Escucho el canto del tordo
y me acuerdo de sus versos
que dicen de paloma y olivo.

Sobre su molde
escribo.
Sus poemas
muchas veces me ayudaron
a seguir estando vivo.

1984, primavera

En un agasajo organizado por el Círculo de Prensa de Rafaela a José Pedroni, el 25 de octubre de 1967, durante los festejos por los 86 años de esa ciudad, tocó a Fortunato Nari recibir al «hermano–padre luminoso». Con reverencial reconocimiento y destacando que para honrar la fecha se hubiera elegido a la poesía, el orador tituló su alocución «De poeta a poeta» y expresó:

Maestro, lo celebramos, no sólo por el éxito que lectores y distinciones confirman, sino porque nos ha enseñado que el «puño es poderoso si está lleno de trigo»... José Pedroni, nosotros sentimos que se ha cumplido desde el primer día de su obra aquel pedido suyo del «Canto a la patria» de 1960, expresado así por Ud. «Hay quien te llama Luz y no te ve. Yo te llamo Camino y me prosterno... y pido por mi espiga y mi paloma, que me pongas al hombro tu cordero, para llevarlo un día, un solo día de puerta en puerta, por el mundo entero». El cordero de la patria está en su poesía, es su palabra fiel y verdadera. Por eso loamos su nombre, lo congratulamos deseándole pacíficas cosechas, como a heredero de Henri Jaquin, el de las manos sembradoras de versos hasta el último día, primero de los vates de las tierras de siembras, lo saludamos a José Pedroni con las palabras de su propio canto: «Salve, Monsieur Jaquín: gloria a tu nombre, gloria a ti como poeta y como hombre».¹⁶

Fortunato Nari se inicia en la poesía con el libro *Ventana de vacaciones* (1955). Libro veinteañero que su maestro Mario Vecchioli celebra:

Hubo una vez aquí un tiempo de resonancia: un tiempo en que liras diferentes (aunque símiles en prestigio) rompieron, de pronto, la baldía modorra ciudadana, encumbrándola de armoniosas celestidades. Luego ese instante pasó... Sólo quedó en pie, a la espera de ser confirmada, nuestra afirmación de que igualmente debíamos mirar con optimismo el futuro, ya que el surco había sido abierto, y de él nos vendrían nuevos y generosos frutos... Al celebrar jubilosamente la aparición de *Ventana de vacaciones* y la incorporación de Fortunato E. Nari al círculo de nuestros poetas auguramos al magnífico libro un destino de aplausos y felicitamos sinceramente al autor, que tan promisoriamente se anuncia. (Mario Vecchioli en *Defensor*, Rafaela, viernes 2 de marzo de 1956)

La tierra está (1957) de Nari, es un drama rural localizado en la zona tambera que vio nacer al escritor, en el departamento San Cristóbal, donde la sequía del año 48 será traspuesta en la tragedia. El Instituto de Cultura Hispánica la seleccionó entre 153 obras provenientes de más de 20 países y fue representada en el teatro «María Guerrero» de Madrid. Lermo R. Balbi, durante la presentación del libro, ampliaba a tonos universalistas el conflicto reflejado:

La contingencia de un tambo, de una chacra aquí al lado, diríamos al borde de Rafaela mismo no es inconveniente para comunicarle a todo el aparato trágico de la obra una universalidad abarcativa y permanente: la tierra, el hombre que la habita y su adhesión, por un lado; y paralelamente la mujer, el hombre que siembra su vientre y su fidelidad. Tema que tiene vigencia en cualquier máximo como mínimo ámbito de nuestra patria. (Lermo R. Balbi en *La Opinión*, Rafaela, lunes 10 de noviembre de 1975)

Por su parte, Nari mismo, en un país donde los campesinos buscaron huir a la gran ciudad y olvidar sus paisajes de origen, nunca dejó de reconocer los espacios donde transcurriera la infancia, hasta que tempranamente fuera a estudiar a Rafaela: «Me dan ganas de sostener que siempre he vivido en el campo». Durante una entrevista recordó poéticamente: «Soy amigo del largo surco abierto y amigo del alba rumorosa». Y al hablar de su padre labrador: «Tus manos se cerraron en las riendas y se abrieron pletóricas de espigas».

Nací en medio de las chacras de Monte Oscuridad, próspera colonia de agricultores, rebaños de vacunos y una notable actividad tambera. Esta comunidad campesina y gringa, por lo menos en aquel tiempo, estaba o está formada por familias de origen italiano, en su mayor parte piemonteses, tal la progenie de mi padre y unos pocos de otras regiones, como mi madre, friulana.¹⁷

En esta cofradía poética no sólo aparece el común asedio a los temas de la tierra, sino que los acomuna también la impronta del pensamiento pavesiano, reflejado en la construcción de una mitología campesina ligada a la infancia. Balbi supo afirmar: «Todos mis antepasados sin excepción fueron campesinos. La tierra, los ciclos del tiempo, la labor agrícola, necesariamente fueron los temas fundamentales donde transcurrió mi niñez» (1985, contratapa). Su obra propone evocar el lejano «paraíso perdido» de su niñez en el pueblo de Aráuz (recreado con el apelativo «Corda») para rescatar la memoria colectiva de los núcleos que constituyeron la inserción de la estirpe piemontesa. La temática de su obra narrativa, poética y teatral, resalta la inocencia del tiempo pasado, el de la gente sencilla, la cohesión familiar y la dimensión trascendente y comunitaria de la vida. Balbi es autor de una trilogía narrativa donde pretendió configurar la saga inmigratoria:

Los nombres de la tierra (1985); *Continuidad de la gracia* (dejada inédita por el autor en 1977 y publicada en emprendimiento conjunto por la Provincia de Santa Fe, la Municipalidad de Rafaela y la ASDE en Santa Fe en 1995) y *Querida señora* (novela inconclusa, publicada por el Fondo Municipal de Rafaela en 2010)

Para ello hizo una elección vital y estética: introducirse en los laberintos de la memoria y reconstruir la propia identidad colectiva en tenaz fabulación del recuerdo. Su versatilidad creativa le permitió transponer en versión guionada, junto al director escénico Antonio Germano, un episodio de su novela *Continuidad de la gracia*, en el drama *Adiós, adiós, Ludovica*, el que significó un hito en la dramaturgia local.

El 31 de octubre de 1983 en una entrevista que el escritor Enrique Butti publica en el suplemento «La comarca y el mundo» del diario *El Litoral* de Santa Fe, Balbi afirma:

En mis novelas yo he tratado de componer un canto a la inmigración, una ceremonia y celebración de ciertos aspectos culturales y humanos que me atrajeron desde siempre, y, al mismo tiempo, testimoniar el complejo de circunstancias históricas de ese fenómeno... Mi plan es trabajar lo más intensamente posible para encontrar la técnica de expresión que, como logró Güiraldes en *Don Segundo Sombra*, sea válida tanto para la literatura como para el lector como para el conjunto de fenómenos reales que delíneo. Mi plan es pues encontrar mi retórica. Mi meta es escribir la novela de los inmigrantes: un equivalente de la gran novela del campesinado que compusieron en su momento los escritores rusos y norteamericanos. Ojalá descubriera que otro escritor nuestro ya lo ha hecho, o que lo hace, tal como yo quisiera... Dado el carácter inédito de mis novelas, quizás algún día las reestructure en una sola, en una misma historia y con los mismos personajes, abarcando ese período que me interesa escribir y que dura exactamente cien años.

Con referencia al material humano y a la materia de sus ficciones, reconoce:

Buenos Aires conocía al gringo de los suburbios, napolitanos, genoveses, que se anclaron en la ciudad, sin ocupación fija y dando trabajo a la policía. Pero los italianos, piemonteses sobre todo, que colonizaron el interior, constituyen un mundo totalmente distinto. Si no me equivoco, el primer enaltecimiento literario del gringo se encuentra en Lugones en la oda «A los ganados y las mieses», refiriéndose específicamente a piemonteses radicados en la zona de Rafaela.

Y luego de precisar aspectos de la colonización planificada y espontánea, da cuenta de decisiones políticas y legales que orientaron el proceso, destacando lo ocurrido en Santa Fe. Y a través de ella, el magisterio de los italianos:

Santa Fe con su constitución y sus leyes, va decretando los lugares que necesitan ser colonizados. Contrayendo deudas, pagando con parte de las cosechas, van adueñándose de la tierra... ¿Qué han traído de Europa? Algún material de labranza, la «biancheria», sus fusiles. Llegan y levantan el rancho, hacen la cama con tientos, cavan el pozo de agua, compran a cuenta una vaca y un caballo. Empiezan de la nada, como los argonautas... Trabajan día y noche. Se espantan de los avestruces, de los carpinchos. Imaginan leyendas... El italiano era práctico como sus antecesores, los romanos, que sabían aprovechar y copiar lo mejor de cada lugar que conquistaba el Imperio, el italiano asimilaba enseguida esas costumbres [las nativas].

Como refleja dolorosamente en *Adiós, adiós Ludovica*, cuarenta años después de iniciada la gesta en un país rico que se abre a la industrialización, los hijos y nietos de los inmigrantes prefieren abandonar el campo —que va quedando en manos de advenedizos que ya no explotan la tierra o la explotan a la distancia— y escapan a la ciudad. Se hacen profesionales, gracias a la colosal empresa educativa orquestada a comienzos de siglo, o pasan a engrosar la fila de los obreros:

La sociología de nuestro país todavía no ha estudiado este fenómeno. Yo hablo también de estos cambios en mis novelas. En la última, *Querida Señora*, después de que la familia campesina se diluye, los viejos que han quedado en el pueblo van sintiendo presencias, fantasmas, y por la noche, sienten como si se desplomaran las cosas... Tras un ruido alarmante, encuentran una mañana que el pueblo se ha derrumbado; encuentran sólo cenizas y silencio.

Como dijimos, el maestro fundador del pensamiento mítico que enlaza a estos poetas rafaelinos y al poeta rosarino es Cesare Pavese. En la edición de 1983 de *Crónica gringa*,¹⁸ Isaías organiza los poemas en cuatro apartados: «Homenajes», «Sepias», «Estampas» y «Bucólicas» y como epígrafe de la primera incluye un poema de Carlino: «La tierra allende el mar/ ya no fue más que un sueño./ La pampa los detuvo/en raíz y en recuerdos/. Cuando quisieron irse/ no pudieron hacerlo». Antes del apartado «Sepias», esta sentencia pavesiana:

De la niñez, de la infancia, de todos aquellos momentos de fundamental contacto con las cosas y con el mundo, que encuentran al hombre desprevenido y conmovido e inmediato, de todas las «primeras veces» irreductibles a la racionalidad, de los instantes aurorales en los que se formó en la conciencia una imagen, se eleva como de una garganta o de una puerta abierta de par en par un vértigo, una promesa de conocimiento, un pregusto extático. (Isaías, 1983:42)

El mito de la infancia y de la segunda mirada encuentra en estos poetas una común necesidad de inscribir obsesivamente en palabras las vivencias primeras

y la memoria, que como afirma Isaías en el título de otro de sus libros, siempre se olvida. Ya no es el pasado como tiempo de dolor sino el mismo tiempo el que duele por su marcha imparable y porque lacera los recuerdos, esfumándose en la nada. Estos nietos de inmigrantes son los fugitivos que retornan a la comarca por un extravío verbal transpuesto en el recuerdo y los arquetipos existenciales. Tironeados por la inclemencia de un tiempo demente, no cejan de fijar, inmortalizar, sin poder conjurar la borradura esencial e implacable que los obsesiona.

Una común conciencia creativa los hermana: ser voces tensas pero atentas y cronistas de lo inevitable. Esquiva memoria colectiva que vuelve con el viento porque ya es viento.

Isaías sentencia: «Mi misión es de cantor, lo sé, qué sería/de mis graves hermanos si mi voz no sonara baja, humilde,/pero orgullosamente gringa sobre la pampa»...

Y Elda Massoni pregunta a Balbi en su poema: «¿Dónde quedó Aráuz, Lermo?»

Más allá del límite está lo que ya no nos pertenece
el pueblo que una vez amamos.
Inconmensurable riqueza de la infancia.
Ahora en este tiempo de comprender
qué tiempos de penumbras nos traspuso.
Tal vez debimos intuir las añoranzas
y aferrarnos a esa tierra
para soñar cada noche con la ciudad. Pero no hay retornos.
Quien intenta desandar sus propias huellas
termina burlando la memoria. Se nos han ido tantos pájaros,
tanto sol se fue gastando,
sin embargo habrá quedado
de nosotros,
acaso un duraznero crecido
de algún carozo que arrojamos,
o ni eso.
Los pueblos nos dejaron afuera de sus ritos,
marchándose hacia la distancia;
Elisa junto a Aráuz, a Soledad
y a Constanza.
Nosotros aquí,
ceremoniosos, educados,
a veces buscamos la complicidad de una medianoche
para llorar lo que perdimos.

Lermo Balbi agradece el envío del poema con esta carta:

Santa Fe, 19 de junio de 1978

Estimada Elda:

Ayer recibí tu poema que me llenó de emoción y de orgullo por ser el depositario de tanto mérito y quise comprenderlo con la profundidad que merece haciendo un esfuerzo sobrehumano para ser inocente y puro como esos versos tuyos. No sé si algún día volveré a escribir alguna otra cosa que no esté motivada por la etapa que vos y yo recordamos y reconstruimos desde esos pueblos de Dios; pero lo cierto es que desde hace algunos años (desde *La tierra viva*, probablemente) no tengo ni paz, ni descanso, detrás de mi Aráuz muerto y celeste, detrás de las Margarita Barale, de los Erredente Demarchi, de las Cheppa Sartori, de los Juan Peretti, que tanto me urgen a que los eternice a través de las palabras y de los recursos literarios. Sin embargo queda la duda siempre de conocer el alcance y la universalidad de este mundo que hemos reservado al mito, a la evocación, a la belleza; y el tiempo presente urge con su velocidad inasible y el tiempo pasado nos apabulla con sus fantasmas. ¡Ah, qué de fiebres, de lluvias absorbidas por la tierra caliente y seca; qué de durazneros nacidos de un carozo olvidado a la vera del huerto o más allá de los caminos, qué de tiempo —en fin— transcurrido desde entonces! Tu poema es ahora parte de mi Aráuz muerto y celeste, tiene la misma sustancia, pero inmensamente más bello, más dulce, más femenino como mi madre y como mi abuela. Todo los días recibo algún estímulo nuevo como para entusiasmarme por un proyecto diferente y para hacer la obra que todavía no concreté alrededor de toda esa maravilla campesina, de su génesis, de su evolución y de sus personajes tan rústicos, tan puros, tan trascendentes sin siquiera sospecharlo. ¡Cuántos elementos nos dieron todos ellos para construir un poema, una página o simplemente una conversación! ¿verdad, Elda? Le debemos el mayor de los agradecimientos. Y a vos te debo también una gran alegría: la que me diste con tu envío, porque ella, sin que lo hubieras sospechado, me ha abierto nuevamente los cauces para pensar otra vez en hacer la obra que dé eternidad a todo aquello. Hasta la vista, amiga y gracias con el calor y los soles de Aráuz, Elisa, Soledad, La Pelada y Costanza... Con el amor de Margarita Barale, con la ternura por el langostero muerto, y el recuerdo de los pájaros laguneros y la caricia del viento norte con mariposas amarillas y blancas. Lermo.¹⁹

La posibilidad de incursionar en archivos privados y en documentos epistolares gracias a la amorosa conservación de los albaceas,²⁰ y de los mismos escritores, permite atisbar las redes estéticas de fraternas cofradías, que estos poetas supieron engarzar a lo largo del tiempo. Por ejemplo vemos que ya el 27 de febrero de 1947, Vecchioli agradecía a Gori el envío de su poemario *Se rinden los nardos*, y lo sometía a una sabia consideración crítica. El 20 de mayo del mismo año, Vecchioli le manifiesta su descontento porque habiéndole enviado su *Mensaje lírico*, no ha recibido todavía respuesta ni opinión sobre él. Y le pide que diga a Carlino que le escriba para darle su parecer sobre ese mismo libro.

Esta relación se organiza en una sucesión de misivas donde ambos escritores se brindan información, se solicitan gestiones para publicar, se proveen de contactos con editoriales, amigos, discuten presupuestos de edición, organizan invitaciones y actividades en ambas ciudades, intercambian consejos y crítica sobre propias y ajenas producciones, debaten cuestiones ideológicas, consolidan nuevas figuras (caso de un joven Nari que ha comenzado a frecuentar al maestro Vecchioli, quien ya entrevé la catadura de un poeta promisorio),²¹ se entusiasman y se aconsejan lecturas, y a medida que la amistad se consolida, van dejando aflorar datos de la intimidad personal y familiar, lo que permite reconstruir una amistad consolidada en 30 años de confraterna dimensión.

El 26 de septiembre de 1970 Gori felicitaba a su amigo «por *De otros días*, te felicito por lo que rescatas del campo, ese olvidado signo de los argentinos que sigue siendo, y lo será más aun en el futuro, lo fundamental —el fundamento— de nuestro pueblo». Y el 2 de noviembre de 1975: «Hace años que no leía a un poeta de la stirpe tuya, en tu lugar de tierra nuestra. Y si Argentina —nuestra desdichada Argentina que no acierta con su destino— fuera consecuente con su historia, su economía y lo fundamental de su vida que aún es lo que es propio del campo y sus hombres y sus productos —sus costumbres, sus trabajos, su tradición, su paisaje, su futuro— sólo los poetas campesinos podrían tener el ascendiente concordante con el país... En lo que te anticipas: en reafirmación de autenticidad. Y todo eso hermosamente concebido y escrito».

Gori también atesora una misiva del rafaolino del 4 de septiembre de 1976 que lo alaba por su oficio de cuentista en el «itinerario de *Pase señor fantasma*». Las matrices itálicas le hacen celebrar esta «obra de un «*buon gustaio*». Al final, Vecchioli, con la modestia de los grandes, le señala: «Con modesta retribución te adjunto un poema que escribí después de haber estado en Santa Fe, allá por comienzos de marzo cuando tuve que internar a mi mujer... Fueron aquellos días de angustia tremenda... me iba un rato a la calle a respirar un poco de aire y fumar un cigarrillo. Y así la «escuché» a tu Santa Fe nocturna y de ahí nació el canto que escribí posteriormente. Pequeño homenaje a la ciudad de mis amigos»

Campo y ciudad, pampa—metrópoli, escisión cuasi insuperable en el imaginario que tanto en la literatura como en la política, Buenos Aires exportara en su discurso, aflora consustanciado en la vivencia de estos poetas del interior. En armónica sustancia, como en el tango «argentinizador» que Carlino rescata para los hijos de los inmigrantes del litoral, y que vuelve a emerger en las palabras de esta original cofradía epistolar y poética, como reflejo de un signo de entrañable fusionalidad.

A pesar de las modulaciones que el tiempo imprimió en la voz y la mirada de estos voceros de la inmigración itálica y de los modos en que se fue configurando el «relato» de la cultura, es innegable que reflejan un espíritu de confraternidad o «fratellanza» que acomuna y celebra el encuentro.

Resabios de esta matriz identitaria perviven en nosotros, lectores agradecidos de una experiencia que sigue significando.

Notas

* Magister en Docencia Universitaria. Profesora de Letras y de Italiano en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL y en la Universidad Autónoma de Entre Ríos. Fundadora y Directora del Centro de Estudios Comparados y de la revista *El hilo de la fábula* (FHUC-UNL). Directora del Portal Virtual de la Memoria Gringa - www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo. Especialista en italianística e inmigración italiana, traducción y estudios comparados. Publica en Argentina, Brasil, España e Italia.

¹ En la lista de las familias fundadoras y en las cuatro placas del Monumento a la Agricultura de Esperanza aparecen, entre las 200 cabezas de las familias suizo-alemanas fundadoras, los nombres de Constancio Constantin y Juan Bautista Lannyn. Entre 1865-6, de 1627 habitantes que tenía Esperanza, 23 eran italianos. En el período 1864-1870, llegan entre 5435 a 6830 italianos, mientras que los suizos que entran son 6620 (Grenón, 1939:137). Para 1878 los peninsulares constituían ya el 33,9% de los extranjeros.

² Un texto ineludible para indagar sobre esta problemática es el de Gastón Gori (1988) *Inmigración y colonización en la Argentina*. Eudeba, Bs As.

³ A diferencia de los italianos, los suizos, franceses e ingleses son medidos con una vara menos cargada de severidad o menosprecio.

⁴ En la avenida Aristóbulo del Valle en intersección con calle Pedro Zenteno todavía es visible el nombre Rosolini, dado a una panadería.

⁵ El convenio de doble ciudadanía fue firmado el 29 de diciembre de 1971. Aprobado por la Ley argentina n° 20.588 del 29 de noviembre de 1973 y por ley italiana n° 222 del 10 de mayo de 1973. Cfr. Petriella, 1988:37.

⁶ Nos abocamos especialmente a escritores de la ciudad de Santa Fe y colonias cercanas. O a escritores que declaradamente configuraron una producción con matrices identificatorias. No profundizamos por cuestiones de espacio, la literatura emergente de la ciudad de Rosario y del sur provincial.

⁷ Consideramos que el topos, más que una realidad física tangible, debe ser concebido como un conjunto de formas representativas de relaciones o como una estructura representada por formas

sociales que se manifiestan por medio de procesos, funciones, apropiaciones y matrices. Por ello en (Crolla, 2012, 2014), recurrimos a la diferenciación que hace el comparatista francés Daniel Pageaux entre los términos «región» y «zona» para explicar taxonomías ya superadas que abordaron comparativamente la novela hispanoamericana desde un diseño geográfico-literario a partir de la dupla «nacionalidades vs. contextos geográficos». Se tuvo, explica, la pretensión de imaginar espacios subcontinentales englobantes y unificadores a partir de la idea de «regiones geográficas»: los llanos venezolanos, la selva amazónica y la pampa argentina. Pero hoy día debe preferirse recurrir a la Geoestética y a términos más potenciales como «zona», porque si bien permite inscribir en el interior de las fronteras nacionales (lo que lo hace prácticamente un sinónimo de región), también remite con mayor frecuencia (y no sólo en América): «...a un espacio transfronterizo, transnacional, en que la frontera une más que separa: se habla por tanto de la «zona del río de la Plata», que incluye a tres porciones de espacios nacionales - Argentina, Uruguay y Paraguay. O de «zona caribeña», para la cual el dato geográfico, por ser tan evidente, cuenta menos que una cierta comunidad de culturas que la Historia recortó, fragmentó. La zona, que muestra el carácter problemático del espacio «nacional», forma parte de la literatura, pero también de la geo-historia, para usar un término de Fernand Braudel» (Pageaux, 2011: 150. La trad. es nuestra).

⁸ Adherimos a los planteos de la estudiosa mejicana Katya Mandoki (2006) cuando explica que no hay conjunto social que no genere una estética y que los seres humanos somos criaturas sensibles a estos condicionantes ya que la estética ejerce un indudable poder en la constitución de los imaginarios, la construcción del conocimiento y la legitimación del poder. Y en modo especial, en la configuración de las identidades. Pensar en las identidades es pensar en sus espacios constitutivos: las matrices. Según la estudiosa, la sociedad no es un conglomerado abstracto de entes apilados, sin relieves, en un territorio geográfico y reducido al cálculo estadístico, sino que manifiesta una

variedad de figuraciones, actitudes y relaciones con el espacio y con los otros, dando origen a matrices sociales que es necesario analizar desde el costado de la estética. Y para ello propone una cartografía de las configuraciones matriciales y una apertura a indagaciones estéticas partiendo de la idea de que la Estesis es la sensibilidad o condición de permeabilidad del sujeto al contexto en que está inmerso (vg. Crolla – Zenarruza «Matrices culturales italianas y francesas en el complejo cultural santafesino. Miradas geoestéticas desde la localidad» en (Crolla, dir.) *Memoria cultural y territorialidad. Perspectivas comparadas desde la localidad*, UNL, Santa Fe. 2014.

⁹ Interesante el caso de la novela de José M. del Hogar *Las primeras espigas*, publicada en 1922 por la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana de París, con ¡22 millares de impresos! Gori la rescata del olvido, ya que a pesar de la cantidad de ejemplares y de haber recibido un primer premio en un certamen de novelas americanas realizado en París, es hoy totalmente desconocida e inhallable. Pero lo era también a mitad del siglo ya que luego de la publicación de su ensayo, Gori se ve obligado a polemizar con Rafael López Rosas por la existencia de este escritor. En el ensayo *Ha pasado la nostalgia* (1950) Gori no sólo lo reconoce un precursor sino que señala que la novela de del Hogar precede a la suya: *El desierto tiene dueño* y que ambas comparten el fundamento histórico de «esta gran colonia agrícola por excelencia».

¹⁰ Esta novela pinta con tonos de crudeza la exacerbación de ciertas tendencias en la idiosincrasia del inmigrante. Como lo reconoció en una entrevista que le hicieramos en marzo de 2000, sus dos familias de origen eran italianas y poseían la virtud de la laboriosidad: «El trabajo ocupaba un lugar preeminente; eran muy plurales, ahorrativos.... por lo que yo he conversado y he visto, lo que hicieron en su vida, la casa propia era fundamental para ello. Y mi padre tenía eso en el alma. Lo primero era tener la casa propia: «Si tenés la casa propia, están las espaldas cubiertas» – decía el viejo – «cada hijo mío tiene que tener su casa». Y el ideal de su vida fue eso. Y lo cumplió. Éramos cuatro hermanos y los cuatro tuvimos casa gracias a su trabajo y a la ayuda nuestra cuando ya ganábamos dinero. Una de las características era eso: ser ah-

rrativo. Pero algunos llegaban a extremos. No digo una avaricia exacerbada pero sí un amarretismo muy pronunciado. ¿Por qué pasaba eso? No por una cuestión de naturaleza social, ni nada, era la época. No había predicción social. La predicción social se la tenían que hacer ellos. Si no guardaban para el futuro, cuando eran viejos eran unos desamparados. Por eso fue muy propio de ellos el ahorro, el tener la casa propia y el trabajo».

¹¹ Carlos Prelooker, en las solapas de la primera edición (Ed. «Doble p», 1956) relata que este libro obtuvo el primer premio en prosa en un concurso organizado en 1954 por el Círculo Italiano de Santa Fe, en el que se presentaron más de 300 trabajos. Como el jurado se tomó dos años para evaluarlos a todos minuciosamente, el premio fue anunciado avanzado 1956, cuando la novela había sido incluida en la serie de libros argentinos de esta editorial y en proceso de publicación. De allí su declaración de valía del jurado como «uno de los pocos que nadie se atrevió a objetar». Señala que el tema abordado en la obra «es de transcendental valor en el estudio psicológico de una parte de nuestra población y de los procedimientos que adoptaron para enriquecerse». Y concluye manifestando su estupor porque Gori, «a pesar de ser un trabajador tan fecundo y excelente novelista como demuestra ahora serlo», fuera todavía desconocido por el público, cuando otros escritores con mucha menos producción gozaban en Buenos Aires de gran prosapia y reconocimiento. Destacando ya uno de los mayores problemas en Argentina: los procesos de canonización o desvalorización porteños.

¹² En el archivo epistolar de Gastón Gori encontramos una carta fechada el 31 de diciembre de 1958 del escritor ítalo-argentino Roberto Giusti, director durante décadas de la revista *Nosotros*, enviada al Sr. Carlos Prelooker, acusando recibo del lamento que éste expresara sobre el poco apoyo que recibía el libro argentino, y agradeciendo el envío de algunos libros de la colección. Si bien agradece la empresa de publicación, Giusti le aconseja sopesar primero los valores estéticos y las posibilidades de venta porque no todo libro lo merece por el solo hecho de ser argentino. Pero en la ponderación de los recibidos, celebra la novela de Gori: «Más dueño de su arte es sin duda Gastón Gori, cuya novela *El desierto tiene*

dueño es una meritoria evocación de la epopeya de la colonización de la pampa santafesina, con muchos rasgos descriptivos felices. Transmítale, le ruego, mis felicitaciones», concluía.

¹³ Carlos de la Pua (1954) *La crencha engrasada*, Porteña, Buenos Aires, T.4:123.

¹⁴ Incluido luego en *Biografía con gringos*, Axioma, Bs As, 1976, pp. 72–91. Y en José Pedroni *Obra poética*, Publicaciones UNL, 1999, pp.628–640.

¹⁵ Poema de 1949 que Carlino publica luego con algunas variantes en *Abril se inclina hacia el oeste*, Ed. Reynaldo Campos, Buenos Aires, 1969: 53–55.

¹⁶ Texto publicado en un diario de la época, perteneciente al archivo personal de Fortunato Nari.

¹⁷ Texto autobiográfico enviado por el poeta a la autora de este trabajo.

¹⁸ Isaías ha renovado incesantemente sus *Crónicas gringas*, libro que hasta la fecha lleva seis ediciones diferentes: una primera humilde edición de 12 poemas y 500 ejemplares en la imprenta La familia de Rosario en 1976 y una reimpresión con 17 poemas, dos meses después, con 750 ejemplares más. En la primavera de ese mismo año, aparece *Nueva crónica gringa*, una plaqueta con 8 poemas más y en 1983 la 3° edición, ahora con 43 poemas y 2.000 ejemplares publicados por Ed. La Cachimba de Rosario. De 1990 es la 4° edición

y de 2000 una 5°, editada por la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe. La 6° y por ahora última edición, bajo el título de *Crónica gringa y otras crónicas*, fue publicada por Librería Ross en 2010 con 700 ejemplares y 116 poemas y la inclusión de otros dos libros de poemas: *Pintando la aldea* y *Aquella luz de abril*.

¹⁹ Hemos podido atesorar una copia de la carta que aquí transcribimos gracias a la gentileza de Amílcar Torres quien nos la enviara el 8 de noviembre de 1993.

²⁰ Agradecemos la gentil disposición del Dr. Omar Vecchioli y de la Dra. Mónica Marangoni para la consulta y copia de los originales. Y al escritor Fortunato Nari, siempre abierto y entusiasta al diálogo y a la consulta.

²¹ En la carta fechada «Otoño de 1953 años – 15 en Rafaela y Manio», Vecchioli demuestra su magisterio con estas palabras: «Pero he estado ocupado en darles una mano a dos elementos nuevos que apuntan bien: la señora Minerva Marchiori de Bruno, cuyo primer libro versos aparecerá dentro de un par de meses, y un joven maestro, Fortunato E. Nari, actualmente bajo las armas, en quien tengo cifradas grandes esperanzas; a éste le he vaticinado que será el que, entre nosotros, alcance más prestigio como poeta y como autor teatral».

Bibliografía

Balbi, L. R. (1995). *Continuidad de la gracia*. Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, Santa Fe.

——— (1985). *Adiós, adiós Ludovica*. Subsecretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, Santa Fe.

Castelli, E. *Aportes de la colectividad italiana a la cultura nacional* (mimeo).

——— (1998). *Un siglo de literatura santafesina. (1900–1995)*. Ed. Culturales Santafesinas, Santa Fe.

Castelli, E.; Cervera, F.; Gori, G.; Isaías, J. y Valli, O. (1991). *Inmigración, identidad y cultura*. Ediciones Culturales Santafesinas, Rafaela.

Carlino, C. (1976a). *Gauchos y gringos en la tierra ajena*. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires.

——— (1976b). *Biografías con gringos*. Edit. Axioma, Buenos Aires.

——— (1946). *Patria litoral*. Ed. Castellví, Santa Fe.

Carrasco, G. (1882). *Descripción geográfica y estadística de la Provincia de Santa Fe*. [s.d.] Santa Fe.

——— (1888). *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe*, Imp. Peuser, Buenos Aires.

——— (1887). *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe*. Imp. Stiller y Llaas, Bs As.

- Cervera, J. y Cocco, G. (1989).** *Santa Fe en la literatura*. Rubinzal–Culzoni, Santa Fe.
- (1985). *Antología literaria regional santafesina*. Fund. Banco Bica, Santa Fe.
- Crolla, A. (2014).** «Territorios de la italianidad como fatalidad: una mirada desde la 'zona'». En *Italia y Francia en Santa Fe. Diversidades, legados y reconfiguraciones*. UNL, Santa Fe.
- (2013a). *Leer y enseñar la italianidad. Sesenta años y una historia en la Universidad Nacional del Litoral*, 1a ed. Ediciones UNL, Santa Fe.
- (2013b) *Las migraciones italo-rioplatenses Memoria cultural, Literatura y Territorialidades*. Ediciones UNL, Santa Fe. www.fhuc.unl.edu.ar/.../crear/.../Las_migraciones_italo_rioplatenses.pdf
- (2009a). «Ser gringo: traducción cultural itálica en la configuración identitaria de la pampa santafesina». En *Transgresiones y tradiciones en la literatura*. Asociación Peruana de Literatura Comparada (ASPLIC), Univ. del Pacífico/Universidad Católica Sedes Sapientiae, Lima, pp. 229–281.
- (2009b). «Viajes de "indentidad/es es–trábricas" en la memoria escrituraria italo–argentina» en (Silvana Serafin ed.). *Ecos italianos en Argentina. Emigraciones reales e intelectuales*. Campanotto editore, Udine, Italia. ISBN 978–88–456–1099–8, pp. 21–36.
- www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo
- Devoto, F. (2006).** *Historia de los italianos en la Argentina*. Biblos, Buenos Aires.
- (2003). *Historia de la inmigración en Argentina*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Gallo, E. (2004).** *La pampa gringa*. Edhasa, Buenos Aires.
- Gori, G. (1988).** *Inmigración y colonización en la Argentina*. Eudeba, Buenos Aires.
- (1986). *Búsqueda de la alegría*. Fund. Banco Bica, Santa Fe.
- (1984). *La pluma incesante*. Litar, Santa Fe.
- (1958). *El desierto tiene dueño*. Doble p. Buenos Aires.
- (1956). *La muerte de Antonini*. Doble p. Buenos Aires.
- (1952). *La pampa sin gaucho*. Raigal, Buenos Aires.
- (1950). *Ha pasado la nostalgia*. Ed. Colmegna, Santa Fe.
- (1940). *Anatole France*. Porter Hnos. Buenos Aires.
- Gudiño Kramer, L. (1955).** *Escritores y plásticos del Litoral*. Tomo I. Ed. El Litoral, Santa Fe.
- Grenon, P. (1939).** *La ciudad de Esperanza (Prov. de Santa Fe)*. Tomo I, Córdoba, s/d.
- Isaias, J. (2010).** *Crónica gringa y otras crónicas*. Librería Ross, Rosario.
- López Rosas, J. (1972).** «Historia de la literatura en Santa Fe», Tomo V de *Historia de las instituciones de la Provincia de Santa Fe*. Ed. Oficial, Santa Fe.
- Pedroni, J. (1999).** *Obra poética*, Publicaciones UNL, Santa Fe.
- Mandoki, K. (2006).** *Prácticas estéticas e identidades sociales*. Prosaica 2, Siglo Veintiuno, Méjico.
- Onega, G. (1969).** *La inmigración en la literatura argentina*. Galerna, Buenos Aires.
- Pageaux, H.D. (2011).** *Musas na encruzilhada. Ensaio de literatura comparada*. URI–editoraufsm, Frederico Wesphalem, Brasil.
- Petriella, D. (1988).** *El convenio de doble ciudadanía entre la Argentina e Italia*. Asoc. Dante Alighieri, Buenos Aires.
- Saer, J. J. (2010).** *La Mayor*. Seix Barral, Buenos Aires.
- Sánchez, F. (1999).** *La gringa*. Ameghino, Rosario
- Serra, E. (1977).** *Literatura del litoral argentino*. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Valli, O. (1992).** *Creación situada*. Ediciones Sudamerica, Sante Fe.
- (1985). Introducción al libro *Los nombres de la tierra* de Lermo Rafael Balbi. Fondo Editorial Municipal, Rafaela.
- Vittori, J. L. (1986).** *La región y sus creadores*. Lib. Ross, Rosario.
- (1986). *Literatura y región*. Colmegna, Santa Fe.
- (1988). *Literatura y cultura nacional*. Colmegna, Santa Fe.
- Zevallos, E. (1984).** *La rejión del trigo*. Hyspamérica, Madrid.

Rastros de Italia en la piel de Santa Fe. Alarifes, artesanos y artistas partícipes de la transformación de la ciudad

Gustavo Vittori*

Luego de la sanción del texto constitucional de 1853 y, sobre todo, de la aprobación de la reforma constituyente de 1860, que incorporó la escindida provincia de Buenos Aires al cuerpo de la República Argentina, los cimientos de la Organización Nacional quedaron firmes y la apertura del país al mundo adquirió una vertiginosa operatividad. Año tras año, oleadas de inmigrantes, especialmente italianos, llegarán a nuestras playas y trabajarán a brazo partido para lograr un lugar bajo el sol austral. En el ámbito específico de la ciudad de Santa Fe, ese enorme esfuerzo producirá significativos cambios culturales, económicos y sociourbanos que aún pueden rastrearse en la piel de la ciudad, donde son reconocibles las huellas dejadas por constructores y artistas procedentes de Italia.

Cuando expiraba el año 1852, comenzaron a llegar a la ciudad de Santa Fe los congresales constituyentes que sentarían las bases de la Organización Nacional mediante la sanción de nuestra Carta Magna.

El alumbramiento de la norma maestra que regiría la convivencia de los argentinos —y entre nacionales y extranjeros— se produjo el 1º de mayo de 1853 en una ciudad de calles de tierra que tenía poco más de 6000 habitantes.

En ese austero escenario, el texto plasmado por los constituyentes fundaba en la letra la Argentina moderna que debía concretarse en los hechos a través de políticas públicas coherentes con el ideario filosófico y político inspirador de la flamante Constitución.

El Preámbulo del cuerpo normativo explicitaba el propósito alberdiano de poblar el país y vencer al desierto, al abrir sus puertas a «todos los hombres del mundo» que quisieran habitar su suelo (Alberdi, 2003:127 y ss., 207 y ss.).

A través de esa metafórica abertura ingresarán tres años después las familias —en su mayoría suizo-francesas y suizo-alemanas— que poblarán Esperanza, primera colonia agrícola del flamante Estado confederal, y cercana a la ciudad de Santa Fe, cuna de la Constitución.

Poco más tarde, en 1858, en una zona rural también próxima a la capital provincial se asentará la colonia de San Carlos, integrada por un importante número de familias provenientes de la península itálica, principalmente del Piemonte.

Pero eso será sólo el principio. En los años siguientes, se multiplicará la implantación de colonias con fuerte componente italiano en la franja central del territorio y en el segmento longitudinal que, en la dirección norte-sur, delinea el límite

oeste que separa a nuestra provincia de la vecina Córdoba. En verdad, los nuevos pueblos germinaron a uno y otro lado del referido límite con claro predominio de pobladores venidos del Piemonte. En tanto, en el noreste provincial, los friulanos de la colonia de Avellaneda corrían la frontera boreal al abrir picadas entre los quebrachales de la Cuña Boscosa.

Alentados por las normas de la Constitución y las oportunidades que ofrecían una vasta geografía y favorables condiciones ambientales, los inmigrantes empezaban a llegar de a miles. No los atraía sólo la amistosa invitación del Preámbulo, sino también las normas efectivas, los artículos que integran la Primera Parte del corpus, que reúne en un Capítulo Único, declaraciones, derechos y garantías insuflados por la filosofía de la libertad y tal como quedara redactado luego de la reforma de 1860. Sirve, a título ilustrativo, citar sólo dos. El 14, que dice: «Todos los habitantes de la Confederación gozan de los siguientes derechos conforme a las leyes que reglamenten su ejercicio, a saber: de trabajar y ejercer toda industria lícita; de navegar y comerciar; de peticionar a las autoridades; de entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; de publicar sus ideas por la prensa sin censura previa; de usar y disponer de su propiedad; de asociarse con fines útiles; de profesar libremente su culto; de enseñar y aprender». Y el 20, que establece: «Los extranjeros gozan en el territorio de la Confederación de todos los derechos civiles del ciudadano; pueden ejercer su industria, comercio y profesión; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; navegar los ríos y costas; ejercer libremente su culto; testar y casarse conforme a las leyes. No están obligados a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones forzosas extraordinarias. Obtienen nacionalización residiendo dos años continuos en la Confederación; pero la autoridad puede acortar este término a favor del que lo solicite, alegando y probando servicios a la República».

Con estas favorables condiciones generales, que promovían y liberaban las energías creativas y productivas de naturales y extranjeros, la ciudad de Santa Fe, ubicada en una llanura llena de posibilidades y ribeteada en su borde este por uno de los ríos más grandes del mundo, atraía como un imán a quienes decidían probar suerte lejos de su tierra de origen, empobrecida por guerras recurrentes, miles de años de agricultura y un proceso de urbanización que vaciaba los campos. Así, italianos procedentes de diversas regiones de la bota peninsular —con las complejidades y conflictividades que todo trasplante supone—, empezarán a darle forma a su nueva vida. Y mientras esto ocurría, incidirán en el pulso vital de su patria de adopción.

Medio siglo después, Santa Fe era otra ciudad. El Censo Municipal de 1907 hace saber que su población alcanzaba los 44 257 habitantes; y que de ellos, 12 536 —casi el 30 %— eran extranjeros, conjunto multiétnico y multicultural en el que más de la mitad —exactamente 6999 personas— provenía de Italia (Vittori, 1997:384).

Esta cifra superaba a la que registraba la población total de Santa Fe cuando 54 años antes sesionara el Congreso General Constituyente de 1853, aquel que le abriera las puertas del país a la inmigración.

Pero más allá de los números poblacionales, en sí mismos significativos, es importante señalar los efectos transformadores del trabajo desarrollado por aquellos inmigrantes, esfuerzo que en un lapso relativamente breve había cambiado las fases rural y urbana de la provincia, con singular expresión en las ciudades de Rosario y Santa Fe, punto focal, ésta última, de nuestro comentario.

Desde el origen

Pero antes de avanzar sobre el tema específico que motiva estas líneas es bueno decir que los lazos de Santa Fe con Italia se remontan al momento mismo de la fundación de la ciudad por Juan de Garay en 1573. Es que uno de los integrantes de la mesnada que capitaneaba el vizcaíno era Juan de Bernardo, quien figura con un arcabuz en el alarde (ceremonia militar de exhibición de armas por parte de hombres disponibles para defender una plaza o integrar una expedición) realizado en Asunción del Paraguay el 23 de noviembre de 1572, y preparatorio de la armada que daría origen a nuestra ciudad.

De Bernardo, que había nacido en Asunción en 1555, era hijo de Bernardo de Centurión (Centurione), marino genovés, cuatralbo (jefe de cuatro galeras) de la flota del legendario almirante Andrea Doria, quien había llegado al Río de la Plata con la armada de Pedro de Mendoza, fundador, en 1536, de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre, vulgarmente conocida como la primera Buenos Aires.

Al abandonarse aquella fortaleza en 1541, Centurión siguió río arriba junto a Domingo Martínez de Irala, quien convertiría en ciudad al fuerte de Nuestra Señora Santa María de la Asunción, erigido en 1537 por Juan de Salazar de Espinosa en selváticas tierras boreales de la nación guaraní.

De esa geografía, partiría Juan de Bernardo (Juan hijo de Bernardo en la tradición nominativa italiana) junto al español Juan de Garay en busca del lugar adecuado que les permitiera emplazar río abajo un «puerto y pueblo», cuya ubicación cumpliera el doble objetivo de escala logística en la navegación hacia España y portal interior, es decir punto de enlace con otras incipientes ciudades dispersas en la región central y el noroeste del actual territorio argentino, el Alto Perú (hoy, Bolivia) y el virreinato del Perú, con sede institucional en Lima.

Así lo harían en un lugar ubicado a unos 80 kilómetros al norte de la actual ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, en una lomada ribereña que se alzaba junto al río de los Quiloazas —cristianizado por los españoles con el nombre de San Javier—, sitio ahora convertido en parque arqueológico e histórico. Allí, en las ruinas de la iglesia de San Francisco se conservan los restos de Juan de Bernardo y su primera esposa, doña Leonor López Salvatierra; también, los de su hijo Juan

Bautista de Centurión, licenciado y presbítero que, en 1651 —cuando comenzaba a gestarse la trasmuta urbana a la actual ubicación—, testó y mandó ser enterrado en el mismo templo en que yacían los huesos de sus padres.¹

Según pasan los siglos

En esa época, también arribará a Santa Fe la Vieja, Jerónimo de Rivarola, descendiente, al igual que los anteriores, de un antiguo y noble linaje genovés. Si bien había nacido en Barcelona, y su padre en Cádiz, sus ancestros eran lígures. Aquí, en 1647 se casó con doña Isabel Fernández Montiel, integrante de una de las familias principales, y un año después registró su marca de herrar ganado, atributo de los vecinos propietarios.²

Dando continuidad a la secuencia de vínculos con Italia, en el curso del siglo XVIII llegó a Santa Fe de la Vera Cruz don Carlos Rosa, homónimo de su padre y nacido en Roma en el hogar constituido por éste y Catalina Angelita. En nuestra ciudad, Rosa contrajo matrimonio con doña María Rosa González de Setúbal en 1727, y tuvo un destacado papel en la sociedad de entonces.³ Con esa familia, tendrá un vínculo singular —nunca precisado del todo— el sorprendente ermitaño Francisco Javier de la Rosa, constructor —en tierras de los González Setúbal— de la primitiva capilla de Guadalupe al norte de la planta urbana, iniciador de la devoción popular por esa virgen, carpintero, imaginero, fundidor de campanas, dibujante, pintor, escritor —su libro manuscrito de 1775 conjuga estas últimas habilidades—; en suma un notable personaje de la historia santafesina (Vittori, 2000:81–84).

Y ya que hablamos de arquitectura religiosa, vale acotar que el templo más antiguo de la ciudad actual —el de Nuestra Señora de los Milagros—, fue comenzado en 1660 por los padres de la Compañía de Jesús según el modelo matricial del Gesú de Roma, proyectado por Jacopo Vignola como irradiante expresión del programa de la Contrarreforma instrumentada por la Iglesia Católica en el siglo XVI. Como se sabe, los jesuitas, dirigidos por Ignacio de Loyola, fueron la punta de lanza de la respuesta gestada en el *umbilicus orbi* ante la crisis religiosa provocada por las impugnaciones de la Reforma protestante con eje en Alemania.

En aquella circunstancia, el arte no fue neutral. El barroco puso su efectista y efectiva gestualidad teatral al servicio de una renovación teológica y litúrgica presionada por las aceradas críticas de Martín Lutero y sus seguidores. En el plano constructivo, como escribí en *Bajo el cielo de Italia* el mandato era: todos juntos, un solo cuerpo —una sola grey— en una única nave dentro de una planta general en cruz latina, la forma de la cruz en la que fue clavado Cristo, diseño evocador de su pasión y muerte y eficaz recordatorio de la iglesia de los orígenes. Se trataba de reunir en un mismo espacio —sin las distracciones ni escondrijos que ofrecían las naves laterales y los ambulacros— a la feligresía y conmoveerla mediante

la conjunción de la arquitectura, la escultura, la pintura y el uso de un lenguaje barroco con intensos acentos emocionales (Vittori, 2011:246). Y así fue también en Santa Fe, con el aporte, por ejemplo, de la imaginería mestiza proveniente de las misiones de la Paracuaria y —vale acentuarlo— las excelentes tallas de los cristos «de la Paciencia» y «atado a la Columna» que, conforme consta en los inventarios del siglo XVIII realizados luego de la expulsión de los jesuitas, fueron «traídos de Roma según noticias» (Vittori, 1997:74). En la primera mitad del siglo XX, en consonancia con la nueva riqueza de la Argentina y el notable aumento de la población urbana —que reclamaban correspondencias edilicias— a la iglesia se le agregarían dos naves laterales. Pero éste es otro tema.

En el siglo XIX, y anticipándose a la influencia masiva que habrá de ejercer la cultura italiana luego de la aprobación de nuestra Ley Fundamental, debe mencionarse el proyecto de modernización de la planta y fachada coloniales de la iglesia Matriz (1750), realizado en 1832 por el arquitecto e ingeniero italiano Carlo Zucchi.

Quien echó luz definitiva sobre el autor de este proyecto —que había tenido distintas acreditaciones en el curso de los años— fue el arquitecto Luis María Calvo, quien siguiendo una pista brindada por el Arq. Fernando Aliata (2013), viajó a Reggio Emilia (Italia) e investigó en el Archivo de Estado todos los papeles vinculados con el trabajo de Zucchi en Santa Fe.

Encontró planos y bosquejos que documentan con certeza la autoría del profesional italiano que había arribado al Río de la Plata en 1826, convocado por Bernardino Rivadavia, y que llegó a Santa Fe en 1832 enviado por Juan Manuel de Rosas. Al margen de tales vicisitudes, lo que nos interesa es su intervención en el edificio de la Catedral mediante la elaboración de un proyecto que, a juicio de Calvo, «pone en evidencia la capacidad de Zucchi para adecuar su programa ilustrado a las condiciones culturales del medio provinciano, anticipando una estética que se afianzaría en el ambiente arquitectónico santafesino sólo dos décadas más tarde, a partir de la organización nacional y la real transformación del país» (Calvo, 1996:1).

Es verdad que pese a la escasez de recursos dinerarios y a la limitación de materiales constructivos, Zucchi dignificó el edificio mediante el empleo de un lenguaje neoclásico austero pero expresivo. En efecto, mediante recursos que vestían la desnudez del colonial español —tales como rectángulos y cuadrados ciegos formados con molduras, pilastras jónicas, friso, cornisa, un frontón triangular central y, en las torres, mampuestos de argamasa que evocan los sillares de piedra usados en Europa—, creó ritmos y enriqueció la percepción visual del edificio.

En una foto tomada por el italiano Pedro Tappa en 1862, que muestra a la Plaza Mayor —hoy 25 de Mayo— y parte de su contorno, entre las construcciones de época colonial resalta la silueta de la catedral con las mencionadas innovaciones, en tanto que sobre la calle San Jerónimo —patrono de la ciudad— sobresale una casa de dos plantas con techo de azotea (otra novedad que empezaba a reemplazar las cubiertas pajizas o de tejas características del período español).

Foto 1: Plaza Mayor (hoy 25 de Mayo). Foto Pedro Tappa 1862. (Archivo *El Litoral*)



1862. Plaza de Mayo. Al frente del camino, en la esquina, la casa de los Gelabert, demolida, donde hoy está el Palacio Episcopal desde 1870. Le sigue la Iglesia Matriz. (Fotografía de D. Pedro Tappa).

Hacia finales del siglo XIX e inicios del XX, la renovación urbana será extraordinaria. Los edificios representativos de los poderes del Estado, importantes dependencias públicas, sedes institucionales de asociaciones, nuevas iglesias, la construcción privada en general, receptorán lenguajes arquitectónicos de insoslayable raíz itálica, a veces conjugados con gramáticas de origen francés y algunas notas de la practicidad inglesa en el renglón de las construcciones utilitarias (fábricas, galpones, plantas generadoras, estaciones de ferrocarril, puertos, depósitos, redes de servicios).

Mi primer libro —*Santa Fe en clave* (1997)— se iniciaba con un capítulo titulado «Cuando las paredes hablan». Hoy, a la distancia, puedo decir que básicamente hablaban italiano, al menos las correspondientes al ciclo histórico que se extiende desde el comienzo de la Organización Nacional hasta los años 30 en el siglo XX. En este sentido, la mutante piel de la ciudad daba muestras claras de lo que Dante Alighieri había denominado en el siglo XIV *visibile parlare*; es decir, hablar de modo claro, con buena calidad narrativa. Y hay que reconocer que los muros de la ciudad en transformación, las fachadas urbanas —ya fueran importantes edificios institucionales o extensas líneas de residencias particulares con similar altura y morfología— hacían saber al observador que sus proyectistas y constructores o eran italianos o habían abrevado en las fuentes de la antigua Italia. Veamos.

El barrio del Puerto

La única pieza de arquitectura confederal urbana que conserva Santa Fe, casa levantada en torno a 1850 en el borde fluvial y portuario por el armador y comerciante de frutos del país Diego Díaz —padre de Josefa Díaz y Clucellas, primera pintora santafesina—, ya muestra pilastras, cornisas, frisos ornamentales y guardapolvos sobre puertas y ventanas, recursos, todos, de inspiración italiana, al igual que la polifuncionalidad del edificio —casa habitación, comercio y depósito— con claro énfasis en los aspectos mercantiles y utilitarios denotados no sólo por la cercanía con el riacho Santa Fe sino por la cantidad de puertas relacionadas con el movimiento de mercaderías diversas (Reinante et ál., 1993:60–61).

Foto 2: Panorámica del barrio del Puerto, sobre la curva del río en calle La Rioja. Casa esquinera de Diego Díaz. (Archivo *El Litoral*)



Foto 3: Casa Diego Díaz ya afectada por el paso del tiempo con algunas aberturas cegadas. (Archivo *El Litoral*)



Con las diferencias del caso, el edificio recuerda a las casas con dependencias comerciales de Venecia, sólo que en la ciudad del Adriático las instalaciones hundían sus bases en las aguas salinas de la laguna marítima, mientras que la última casa sobreviviente del viejo barrio del puerto decimonónico fue construida sobre la tierra firme de la barranca fluvial. Por otra parte, en Venecia las casas con comercio incorporado erigidas sobre los canales disponían en su nivel inferior la administración comercial y los depósitos de mercaderías con acceso franco de las embarcaciones a través de amplios portones, postes de amarre y a veces muelles que facilitaban el movimiento de las cargas. Y arriba, en los pisos altos, que crecían verticalmente según las fortunas de sus dueños, vivían las familias. En cambio, la propiedad que habitaron los Díaz tiene un desarrollo señaladamente horizontal, aunque en forma de «L» por estar construida en una esquina, con numerosas aberturas funcionales al exterior y conexión interna con la zona familiar a través de un patio interior. Pero el concepto de una y otras se parece, máxime cuando se valora el común elemento acuático que fue determinante para el giro comercial de Diego Díaz, quien reducía costos al cargar y descargar productos en lanchones al pie de la barranca y a metros de sus depósitos.

Como se ve, no se trataba sólo de la transcripción constructiva de modelos formales sino de la apropiación de conceptos funcionales que los cargaban de sentido y utilidad. No eran, por tanto, copias bobas. Es más, a menudo se hacían adaptaciones inteligentes relacionadas con aspectos propios de la geografía, el clima, el volumen de los negocios, la mixtura de las costumbres y la disponibilidad de espacio.

A propósito de la zona portuaria de aquel tiempo, la historiadora Catalina J. Pistone dice que los inmigrantes que empezaban a llegar a Santa Fe luego de aprobada la Constitución Nacional, preferían radicarse junto al puerto, posiblemente por añoranzas de su tierra natal de origen marítimo. Y a continuación, transcribe a José Carmelo Busaniche, quien en su libro *Hombres y hechos de Santa Fe* se refiere al asentamiento de población extranjera en los alrededores del puerto nuevo, y a la reacción que ese proceso suscitó en los antiguos residentes del barrio sur (Pistone, 1973:379 y ss.).

Escribe Busaniche: «los viejos vecinos de Santa Fe estaban apenados. La ciudad se les iba al norte. El barrio de San Antonio (noroeste) y el del Puerto (noreste) se poblaban... Por eso un día de 1856 resolvieron confabularse contra los hombres del norte. Gobernaba la provincia José María Cullen, al que presentarán un extenso petitorio exponiendo el problema y las medidas que podían darle solución. Lo firmó... el jefe de Policía, los curas de los conventos, y tras de ellos, ciento cincuenta vecinos de la ciudad» (Busaniche, 1946:129).

Continúa: «La gran concurrencia de buques que diariamente entran en nuestro puerto —dirán en el gobierno— ha venido a fijar el centro comercial en uno de los extremos de esta capital, llevando allí toda esa actividad mercantil que obra

prodigiosa en el camino del progreso. La capital encierra, por decirlo así, dos ciudades: una con sus lindas casas que a cada momento se edifican, está llena de vida y actividad en inmediato contacto con el exterior de la provincia; la otra, con sus viejos y ruinosos edificios, apenas cuenta con muy pocas casas de negocios donde con dificultad se encuentra lo más necesario para la vida. Todo hay que buscarlo en lo que se llama “El Puerto”. En la una, todo es progreso; en la otra, todo decadencia. El comercio y la población toda están trasladándose al Puerto, lo que no dejará de traer graves inconvenientes. En la parte opuesta de la ciudad, están todos los templos, todos los edificios públicos, todos los ramos de la administración, lo que hará que esta población nueva, compuesta de gente tan diferente en todo sentido, que debía estar bajo la más inmediata observancia de las autoridades, sólo queda vigilada por las más subalternas; haciéndose por otra parte muy dificultosa la práctica de sus deberes religiosos».

Y finaliza: «Para los peticionantes, la solución era sencilla. Si del puerto dependía la vida del norte, todo consistía en llevarlo al sur... Con la adopción de esas medidas tomarán un valor inmenso todos los terrenos y edificios de la parte sur de la población, y la riqueza pública se aumentará considerablemente» (130).

La reacción de los residentes tradicionales es interesante como indicadora de la velocidad que tomaba el proceso inmigratorio y de su impacto sociourbano. Llama la atención el secular vínculo entre la consigna de Garay que proclamaba la necesidad de «abrir puertas a la tierra» y la invitación del Preámbulo constitucional —casi trescientos años después— «a todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino».

En el primer caso, se intentaba penetrar en el subcontinente, establecer caminos interiores que crearan una red de comunicación entre las ciudades incipientes y distantes plantadas en una geografía baldía y hostil. Los caminos serían las arterias por las que fluirían bienes y personas para que hubiera «trato y conversación» entre sus pobladores. Y a ese fin, los habría de tierra y de agua.

En el segundo caso, también se abría la tierra —ya argentina— hacia fuera, hacia el mundo, en busca de brazos y capitales que ayudaran a desarrollar un país recién organizado, pero todavía magro y con pocos habitantes.

«Gobernar es poblar», había predicado Alberdi en sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (2003). Y su propuesta, luego de ser receptada por el texto constitucional se convertía en políticas operativas, de las que los contratos de colonización suscriptos por la provincia de Santa Fe fueron sus expresiones primeras.

Se concretaba así un doble movimiento anudado con el hilo del tiempo: el de la Corona española, hacia adentro del Río de la Plata; y luego, hacia fuera, mediante la convocatoria *urbi et orbi* del flamante país de los argentinos creado a partir de las provincias gestadas durante la etapa posrevolucionaria por acción de sus dirigencias criollas. Vuelta de tuerca que, en una y otra dirección, en los

siglos XVI y XIX, incorporaba elementos foráneos que —entre aceptaciones y rechazos— habrían de modificar el código genético de las poblaciones involucradas en nuestra secuencia histórica.

Integración de artes y oficios

Pero volvamos al barrio del Puerto, donde este fenómeno se verificaba con toda evidencia. Y donde casas del estilo de la de Diego Díaz empezaban a reproducirse junto a la curva descripta por el río a la altura de las calles Tucumán y La Rioja. Justamente sobre esta última, en el cruce con San Martín, entonces denominada Del Comercio, en 1865 se colocaba y bendecía la piedra fundamental de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen (Vittori, 1997:277–278) proyecto que se paralizaría en 1871 con la muerte de su impulsor, el presbítero Luis Doldán, para reanudarse en 1887 sobre la base de los planos realizados por Jonás Larguía, profesional formado durante cuatro años en la Pontificia Academia de San Lucas en Roma, donde había obtenido diplomas en Arquitectura Elemental y Práctica, y en Perspectiva.⁴ Y quien hoy observe el templo en cuestión podrá advertir el despliegue del repertorio neoclásico aprendido en la ciudad Eterna; repertorio al que luego de la muerte de Larguía hará su contribución el arquitecto italiano Juan Bautista Arnaldi, quien completará el proyecto inconcluso, en tanto que el tramo final de la construcción será ejecutado por la empresa de Juan Mai e Hijos, cuyo titular había arribado al país desde la ciudad de Varese, capital de la provincia homónima en la región de Lombardía.⁵

A propósito de esta iglesia identificada con el barrio del puerto, debo decir que constituye el más completo ejemplo de la tarea asociada de alarifes, artesanos y artistas de origen itálico. En efecto, a su arquitectura, nacida en el tablero de un profesional argentino graduado en Roma, habrán de sumarse con el correr de los años los frescos de Juan Cingolani y Francisco Marinaro, quienes conjugarán destrezas en la bóveda del templo para entregarle a Santa Fe el mejor ciclo pictórico religioso de la ciudad, concluido en 1916.

Cingolani había nacido en Montecassiano, Macerata (Las Marcas) en 1859, y realizado estudios en la Academia de Bellas Artes de Perugia. Además, antes de llegar a Santa Fe en 1909, donde abrirá una de las primeras academias de dibujo y pintura, había integrado el departamento de restauradores del Vaticano, y trabajado sobre el mismísimo *Juicio Final* de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. Marinaro, oriundo de Matera, Basilicata, arribará un año después, con sus alforjas cargadas de múltiples saberes, entre ellos los concernientes a la escultura. Fue el autor de efigies modeladas en el frente de la iglesia y, sobre todo, del extraordinario trabajo que realza la puerta del templo sobre calle San Martín, de clara inspiración renacentista.

Foto 4: Puerta lateral de ese templo —sobre calle San Martín— ornada con guardas escultóricas de Francisco Marinaro. (Archivo *El Litoral*)



Vale la pena detenerse un instante en esta obra, fechada en 1927 y ejecutada a mano, en el lugar y con material fresco elaborado con minerales diversos, granito reconstituido y sustancias marmóreas, técnica tan difícil como infrecuente en nuestra ciudad. Como escribiera en *Santa Fe en clave* (Vittori, 1997:270) al primer golpe de vista la urdimbre escultórica de las pilastras que flanquean la puerta de doble hoja parece uniforme, pero a poco que nos acerquemos cada figurita muestra cambios sutiles respecto de su contraparte visual. Hay allí diseños emparentados con la tradición del «grutesco»: representaciones heráldicas, grifos, copones, vegetales estilizados, mascarones, ángeles y figurillas femeninas en apretada trama icónica. Por encima, una bovedilla le sirve de marco a una escena en la que Simón Stock recibe el escapulario que pende de la mano de Jesús niño. Y arriba, dentro de un frontón que corona la composición general con forma de templete, dos querubines sostienen el escudo de los carmelitas.

La imagen de Simón Stock recibiendo el escapulario, pero de manos de la Virgen, ya había sido pintada por Cingolani en el interior de la iglesia, dentro de uno de los medallones policromos que ornán la bóveda de la nave principal, presidida en su parte central por un gran fresco que alegoriza el Purgatorio, de cuyas almas es patrona la Virgen del Carmen. Allí, haciendo gala de su formación

académica y su destreza ilusionista, Cingolani plasma un movimiento ascendente en el que desde lo alto la Virgen, acompañada por una legión de ángeles, parece ayudar a la elevación de los espíritus purificados mientras que otros, en el plano inferior de la escena, claman desesperados en el Purgatorio.

Foto 5: Fresco mayor de la bóveda de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, pintado por Juan Cingolani. (Archivo *El Litoral*)



Un sobrino del pintor me comentó en su momento que entre los cuerpos que ascienden al cielo aparecen los rostros del padre y de una hija de Cingolani, en tanto que la vigorosa espalda ubicada en la parte inferior pertenece a un sobrino del artista, que le sirvió de modelo. Es interesante hacer notar la pervivencia de tradiciones que enlazan con el Renacimiento, movimiento artístico de los siglos xv y xvi en el que era habitual que los artistas intercalaran en sus obras, imágenes de los comitentes, autorretratos y reproducciones de parientes y de otros pintores en medio de los integrantes de las cortes celestiales. Marinaro, a su vez, contribuye a resaltar los frescos policromos mediante el empleo de formas —imágenes angélicas, exuberantes cartelas, guirnaldas vegetales y guardas geométricas de raíz griega— trabajadas con valores tonales bajos y medios que exaltan por contraste las pinturas de Cingolani.

En lo que refiere al trabajo artesanal, puede mencionarse el altar de mármol que se encuentra en la nave izquierda de la iglesia, trabajo realizado por una de

las primeras marmolerías de la provincia, creada por Napoleone Napoleoni en 1888. La composición integra distintos tipos y tonos del material en cuestión —blanco de Carrara, rosa de Verona, verde de los Alpes, ónix verde de San Luis y ónix marroquí— trabajado en piezas enteras o con distintas incrustaciones, en tanto que las partes labradas, que revelan a un escultor seguro de su oficio corresponden a Alcides Napoleoni. Como retablo, se observa un mural con serafines y guirnaldas que firma Ulises Tossi.

Un altar vecino es obra de Domingo Ferri, excelente tallista que tuvo como colaborador a Antonio Di Dío, otro buen artífice de la madera al que se le atribuyen algunos confesionarios del templo. Por su parte, el gran armario de la sacristía, de rica talla, fue realizado en el taller de carpintería de la firma Baldini y Storani que en las primeras décadas del siglo xx funcionaba en el número 25 de la calle 9 de Julio.⁶

Como se ve, la iglesia del Carmen es un ejemplo valioso a la hora de hacer notar el aporte de añejos saberes y nombres procedentes de Italia en el proceso de transformación urbana de Santa Fe.

Otras iglesias, los mismos nombres

Pero mientras esto ocurría en el trajinado barrio del puerto, a pocas cuadras, frente a la plaza que a partir de 1902 llevará el nombre del general José de San Martín —y que desde la realización del Congreso General Constituyente de 1853 se denominaba «de la Libertad»— sobre calle 1º de Mayo entre Tucumán y Primera Junta, empezará a erigirse el colosal proyecto elaborado en 1896 por el genovés Juan Bautista Arnaldi —especialista en arquitectura religiosa— y ejecutado por la compañía constructora de Juan Mai e Hijos. Se trataba de una nueva catedral, impulsada por el obispo del Litoral, Dr. José María Gelabert y Crespo, a partir de la creación, en 1887, del Obispado de Santa Fe, que separaba a esta jurisdicción de la de Paraná, donde se asentaba la prelatura desde su designación de primera capital de la Confederación Argentina. De modo coetáneo, distintos actores santafesinos promovían, en nombre de la modernización de la ciudad, el traslado del centro cívico a la zona de la plaza, movimiento que contó con el apoyo del entonces gobernador Luciano Leiva (1894–1898) (Vittori, 1997:270).

Lamentablemente, la Primera Guerra Mundial (1914–1918), y más adelante, el aumento de los costos de construcción sin el correlato de una recaudación que los sustentara, terminaría paralizando el proyecto, del que queda a la vista una significativa porción construida sobre calle 1ª de Mayo, y el actual templo del Sagrado Corazón, erigido en el contrafrente sobre dependencias del edificio original y con ingreso por calle 4 de Enero (Vittori, 2010:18–19; Reinante, Collado et ál., 1993:82–83).

Casi al mismo tiempo, pero en el extremo norte de la ciudad, el dueto Arnaldi-Mai, proyectará y construirá entre 1904 y 1910 la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, importante edificio neogótico levantado en el sitio que desde el siglo XVIII ocupara la capilla iniciada por Francisco Javier de la Rosa, el anacoreta santafesino al que ya hicieramos referencia (Reinante, Collado et. ál., 1993:84-85).

Arnaldi también echará mano del arcón historicista y plasmará formas ascendentes, pináculos y arcos ojivales del gótico en las capillas de los colegios religiosos de Nuestra Señora del Huerto —creado por monjas genovesas que se radicaron en Santa Fe en 1863 y encomendaron el proyecto del edificio en 1887— (ibídem: 98-99), y San José Adoratrices, cuyo proyecto edilicio se remonta a 1890 (ibídem: 100-101). Por su parte, el establecimiento que completa la tríada de principales colegios religiosos femeninos en los albores del siglo XX —el de Nuestra Señora del Calvario—, será construido en 1913-14 por Orlando Ovidi, también responsable de la ampliación de 1932, siempre sobre la base del proyecto academicista del ingeniero francés José Courau, primer administrador de la Compañía Francesa de Ferrocarriles de la Provincia de Santa Fe y promotor de la llegada de la congregación de educadoras francesas a nuestra ciudad (ibídem: 110-111).

Edificios públicos

En lo que a los edificios públicos respecta, la primera obra importante fue la denominada «de los Tribunales Viejos», iniciada en 1867 y completada en tramos sucesivos (1892 y 1896). En rigor, la construcción, a cargo de Leopoldo Rocchi, comenzó por encargo del gobierno provincial y como respuesta a la creciente demanda educativa de una ciudad, una provincia y un país que se modernizaban a ritmo vertiginoso. Así, el edificio fue pensado como sede de una escuela modelo que en verdad nunca funcionó en ese inmueble. Sí lo hizo, desde 1884, la Casa de Justicia, cuyo ingreso principal, de fuerte impronta italianizante, fue concluido por Sócrates Chiericatti en 1896. Andando el tiempo, por esas paradojas del destino, luego de la mudanza de los tribunales al actual Palacio de Justicia que se yergue frente a la plaza 25 de Mayo, terminará alojando a la Escuela de Artes Visuales Juan Mantovani, prestigioso establecimiento provincial en el que han enseñado los principales artistas de nuestro medio (ibídem: 68-69).

Y ya que hablamos de edificios escolares, merece una referencia el que en el norte de la ciudad, frente a la antigua plaza «de las Carretas», por entonces llamada «del Progreso», levantará sus paredes, según un proyecto elaborado en 1888. Era el de una escuela para niñas, a la que luego se le anexará otra de varones y en conjunto le darán volumen a la Escuela Fiscal N° 3 Bernardino Rivadavia. La escuela y su manifestación física en la «frontera» de la ciudad, en la proximidad de la Estación Francesa de Ferrocarriles y del puerto nuevo, testimonian la importancia

que los gobernantes de la Constitución le daban al proceso inmigratorio, y a la enseñanza como factor de integración de los extranjeros a su nueva tierra; a la escuela, como ámbito de aprendizaje y sociabilidad, y a la mujer, que hasta poco antes estaba constreñida a las tareas del hogar. También es interesante hacer notar la calidad de la construcción completada por Carlos Prono en 1914. Se trata de un inmueble que, a través de la dignidad de su arquitectura, expresa hacia afuera —a los que pasan— el valor de lo que se hacía adentro; el valor que se le asignaba a la educación primaria como simiente de ciudadanía. A esta altura es redundante decir que el diseño de la fachada tiene, como casi todos los edificios de ese momento, clara impronta italianizante. En este caso, el proyectista juega en las aberturas —diez por piso— con líneas curvas y rectas que remiten a los ejercicios del Renacimiento. Dos puertas de acceso simétricas, con arcos de medio punto, interrumpen la recta linealidad de las ventanas creando un ritmo más complejo y de mayor impacto visual. Otro tanto ocurre en la planta alta, donde puertas y ventanas enfatizadas por las salientes de dos grandes balcones con balaustradas reproducen los arcos del plano inferior, en tanto que a sus costados las ventanas mantienen la línea recta. Las que cambian son las formas de los guardapolvos que las protegen, ya que mientras en el *piano terra* se emplean salientes rectos, en el piso alto éstas componen frontones triangulares que, dicho sea de paso, se repiten —con mayor tamaño— en el barandal del coronamiento y sobre el eje de los arcos de los dos órdenes inferiores. En suma, un gran edificio para un estratégico proyecto de construcción de nacionalidad; un programa que pretendía argentinizar a los extranjeros y universalizar a los criollos (ibídem: 102–103).

Foto 6: Frente italianizante de la antigua Escuela Rivadavia. (Archivo *El Litoral*)



En el deslinde de los siglos XIX y XX, los arquitectos y maestros de obras que motorizaban la transformación material de la ciudad seguirán los pasos de los obreros albañiles que se habían organizado en 1896 en defensa de sus derechos. En 1902, se nuclearán en una asociación que obtendrá su personería jurídica el 25 de julio de ese año y que es muy reveladora no bien se atiende a los apellidos de sus integrantes. La primera comisión directiva estaba presidida por el constructor friulano Juan Bautista Beltrame, uno de los principales de la época, y tenía como secretario a B. Vincent. Eran vocales: el arquitecto lombardo Domingo Tettamanti, Rafael Stamati, Félix Pallavidini, A. Zanotti, Marcos Marelli, A. Gregorini, C. Mascheroni, C. Belloti, Valentín Heche, Luis Vittori (uno de mis bisabuelos), José Dosso, E. Delamea, P. Albinatti y S. Bozati. Estos nombres aparecerán relacionados con muchas de las principales obras de las primeras décadas del siglo XX (Pistone, 1973, Tomo V, Segunda Parte:413).^{7,8}

Apenas iniciada esta nueva centuria, la Municipalidad tomará la iniciativa modernizadora con tres construcciones institucionales relacionadas con las prestaciones básicas del ideario liberal: el Cementerio Municipal de Barranquitas (1892–95), el Teatro Municipal (1903–05) y la Asistencia Pública Municipal (1905–07).

El primero, que respondía a nuevos criterios de salubridad pública, fue proyectado por el ingeniero Arturo Lomello y presenta en su acceso principal un pórtico de cuatro columnas que, a la manera clásica, sostiene un techo coronado por un gran frontón triangular, motivo que se repite como guardapolvo sobre cada una de las ventanas de la fachada que iluminan la oficina de la administración y la capilla. Respecto del pórtico de referencia puede decirse que, aunque sencillo y austero, tiene reminiscencias de templo clásico, formato expresivo de una voluntad de ceremonial respeto hacia los difuntos y sus cortejos en el punto de ingreso a la ciudad de los muertos (Reinante, Collado et. ál., 1993:88–89).

Lomello también diseñó el templete circular que se yergue sobre el osario en la principal calle interna, y que como bien se menciona en el *Inventario de 200 obras del Patrimonio Histórico Arquitectónico de Santa Fe* (ibídem:89) recuerda al edículo de San Pietro in Montorio, que fuera proyectado por el gran Bramante a comienzos del siglo XVI y se levanta en Roma, sobre la ladera del monte Janículo o *Gianicolo* en el sitio donde la tradición sostiene que fue martirizado San Pedro. Todas estas construcciones fueron realizadas por la empresa Juan Mai e Hijos (Zuffi, 2000:166).⁹

El Teatro Municipal 1º de Mayo lleva en su nombre la fecha que evoca el día de la sanción de la Constitución de 1853. Y conserva en su *palier* la araña principal de la sala en la que sesionó el Congreso General Constituyente. El ecléctico edificio, que combina el lenguaje del academismo francés con algunos elementos de cuño italiano, fue proyectado por el arquitecto argentino Juan Augusto Plou, hijo de franceses y formado en la *École des Beaux Arts* y en la Escuela Especial de Arquitectura de París. Se ha dicho que el teatro está impregnado por el estilo Luis XV,

afirmación que se visualiza con mayor comodidad en la sala propiamente dicha, donde la ornamentación rococó envuelve con cortesana sensualidad francesa los muros del cuenco interior.

Escribí en *Santa Fe en clave*: «La sala principal en forma de hemicycle está completamente decorada. La baranda de los palcos bajos muestra motivos florales y vegetales; y la de los altos, cartelas, conjugándose ambos tipos de ornamentación —con el agregado de copones y palomas— en la baranda correspondiente a tertulia. En la planta de gradas, el ornato se simplifica en cartelas de menores dimensiones y el paraíso aparece totalmente despojado. De esa manera, la gradiente ornamental se corresponde con la jerarquía espacial y social de cada lugar. En la parte central del palco oficial, una escultura de mujer que simboliza a la República se ve rodeada de los escudos nacional, provincial y municipal.

»La cúpula está formada por tres anillos: cóncavos, dos de ellos, y convexo, el tercero. El primero contiene una pintura anular de Nazareno Orlandi, el artista italiano que la ejecutó en 1905 sobre telas encastradas en una estructura de madera, aunque ópticamente aparece integrada al cielorraso... Tiene figuras simbólicas de la música y la danza que exhiben, de manera preponderante, instrumentos de cuerda. Es de suave coloración y manifiesta un perfecto manejo de la perspectiva habida cuenta de que entre los bordes superior e inferior del anillo hay una diferencia de alrededor de dos metros, lo que produce una marcada curvatura que, desde la platea, pasa desapercibida al ojo del observador.

»El siguiente aro presenta una decoración relativamente simple y, como núcleo, una gran araña circular con 60 000 cuentas de vidrio completa la estructuración. En el borde inferior de la cúpula hay, a espacios regulares, dieciséis cariátides y, encima de la central, una lira y una paloma. Si bien distintos escultores —entre ellos, el afamado Ernesto Rigoldi— fueron contratados para ejecutar la ornamentación, queremos mencionar especialmente a Juan María Gagnetten, artista nacido en un pueblo de los Pirineos franceses cercano a Toulouse, ciudad donde estudió bellas artes» (Vittori, 1997:285 y ss.).

Otro tanto había hecho en el Real Instituto de Bellas Artes de Florencia el citado Orlandi, nacido en la ciudad de Ascoli (Marche) en 1861, y que llegado en 1889 a la Argentina, donde se radicó y murió, dejó como legado una vasta obra en edificios públicos y colecciones privadas.

Otro artista, esta vez escultor, procedente de Italia, donde había nacido en 1866, es Nicolás Gulli, autor del estupendo grupo escultórico que remata el frontis del teatro. Digo en mi ya mencionado libro que «conforme al rastreo de antecedentes efectuado por Graciela N. González y Jorge Terpin, se trata de Apolo ejecutando la lira y dos musas ensimismadas: Euterpe, la música, y Calíope, la poesía épica, que reunidas simbolizan, de manera sobria, la apoteosis de la Música.

Foto 7: Grupo escultórico de Nicolás Gulli, integrado por Apolo, Euterpe y Calíope, en lo alto del Teatro Municipal 1° de Mayo. (Archivo *El Litoral*)



Agregan los investigadores, que trabajaron sobre datos relevados en el diario *Nueva Época*, que el mítico conjunto tiene una altura de 3,50 metros, fue moldeado con cemento portland resistente a la intemperie y trabajado de tal manera que sus proporciones pueden ser adecuadamente visualizadas desde el plano de la calle» (ibídem:286). Y ya que hablamos de la música y el *bel canto*, cabe apuntar que las primeras óperas presentadas en la flamante sala fueron «Gioconda», de Amilcare Ponchielli; «Bohème», de Giacomo Puccini; y «Aída», de Giuseppe Verdi.

Pero volviendo al edificio en sí, se trata de una joyita arquitectónica, de excelente acústica, que incluía conceptos muy modernos como la polivalencia, al punto de que mediante un ingenio mecánico la platea baja podía nivelarse con el escenario, articulación que creaba un gran salón para usos sociales. No obstante, como datos de contexto, hay que señalar que un recorrido más a fondo de las instalaciones permite advertir un claro sometimiento de segmentos sociales a la elaboración formal, no sólo en lo que refiere a los espectadores de los pisos altos, con dificultosas visuales de la escena, sino a la contrastante humildad de los camarines originarios —ahora adecentados— con el esplendor de la sala, y al incumplimiento del contrato de construcción con la empresa Juan Mai e Hijos, a la que el municipio quedó adeudándole una importante cifra que jamás canceló (ibídem:284; Reinante, Collado et ál., 1993:94–95).

Pero en rigor, estas miserias que pueden encontrarse en la trastienda del edificio y sus circunstancias, no alcanzan a neutralizar la voluntad de elevarse a las alturas del arte lírico, de difundir cultura, de ser y aprender, de refinar el espíritu, de progresar en el sentido superador que por entonces denotaba este verbo cargado de connotaciones relacionadas con el esfuerzo creativo y la ilusión de crecimiento.

Arquitectura para la salud

En los primeros años del siglo xx, la modernidad no se manifestaba sólo a través del floreo de estilos que remitían a Europa, ni tampoco se reducía a la demostración exhibicionista de la capacidad económica para reproducirlos o adaptarlos a nuestras coordenadas espacio-temporales y culturales. En ese complejo encastre de mundos diferentes, también se producía la apropiación de intangibles, que muchas veces se mestizaban con el aporte de experiencias y pensamientos propios. El tema, por su densidad, escapa al ceñido campo de análisis de estas líneas, pero es importante enfatizar que la materialidad de las construcciones respondía a conceptos incorpóreos, muchas veces de largo desarrollo.

Párrafos atrás me referí a iniciativas municipales vinculadas con el cuidado de la vida, el goce artístico y el reposo de la muerte —la asistencia pública, el teatro y el cementerio—, preocupaciones reveladoras de una manera de entender la existencia. En su momento, el municipio abordó las tres dimensiones a la vez, sin prelación, lo cual pone de manifiesto una visión de política pública que intentaba acompañar a los ciudadanos desde la cuna al féretro.

Así como en el abordaje del cementerio municipal de Barranquitas hice una rápida mención de nuevas políticas de salubridad que alejaban a los muertos de los enterratorios eclesiales, debo señalar aquí que esa misma visión, que había evolucionado de modo conjunto con los nuevos conocimientos sobre las enfermedades y las fuentes infecciosas, impulsó en Santa Fe, coetáneamente, la concreción de varias obras, a saber: la primera red de agua potable y cloacas, la Asistencia Pública Municipal y los hospitales provinciales, el de Caridad —luego, José María Cullen— y el J.B. Iturraspe. También, y precediéndolos a ambos, el Hospital Italiano de Santa Fe y Colonias. Tomaban auge la salubridad y la salud públicas, conceptos con matices diferenciales pero convergentes en el cuidado de los ciudadanos mediante la sanidad, la prevención y el tratamiento.

Pero vayamos por partes. En la Argentina, el tema de la salubridad encarnó con vigor luego de la epidemia de fiebre amarilla que en 1871 diezmo a la ciudad de Buenos Aires. En 1874, se aprobó la ley nacional 3967 que le abriría posibilidades de saneamiento ambiental a las provincias que adhirieran al régimen establecido en su normativa. Años después, la ley nacional 4158/1903 autorizaba la provisión de agua corriente en las capitales provinciales que se acogieran a la norma citada. Fue entonces cuando en la ciudad de Santa Fe comenzó a proyectarse la construcción

de los sistemas de agua potable y cloacas. Los trabajos efectivos dieron comienzo en 1904 con la construcción de la primera toma de agua cruda en jurisdicción de San José del Rincón, en la zona del arroyo Ubajay. Completadas esas tareas, una cañería de hierro fundido de 0,40 m de diámetro y 11 kilómetros de extensión llevaría el agua cruda hasta la planta potabilizadora erigida en un predio de cinco manzanas ubicado en el corazón del barrio Candiotti Sud, prolongación hacia el noreste del barrio del Puerto y ámbito ampliatorio de la recepción urbana de los contingentes inmigratorios en constante aumento (Vittori, 1997:430 y ss.).

A fines de 1904, quedaron concluidas las primeras instalaciones de potabilización con una capacidad de producción diaria de 13 000 m³, aptos para cubrir la demanda de 30 000 habitantes. No obstante, la red de distribución domiciliaria puesta en servicio a fines de 1907 sólo cubría el casco céntrico y una porción reducida del barrio Candiotti en formación, por el simple hecho de su proximidad con las instalaciones sanitarias.

En ese barrio, habrían de radicarse numerosas familias italianas y francesas, estas últimas, asociadas laboralmente con el Ferrocarril Francés, en el que —por ejemplo— mi bisabuelo Juan Sambarino, hijo de ligures pero nacido en Montevideo, Uruguay, sería tesorero. Y precisamente en 1907, cuando se iniciaba la provisión del servicio de agua y cloacas, él levantaba su residencia en bulevar Gálvez 1453 (luego adquirida por Agua y Energía de la Nación, y listada en el inventario del patrimonio arquitectónico urbano) como consecuencia de la recomendación médica de buscar aire más puro para mitigar el asma que sufría su hija Lucy, consejo que lo hizo trasladarse del centro a la periférica avenida de diseño francés.

Pero anécdotas familiares al margen, lo cierto es que muchos inmigrantes provenientes de Italia arraigaron en barrio Candiotti. Allí están, para respaldar el aserto, apellidos como Lupotti, Franchino, Casanello, Cingolani, Casabianca, Talamé, Maglianesi, Fantini, Cortella, por citar algunos relacionados con la industria y el comercio. Pero pueden agregarse muchos otros. Ángel Menichini, que solía escribir notas sobre su barrio, menciona algunos más: Gabri, Carrere, Depetre, Piazza, Rudi, Stringhini, Pavetto, Delfino, Bonino, Foradini, Damiani, Cesi, Daverio, Gigante. En tanto que en la lista de aportantes para la construcción de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, aparecen entre los donantes mayores los apellidos: Rubinelli, Rostagno, Boetti, Biaggioni, Principe, Storani, Galetto, Marchisio, Zaninetti, Racagni, Giacosa, Lasso, Benassi, Bertero, Piaggio, Pignolo y Bauducco (ibídem:391).

Mientras, en el sur de la ciudad, en la esquina de las actuales calles Juan de Garay y 1º de Mayo, entre 1905 y 1907, la empresa de Juan Beltrame construirá el edificio de la Asistencia Pública Municipal de acuerdo con el proyecto elaborado por el Ing. Arturo Lomello, ya mencionado por su intervención en el Cementerio Municipal. Aquel inmueble, que hoy ocupa el Ministerio de Salud de la provincia, experimentará cambios a lo largo del tiempo, que sin embargo no modificarían demasiado su estructura y menos su fachada, en la que predominan las líneas italia-

nizantes, aunque más estilizadas y con mejores materiales que las de los primeros edificios públicos. Su puerta de ingreso integra un cuerpo central que sobresale de la línea de edificación y está enfatizado por una escalinata que se ensancha sobre la vereda. Las alas, también salientes, juegan como balances compositivos del frente sobre calle Juan de Garay, en el que resalta el corpus principal con su remate enmarcado por pilastras y una cornisa curvilínea dominada por el escudo municipal y bajorrelieves evocadores de los médicos griegos Hipócrates de Cos (460–370 a. C.) y Galeno de Pérgamo (130–200 d. C.), figuras consulares de la ciencia de todos los tiempos y guías luminosos de la profesión médica en general, y en particular de quienes prestan funciones en esa repartición del Estado (Reinante, Collado et ál., 1993:72–73).

Pero el primer nosocomio moderno de nuestro medio fue el Hospital Italiano de Santa Fe y Colonias, proyecto impulsado desde 1889 por el entonces vicecónsul, Dr. Carlo Nagar, quien promovió reuniones de importantes miembros de la colectividad con la mira puesta en la atención de la creciente cantidad de italianos radicados en nuestra ciudad y en las colonias del centro–norte de la provincia. Así se formó la primera comisión directiva o comisión iniciadora que dictó los estatutos y reglamentos de la asociación.

Con el apoyo del municipio, que durante la administración del Dr. Juan Arzeno donó los terrenos, y del gobernador de la provincia, Juan M. Cafferata —hijo de un genovés—, llegará el momento de poner manos a la obra. A ese fin, entre los miembros de la comisión directiva serán elegidos seis titulares para constituir la Comisión Edilicia. Ellos fueron: el ingeniero Benedetto Ghiglione, proyectista de la primera etapa del hospital; el Ing. Cesare Della Beffa; el empresario de la construcción Angelo Tettamanti, hermano de Domingo, el arquitecto ya citado (tíos tatarabuelos de quien escribe); Carlo Mai, hermano de Juan, primer titular de la constructora familiar; Luigi Bonazzola y Giuseppe Forte, reunidos en un cuerpo presidido por el vicecónsul Nagar. En 1894, se inaugurará la primera etapa, construida por F. y A. Bertuzzi, Marcos Marelli, F. Barabelli y C. Albinati. Más tarde, seguirán las sucesivas ampliaciones, a cargo del Ing. Arturo Lomello; y luego, del Arq. Juan Mai. La calidad del edificio es expresiva de la importancia asignada a la salud de la colectividad y de los valores solidarios que amparaban a los inmigrantes trasplantados a una tierra desconocida. El lenguaje arquitectónico, como resulta casi obvio, abrevia en el academismo italiano, pero con reducción de elementos ornamentales —por cierto innecesarios— y énfasis en la iluminación y aireación natural de las habitaciones, como corresponde a un centro de salud bien diseñado. Por fin, y aunque tenga poco que ver con el estricto servicio de salud, vale reparar en el pórtico de ingreso, el exonártex clasicista delimitado por tres pares de dobles columnas corintias que flanquean la escalinata de acceso y se extienden hasta la calle como una mano tendida a pacientes y acompañantes (Reinante, Collado et ál., 193:114–115).¹⁰

Un lustro después de la finalización de la primera etapa del Italiano, a instancias de la Sociedad de Beneficencia, la municipalidad donará los terrenos para la construcción del Nuevo Hospital de Caridad (luego Piloto, y ahora José María Cullen), superficie que se ampliará con cesiones de particulares. De seguido, se llamará a concurso de anteproyectos, del que emergerá con premio el Ing. Arturo Lomello; sin embargo, los que concretarán los planos, los pliegos de condiciones y los presupuestos serán Víctor Di Luca y Domingo Tettamanti —profesional graduado en el Instituto Técnico Superior de Milán—, base documental que servirá para la efectiva realización de la obra por parte de los constructores Carlos Broquin y Marcos Marelli. La piedra fundamental se había colocado en 1902, pero los trabajos se iniciarán en 1904 y finalizarán en 1909. Los expertos entienden que el resultado edilicio comportó «una excelente respuesta arquitectónica a un servicio esencial: la salud pública» (ibídem:117) al trabajar sobre una tipología funcional suficientemente probada y evaluada en Europa, que incluía salas específicas por enfermedad, buenos ingresos de aire y luz, y amplios corredores para la circulación de gentes y camillas. En cuanto a la fachada urbana, los diseñadores reiterarán el formato academista con salientes, curvas y rectas, pilastras y guardapolvos de diversa geometría que se alternan en los dos órdenes del frente para agraciarse su percepción desde la calle (ibídem:118–119).

Por su parte, el Hospital J. B. Iturraspe, que estaría destinado al tratamiento de enfermedades infecciosas, comenzó a esbozarse en 1896 con obras de mejora en la entonces denominada Casa de Aislamiento para enfermos tuberculosos. Pero la construcción hospitalaria, con proyecto y ejecución de Juan Beltrame en su primera etapa de desarrollo, estará terminada en 1911. En origen, el proyecto reprodujo el sistema de pabellones independientes, tomado también de la experiencia europea para evitar contagios entre enfermos con distintas patologías infecciosas. Y en términos edilicios, sus partes más viejas reiteran, aunque más pobremente, elementos del academismo italianizante en boga al que me he referido una y otra vez (idem).

Representaciones del poder

Las tendencias modernizadoras también harían blanco en el centro simbólico del poder provincial: el edificio desde el que el Poder Ejecutivo gobernaba. En 1907, Pedro Antonio Echagüe, que regía los destinos de Santa Fe, tomó la decisión de demoler el antiguo Cabildo que había cobijado a las autoridades coloniales, abrigado los debates de los congresales constituyentes en 1853, y servido de sede gubernativa a los mandatarios elegidos mediante las nuevas normas constitucionales. Junto con el histórico edificio también se tirará abajo la Jefatura de Policía, construcción historicista que recordaba al florentino *palazzo del Bargello*, pero que en rigor había sido levantada pocos años antes según proyecto de Domingo Tettamanti en la esquina este de la cuadra del Cabildo. De aquella edificación,

denominada popularmente La Jirafa por su torre almenada que se estiraba hacia el cielo, quedan aún sobre la avenida Arturo Illia paños murales con ventanas bíforas que combinan formas del románico y el gótico, y exhalan un inconfundible aroma medieval (Vittori, 1997:190–191).

El centenario edificio del Cabildo y su vecino historicista emanaban imágenes de la antigüedad que contradecían el espíritu modernizador de gobernantes que sembraban el desierto de pueblos agrícolas y reemplazaban, en ciudades que crecían a toda marcha, las módicas viviendas de adobes encalados por construcciones de ladrillos bien horneados cubiertos con revoques de piedra Paris y una imaginería ornamental que remitía a las fuentes de la cultura grecolatina.

En el ancho espacio que dejarán libre las demoliciones del Cabildo y La Jirafa habrá de erguirse el voluminoso cuerpo de la Casa de Gobierno de la provincia de Santa Fe, monumentalidad expresiva de la residencia del poder. El proyecto (con una participación del Departamento de Ingenieros) fue aprobado en 1908 y contó con la decisiva actuación del arquitecto Francisco Ferrari, quien también estará a cargo de su ejecución. Antes, sin embargo, las idas y vueltas que suelen acompañar a los grandes proyectos retardarán la iniciación de los trabajos hasta 1911.

Inspirado en modelos europeos, la intencionada representación de lo que el edificio alberga es comunicada a la ciudadanía con nitidez. Sólo el poder podía construir algo de tal diseño y semejante tamaño y robustez, máxime cuando apenas había transcurrido medio siglo desde el inicio de la Organización Nacional, y mucho menos desde su definitiva consolidación en 1880 con la federalización de la ciudad de Buenos Aires.

Hay que contextualizar aquel momento para captar la frecuencia del mensaje institucional despachado a través de la corporeidad de la arquitectura. Basta pensar que ese edificio, levantado en el núcleo duro del área fundacional, instalaba su presencia dominante en una ciudad todavía chata y en la que abundaban las construcciones en barro. Más aún, la flamante Casa Gris se erigía donde poco antes estaba emplazado el modesto cabildo de origen colonial —también asentado en barro— y al que la sobrecarga de una torre mal calculada le había provocado graves daños estructurales.

De modo que el mensaje quedaba potenciado por el contorno físico que le hacía de marco y la realidad social a la que estaba dirigido. El lenguaje empleado, a tono con la época, será academicista y conjugará elementos procedentes de Italia y Francia, que a su vez remiten a las fuentes clásicas. No se trataba de una excepción, en toda la Argentina se construían edificios de este tipo. En rigor, podían encontrarse en todas las capitales americanas y en las principales ciudades europeas; eran manifestaciones de la tercera globalización de la cultura de matriz griega, iniciada con la *koiné* helenística extendida a todo el cuenco del Mediterráneo, retomada unos 1500 años después con variantes propias por el Renacimiento italiano y reconducida por el neoclásico ítalo-francés y los academismos surgidos de esta última corriente.

Con fuertes anclajes en la historia y la cultura, y una manifestación monumental en la materialidad construida, la Casa Gris deja a la vista la concepción del poder y la voluntad de progreso que signaban la primera década del siglo xx. El cuerpo central, que parece avanzar poderoso sobre el eje de la plaza fundacional muestra en su orden inferior un tratamiento de almohadillado con material de frente como sustituto pobre del sillar de piedra labrada característico de las antiguas construcciones europeas; por encima, cuatro columnas colosales parecen sostener, como émulas de Hércules, el peso visual de la mansarda, que no consigue ser aligerado con el recurso de las tres lucarnas que la perforan para abrirle paso a la luz exterior.

A los costados, Ferrari concibió sendas galerías porticadas o *loggias* que, más allá de su grandiosa escala, tienen reminiscencias del piso alto del Cabildo demolido. En los extremos, dos cúpulas esquineras equilibran el volumen central de la mansarda francesa que corona el frente completo del edificio. Adentro, las oficinas se organizan en torno a dos grandes patios rectangulares, y en el primer piso muchas de ellas quedan doblemente protegidas por galerías internas y externas. En la parte central que da a la plaza, el espacio ceremonial del Salón Blanco ocupa el lugar que en el Cabildo tuviera la sala de reuniones en la que se realizaron el Congreso General Constituyente de 1853 y las convenciones reformadoras de 1860 y 1866 (Reinante, Collado et ál., 1993:74–75)

También en 1911, darán comienzo las obras de construcción de la Legislatura provincial, tarea que estará a cargo de la empresa de Juan Bautista Beltrame. El proyecto —del arquitecto Roberto Tiphaine— se había realizado de acuerdo con las condiciones establecidas por el Departamento de Ingenieros de la provincia, y el edificio se emplazaría en terrenos donde en el siglo xviii se erigía la antigua Aduana.

A diferencia de la Casa de Gobierno, el trazo dominante es horizontal, quizá para remarcar la pareja importancia institucional de ambas cámaras legislativas, implantadas a los costados del cuerpo central, cuyo pórtico de ingreso —sostenido por columnas corintias de gran porte— y su escalinata —dividida visualmente en tres secciones— evocan la imagen de los templos clásicos y connotan la sacralidad cívica que culturalmente impregnaba a la tarea de hacer leyes.

Foto 8: Pórtico neoclásico de acceso a la Legislatura provincial. (Archivo *El Litoral*)



La calidad del tratamiento ornamental, de arañas y apliques, del mobiliario y de los vitrales tanto del hall central como de los recintos de diputados y senadores, se corresponde con la importancia institucional asignada a las funciones públicas que cumplen quienes allí deliberan, publicidad simbólicamente enfatizada por la presencia popular en los palcos —las barras— que balconean sobre las cámaras. Puede decirse que, habida cuenta de su representación ciudadana y territorial —fuentes legitimantes de su actividad—, las partes eminentemente públicas del edificio muestran un esmero arquitectónico y ornamental que subraya el valor de su naturaleza institucional y la importancia del pueblo soberano allí expresado. A tal punto, que las alas del edificio se extienden hacia la plaza como los brazos abiertos de la democracia representativa hacia el pueblo representado. Por contraste, las oficinas de los legisladores donde se desarrolla la tarea diaria —ámbitos signados por una funcionalidad más personal— son mucho más modestas, y ni qué hablar de las que se agregaron en la década del 70, intervención que multiplicó los escritorios (a veces en espacios mínimos) y tejió una trama laberíntica que ha deformado el edificio, sus circulaciones y su funcionalidad luego de vulnerar los principios clásicos de simetría y proporción que le dieron origen (ibídem:76–77).

Un emblema del comercio y la industria

El edificio de la Bolsa de Comercio de Santa Fe ha sobrepasado el siglo de existencia y se levanta en pleno centro sobre la calle principal de la ciudad, antes llamada Del Comercio, y luego San Martín. Se trata de una importante construcción realizada entre 1910 y 1912, que tiene el mérito adicional de haber sido bien conservada por las sucesivas administraciones de la institución y expresa la pujanza de la sociedad civil de principios del siglo xx.

El contrato de obra fue suscripto por el Club Comercial —precedente de la Bolsa— con la empresa de Juan Beltrame, que materializará el proyecto del arquitecto Domingo Tettamanti, ambos socios del club e integrantes del grupo fundador de la Bolsa. Aquel documento es un «libro» que especifica en cláusulas detalladas el compromiso de las partes con un nivel de precisión que evitaba «lagunas» y ambigüedades. También constituye un significativo testimonio del arte de construir, así como de la calidad de los materiales que se emplearían, aspectos validados por el secular uso de la sede y la nobleza del edificio que, más allá del adecuado mantenimiento, exhibe con gallardía su vital estado de salud.

Aunque gestado por dos italianos, el edificio muestra una preeminencia de rasgos estilísticos franceses, principalmente en la ornamentación rococó de sus principales instalaciones internas. La fachada originaria, con su decoración excesiva, no le iba en zaga. Era una manera de llamar la atención de la sociedad, una suerte de “aquí estamos nosotros que hacemos cosas importantes para que la ciudad y la provincia crezcan”. La arquitecta Silvia Bournissent ha expresado que ese frente llevaba «el sello indiscutible de su proyectista, y manifestaba el gusto por un eclecticismo recargado, muy propio de la burguesía de principios del siglo xx» (Vittori, 2004a:3).

La fachada en cuestión será reformada en 1946 por el arquitecto Eugenio Neyra luego de ganar un concurso de anteproyectos; y según la mencionada profesional, la propuesta elegida —que es la que hoy puede apreciarse— realizaba «una prudente y conciliadora intervención, manteniendo la estructura clásica subyacente pero despojando la envoltura de toda ornamentación epidérmica» (idem). De la primera época, sólo queda el grupo escultórico principal realizado por un joven Miroslav Bardonek. En la parte alta, sobre el eje de la entrada principal, aparece la representación de una deidad provincial de pie, que con su mano derecha sostiene el escudo de Santa Fe ayudada por un Mercurio infantil que simboliza al comercio y lleva su típico «petaso» (casco con alitas). En el otro costado de la diosa, equilibrando la composición, otras dos figuras infantiles —una que carga un engranaje y otra con una gavilla de cereal— representan a la industria y la agricultura (Reinante, Collado et al., 1993:92–93) y (Vittori, 2004a:2).

La apuesta edilicia —que era también una apuesta al futuro— se decidió en el Centenario de la Revolución de Mayo de 1810, año también, de la conclusión de las obras del Puerto de Ultramar que dotaba a la región de una gran plataforma

de actividad económica y habilitaba la creación de un mercado local de granos que atraería a las principales exportadoras del país, las que no tardarán en abrir oficinas en Santa Fe.

Todo se movía en la dirección de un sostenido desarrollo que será afectado por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Aunque luego será retomado y llegará a su ápice en el filo de los '30, tiempo referencial en el que la gran contribución de los italianos empezará a perder fuerza por la irrupción de nuevas ideas urbanísticas y de otras corrientes arquitectónicas e ideológicas; también, por la argentinización de los inmigrantes y sus descendientes; conjunto causal que habrá de transformar en distintos aspectos el largo ciclo de cuño liberal.

Casa y comercio

Desde fines del siglo XIX, los alarifes italianos comenzaron a construir casas de altos con locales comerciales en planta baja. El mismo edificio institucional de la Bolsa, antes citado, tiene dos locales para alquiler sobre la calle. Pero la combinación más usada era la del comercio familiar con la residencia particular arriba. Un buen ejemplo de este tipo es la casa Bonazzola, ubicada en la esquina sureste del cruce de las calles San Martín y Primera Junta. La construcción, que data de 1886, fue encomendada por Luigi Bonazzola, quien era un comerciante de importancia que instaló en los bajos de la propiedad un servicio de ramos generales y, como ya mencionara, integró la Comisión Edilicia del Hospital Italiano de Santa Fe y Colonias.

El edificio exhibe un lenguaje arquitectónico italianizante, con muchos de los recursos a los que nos hemos referido una y otra vez, pero también representa un avance indudable en los aspectos constructivos. Dejo hablar a Javier Matías López, que fue quien lo relevó para su inclusión en el ya mencionado *Inventario del patrimonio... santafesino*. Escribe el autor: «Este edificio, de indudable calidad en los recursos utilizados para la ornamentación de su fachada, es un acabado ejemplo de transformación de una tipología, consecuencia de la alteración que provocan las determinantes económicas y sociales en la arquitectura». Y agrega algo más: «Junto al Banco del Lavoro (ex Banco de Italia y Río de la Plata y actual sede del HSBC) —con quien armoniza en diseño y calidad— configura una verdadera ‘puerta urbana’ de fuerte presencia en la definición de la identidad del sector». La observación es interesante porque esta preocupación por la «costura» urbana, las fachadas telón y la generación de portales sugeridos por la simetría, deriva de mandatos implícitos en una cultura de constructores asentada en el cálculo matemático y la línea geométrica como instrumentos de una concepción y una práctica comunes de «hacer ciudad» (Reinante, Collado et al., 1993:160–161).

Foto 9: Edificio del originario Banco de Italia y Río de la Plata, luego Banca Nazionale del Lavoro (cuyos carteles aparecen en la imagen) y hoy HSBC. La casa de Bonazzola estaba en la otra esquina y en su conjunción formaban un pórtico virtual en calle San Martín. (Archivo *El Litoral*)



Otro ejemplo, aunque más modesto, de esta tipología es la casa Cremonini, que se erige en la esquina suroeste de avenida Urquiza y calle Catamarca. Proyectado y construido por Antonio Valli en 1888, el edificio tiene en planta baja accesos diferenciados al comercio —a través de una puerta en la ochava—, y a la vivienda familiar —ingreso lateral por escalera desde calle Catamarca.

Como muchas casas de esa época deja a la vista la insoslayable influencia italiana que se manifiesta en el diferente tratamiento de ambos órdenes: líneas curvas en las aberturas inferiores y rectas en las del piso superior, aunque con guardapolvos que combinan ambas líneas sobre las aberturas de este último. Y en el remate: friso, cornisa y pretil ritmado por balaustres y paños ciegos, con un ornamento cimero sobre la ochava (ibidem:162–163).

Del mismo tipo pero diferente estilo y técnica constructiva, es la casa de planta baja y dos pisos superiores que Enrique Cingolani —hermano de Juan, el pintor— levantara en barrio Candiotti Sud entre 1914 y 1916 (calle Belgrano entre Ituzaingó y Gdor. Candiotti, vereda este).

De acuerdo con lo que me contara su hijo del mismo nombre, Cingolani, llegado a Santa Fe desde la región de Le Marche, había evolucionado de la condición de vendedor ambulante que recorría a pie los pueblos de la provincia, a la situación de comerciante instalado y próspero. Su local, en el que vendía entre otras mercaderías vinos y aceites, ocupaba la planta baja, en tanto que él y su familia habitaban el primer piso; y su hermano Nazareno y la suya vivían en el segundo piso, sobre cuya losa había una gran terraza con palomar incluido. El conjunto edilicio, construido por Bautista Baroni, y ampliado en 1940 por Ángel Stamati, ofrece al observador una imagen fuera de lo común en la que confluyen la estructura plurifamiliar de tradición italiana, con una ornamentación escultórica que alegoriza el rubro comercial del propietario y elementos de Art Decó.

Enrique Cingolani hijo, a quien entrevisté cuando era ya un hombre mayor, me comentó que el singular trabajo lo había realizado un escultor decorativo italiano a la medida del comitente. Por eso la centralidad de la vid, que simboliza el agradecimiento de los dueños de la casa a la materia prima del vino, base de la actividad comercial que les permitió su evolución económica. Las figuras infantiles, en tanto, remiten a los amorcillos —los *putti*— que aparecen en representaciones báquicas del Renacimiento y, más atrás, de la antigüedad clásica, figuras que evocan la feracidad de la tierra bendecida por los dioses y fecundada por el trabajo del hombre.

Respecto de su estructura, hay que decir que fue el primer edificio de la ciudad de Santa Fe y el interior del país en construirse mediante el sistema de «cemento armado», procedimiento que sólo registraba unas pocas aplicaciones en la ciudad de Buenos Aires.

El cemento usado, marca Panza, llegó de Italia en barricas de madera de 100 kilogramos, envueltas en papel de aluminio. El hierro, en tanto, se importó de Francia. Como cuestión particular puede consignarse que el material férreo correspondiente a las aberturas que dan a la calle —diseñadas por un dibujante suizo que trabajaba en el Ferrocarril Francés— fueron remitidas a la obra listas para ser colocadas. Y otro tanto ocurrió con los vidrios, provistos por la empresa inglesa Pilkington Brothers, que arribaron a Santa Fe ya cortados de acuerdo con los moldes que oportunamente les fueran enviados (ibídem:170–171) y (Vittori, 1997:293 y ss.).

El recuento de insumos y procedencias es revelador porque muestra por contraste las carencias y faltantes de un país que también estaba en construcción, y que por tanto requería, como ya dijimos, de brazos, capitales, tecnologías, insumos, modos de organización social y productiva, en general provenientes de Europa.

Se podría abundar en ejemplos de esta tipología arquitectónica que daba respuesta a demandas habitacionales y comerciales, modelo con antecedentes romanos en la *domus* —residencia de altos— con *tabernae* (comercio o tienda en planta baja). Pero estos tres casos, similares en su concepción funcional aunque diferentes en su resolución, dimensiones, materiales, ornamentos y técnicas constructivas, bastan a los efectos de este trabajo.

La casa del gringo

Como dijimos, el progresivo arribo de numerosos inmigrantes a Santa Fe en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, trajo con ellos nuevos y mejores modos de construir que habrán de reflejarse en la mutación de la imagen urbana. Pero a la vez creará inéditos problemas, empezando por el del alojamiento de una población que se multiplicaba de manera geométrica.

Una de las respuestas será la construcción de «conventillos», vocablo emparejado con el modelo conventual de las órdenes religiosas en las que cada monje tenía su celda.

En las ciudades que se expandían, aquellas celdas se transformarán en «piezas» o cuartos que albergarán a individuos y grupos familiares que compartirán baños comunes en condiciones de hacinamiento. En Santa Fe, fue famoso el conventillo «de los cuarenta cuartos». Pero hubo muchos, que además solían mostrar fachadas italianizantes con el despliegue de los recursos ornamentales varias veces referidos, efectos visuales que por cierto no alcanzaban a ocultar las carencias e incomodidades que se sufrían en el interior.

Junto a esta solución que cubría necesidades mínimas de inmigrantes temporarios, se debe sumar otra más consistente, como correspondía a quienes decidían arraigarse y formar familia en esta tierra para iniciar una nueva vida. Me refiero a la construcción de la casa propia, la casa del gringo, cuya principal tipología fue la «casa chorizo», nacida como respuesta a la creciente subdivisión de la superficie urbana por presión del crecimiento poblacional y el incremento del valor de los terrenos. Esta clase de vivienda se reprodujo con rapidez en los barrios nuevos, como el que crecía en torno al puerto y también en la periferia urbana.

Se trataba de una estructura muy sencilla: una secuencia de habitaciones contiguas comunicada por puertas interiores —de allí, el símil con una ristra de chorizos—, cada una de las cuales tenía también una puerta al exterior, que daba a una galería techada —zona de transición— paralela a una lonja de patio. Durante el día, la circulación interna estaba habilitada por los usos y costumbres, situación que cambiaba a la noche por respeto a la privacidad de cada quien, máxime cuando era común el empleo de vacinillas, orinales y «cubos atmosféricos» nocturnos (Vittori, 1997:325).

Dentro de este formato general, la distribución funcional de habitaciones similares dependía de cada familia. En principio, la zona húmeda —cocina y baño— estaba al fondo, y la hilera de dormitorios comenzaba en la línea de edificación precedida de un pequeño patio anterior que daba a la calle. Contiguo al cuerpo principal de la casa se extendía la galería techada, y paralelo a ésta el patio longitudinal abierto. Más atrás, en el segundo patio grande estaban la huerta, los frutales y el gallinero, sistema de abastecimiento casero a un costo mínimo. En el caso de que hubiera habitaciones de servicio, éstas se ubicaban en el segundo patio; y en

tal supuesto, la huerta y el gallinero se corrían a un tercer patio identificado como «el fondo», sector en el que a veces había un galpón multipropósito.

Con el correr de los años y el desarrollo económico, casas implantadas en lotes medianos se ampliaban hacia el frente con la construcción de nuevas habitaciones de uso social —sala, comedor o escritorio— accesibles desde el zaguán. También solía techarse el primer patio para convertirlo en estar, cierre que muchas veces incluía un lucernario con vitral, rígido o móvil, para aprovechar, en ese caso, las brisas del verano.

Además, con el tendido de la red de agua potable y cloacas, y la evolución de los elementos sanitarios, a partir de 1907 las casas de la zona céntrica convirtieron el excusado —el lugar al que se iba previo pedido de excusas— en baño y lo centraron en la zona de dormitorios.

La condición de adaptabilidad de la difundida respuesta tipológica a las demandas de la inmigración masiva que fue la humilde «casa chorizo», con su proverbial flexibilidad para cumplir funciones diversas, constituye la base de teorías polivalentes que muchos años después desarrollaría el arquitecto César Luis Carli.

Caracterizado profesional, docente, polemista y autor de numerosos libros, Carli elaboró nuevos conceptos a partir de la casa del gringo, homenaje, a su vez, a sus mayores, procedentes de Italia. Haciendo confluir la arquitectura y la literatura, Carli llega a poetizar conceptos funcionales de la vivienda en relación con la familia y el barrio, la familia y la sociedad.

Para el mencionado autor, la casa del gringo implicaba una microurbanización de ejecución simple, lo que significaba «que un modesto albañil pudiera llevarla adelante con sólo disponer de una cuchara, una plomada y un par de andamios» (2002:37 y ss.). Carli exalta la inteligente simplificación del organigrama básico de esta clase de vivienda y las distintas interacciones de cada uno de los tres sectores en paralelo —la hilera de habitaciones, la galería cubierta y el patio longitudinal— de acuerdo con los cambios estacionales. Así, en verano la casa se abría hacia la galería, que entubaba las brisas y permitía comer «al fresco» en la mesa que a ese fin se sacaba a un «exterior» protegido, intermedio, de transición entre el afuera franco del patio al aire libre y el interior propiamente dicho. En tanto que el invierno provocaría otra adaptación: el cierre de la galería mediante mamparas de vidrios coloreados, con hojas que se abrían en el verano para permitir la circulación del aire.

Respecto de la circulación de personas, vehículos y semovientes, la triple traza longitudinal refuerza la idea de «urbanización» que trabaja Carli. En efecto, las personas podían circular por adentro de la casa sin salir al exterior —al menos en un buen tramo—, o hacerlo a través de la galería-calle para llegar hasta la cocina y el baño. Si en cambio —en el caso de la periferia—, había que ingresar un carro con el caballo de tiro hasta el fondo, o trasladar aves, una vaca de ordeñe o un cerdo

hasta la parte de atrás, el canal de circulación era el del patio abierto, convertido en patio-calle. Por allí también salían, en su caso, los embutidos preparados con la carneada, los huevos aportados por las ponedoras, los frutos y las verduras de la huerta, el excedente de la leche ordeñada a la vaca, mercaderías caseras que ayudaban a subvenir los gastos de la familia. Por eso, Carli habla de diversidad de usos en un mismo soporte y evoluciona del concepto de casa al de conjunto residencial, la microurbanización en la que se vive y, a la vez, se llevan a cabo actividades primarias —extractivas— y secundarias —producciones artesanales—, polifuncionalidad que está en la raíz de sus posteriores teorías y aplicaciones, en particular la vinculada con el empleo de puertas-esclusas interiores para potenciar el aprovechamiento de los espacios residenciales.

Los edificios de altura

Para terminar, quiero hacer una breve referencia a los primeros edificios de altura construidos en Santa Fe, testimonios de un proceso de acelerado crecimiento que comenzaba a apretar hacia arriba la trama urbana en la zona céntrica.

Hacia fines de la década de 1920, se erigirán en la ciudad de Santa Fe tres edificios de departamentos que, más allá de ciertas diferencias morfológicas, ofrecen características similares y pueden señalarse como los primeros destinados a la residencia de núcleos familiares diversos bajo el régimen de propiedad horizontal.

Dos de ellos tienen salones comerciales en planta baja y tres pisos altos destinados a viviendas. En el otro, la construcción sube un piso más, aunque con reducción de la planta.

Este último caso es el del edificio impulsado por don Ángel Casanello en 1926 y construido en San Luis y Crespo, esquina noreste, según proyecto del ingeniero civil Juan Carlos Ariotti, profesional de amplia actuación en aquel momento. Como singularidad se destaca el hecho de su emplazamiento en ochava, con un cuerpo central que en los tres primeros pisos avanza en forma semicircular (a la manera de los *bow windows*) sobre la vereda y en el último recede a la línea de edificación, piso coronado por una gran cornisa volada, pretil y un frontón con relieves que remata en una venera. En los flancos, se despliegan alas simétricas con cambios formales en cada nivel y el acento puesto en el tratamiento diverso de los balcones. En el cuarto piso, ambos laterales se completan con glorietas que contrapesan visualmente con su liviandad la pesadez del remate en la esquina (Reinante, Collado et al., 1993:278–279) y (Vittori, 1997:303).

Otro de los edificios se alza en calle San Martín, entre Crespo e Hipólito Yrigoyen, vereda oeste. Y fue construido en 1928 por M. Beltrame y Manuel Argüelles a iniciativa del industrial molinero Carlos Lupotti.

La planta baja presenta en su parte media las vidrieras y accesos a los locales comerciales; y a sus flancos, entradas simétricas con altas puertas de hierro deco-

radas en su contorno por pilastras escultóricas que ascienden hacia los dinteles, donde se forman templetos cerrados por líneas curvas que albergan, en un caso, un relieve de Ceres, divinidad romana de la agricultura, las cosechas y la feracidad de la naturaleza; y en el otro, una alegoría de la producción molinera. Ambos están firmados por Francisco Marinaro.

Como en la arquitectura del Renacimiento, el diseño de las aberturas y los balcones cambia en cada piso, sólo que aquí el despliegue ornamental se exagera de tal modo que se vuelve pintoresquista (Vittori:302) y (Reinante, Collado et ál., 1993:282–283).

Del mismo año que el anterior, es el edificio Dellepiane, proyectado por el ingeniero y arquitecto Ángel Guido —autor del monumento a la Bandera en la ciudad de Rosario— y construido por la empresa Sucesores de J. Mai. Aunque el esquema edilicio de ambos es parecido, aquí la puerta de acceso —de hierro y doble hoja— ocupa el centro de la fachada y exhibe un infrecuente arco de rígida geometría angular, mientras que a sus costados los locales comerciales equilibran el peso visual con un tratamiento de precisa simetría. El frente monumental —que se erige en calle Tucumán, entre San Martín y San Jerónimo, vereda norte— acentúa sus relieves decorativos en la parte alta que termina con un mirador muy ornamentado, techo de tejas a cuatro aguas y un cuerpo calado de arcos que apoyan sobre robustas columnas, conjunto que desprende un aroma historicista relacionado con la arquitectura española.

En consonancia con las inclinaciones del proyectista, una hornacina ubicada en el eje del tercer piso cobija una «Venus amerindia» que carga un cántaro sobre uno de sus hombros, y que según el artista Miro Bardonek fue realizada por el escultor español Serafín Marsal, quien había llegado al país en 1897 y murió en Asunción del Paraguay en 1950 a los noventa años. La escultura sintetiza las tradiciones clásicas con el aura regional (ibídem:284–285) y (Vittori:302–303).

En tanto, del mismo año y la autoría y ejecución del Ing. Juan Carlos Ariotti, es el edificio situado en calle San Martín entre Eva Perón e Irigoyen Freyre, vereda este. Construido con destino a la Administración General de Ferrocarriles del Estado, se transformó rápidamente en la sede del Hotel Ritz, durante décadas el más importante de Santa Fe. De todas maneras, hay que señalar que la estupenda fachada de inspiración clásica y las refinadas instalaciones de la planta de acceso —basamento de doble altura con *piano nobile*, salas de reuniones en el medio nivel, recepción y comedor con vitrales, columnas clásicas, guardas decorativas y excelente iluminación— contrastaban con habitaciones adaptadas en espacios pensados para oficinas, muchas de las cuales carecían de baño privado, necesidad subvenida por baterías de baños ubicados en los vestíbulos. En el sexto piso, que se asoma a calle San Martín a través de un amplio balcón terraza porticado, se recuperaba el esplendor de la planta baja con grandes ventanas vestidas por vitrales policromos y un piso de roble de Eslovenia con guardas. Era el salón de fiestas

del hotel, al que se llegaba por una amplia escalera y por un ascensor enrejado de comando manual, semejante, aunque más grande, a los que prestaban servicio en algunos de los edificios de altura antes mencionados (Reinante, Collado et ál., 1193:230–231).

Y hasta acá llego, ya agotado el crédito de páginas conferidas. Podría extender la lista de probanzas respecto de mi aserto inicial. De hecho, los ejemplos abundan y se pueden encontrar en el *Inventario del Patrimonio Arquitectónico de Santa Fe*. Pero creo que es suficiente. Durante siete décadas —de 1860 a 1930—, para definir un ciclo de referencia muy aproximado a lo realmente acontecido, los italianos en conjunto —del jornalero anónimo al profesional universitario, del trabajador golondrina al empresario establecido— formaron parte sustancial de la fuerza sociocultural de cambio que transformó, dinamizó y desarrolló a Santa Fe y su región a partir de la Organización Nacional.

Si bien hoy podrán hacerse reflexiones críticas sobre los efectos transculturales de aquel impacto inmigratorio, lo cierto es que aquellas gentes arribaron a una ciudad mínima y a un territorio poco poblado, con una composición social en la que el sector propietario y dirigente estaba ubicado a leguas de la base popular, analfabeta y carente de bienes. De modo que llegaron a una realidad caracterizada por señalados contrastes y desbalances, que emergía de los estragos de la guerra civil y, a la vez, ofrecía oportunidades para construir un destino. Y esas gentes lo hicieron, porque en sus alforjas traían conocimientos aquilatados en el curso de los siglos, saberes que transfundirían a sus actividades santafesinas. La italianidad le irrigará vida a la ciudad, cambiará su fachada, pero también penetrará su modo de ser, fecundándolo. De ese encuentro, surgirán nuevos usos y costumbres, se modificarán otros, se despertarán sensibilidades dormidas, aparecerán formas de asociación y lucha —los italianos estarán presentes en la formación de los primeros sindicatos de trabajadores urbanos y en Alcorta harán oír su grito de rebelión rural—, crearán organizaciones solidarias, mutuales y hospitales, clubes y círculos regionales, escuelas y bibliotecas, talleres y comercios, se unirán con la sangre criolla y de otras vertientes inmigratorias para alumbrar nuevas familias. También experimentarán rechazos autodefensivos de la población vernácula y de antiguos núcleos de poder, pero al final lo impregnarán todo porque sus raíces estaban emparentadas con las de las familias coloniales que siglos antes habían llegado de España, esa otra entidad multicultural que en parte descendía de Hispania, la antigua provincia del imperio romano; tanto como ambas lenguas —derivadas del latín—, dichos y expresiones idiomáticas, creencias religiosas y estructuras familiares.

En verdad, hasta la cuadrícula urbana fundacional remite al campamento militar grecorromano. Y de manera más próxima, al de Santa Fe de Granada, pequeña ciudad hispana nacida durante el asedio militar de los Reyes Católicos a la ciudad de Granada, último gran enclave árabe en Andalucía. Asedio que terminaría con

la caída de Boabdil —el último emir— y el consiguiente abandono de la península ibérica por parte del Islam.

En Santa Fe, el eje longitudinal norte-sur de la cuadrícula —el *cardum*— es la calle San Jerónimo (nombre del patrono de la ciudad), y el transversal —el *decumanum*— es la actual avenida Gral. López. Su intersección trazaba una cruz que dividía a la urbe en cuatro cuarteles o barrios originarios; y en el punto central se levantaba —y levanta— la iglesia Matriz como símbolo de la ciudad cristiana.¹¹

En esa plantilla, se acomodaron los trescientos habitantes de Santa Fe de la Vera Cruz que hacia 1660 se habían trasladado desde el asentamiento originario de Santa Fe la Vieja prosiguiendo la historia iniciada en 1573.

En el primer empadronamiento nacional de 1858, año de la fundación de la colonia de San Carlos y del primer arribo importante de población italiana, el número total de habitantes de la capital provincial era de 6615. La cifra se elevaba a 17 559 en los registros del primer censo provincial que realizara Gabriel Carrasco en 1887. Y en 1933, año próximo al límite temporal de este trabajo, de acuerdo con la estadística municipal, la población de la ciudad alcanzaba los 134 629 habitantes. En esta Santa Fe que había crecido mucho, lo italiano formaba parte de su materialidad urbana, de su tejido social y de los intangibles de una cultura enriquecida con sus aportes (Vittori, 2003:205)

Notas

* Abogado, periodista y escritor, el autor de este trabajo integra el Consejo de Dirección del diario *El Litoral*, al que ingresó en 1970. Entre 1978 y 1982 fue director de la División Noticias de LT9 Radio Brigadier Estanislao López. Desde 2004, es académico correspondiente en la provincia de Santa Fe de la Academia Nacional de Periodismo. Ha sido profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Santa Fe y docente del Ciclo de Síntesis Cultural de esa casa de altos estudios. Es autor de los libros *Santa Fe en clave* y *Bajo el cielo de Italia*, y participó de la redacción de la obra *Santa Fe, primera ciudad-puerto de la Argentina*. Ha escrito artículos en diversos medios de comunicación y opúsculos que han publicado distintas entidades culturales.

¹ Testamento de Juan Bautista Centurión, Santa Fe, 24.01.1651. Archivo del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, Expedientes Civiles tomo 54, 1650/1652. Expte. 49, año 1651, 39 fojas, fs. 304/347. Caratulado: «Inventario de los bienes de Da. María de Luján, difunta».

² Declaración transcrita por Hugo Fernández de Burzaco y Barrios. «Algunos antecedentes acerca del antiguo linaje de Rivarola y sus ramas en el Río de la Plata». En «Hidalguía», N° 175. Revista de Genealogía, Nobleza y Armas. Madrid, noviembre-diciembre de 1982, pp. 881.

³ *Natural de la Europa*, se casó y se veló en Santa Fe el 28-IV-1727 (III.19) con Da. María Rosa González de Setúbal, hija de Juan González de Setúbal y de Da. María Martínez de Santa Cruz (Archivo de

la Parroquia de Todos los Santos –Arzobispado de Santa Fe–, Matrimonios, tomo III, f. 19.

⁴ Documentos de Jonás Larguía facilitados por Flora Cruzeilles Larguía de Betemps.

⁵ Información suministrada por el Dr. Eduardo Mai Rodríguez, bisnieto de Juan Mai.

⁶ Vittori (1997) Datos aportados por Vicente Marino, Enrique Cingolani (h), Luis A. Napoleoni, Mario Di Dio, Teresa Ferri de Daulon y Mercedes Ferri.

⁷ Dato sobre procedencia aportado por su bisnieto José María Bertoni Beltrame.

⁸ Información familiar correspondiente a Luis Vittori Tettamanti, nacido en la comuna de Rodero, 3° distrito de Como, provincia de Como,

Lombardía, Italia, en 1862; y llegado al país con sus tíos Ángel y Domingo Tettamanti junto a otros primos para trabajar en la construcción.

⁹ Cfr. *Templete de San Pietro in Montorio*. es.wikipedia.org/wiki/Templete_de_San_Pietro_in_Montorio

¹⁰ Otros datos de interés pueden consultarse en el Suplemento mensual del Colegio de Arquitectos de Santa Fe, publicado con diario *El Litoral* (N° 17, Año 2), jueves 24–04–2008 bajo el título «Hospital Italiano de Santa Fe y Colonias», pág. 2.

¹¹ Cfr. Ma. Carmen Calonge Moreno, «La arquitectura romana». www.catedu.es/aragoNmano/arquitect.htm

Bibliografía

Alberdi, J. B. (2003). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, cap. xviii, pp.127 y ss., cap. xxxi, pp.207 y ss. Editorial Losada S.A., Buenos Aires.

Aliata, F. (2013). «Entre la Federación y el Estado Oriental. La arquitectura de Carlo Zucchi en el Río de la Plata (1827–1842)». En Crolla, A. (dir.) *Las migraciones italo-rioplatenses. Memoria cultural, literatura y territorialidades*. Edic. UNL; Santa Fe, pp. 109–132 (e-book) http://www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo/crear/gringa/publicacionesonline/Las_migraciones_italo_rioplatenses.pdf

Busaniche, J. C. (1946). *Hombres y hechos de Santa Fe*. Colmegna, Santa Fe.

Calvo, L. M., «Iglesia Matriz: fin de una incógnita». Diario *El Litoral*, tapa de la Segunda Sección, Santa Fe, 16–04–1996.

Carli, C. L. (2002). *8° al Sur del Trópico de Capricornio*. Ed. Kliczkowski, Buenos Aires.

Pistone, C. J. (1973). «El arte en Santa Fe (siglos xvii, xviii y xix)». En *Historia de las instituciones de la Provincia de Santa Fe*, Tomo V (Segunda Parte), Edición Oficial, Santa Fe.

Reinante, C.; Collado, A., et ál. (1993). *Inventario 200 Obras del Patrimonio Arquitectónico de Santa Fe*. Publicaciones UNL, Santa Fe.

Vittori, G. J. (2011). *Bajo el cielo de Italia*. Ed. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

——— «Proyectan completar la Catedral Nueva», Diario *El Litoral*, Santa Fe, domingo 22–08–2010.

——— (2004). *120 años Club Comercial–Bolsa de Comercio de Santa Fe. 1884–2004*, Ed. Bolsa de Comercio de Santa Fe, Santa Fe.

——— (2003). *Santa Fe, primera ciudad–puerto de la Argentina*. Edición Bolsa de Comercio de Santa Fe, Santa Fe.

——— «Los 120 años de la Bolsa de Comercio de Santa Fe», fascículo N°13 de la Colección *Los que hicieron Santa Fe*, Diario *El Litoral*, 26–08–2000.

——— «Javier de la Rosa, ermitaño y creador», fascículo N° 7 de la Colección *Santa Fe, rastros y memorias*. Diario *El Litoral*, 14–06–2000.

——— (1997). *Santa Fe en clave*. Ed. Fundación Bical Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

Zuffi, S. (2000). *Capitales del arte. Roma*. Ed. Electra, Madrid.

Cosechando esperanzas

Luciano Prósperi*

...en homenaje a mi papá José Luis Prósperi,
quien me enseñó con su vida a cosechar esperanzas...

Cuando todo parecía concluir allá por la Europa del siglo XIX, un nuevo horizonte de oportunidades comenzaba a delinearse ante la cruel realidad de un continente devastado por guerras y crisis económicas. La pobreza sumía a estos habitantes europeos en un mar de desalientos y necesidades. Ese mar, paradójicamente y a modo de metáfora, sería quien conduciría y convertiría a estas personas en inmigrantes que vendrían a poblar esta tierra virgen, donde la nada habitaba por completo; una nada que se convirtió en oportunidad.

Así, y de un modo providencial, miles de italianos, en su gran mayoría, llegaron a una zona de tierras fértiles en la inmensidad de esta Pampa Gringa. Primero construirían la iglesia, y mientras lo hacían, labraban la tierra.

San Vicente, fue un ejemplo más de cientos de pueblos que vivieron la misma realidad, con sus diferencias claro, pero con el mismo objetivo de poblar.

Es así que en 1883 un puñado de italianos, en su mayoría piemonteses en su esencia y origen, llegan a un lugar de la provincia de Santa Fe, que sus «fundadores» habían denominado Iturraspe pero que ellos de inmediato y guiándose por el santoral de ese primer día de llegados, deciden nombrarlo San Vicente, en honor al Santo francés San Vicente de Paul.

No existían vías férreas, y según el testimonio oral de descendientes de esos primeros pobladores, la gran mayoría llega en sulky o en volantas desde la localidad de San Carlos Centro, donde sí el tren llegaba con muchos de esos inmigrantes. Vaya a saber la razón, pero este último dato puede ser interesante a la hora de significar y de entender por qué este pueblo a diferencia de otros, empieza a producir y a crear las herramientas para el trabajo de la tierra. Sin comunicaciones debieron crear un modo de vida autónomo a base de voluntad y esfuerzo. Y por ello no es casual que San Vicente, con el correr de los años se convierta en cuna de la cosechadora argentina.

Foto 1: San Vicente, Santa Fe, 1900 c. (Archivo familia Simón Boffelli, uno de los primeros habitantes de San Vicente)



El título elegido para este trabajo refiere a una serie de documentales que se emitían en la década del 60 denominados «Noticiarios del Interior» que dirigía el documentalista Luis A. Trossero. Uno de esos capítulos, «Sembrando esperanzas», narraba la historia de la primera fábrica de cosechadoras de Sudamérica.

Claro está que esa siembra dio fruto abundante al mencionar una rica historia en lo que a la cosechadora se refiere y ha permitido el crecimiento de pueblos y ciudades de esta extensa pampa gringa. Esa abundante cosecha nos remonta a la localidad de San Vicente, donde los hermanos Juan y Emilio Señor crean su empresa de cosechadoras que trascendería las fronteras de este pequeño pueblo para ser reconocidas mundialmente.

Esa primera fábrica fue fruto de la voluntad y la necesidad amalgamadas. Nacida en 1921, había tenido un origen anterior a esta actividad, cuando los hermanos Señor adquieren fama de grandes contratistas de trillas, al ofrecer sus servicios en campos vecinos junto a sus máquinas cosechadoras accionadas por motor a vapor.

La necesidad habría de impulsarlos y en 1917 comienzan a fabricar dispositivos alimentadores de trilladoras obteniendo su primera patente de invención como consecuencia de la experiencia lograda en esta actividad.

Sólo cinco años después de obtener su primera patente, Juan y Emilio deciden fabricar una cosechadora.

En 1919 llegan a nuestro país máquinas cosechadoras combinadas de procedencia estadounidense. Así Juan y Emilio se animan al desafío de fabricar la primera máquina corta-trilla de arrastre de Sudamérica que comienza a fabricarse en 1920 para ser terminada un año después. Don Simón Boffelli, quien compra la primera máquina Señor antes de ser fabricada, finalmente adquiere esta corta-trilla de arrastre, base y lanzamiento provista con motor OTTO de 28 HP.

En relación con lo anteriormente mencionado, en una entrevista realizada por el autor de este trabajo en 1997, Vicente Señor, hijo de Juan, recordaba el momento exacto cuando su padre había diseñado esta primera cosechadora, «clavando clavitos en el piso de tierra, con hilos, a modo de plano para luego hacer realidad la cosechadora a escala real». Ese testimonio evidencia la precariedad del emprendimiento pero el claro objetivo trazado y la firmeza de una voluntad férrea y tenaz.

Foto 2: Presentación primera cosechadora de arrastre SENOR, 1921. Campo de Simón Boffelli (Archivo Familia Señor)



Un año después Señor obtiene el premio «Copa de la Unión Industrial Argentina», primer reconocimiento por la labor desempeñada, siguiéndole a éste una serie de incentivos, tales como la medalla de oro obtenida ese mismo año en la Exposición de Rafaela y Gran Diploma de Honor y medalla de oro en la Exposición de Rosario de 1927, habiendo registrado hasta ese momento, ocho invenciones y obteniendo sus respectivas patentes.

En la campaña de 1928–1929 ya existían 155 cosechadoras Señor trabajando en todo el país. Y es necesario destacar que en una sola campaña esta revolucionaria máquina era capaz de trillar 755 cuerdas de lino, trigo, cebada, arabi y alfalfa.

En 1934 se fabrica el primer recolector para cereales en general, obteniendo una nueva patente de invención.

En una investigación realizada por Dr. Damian Bil para el CONICET menciona:

Algunos herreros establecieron pequeños talleres para reparación. Otros, muchos de ellos chacareros, se lanzaron a reformar máquinas importadas o a producir las propias. Son varios los pioneros que desarrollaron sus equipos, todos surgidos en la zona cerealera de Santa Fe–Córdoba. En 1917, en Susana, Luis Genero fabricó la primera «corta–trilla» nacional. En Clucellas, Santiago Puzzi inauguró un taller

y nueve años después fabricó un equipo. En 1921, Juan y Emilio Senor abrieron su planta, la primera de cosechadoras de Sudamérica. A su turno, Andrés Bernardín, antiguo empleado de los Senor, también desarrolló sus modelos. (2009:36).

Foto 3: Primera cosechadora de arrastre Bernardín, 1927.
(Archivo familia Andrés Bernardín)



En 1925, Andrés Bernardín, hijo de italianos y ex empleado de la firma Senor, decide junto a su esposa, gran colaboradora en este emprendimiento, realizar una cosechadora de arrastre, pero con la particularidad de llevar su plataforma de recolección a la derecha y no al frente de la máquina. Esta segunda fábrica de cosechadoras Sanvicentina sería pionera y motivó a otras personas a dedicarse al rubro y fomentar la industria de la cosechadora. Así fue como se suman a las antes mencionadas empresas, un emprendimiento familiar: Cosechadoras Flamini.

Foto 4: Lorenzo Flamini junto a la cosechadora, 1936.
(Archivo Familia Cocco)



La rama de fabricación de maquinaria agrícola, en particular la producción de cosechadoras, tuvo en Santa Fe su centro de desarrollo. De las 30 firmas de cosechadoras, que desarrollaron actividades desde 1921 hasta comienzos de siglo XXI, 21 se ubicaron en la provincia de Santa Fe; sólo 7 en Córdoba y apenas 2 en Buenos Aires. Es decir, en la provincia de Santa Fe se instalaron el 70 % de los capitales que participaron en la rama en toda su historia. Como hipótesis, Damian Bil afirma que es probable que se hayan instalado allí, en mayor parte entre los '20 y los '50, dada la estructura del agro santafesino. Primero como talleres de reparación donde los chacareros o propietarios de máquina arreglaban sus equipos, luego estos establecimientos comenzaron a fabricar sus cosechadoras. En zonas con mercados considerables, no tardaron en asentarse a nivel doméstico y fueron produciendo equipos con mejores sistemas de limpieza y selección que las importadas (Bil, 2009:3). El siguiente cuadro informa sobre la ubicación de las fábricas de cosechadoras, cantidad de obreros y población que sustentaban, así como la contribución que brindaban a la comunidad hacia 1970:

Ubicación de las fábricas			Contribución humana a la población				Contribución económica a la comunidad
Localidad	Provincia	#	Población	Obreros	Con flía	% poblac.	Horas de trabajo
Angélica	Santa Fe	1	1400	105	350	25	189 000
Arequito	Santa Fe	1	6200	60	200	3,22	108 000
Casilda	Santa Fe	2	18 700	180	630	3,36	324 000
Firmat	Santa Fe	2	12 500	600	1900	15,20	1 080 000
Josefina	Córdoba	1	1080	50	170	15,74	90 000
Rosario	Santa Fe	1	770 000	320	1100	-	576 000
San Vicente	Santa Fe	3	5000	660	1980	39,60	1 188 000
Susana	Santa Fe	1	1100	40	110	10	72 000
Sunchales	Santa Fe	2	11 400	350	1050	9,21	630 000
Venado Tuerto	Santa Fe	1	23 700	250	950	4	450 000
Zenón Pereyra	Santa Fe	1	1800	55	205	11,38	99 000
Total Sta Fe.		16		2670	8645		4 806 000
Total Cba.	Córdoba	6		385	1265		693 000
Total Bs. As.	Bs. As.	1					
TOTAL	18	23		3055	9910		5 499 000

Fuente: AFAC (Asoc. de fabricantes argentinos de cosechadoras)

Entre 1920 y 1940, la producción local de cosechadoras fue en aumento. Para 1940, la firma Juan y Emilio Senor ya había vendido más de 1140 cosechadoras (Catálogo Senor, 1940). Sólo en 1939 salieron de esta planta 206 unidades, 180 de arrastre y 26 automotrices. Y para 1938, en Sunchales, las dos casas que allí funcionaban habían sacado más de 60 cosechadoras (Album Sunchales, 1936; LL, 1938). No obstante, la Segunda Guerra Mundial marcaría un momento de quiebre en el sector. (Bil, 2009:6)

En el año 1938, Lorenzo Flamini, ayudado por su hermano Enrique, deciden fabricar una Cosechadora Automotriz. Con gran éxito, logran un producto que poseía técnicas de avanzada para aquella época, ya que se utilizó la chapa de acero moldeada en prensa, para poleas y otros elementos, reduciendo el peso y aumentando la resistencia. Pero alcanzaron a fabricar sólo 12 unidades.

A fines de 1956 nace, fruto de la iniciativa de Vicente Boffelli, la tercera fabrica de cosechadoras que funcionó en San Vicente bajo el dominio comercial de «Establecimientos Metalúrgicos Boffelli», una sociedad de Responsabilidad Limitada fundada por hijos y nietos de fundadores.

El primer directorio estuvo formado por Vicente Boffelli como presidente y vicepresidente Rogelio Boffelli; José Redo, secretario; Edsel Boffelli y Celestino Busso vocales titulares; Antonio Ambrosino y Fermín Boretto vocales suplentes; Emilio Sánchez Rizza, síndico titular y Rubén Fumero, síndico suplente.

Foto 5: Cosechadora Boffelli, 1970.
(Archivo familia Vicente Boffelli)



Fiesta de la Cosechadora Argentina

Como corolario a una identidad, y reafirmando aquel origen en materia de cosechadoras, la localidad de San Vicente, decide convocar en una fiesta popular a gran parte de la industria de cosechadoras nacionales. Es así que en 1960 se llevó a cabo la Primera Fiesta de la Cosechadora Argentina. Un desfile majestuoso de máquinas grafica la importancia de esta industria a nivel provincial y nacional siendo testigo presencial el mismísimo presidente de la Nación, Arturo Frondizi quien veía pasar ante sus ojos, cosechadoras cuyas marcas eran ejemplos de trabajo: Senor, Bernardín, Boffelli, como también, Gema, Giubergia, Marani, Magnano, Alasia, entre otras.

Foto 6: Palco de la Fiesta de la Cosechadora Argentina. San Vicente, 1960.
(Archivo familia de Meraldo Ginnetti, uno de los carpinteros que construyó el palco)



Foto 7: Llegada del Pte. de la Nación, Dn. Arturo Frondizi. San Vicente, 18 de septiembre de 1960. (Libro de la «Primera Fiesta de la Cosechadora Argentina», Museo y Archivo Histórico Regional de San Vicente)



A partir de los '50, la Argentina superaba lo que se conoció como el «estancamiento» agrario. Desde esa década, con pocos años de caídas, la producción agraria creció de manera constante, mientras el área sembrada permaneció estable.

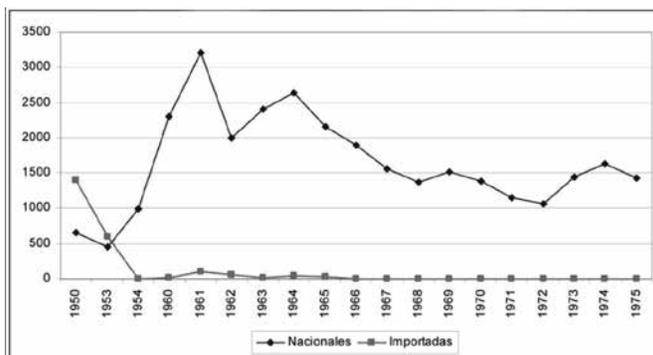
Durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, surgió otra camada de fabricantes, que llegarían a liderar las ventas. Entre ellos podemos mencionar a Roque Vassalli S.A. de Firmat, Grandes Establecimientos Metalúrgicos Argentinos (GEMA) de Rosario, Santiago Giubergia de Venado Tuerto, Marani de Casilda, entre otras. Varias habían iniciado sus actividades reformando máquinas de arrastre importadas para convertirlas en Automotrices, según informaciones vertidas por Guillermo Tabachnik en la entrevista realizada el día 19 de febrero de 2009.

Otras, se conformaron por fusión de antiguas firmas (GEMA, 1943; Barrale, 2007).

Para 1954, con la protección de hecho del mercado interno, la rama se consolidó. Un estudio de la Cámara de Fabricantes de Maquinaria Agrícola de Rosario y de la de Buenos Aires contabilizaba para entonces 168 establecimientos y el sector ocupaba 14 346 obreros. En 1963, el número de empresas se elevaba a 352, con 34 570 operarios, casi todas en la región pampeana. Un año más tarde, la Secretaría de Agricultura y Ganadería sostenía que la rama ya ocupaba 50 000 obreros en 502 fábricas, contando la producción de tractores (IDIA, 1965). Con el fortalecimiento de las principales firmas, también se terminó de constituir la industria auxiliar, con proveedores especializados en diferentes rubros, como cojinetes o rodamientos, diferenciales, ejes, sacapajas, cernidores, transmisiones o acero (FINACO, 1960). El Estado también prestaba asistencia técnica: el INTI colaboraba con las empresas que precisaban servicios de ensayo, análisis y mediciones de materiales mediante su banco de pruebas (IDIA, 1965). Lo que permitía reducir los costos de producción.

También contribuía a la exportación a países limítrofes o mercados de segundo orden (Damian Bil, 2009:8).

Ventas de cosechadoras por origen en el mercado interno, 1950–1975, en unidades:



Fuente: Zambenetti (1981), Huici (1984) y Rougier (2006). Cit. por Damian Bil, 2009:9

San Vicente, cuna de la cosechadora Argentina, se convertía con la realización de estas fiestas, en el epicentro de la industria nacional.

Con la sexta y última, también se cerraba una época de oro en relación con la industria argentina.

Con el correr de los años, las crisis por las que atravesó el país, conmocionaron la normal vida de muchos de los habitantes de San Vicente y localidades similares en estructura.

Como conclusión, merece rescatarse que la cosecha, pese al cierre de las fábricas, es aún hoy abundante. Y que la identidad sigue viva en cada obrero y en sus descendientes.

En el año 2003 se volvió a celebrar la Fiesta de la Cosechadora Argentina, hoy comercialmente conocida como FINACO, donde se sigue recordando a aquellas industrias pioneras y evidenciando cada año la existencia de un origen, de una siembra y de un destino.

Foto 8: Cosechadora SENOR J.E.50 realizada a escala 1:50 por Prósperi y Giussani. (Museo y Archivo Histórico de San Vicente)



Nota

* Luciano Prósperi es Realizador Audiovisual e investigador de la historia vinculada a los orígenes de San Vicente. En esa localidad se dedicó a obtener, a través del testimonio oral de

sus habitantes, vivencias y anécdotas sobre las fábricas de cosechadoras y el impacto social en la cotidianidad de sus habitantes, mediante un programa de televisión denominado «Historias».

Bibliografía

Bil, D. (2009a). *La industria argentina de maquinaria agrícola (1870-1975): evolución y problemas de su desarrollo*. Instituto Gino Germani, UBA, CONICET, Buenos Aires. <http://www1.lanic.utexas.edu/project/laoap/iigg/ji116.pdf>

——— (2009b). «Origen y transformación de la industria de maquinaria agrícola en la Argentina. La trayectoria de Schneider, Istitart y Senor hasta 1940». En *H-Industria*, año 3, n° 4, primer semestre de 2009. http://www.hindustria.com.ar/images/client_gallery/HindustriaN°4Bil.pdf

Ranea, E. (1983). *Historia de San Vicente. Su colonización y desarrollo (1883-1983)*. San Vicente, sin datos editorial.

Zambenetti, A. (1981). «Máquinas cosechadoras de cereales. Situación de esta industria», Documento de trabajo n° 4, Banco Nacional de Desarrollo, Gerencia de Investigaciones Económicas.

Rougier, M. (2007). «Producir para el agro en un entorno turbulento. El caso de una fábrica de cosechadoras en la Argentina». En *Mundo Agrario*, vol. 7, n° 14, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios Histórico Rurales. <http://www.mundoa-grario.unlp.edu.ar/rt/prinFRIENDLY/v07n14a01/1098>

——— (2006). «Encadenamientos productivos entre el agro y la industria. La fábrica de cosechadoras Vasalli en el sur de Santa Fe, Argentina», *XIV International Economic History Congress*. Helsinki. <http://www.helsinki.fi/iehc2006/papers2/Rougier.pdf>

Huici, N. (1984). *La industria de maquinaria agrícola en la Argentina*. PROAGRO, documento n° 9, Buenos Aires.

Fuentes

Documentales del ciclo NOTICARIO DEL INTERIOR, que se proyectaban en los cines de la provincia de Santa Fe, realizados por Luis A. Trossero, 1960.

Entrevistas realizadas por el autor para el ciclo televisivo «Historias», un programa documental sobre la historia sanvicentina emitido desde 1997 a 2004, a los señores Vicente Senor (1997); Nelly Bernardín (1999), Lilia de Boffelli (2003) y Aldo Cocco (2003). El ciclo se encargó de recuperar a través del testimonio oral de los sanvicentinos, la historia de las cuatro empresas de cosechadoras que funcionaron en San Vicente.

La *terra promessa* de los piemonteses

Etnicidad, dialecto y religiosidad

Pbro. Edgar G. Stoffel*

La inmigración piemontesa

Aunque ya ha sido suficientemente señalado no podemos dejar de recordar la importancia que ha tenido la emigración de la población piemontesa hacia nuestro país entre los años 1876 y 1915¹ al punto de haberse convertido en el destino por excelencia de los mismos —al menos hasta comienzos del siglo xx— tal como lo podemos observar en el siguiente cuadro:

Períodos	Total Italia	Total región
– 1876/1885	22,80 %	75,90 %
– 1885/1895	22,30 %	72,40 %
– 1896/1905	16,60 %	58,10 %
– 1906/1915	15,30 %	48,50 %
– 1916/1921	12,00 %	64,40 %

(Nascimbene, 1993:46)

Las razones que están en la base de este fenómeno enraízan en la tradición migrante de la región y en la crisis, que debido a diversos factores, vive el Piemonte especialmente en el ámbito agrario entre los años 1880 y 1894 que lo convierten en un área marginal de la economía y política italiana.

A esto debemos señalar la fuerza atractiva de la «terra promessa» que genera en los piemonteses la esperanza de lograr en ella mejores condiciones de vida incrementada por las informaciones que los emigrados remiten al «paese», la propaganda de las empresas marítimas y la rápida consolidación de una comunidad de pertenencia fuertemente étnica.²

Hay que señalar que de las provincias con la que contaba esta región, las mayores expulsoras en el período 1876–1915, fueron Cúneo (76,47 %) y Alessandria (66,47 %), siguiéndole a razonable distancia Torino (54,45 %) y Novara (50,90 %)(Nascimbene, 1993:48–50). Estos porcentajes están en íntima relación con el tipo de tierras dedicadas a la agricultura y la atomización de la propiedad (Devoto, 1985:16–17). De hecho, las zonas de las que provienen la mayor parte de los inmigrantes se corresponden con los sitios más montañosos donde la tierra

es poco fértil (Cacopardo, 1984:18) y donde se cuenta un propietario cada 4 has. (ibídem:17). En palabras de Beppe Fenoglio, una verdadera «tierra della malora».³

Llegados a nuestro país tras un viaje que duraba alrededor de un mes⁴ los piemonteses se distribuyeron por todo el país y se dedicaron a las más variadas actividades (Petriella, 1995) pero en su gran mayoría se abocarán al trabajo agrícola para el que sus rudimentarias técnicas y la colaboración del grupo familiar —con lo que se reproducía la práctica laboral de los «paese» de origen— le eran bastante suficientes (Devoto, 2006:113).

Pero sin dudas fueron las provincias de Santa Fe y Córdoba, cuyas tierras feraces fueron destinadas a la agricultura, las que más se vieron favorecidas por la presencia de inmigrantes piemonteses a lo largo y a lo ancho de sus territorios.

Tras una breve experiencia laboral como medieros o peones en las colonias más antiguas, la colonización del oeste santafesino y a posteriori el este cordobés, fue la oportunidad para que los piemonteses generaran su propio «mundo», experiencia que elevarán a la categoría de gesta o epopeya.⁵

El ámbito espacial de este verdadero *hiterland* abarca el Departamento Castellanos, el oeste del Departamento Las Colonias, buena parte de los Departamentos San Martín y San Gerónimo y el oeste de San Cristóbal en la provincia de Santa Fe y el este del departamento San Justo en la provincia de Córdoba.⁶

Un recorrido por las colonias de la zona no deja lugar a dudas sobre la identidad piemontesa tal como sucede —por citar algunos ejemplos— en Saguier donde el 91,3 de las familias eran de ese origen, en San Francisco donde lo eran el 80 %, en Rafaela con un 76,5 %, en Presidente Roca con un 73,3 % y Susana con 54,9 %.⁷ También podemos decir lo mismo de Gessler, Lehmann, Vila, Marcos Juárez y Freyre.⁸

Esta masividad de los piemonteses ya queda registrada en 1884 por Edmundo De Amicis, quién al visitar la colonia San Carlos cuyos orígenes fundacionales estaban ligados a otras corrientes migratorias, registra:

Un enjambre de jovencuelos y de niños se llamaban por sus nombres entre la multitud, con los diminutivos acostumbrados de los piemonteses, y reconocí la pronunciación del Alejandrino, del de Pinerolo, del de la Provincia de Cuneo y de otros lugares, cuya acentuación era tan clara como la de la misma madre patria. Algunos, llamados por mis compañeros, empezaron a acercarse; a los pocos momentos me vi en derredor una multitud que me hurtaba por todas partes. No tuve necesidad de preguntar a nadie, me dirigieron en seguida la palabra ellos con aidez. Me relataron todos de que país eran. Yo soy de Caluso. Yo soy de Gallanico. Yo de San Segundo. Yo de Dromero. Muchos eran de los alrededores de Pinerolo. ¿Cómo va por allá? Me preguntaban. Algunos me pidieron noticias de sus parientes como si fuese natural que yo los conociera. Otros se quedaban admirados y reían de contento entre ellos mismos, oyéndose citar el nombre del antiguo alcalde o del secretario del Ayuntamiento de su pueblo. (Gschwind, 1994, T.II:316)

En 1895, ya avanzado el proceso de colonización Giorgio Racca escribe a sus padres:

no demoren mucho tiempo si tienen ganas, ahora no es más como una vez, venir a América ahora es lo mismo como ir a Pinerolo, hay más italianos aquí que allá. (Racca, 2004:19)

Y cuando el mismo se había consolidado —hacia 1912— nos encontramos con la siguiente relación acerca de Santa Clara de Saguier:

Questo popolo conserva le medesime tradizioni delle Provincie di Torino e di Cuneo da dove proviene: serio, laborioso, ospitaliero, colto di quel grado di cultura a cui può arrivare facilmente un popolo di campagna che è profondamente religioso e praticante. (Pugliese, 1912:104)

Cabe señalar aquí la importancia que tuvo el dialecto de origen que al decir de Daniel Imfeld se convirtió en una verdadera «fuerza identitaria», teniendo en el núcleo familiar su bastión principal (Imfeld, 1999:10–11).

Harto elocuentes son al respecto los testimonios recogidos en la segunda década del siglo xx en Freyre donde se señala que «la lingua ufficiale è qui il piemontese»⁹ y en Santa Clara de Saguier donde hasta el Juez de Paz y el Comisario —a pesar de que eran argentinos— hablaban dicho dialecto, lo cual era la práctica habitual en las casas de comercio y en diverso tipo de reuniones (ibídem:104–105). Su influencia se mantuvo hasta la década del 50 a pesar de la descalificación que sufría en el ámbito educativo y su asimilación con el mundo rural alejado de la cultura urbana (Giolitto, 2004:1647 y 1651–1652).

La centralidad del piemontés que en la vida cotidiana llega a suplantar al idioma oficial de nuestro país, pone de manifiesto la supremacía como grupo étnico y económico de los hablantes originales y sus descendientes —que siendo ya argentinos— se identifican por varias generaciones con la lengua recibida. Esto implica no sólo la conservación endogámica del dialecto sino también la asunción del mismo por otros italianos que se encuentran en minoría frente a ellos, inmigrantes de otras nacionalidades¹⁰ e incluso los nativos que por razones laborales debían aprenderlo para entenderse con los propietarios de las chacras (Giolitto, 2004:1647–1649).¹¹

En este sentido no es exagerado afirmar que el piemontés se convirtió en la lengua franca de la región, que nadie podía obviar.

Religiosidad piemontesa

La práctica religiosa de los piemonteses, al menos en la región torinesa, se presenta compleja, articulada, fluida y a la vez contradictoria y se caracteriza por la difusión de las nuevas devociones y cierta masividad.

Sobresalen el culto al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción a la Virgen María y San José, con sus visitas al Sagrario, los primeros viernes de mes y los respectivos meses (de mayo, del Sagrado Corazón en junio y el del Santo Patriarca).

Los Santuarios marianos situados en el arco alpino ven renovada la afluencia de peregrinos¹² en especial a la Virgen de Oropa y crece la devoción a la Virgen de la Consolata, de la Guarda y María Auxiliadora, esta última impulsada por los salesianos. En el ámbito campesino perduran la devoción a San Antonio Abad protector de los animales (Grimaldi, s/f:11), a San Grato protector de los sembradíos, San Roque y San Pancrazio protector de las enfermedades y San Chiaffredo entre los de Cúneo.

Por doquier se yerguen «pilonos» y ermitas, las fiestas del Patrono del «paese» constituyen uno de los momentos más importante en la vida de la comunidad ya que a través de ella los vecinos se reconocían como miembros de una colectividad social y religiosa y en el plano personal y familiar el rezo del Santo Rosario, conserva toda su vigencia.

La práctica sacramental continúa siendo importante en el mundo rural pero tiende a disminuir en los grandes centros urbanos como acontece en la Arquidiócesis de Torino en 1874 donde sólo el 85 % de los fieles de la sede episcopal y la zona circundante cumplen con el precepto pascual, en tanto en el resto alcanza al 92 % (Tuninetti, 2001:243). Otro tanto habría que decir respecto del sacramento del matrimonio y de la confesión.

Para animar esta religiosidad era fundamental el papel del sacerdote, en especial del Cura Párroco, ya que como bien señala Ángelo Gambassim, a través suyo «i fedeli fanno l'única esperienza di chiesa: la verità di fede, i dogmi, ogni forma di esperienza sacra e religiosa passano attraverso i parroci. Mediante i Parroci si attua la pratica dei sacramenti, delle devozioni e della catechesi; si solennizzano i riti che consacrano la vita dei cristiani, le feste dominicali e stagionali, le processioni, i pellegrinaggi. I Parroci compiono gli esorcismi sugli animali e sulle messi; invocano i santi protettori delle arti e dei mestieri» (Scoppola, 2001:158–159).

No podemos dejar de señalar en este contexto el surgimiento de corrientes anticlericales y laicistas y la acción de la masonería y a posteriori las corrientes socialistas¹³ que a través de la educación y el periodismo socavarán esta religiosidad tradicional, lo cual obligará a un verdadero replanteo pastoral.

Tal a grandes rasgos el «imaginario católico» de los piemonteses que partían *all' estero*, desconociéndose por falta de documentación, el acompañamiento espiritual

que recibían de parte de sus pastores al momento de partir. Sólo conocemos el testimonio de Juan Bautista Geuna (Pinerolo) quien al despedirse de su Párroco y manifestarle que a donde iban no podrían escuchar misa, éste les tranquilizó diciéndole que no se preocuparan, que recordaran la doctrina cristiana y que el trabajo bien hecho equivalía a un rezo. Provistos de un devocionario llegaron a la naciente Rafaela y los domingos se reunirían en familia a rezar las oraciones (Bianchi de Terragni, 1971:71).¹⁴

Ya en el nuevo mundo y al igual que en la actividad agrícola, estos inmigrantes actualizarían en el campo religioso sus prácticas ancestrales,¹⁵ en primer lugar lo referente al cumplimiento del precepto dominical.

El ya citado De Amicis describe un día domingo en la colonia San Carlos: «La Iglesia se hallaba llena hasta la puerta; muchos labradores estaban oyendo la misa fuera del templo, unos de rodillas y de pié otros, teniendo el sombrero apretado contra el pecho» (Gschwind, 1994:315).

La lejanía del templo no era obstáculo para no cumplir con el precepto dominical tal como lo recuerda varias décadas después el Pbro. M. Mazzucchi: «Nei primi anni (de Rafaela) non si usava che il carro; per andare a messa si facevano quaranta, sessanta chilometri sul carro» (*Italica Gens*, s/f:393).

Tal el caso de la familia Olivero, la cual se trasladaba en pleno desde Rafaela —que por entonces no tenía iglesia— hasta la colonia Pilar para participar de la Misa y adquirir las provisiones necesarias para la semana (Bianchi de Terragni, 1971:5) como también los colonos de la zona de Lehmann (Birchner, s/f,:14), por no citar sino algunos.

En 1895, Giorgio Racca se permite recordarle a sus padres: «Miren de ir a Misa, yo siempre he ido, no van cuando cortan los granos» (Racca, 2005:19).

Y en 1900 —ya con sus padres en Argentina— le escribe a su hermana: «Vamos a misa todas las fiestas. Vamos a Misa a Vila. Tenemos un sacerdote que viene de Pinerolo, es un buen sacerdote» (ibídem:23).

En 1904, es su madre la que escribe desde colonia Ramona: «Todos nosotros las fiestas vamos a misa» (ibídem:68).

En 1912, el citado Pbro. Mazzucchi relata acerca de los colonos de la zona de Rafaela: «Alla domenica le famiglie dei nostri agricoltori affluiscono dai loro casolari, al centro. Qui adempiono ai loro doveri religiosi e fanno le loro compere e sbrigano i loro affari, poichè non c'è lungo la settimana un giorno di mercato». Y así en cada pueblo o colonia de la «pampa gringa» (Stoffel, 1991:393).

La imposibilidad de participar de la misa no deja de ser causa de lamentación como sucede con Lucia Grandis, quién señala a su hija que no le gusta esta tierra «porque no podemos ir todos a misa, es necesario que dos se queden en casa para mirar los animales, salimos lejos dos leguas» (Racca, 2005:23) o cuando le pide que ruegue por ella en la iglesia de Volvera, ya que siendo tiempo de cosecha no puede ir a misa (ibídem:25).

Esta importancia dada al cumplimiento del precepto dominical y la dificultad para su cumplimiento por las largas distancias, es una de las razones de que a poco tiempo de que se colonice un campo en la Plaza de la zona, se comience primero a celebrar la misa por parte del sacerdote de la capellanía o Parroquia más cercana en algún lugar preparado al efecto y poco después se comience a construir una capilla de pequeñas dimensiones que luego se irá ampliando o se reemplazará por un templo de mayor envergadura (Stoffel, 2001:13).¹⁶

Junto con la Misa las demás prácticas devocionales reviven el mundo dejado, ocupando un lugar privilegiado el rezo del Santo Rosario que se realizaba en familia¹⁷ o en el templo parroquial: Sunchales, domingo por la tarde; Ceres, por la noche y Rafaela, a las cuatro de la tarde.¹⁸ También será de fundamental importancia la devoción al Sagrado Corazón de Jesús sentida por la feligresía y fomentada por la Jerarquía, no faltando su imagen o cuadro en los hogares y en los templos y capillas, y al Santísimo Sacramento, el que por lo general era expuesto los domingos por la tarde o en ocasión de las 'Quaranta Ore' (Stoffel, 1991). Entre las advocaciones marianas, la «Madonna del Pilone» de Moretta se venera en Santa Clara de Buena Vista y en General Deheza,¹⁹ la de la «Consulata» a nivel familiar y en Sampacho²⁰, y la de las Nieves en Castelar.

Lo mismo sucede con los santos más populares como San José y San Roque con altares en la mayoría de los templos de la zona y algunas capillas particulares puestas bajo su advocación; San Grato y San Chiaffredo a quienes también se le dedican capillas privadas²¹ (Stoffel, 1991).

También es generalizada la devoción a San Antonio Abad cuya imagen se encontraba en varios templos y era el patrono de Lehmann. Todavía es posible escuchar la oración siguiente: «Sant Antoni patanù fame trovè lòn che a l'hai pèrdù» (AA.VV, 1995:38).

En *Los Nombres de la Tierra*, Balbi recrea los gestos religiosos de los campesinos de Aráuz frente al temido granizo:

La madre sacaba entonces las manos de su basquiña parda en cuyos bolsillos rotos parecía perderlas cada vez que se quedaba mirando el vacío y se decidía a hacer lo que hacía siempre en esos momentos. Tomaba dos hojas de olivo bendito y las ensartaba con la otra de manera que hiciera una cruz, la cual era encendida con una vela consagrada mientras decía: —Santa Bárbara, San Simón, liberame dla losna e dal tron. San Lucc, San Marcc, fame sparí tuti ij quia dij pé. Cros Santa, Cros Digna, ch' am signa, ch' am signa, ch' porta pèr bun—a vía pèr salvé l'anima mía ed dla d' tutta mía famija. (Balbi, 1986:184–185)

Al igual que en los «paese» natales la fiesta patronal adquiría una dimensión particular caracterizada por la presencia en masa de toda la colonia e incluso de colonias vecinas y en la que se entremezclaban los aspectos religiosos y profanos,

Pastoralmente eran una ocasión para reafirmar los principios cristianos a través de variadas actividades espirituales²² o la predicación de alguna Misión Popular.

Pero también aquí como en el Piemonte natal, no faltaron militantes anticlericales y ligados a las logias masónicas como Juan Mateo Alberto (nacido en Vigone en 1837) y con una destacada actuación en San Carlos Centro (Gschwind, 1994, II:327) o Luis Maggi (nacido en Alesandría y combatiente por la unidad italiana) y Massimo Ghione en Rafaela. En esta colonia, la más importante del centro oeste santafesino, la masonería tuvo una importante actuación en la construcción de la comunidad urbana y un fuerte sesgo anticlerical (Bianchi de Terragni, 1971:89) fundado en la premisa «prete alla vanga», aunque más mitigada que en Italia.

En muchas colonias se celebraba el «xx de settembre» —una especie de fiesta patronal paralela²³— al punto que el Obispo Boneo debió llamar la atención a los fieles que participaban de la misma pero a la par era común escuchar cantar a no pocos piemonteses el «È vero che è morto Garibaldi, pum!» (Stoffel L., s/f:69 y 103).

Otros factores que al parecer afectaban la tradicional religiosidad estaban dados por la bonanza económica y la falta de una instrucción catequética más orgánica, tal como lo señala el Pbro. Donzelli, al hablar de los colonos de Vila: «l'indiferentismo che regna sovrano nelle cose di fede; la superbia prodotta del benessere materiale unito ad una profonda ignoranza in tutti». (Toccacelli, s/d: 64)

Por otra parte hay que señalar que los inmigrantes piemonteses habían traído una serie de prácticas que enmarcadas en el catolicismo, estaban teñidas de superstición: no dar comienzo a un trabajo o hacer una inversión importante en día viernes, enterrar un huevo el día de la Asunción para garantizar la cosecha, en tiempo de sequía colocar en el patio el crucifijo más grande que hubiese en la casa y dejarlo hasta que lloviese o arrojar un pan en medio de una granizada para que ésta cesara (Benassi:15).

De este variado y rico «humus» religioso surgirán como fruto privilegiado no pocas vocaciones sacerdotales y religiosas tanto entre los diocesanos (Gioda, Balbiano, Tonda, Re, Mautino, Ferrero, Giovannini) como entre los salesianos con su casa en Vignaud y su Colegio San José en Rosario al cual asistían numerosos adolescentes. Aleccionados por esta experiencia en 1948 los Misioneros de la Consolata de origen turinés, que atendían Pte. Roca desde mediados de la década del 30, intentaron crear un Seminario sin mayor éxito, aunque sí lo lograron en San Francisco (AA.VV. Centenario de Pte. Roca, 1982).

Finalmente hay que señalar que como en otros ámbitos, también en lo religioso, se impuso el estilo piemontés marginando en especial a la ya debilitada religiosidad criolla²⁴ que se siente extraña en el nuevo contexto tal como lo expresa el Pbro. Egmidio Segarra:

Entre los hijos del país a que antes me refería (...) (que de ordinario viven en la plaza) cunde lastimosamente la idea de que las prácticas cristianas en el templo y hasta la Religión misma, son para extranjeros. Ya casi no acuden al templo y cuando lo hacen —v.g. para bautizar sus hijos— se sienten extraños en el recinto. Nada allí les habla al corazón, o les recuerda su antigua fe, sus devociones tradicionales. Fuera del Crucifijo, de la imagen de San Antonio y rara vez la de una advocación de la Virgen Sma, de ellos conocida, todo lo desconocen, hasta el idioma en que se les habla. (...)

Que maravilla, si cuando obedeciendo a un impulso interior de la gracia, a un movimiento postrero de moribunda devoción, en alguna solemnidad acuden al templo, oyen que un sacerdote extranjero, dirigiéndose a extranjeros, predica en idioma extraño. (Segarra en AASFVC, Inf. Pquia C. Rosquín, 1913. Idem nota 28)

Problemas pastorales

Una de las necesidades más sentidas que experimentaron aquellos inmigrantes que venían de las zonas rurales y se asentaban en nuestra extensa campaña, fue la carencia de templos y de sacerdotes que no sólo los atendieran sino —sobre todo— que los entendieran en su propia lengua (Stoffel, 1991:II-25).

De allí que pasados los primeros años y tras la construcción de la primera capilla en cada colonia surge el reclamo a la Curia Paranaense primero y a partir de 1898, a la de Santa Fe, para que el Obispo enviase al lugar sacerdotes para atender las necesidades espirituales de las nuevas poblaciones.

Si esto era común a todos los inmigrantes más allá de su nacionalidad, entre los piemonteses observamos una exigencia mayor ya que la vivencia religiosa y su práctica cultural serán, junto con la familia —como ya hemos señalado—, los ámbitos de conservación del dialecto y las propias tradiciones.

No es casualidad entonces que al mismo tiempo que se solicitaba un capellán «por no vivir especialmente los jóvenes como animales» al decir de Juan Tessa desde López,²⁵ en otra ocasión los vecinos de dicha localidad señalan que envíe «... se i possibile, un prete Piemontesi, essendo quivi in gran maggioranza la popolazione Piemontese».²⁶

En esa misma perspectiva se manifiestan los vecinos de Díaz quienes reclaman se les provea «de un Párroco estable, si es posible italiano, piemontés»²⁷ y los de Cañada Rosquín que reclaman la vuelta del Pbro. Ostereo ya que lo consideran uno de los suyos.²⁸

En la misma colonia se rechaza al Pbro. Peñalva (de origen español) —no por mal ejercicio del ministerio— sino porque no predica en la lengua piemontesa, siendo tal la presión de los vecinos por este motivo que el Pbro. Egmidio Segarra (Inspector de Parroquias) informa al Obispo Boneo que si se consiente el pedido

de los colonos —que a veces ni siquiera aceptaban a sacerdotes italianos—, tal situación sólo podría resolverse «mediante un traslado a ésta del clero piemontés».²⁹

A tenor de lo expresado por el Inspector de Parroquias es probable que los reclamos de falta de provisión de sacerdotes italianos en la zona de influencia piemontesa —aunque no se lo diga explícitamente— sea de sacerdotes de ese origen,³⁰ como también el rechazo a los que no hablan dicho dialecto.³¹

Esto explica por ejemplo, que en Gálvez el Pbro. Domingo Rinaldi, que era de origen lombardo, en la misa para los colonos que predicaba en italiano lo hacía mechando giros piemonteses para contentar a esta porción de su feligresía,³² y en Santa Clara Saguier, el Pbro. Michele Pugliese, que era de Catanzaro, hablara en piemontés.

No deben haber sido los únicos ya que el citado Segarra señala que no pocos sacerdotes provenientes de Italia, ya sea por captarse las simpatías de personas influyentes en las colonias o por no estudiar o desconocer el idioma nacional, terminan predicando en piemontés.

A la par, tanto los diocesanos de origen argentino como los españoles —que eran los menos en las colonias—, solían entender el dialecto, al menos en la respuesta que el Pbro. Olaizola envía a la Nunciatura en 1907.³³

Un intento de solución. «Preive» diocesanos en las colonias

Como sucedió en el resto de las regiones de la península itálica también emigraron a nuestras tierras sacerdotes de origen piemontés, quienes al asentarse en Santa Fe tenían algunas ventajas respecto de los provenientes de otras latitudes debido por una parte al alto porcentaje de «paisanos» que se encontraban en nuestra región y por la otra, a que no eran portadores del descrédito y mala fama de los provenientes de las provincias sureñas.

La Iglesia en el Piemonte

Elenco de sacerdotes piemonteses:

TORINO

Miguel Rossi; Calixto Favre; Bartolomé Ghione; José Oliva; Gabriel Gardois; Miguel Tellaro; Felipe Gioda; Gabriel Acastello; Pedro Ripamonti; Luis Marsani; Francisco Bertetti; Juan De Canónico; Carlos Emilio Pichiottino; Pedro Gova; Jorge Rossi; Juan B. Faole; Bartolomé Riva; Dante Montovani; Vicente Nepote (n); Juan Gallo; Carlos Clérico; Domingo Lupo; Pedro Baldonchini; Juan Marocco; Serafin Ostorero; Santiago Olessio.

IVREA

Juan Salvetti; Santiago Balma.

VIGEVANO

Pedro Medana

CASALE

Juan Rastelli

ALESSANDRIA

Cristóforo Oddone

MONDOVI

Juan B. Rizzo; Juan Boetti; Federico Derossi; Pablo Calleri; José Stecco.

SALUZZO

José Marino

NOVARA

Luis Castronuovo; Antonio Rossi; Pedro Aragnetti.

ACQUI

Arturo Zunini; José Ricaldoni.

CUNEO

Berardo Chiaffredo; Severino Dutto; Pedro Alberti; Carlos Bertaina.

ASTI

Miguel Mossi

PINEROLO

Juan Manassero

ALBA

Leopoldo Palmieri

VERCELLI

Victorio Bosso; Adelgiso Vasallo.

Conclusión

Por cierto que no hubo un traslado en masa del clero piemontés a estas tierras pero algunos integrantes de ese cuerpo sacerdotal —que documentados alcanzan a 50— arribaron a nuestra provincia.

En esta nota queremos recordarles —aunque no a todos por razones de espacio— ya que los mismos ayudaron a nuestros ascendientes a perseverar en la fe que los sostenía a la hora de afrontar las adversidades que generaba la «terra promessa» que no daba nada sin esfuerzo y constancia.

Gabriel ACASTELLO. Había nacido en Carmagnola en 1877 y ordenado sacerdote en 1902. Tras desempeñar diversos oficios pastorales se trasladó a nuestra Provincia en 1907 donde permaneció hasta 1912 desempeñándose como Vice Párroco de San Guillermo, regresando en 1925 para desempeñarse en Maggiolo y en Suardi. En 1931 regresó a Torino para ejercer allí la cura de almas y en 1954 falleció en el cottolengo de esa ciudad.

Pedro ALBERTI

Pedro ARAGNETTI (s/d)

Pedro AYME (s/d)

Pedro BALDONCHINI

Santiago BALMA

Francesco BERTETTI. Nacido en Volpiano en 1861, fue ordenado sacerdote en 1885 y alcanzó el doctorado en Teología. Como el anterior ejerció la cura de almas en diversas Parroquias y en 1907 se trasladó a Santa Fe donde ejerció como Capellán de Irigoyen (1891–1896), Cura de Vera (1898), Capellán de Emilia (1899), Cura de Z. Pereyra hasta 1901 y luego de Santa Clara Saguier, hasta recalar en 1905 en Arroyo Seco. Regresa a Italia en 1906 donde falleció en 1940 tras una intensa labor pastoral.

Juan BOETTI

Victorio BOSSO

Pablo CALLERI. Originario del Obispado de Mondoví, había nacido en 1856 y fue ordenado sacerdote en 1881. Aunque a nuestro país llega en 1890 recién ingresa a Santa Fe en 1901 y es designado Capellán de Rufino. En 1905 se lo nombra Cura encargado de Llambi Campbell pero poco después marcha como Cura Vicario a Ceres. Tras residir un corto tiempo en Tucumán por razones de salud, entre 1910 y 1931 se desempeñará como Cura Vicario de María Juana. En ese año se ausenta definitivamente a su país donde fallece en 1938.

Carlo CLERICO (s/d)

Federico DEROSI. Diocesano de Mondoví. Capellán de Máximo Paz en 1898.

Juan DE CANONICO

Severino DUTTO. Originario de la Diócesis de Cúneo. Es admitido en Santa Fe en 1922 y designado Vice Párroco de Castelar y encargado de Crispi. En 1925 se lo traslada a Casas como Vicario Ecónomo y en 1926 lo encontramos como Vicario Cooperador primero en Cañada de Gómez y luego en Santa Rosa (Rosario). En 1927 es nombrado Vicario Ecónomo de Rigby y en 1929 Cura Párroco de dicha localidad. Al finalizar ese año es trasladado con el mismo título a Saa Pereryra y en 1935 se retira de la Diócesis.

Calixto FAVRE. Nacido en S. Mauricio Canavese en 1888, se doctoró en Teología y fue ordenado en 1906. Arriba a Santa Fe en 1921, y tras un corto interregno en Hercilia es designado Vicario Cooperador de Las Rosas (1922) pasando al año siguiente a Montes de Oca como Vicario Ecónomo. En 1924 se le nombra Vicario Ecónomo de Ramona. Regresa a Italia en 1949. Falleció en el cottolengo de Torino en 1952.

Benito GALLIANO. Provenía del Obispado de Mondoví y fue admitido en Santa Fe en 1901 y al mismo tiempo nombrado Capellán de Avellaneda. En 1904 se lo designa Capellán de Montes de Oca y en 1908 Vice Párroco de Progreso. En 1909 se retira de la Diócesis.

Juan GALLO. Nacido en Cavallier Maggiore en 1869 fue ordenado sacerdote en 1893. En 1911 se lo nombra Cura Vicario de Avellaneda y al año siguiente de Providencia. En 1913 se retira de Santa Fe y recalca en Alvear (Corrientes). Fallece en su pueblo natal en 1931.

Gabriel GARDOIS. Oriundo del Obispado de Pinerolo, llegó a Santa Fe en 1894 siendo designado Capellán de Saa Pereyra. En 1896 es trasladado como Capellán a Pilar donde en 1898 será designado Cura Párroco. Falleció en 1916.

Bartolomé GHIONE. Originario de Villafranca donde nació en 1876, recibió la ordenación sacerdotal en 1899. En la Diócesis de Santa Fe a la que llegó en 1905 se desempeñó un breve tiempo como Teniente Cura de Santa Rosa (Rosario) y a partir de 1906 como Cura de Jacinto Aráuz donde falleció en 1936.

Pedro GOVA

Miguel Ángel GROSSO

Domingo LUPPO

Juan MANASSERO

Dante MANTOVANI

José MARINO

Luis MARSANI

Juan MAROCCO

Miguel MOSSI

Vicente NEPOTE (Nunca ingresó)

Cristoforo ODDONE

Santiago OLESSIO

Serafino OSTORERO. Natural de Coazze donde nació en 1868, fue ordenado sacerdote en 1893. En 1906 ingresa al Obispado de Santa Fe y es nombrado Capellán de Progreso hasta el año siguiente en que es enviado a Cañada Rosquín como Capellán. En 1912 es nombrado Cura Párroco de San Martín de las Escobas, donde fallece en 1916.

Leopoldo PALMIERI

Carlo Emilio PICCHIOTTINO. Había nacido en Rocca Canavese en 1868 y ordenado sacerdote 1893. En los últimos años del siglo XIX ingresa a nuestra provincia donde se desempeña como Capellán de Llambi Campbell y Santa Clara Sagüer, pero en 1898 pasa a Entre Ríos y luego a Córdoba donde falleció en 1931.

Juan RASTELLI

José RICALDONI. Originario de la Diócesis de Acqui. Ejerció el ministerio sacerdotal en Rosario en los años '70 del siglo XIX.

Pietro RIPAMONTI. Nacido en Villafranca en 1876 alcanzó el sacerdocio en 1900. En 1906 arribó a la Diócesis de Santa Fe siendo designado Capellán de Ramona, en 1907 se lo traslada a Vila y en 1910 es designado Cura Vicario de Lehmann y en 1916 de Pilar. En 1922 lo encontramos como Capellán del Hospital de Caridad de Santa Fe, en 1925 como Vicario Económico de Castelar y al año siguiente de San

Martín de las Escobas, localidad de la que en 1919 será nombrado Cura Párroco hasta 1934 en que se retira a su país. Allí se desempeñará en diversos oficios eclesiásticos hasta que fallece en Giaveno en 1949.

Bartolomé Riva. Originario de Lemie donde nació en 1876, fue ordenado sacerdote en 1901. Fue admitido en el Obispado de Santa Fe en 1908 y entre 1912 y 1921 lo encontramos como Cura Vicario de Ceres. En ese año retorna a Torino pero poco después vuelve para hacerse cargo de la Parroquia de Hercilia donde falleció en 1923.

Juan B. RIZZO. Provenía del Obispado de Mondoví. En 1895 es designado Capellán de colonia Ancalú y en 1918 Cura Vicario de San Gregorio. En 1903 lo encontramos como Capellán del Hospital Italiano de Santa Fe.

Antonio Rossi. Originario del Obispado de Novara había nacido en 1884 y ordenado en 1906. En 1923 es admitido en Santa Fe y enviado como Vicario Ecónomo a San Cristóbal. En 1924 ocupa el mismo cargo en Castelar y en 1925 es designado Vice Párroco de Suardi.

Jorge ROSSI. Natural de Cavallier Maggiore donde había nacido en 1865 fue ordenado sacerdote en 1888. En Santa Fe fue Capellán de San Vicente entre 1890 y 1898 y a partir de ese año Cura Vicario de María Juana hasta 1904 en que es trasladado a Rosario como Capellán del Hospital Italiano y confesor de las religiosas allí asignadas. En 1915 es nombrado Vice Párroco de colonia Cello. Falleció en 1931.

Miguel ROSSI. Provenía del Arzobispado de Turín. En 1917 es designado Cura Párroco de Ibarlucea y en 1924 pasa a Alberdi como Vice Párroco hasta 1927 en que se le otorga el título de Párroco.

José SABIO

Juan SALVETTI

José STECCO. Originario del Obispado de Mondoví, su primer destino pastoral fue como Vicario Ecónomo de Escalada en 1924 y al año siguiente pasó con el mismo cargo a Rigby donde permaneció hasta 1927 en que se lo trasladó a Hercilia y de allí en 1932 a colonia Cello. En 1934 fue designado Cura Párroco de Santa Clara de Buena Vista donde se desempeñó durante varias décadas. Falleció en 1975.

Miguel TELLARO

Adelgiso VASALLO

Arturo ZUNINI

Notas

¹ El presbítero Edgar Gabriel Stoffel (Gálvez, 1956–Santa Fe, 1912) fue un destacado sacerdote de la arquidiócesis de Santa Fe de la Vera Cruz. Ordenado sacerdote por Monseñor Zaspe en 1983, fue docente de la Universidad Católica, Miembro de Número de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe y de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Entusiasta investigador y divulgador de conocimientos sobre la religiosidad y la inmigración. Por ser escasas las investigaciones sobre este aspecto tan trascendente en la vida del inmigrante, en especial el italiano, se decidió incluir este trabajo suyo en homenaje a su labor. Una versión preliminar es consultable en http://www.centropiemontestafe.org.ar/Nuestra_Historia/Laln migracionPiemontesa.pdf

¹ Cfr. Luigi Favero y G. Tosello. «Cent' anni di emigrazione italiana (1876 – 1976)», en Gian Fausto Rosoli, *Un secolo di emigrazione italiana. 1876–1976*, Roma, CSER, 1978 y María Cristina Cacopardo y José Luis Moreno. «La emigración italiana a la Argentina 1880–1930. Las regiones de origen y el fenómeno del retorno», *Cuadernos de Historia Regional*, N° 1, diciembre 1984.

² El 20 de mayo de 1893 G. Racca escribe a sus padres: «Yo les digo que por lo que he podido conocer de América, no puedo decir nada malo. Por el interés es mucho mejor que en Italia, si va bien se pone aparte, si va mal se come tranquilo sin pensar como pagar el alquiler»; y agrega más adelante «(...) cuando uno ha probado estas tierras y se acostumbra a los trabajos de aquí, no puede más adaptarse a los fatigosos trabajos de los pobres campesinos de Italia». El 12 de agosto del mismo año les escribe: «(...) no tengo más la esperanza de ir a Italia a trabajar mucho y comer mal» (Racca, 2004:13–15). En su novela *Las Italianas* (1999), Norma Battú recrea la llegada de una piemontesa recién casada a una colonia santafesina: «En San Antonio Ángela se reencontró con gente de su aldea, y tuvo la alegría de escuchar su dialecto natal», p. 38.

³ Citado por Donato Bosca, 'Il mito della Merica nel Piemonte rural'. <http://www.ecomuseo.it/Emigranti/>

⁴ «... hemos estado nada menos que 38 días en el mar, hemos hecho un buen viaje...» escribe Giorgio Racca a sus padres el 26 de noviembre de 1891 (Racca,2004: 11).

⁵ Así las obras de Lermo Rafael Balbi *Los nombres de la tierra y Continuidad de la Gracia*. Comentando estas obras, Osvaldo Valli señala que «Sobre bases logradas a través de minuciosos rastreos en documentos y crónicas y especialmente de la tradición oral de la comunidad, Balbi reelabora utilizando el esquema mítico del viaje, el periplo iniciado por los piemonteses en búsqueda de la tierra prometida», logrando «(...) hacer de la gesta piemontesa el paradigma de todas las gestas, de todos los hechos protagonizados por el hombre»(1992: 107–108). También la novela *Nui, la Pampa Gringa (Nosotros, la Pampa Gringa). 1887 – 1910* de Norma Gandolfo de Minardi, Córdoba, 1982.

⁶ Cf. Emiliani, Jorge Roberto. *El este cordobés, especialmente el Departamento San Justo en el siglo XIX*, Cuaderno de Historia, 32, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 1993; Sarmiento, Susana (coordinadora) *La población migrante y el desarrollo agrícola en el Departamento San Justo a fines del siglo XIX y principios del siglo XX*, Cuadernos de Historia, 62, Junta Provincial de Historia de Córdoba, 1997; Imfeld, Daniel. *Piemonteses en el oeste santafesino. Sus aportes en la construcción de una identidad regional*, Rafaela, 1999 y Giolitto, Marco 'La 'Castilla champurreada': El discurso sobre la lengua y el contacto entre el piemontés y el castellano en la llanura pampeana'. [Webs.uvigo.es/551/actas2002/09/04](http://webs.uvigo.es/551/actas2002/09/04).

⁷ Cf. AAVV. *Centenario de Saguier (1882 – 1982)*, 1982; Giolitto, art. cit., Bianchi De Terragni, A. *Historia de Rafaela*, Santa Fe, Colmegna, 1971; AAVV. *Centenario de Presidente Roca (1892 – 1992)*, 1992; AAVV. *Susana Centenaria*.

⁸ El Pbro. G. Bava hablando de Gessler dice que «... è composta tutta di italiani del Piemonte»; el Pbro P. Ripamonti señala que Lehmann «...è abitata tutta (...), da emigrati piemontesi»; el Pbro D. Lupo informa que en Freyre el piemontés es la lengua oficial y el Pbro Viaggio Sarto anota que

en Marcos Juárez el 80 % es italiana «... e in maggioranza piemontese» (Pugliese, 1912:101–107). Sobre Vila escribe el Pbro. N. Donzelli: «La popolazione del campo como questa della piazza, fate poche eccezione, è tutta composta di Piemontesi, alcuni Lombardi, e pochi Furlani» (Toccacelli, s/d: 52)

⁹ Nota del Pbro D. Lupo.

¹⁰ De Amicis señala que «Los alemanes, los ingleses, los franceses, que tiene asuntos en la colonia tienen que aprender el dialecto y lo aprenden...», citado por Juan Carlos Perucca Colombero (septiembre 2005)

¹¹ Tal el caso de Mercedes Maidana en Susana, peón de carnicería, «el negro que hablaba piemontés», en *Susana Centenaria*, s/p.

¹² Basta ver el número de Santuarios por provincias: Alessandria: 25, Asti: 12; Cúneo: 67; Novara: 28; Torino: 96 y Vercelli y Biela: 39 (Borrello y Jorio, s/d: 84–87)

¹³ Cf. Verucci, Guido. 'Anticlericalismo, libero pensiero e ateismo nel movimento operario e socialista italiano (1861–1878)' y Scoppola, Pietro. 'Laicismo e anticlericalismo', en *CheR, Relazione II*, pp. 177 a 274.

¹⁴ En *Continuidad de la Gracia*, Balbi pone en boca de uno de sus personajes: «Muchos, muchos adioses a Cúneo, al cura que estaba también en la puerta despidiéndonos porque él nos había casado y bendecido» (1995: 240)

¹⁵ En 1896, Lucía Grandis de Racca escribe desde Rafaela a su hija en Volvera: «... mira de encargarnos dos misas y ruega por nosotros», p. 21; en 1901 escribe «Lo antes posible, encarga dos misas cantadas en memoria de mis difuntos. Cuando vas a la Iglesia, ruega por nosotros, especialmente por mí», p. 25; en 1904 Giorgio a su hermana: «Haz celebrar dos misas cantadas para nuestros difuntos», p. 29; en mayo de 1906 a su hermana: «... hemos pensado así que el día de la Santa Magdalena hagan una gran fiesta todos juntos» y «Nuestra madre dice que si pueden mandarle una corona de la confraternidad de la dolorosa» (ibídem:35).

¹⁶ Benassi señala que una expresión de la religiosidad de los colonos era «(...) el hecho que al poco tiempo de haber sido fundada una colonia, su mayor y urgente preocupación, era la de construir una iglesia...» En Stoffel, 2001, 13.

¹⁷ En su historia de Josefina, Aimar señala: «En la mayoría de las familias se rezaba el rosario antes de las buenas noches, también se improvisaban 'a capella' alguna canzonetta en piemontés». Y en *Continuidad de la Gracia*, Catalina Lucca de Maine escribe a su hermano: «(...)cuando cae la noche, cansados como estamos del día que pasó y por los que nos esperan, nos acordamos de agradecer a Dios que no nos abandona y, antes de acostar al Elmo y al Fabián, nos arrodillamos todos y rezamos el rosario pidiendo por la continuidad de la gracia y nos ampare...»(Balbi, 1995: 8)

¹⁸ Cf. AORaf. Caja Sunchales. Nota del Capellán al Obispado, enero de 1898; Caja Ceres. Nota del Pbro. L. Molinari al Obispado, 5 de febrero de 1898; Caja Rafaela. Nota del Pbro. Palmieri al Administrador Apostólico, 1898.

¹⁹ Cf. AASFVC. Caja Santa Clara de Buena Vista, I y Lucero Moricone, Roberto: 37.

²⁰ En el Museo Histórico Municipal de Rafaela se puede observar un cuadro de la misma de uso familiar. (ibídem:42 y ss)

²¹ También en la provincia de Córdoba.

²² El *Cristoforo Colombo* N°. 593 de octubre de 1893, trae un relato de las patronales de Montes de Oca donde se lee: «Venne per predicare e cantar la Messa lo stesso Direttore (colegio salesiano Rosario) che conduse con sé alcuni giovanetti musici, alunni del suo collegio, per cantare nelle sacre funzione. Venne eziando una banda di musica da Marco Juárez della vicina provincia di Córdoba, la cual acompañó la messa della Santa Infancia cantata dei predetri ragazzi (...) La predica piacque moltissimo e versó sopra l'efficacia del potere di Maria per liberare dalla schiavitú spirituale dell'indifferenza religiosa e del rispetto umano. La procesione attorno alla gran piazza del paese fu qualche cosa di conmoversi.» (Sic)

²³ Santiago Benassi señala «que por su magnitud no difería en mucho a las patronales». s/f: 47).

²⁴ Miguel Maine escribe a sus parientes de Cúneo: «... si bien sus casas no muestran miseria sólo tienen mesas y sillas y algunas imágenes de la Santa Virgen y un crucifijo» (Balbi:1995: 447)

²⁵ AASFVC. Caja Capellanías – Carpeta López–, I, Nota de Juan Tessa al Obispo, 29 de abril de 1911.

²⁶ AASFVC. Caja Capellanía – Carpeta López–, I, Nota de vecino de López al Obispo, s/fecha.

²⁷ AASFVC. Caja Díaz, I, Nota de José Alemany al Obispo, 15 de enero de 1900.

²⁸ AASFVC. Legajo Informe de la Visita de Inspección a la Vice – Parroquia de C. Rosquín, junio de 1913.

²⁹ *Ibidem* ant.

³⁰ AASFVC. Caja Nunciatura, I, Nota de Mons. Aquiles Locatelli a Mons. Boneo, 20 de julio de 1907. Nota de Mons. Boneo al Nuncio Apostólico, 30 de julio de 1907. También ASV. Arc. Nunz. Argentina 2 y 43. A la luz de esta documentación hay que matizar la adjetivación de Mons. Boneo como ‘antiitaliano’, en Devoto, 2006: 310-311.

³¹ Tal el caso del Pbro. Mateo Llodrá a quién el Obispo acepta trasladar de Ataliva, pero dejando sentado que «... no se le reconoce otros defectos que el hablar en el idioma nacional» (AASFVC. Libro de Notas. Mons. Boneo a Comisión de Iglesia, 1901)

³² Testimonio de Sebastián «Bastian» Seia al autor, 15 de julio de 1979.

³³ ASV. Arc. Nunz. Argentina 43. Allí se informa que las colonias predominantemente italianas son 43, de las cuales 33 son atendidas por sacerdotes italianos, 5 por argentinos y cinco por españoles.

Bibliografía

AA.VV. (1995). Centro Cultural Italo Argentino. *De los Alpes a la Pampa.* s/d, Brikmann.

AA.VV. (1992). *Centenario de Hersilia. 1892–1992.* Lux, Santa Fe.

AA.VV. (2003). *L'immaginario religioso delle terre alte. Forme. Pratiche. Testimonianze.* Museo Nazionale della Montagne, Torino.

AA.VV. (1982). *Centenario de Pte. Roca. 1882–1982,* Pte. Roca.

AA.VV. (1983). *María Juana. Ayer – Hoy. 1883–1983,* María Juana.

AA.VV. (1983). *Susana Centenaria,* Susana.

AA.VV. (1985). *Centenario de Colonia Aldao 1885–1985,* Aldao.

AA.VV. (1994). *Ramona Centenaria. 1894–1994,* Ramona.

Comision del Libro del Centenario y Bionedell, A. (1991). *Zenón Pereyra centenaria,* San Francisco – Córdoba.

S/D: ‘Il Clero diocesano in Italia durante il Pontificato di Pio IX (1846–1878)’, *CheR, Relazione*, I, pp. 158–159.

Baggio, F. (2000). *La Chiesa argentina di fronte all'immigrazione italiana tra il 1870 ed il 1915.* Istituto Storico Scalabriniano, Roma.

Balbi, L. R. (1995). *Continuidad de la gracia.* Imprenta Oficial, Santa Fe.

——— (1986). *Los nombres de la tierra.* Colmegna, Santa Fe.

Benassi, S., *Memorias de un tiempo,* s/d.

Bevilacqua, P. (2001). «Società rurale e emigrazione», in *Comitato nazionale «Italia nel mondo». Storia dell'emigrazione italiana.* Donzelli, Roma.

Bianchi de Terragni, A. (1971). *Historia de Rafaela,* Colmegna, Santa Fe.

Birchner, H. R. (2001). *Lehmann. Mi pueblo añorado,* T. II. Ediciones de la Cortada, Santa Fe.

Borrello, L. y Jorio, P. *Santuari Mariani dell'arco alpino italiano,* s/d.

Cacopardo, M. C. y Moreno, J. L. (1984). «La emigración italiana a la Argentina 1880 – 1930. Las regiones de origen y el fenómeno del retorno». En *Cuadernos Regionales 1,* s/d.

Castro, J. *La Pastoral vocacional de Don Bosco.* Encuentro de Delegados de Pastoral Vocacional, 9 – 11 junio 2004, Lo Cañas, Chile.

Centro Municipal de Estudios, Investigaciones y Archivo Histórico de Morteros. *Temas de la vida de Morteros en sus cien años.* Morteros, s/f.

- Dalla Fontana, M. A. (1999).** *Historia de la Parroquia San Juan Bautista. 1909 – 1999*, Santa Fe.
- Devoto, F. (2006).** *Historia de los italianos en la Argentina*. Biblos, Buenos Aires.
- (1985). «Factores de expulsión y de atracción en la emigración italiana a la Argentina. El caso piemontés. 1861–1914». En *Cuadernos de Historia Regional 2*.
- Giolitto, M. (2004).** «La ‘Castilla champurreada’: El discurso sobre la lengua y el contacto entre el piemontés y el castellano en la llanura pampeana» en Webs. uvigo.es/551/actas2002/09/04.
- Grimaldi, P.** «*L’Immaginario religioso delle terre alte*», s/f.
- Gschwind, J. J. (1994).** *Historia de San Carlos*, T. II., San Carlos Centro.
- Imfeld, D. (2007).** «Cosas dichas en una familia de inmigrantes. La correspondencia de los Racca (1891 – 1914)». En *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, N° LXV, Santa Fe.
- (1999). *Piemonteses en el oeste santafesino. Sus aportes en la construcción de una identidad regional*. Centro de Estudios e Investigaciones históricas, Rafaela.
- Lovatto, E. (1987).** *Historia de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar*. Pilar, Santa Fe.
- Lupis, J. M. (1997).** *Recuerdos de una vida*, Reconquista, s/d.
- Lucero Moricone, R.** *La inmigración italiana en el sur de Córdoba. 1870–1920*, s/d.
- Nascimbene, M. (1993).** *Italianos hacia América (1876–1978)*, Museo Roca – Centro de Estudios sobre Inmigración – Secretaría de Cultura Ministerio de Cultura de la Nación, Buenos Aires.
- Perucca, J. C.** «Argentina y los inmigrantes italianos», *La Opinión*, 4 setiembre 2005.
- Petriella, D. y Miatello S. S. (1995).** *Italianos en la Argentina. Los piemonteses*. Asoc. Dante Alighieri, Buenos Aires.
- Pugliese, M. (1912).** *Italica Gens*, N° 3–4, marzo – abril, s/d.
- Racca, F. (2004).** *Los Racca, de puño y letra*. Centro de Estudios e Investigaciones Históricas, Rafaela.
- Sanfilippo, M. (2001).** «Tipologie dell’emigrazione di massa». In Comitato nazionale «Italia nel mondo. Storia dell’emigrazione italiana». Donzelli, Roma, pp. 77–94.
- Scoppola, P.** «Laicismo e anticlericalismo». En *CheR, Relazione II*, s/d.
- Stoffel, E. (2006).** «Los sacerdotes inmigrantes que poblaron la región», Santa Fe, suplemento *Nosotros, El Litoral*, 16 de setiembre de 2006, pp. 22 – 23.
- (2001). *La construcción de templos y capillas en el actual Departamento Castellanos*, Centro de Estudios e Investigaciones Históricas, Rafaela.
- . *Las Capillas particulares o privadas*. mimeo
- (1991). *Las prácticas religiosas católicas en la «Pampa Gringa» santafesina (1860 – 1930)*, Municipalidad de Rafaela, Rafaela.
- Stoffel, L. (1994).** *Ripamonti. Un hito en la historia de los comerciantes de la Pampa Gringa*. Fondo Editorial Municipal de Rafaela, Rafaela.
- (s/f). *La masonería en Rafaela. Y sus múltiples interrogantes. Ensayo Histórico 1881-1935*. Centro de Estudios e Investigaciones Históricas de Rafaela, Rafaela.
- Toccacelli, F.** *Gli Ozi di Vila*, Camerano, s/d.
- Tuninetti, G. (2001).** «Organizzazione ecclesiastica e pratica religiosa». In *Storia di Torino, 7. Da capitale politica a capitale industriale (1866 – 1915)*, Giulio Einaudi, Torino.
- Valli, O. (1992).** *Literatura: creación situada*. Sudamérica, Santa Fe.

Testimonios

Para la memoria familiar

Griselda Tessio*

*Y fue por este río de sueñera y de barro
que vinieron las naves a fundarme la Patria.
Vendrían a los tumbos los barquitos pintados
por entre los corcovos de la corriente zaina.*

«Fundación mítica de Buenos Aires».

Jorge L. Borges

Y yo digo que fue en el Vapor «Paraná» y que cruzaron el mar desde el puerto de Génova, para fundarme la sangre.

Y que habrían estado cansados y mareados cuando llegaron a la Gran Ciudad y al Hotel de Inmigrantes, y mucho más cuando subieron al bote «Bella Luisa» con destino a un ignoto lugar llamado Santa Fe, remontando un río tan ancho y tan bravo como no habían visto antes, llegando, luego de varios días a un curso manso y sinuoso de islas, llamado Salado, para atracar finalmente en el Vado de Santo Tomé el 31 de enero de 1869.

Seguramente habrán pisado tierra algo asustados. Seguramente, como los hombres de Pedroni, habrán probado de sus aguas como buenos campesinos y habrán dicho que era amarga para hombres y bestias.

Y luego, como hacen las gentes sencillas en las grandes ocasiones, se vistieron con sus mejores y humildes ropas, fijando para siempre en la memoria de la fotografía, ese desembarco y el comienzo de una vida incierta pero esperanzada.



Fotógrafo no identificado. Familia Pautasso (ca. 1869).
Colección Familia Tessio

Y allí está don Antonio Pautasso, el Parín, italiano, agricultor, de 55 años, con su cara de gringo viejo y socarrón, orgulloso en su pobreza, con sus hijos y sus gentes por delante, como los hombres de la Biblia. Y Magdalena su mujer, de 41 años, pero muchos más de penas y sacrificios, toda vestida de negro, tal vez de duelo por los recuerdos que quedaron lejos.

Sentados en un banco que se adivina, los hijos que vinieron con ellos (porque los otros quedaron en Italia): Lucía de 15 asombrados años, Marianina, de 12 y el pequeño Domingo de 11.

Las niñas llevan camisitas y delantales blancos con volados. Mariana, la madre de mi sangre tiene una media sonrisa, los ojos dulces y la mirada perdida. Quién sabe qué pequeño pueblo de montaña estaría buscando.

Sólo sé que la miro y veo el rostro niño de la más pequeña de mis hijas.

Hay otras gentes con ellos: mujeres jóvenes con bebés en brazos, un adolescente con dos libros en sus manos atados con cinturón de cuero, un hombre de pipa y sombrero y acordeón para escuchar los viejos aires del Piemonte y otros jóvenes y niños cuyas historias se han perdido para mí.¹

Tienen nombres sonoros: Giuseppe, Bartolomeo, Pietro, Giovanni, Battista.

En el fondo, apoyados en la rueda de una volanta, dos paisanos miran con asombro a estos gringos que se fotografían como si hubiera algo que festejar.

Menos de dos años más tarde, Marianina se casó con mi bisabuelo Antonio Tessio, hijo de Juvenal, ése con nombre libertario, ese nombre y esa sombra que

evoco sin más recuerdos que los de mi historia. Ella fue, aún sin saberlo, la abuela de mi padre Aldo Emilio Tessio (Esperanza, 1909–Santa Fe, 2000)

Lucía, casaría con Begnis, cuya hija Magdalena se casaría con un Silvestre y fue la abuela de Carlos Silvestre Begnis (Bell Ville, Córdoba 1903– Rosario, 1980).

El pequeño Domingo fundaría la gran familia de los Pautasso.

Ellos y millones como ellos construirían esta Argentina contradictoria, opaca y luminosa que nos duele tanto.

Ellos ayudaron a formar esta Nación del puerto y del trigo, de la opulencia y el conventillo, de la expropiación y las huelgas, de las democracias y el genocidio, del voto universal y la Reforma Universitaria, de la Ley 1420 y las desigualdades sociales, del art. 14 y el 14 bis de la Constitución Nacional, espléndidos en sus relatos y fracturados tantas veces.

La Nación de las Fiestas Patrias y las costumbres lejanas, de la Revolución del Parque y las luchas campesinas, de los socialistas y el pueblo que cruzó los puentes en el año 45.

Esa Nación que se inventa a sí misma en la escuela pública, y que sabe, sabemos, que en la palabra escrita, en el texto, está el origen de la Argentina, en el trabajo y el esfuerzo, mucho más que en las batallas y en la espada.



Aldo Tessio, Santa Fe (ca. 1958). Carlos Silvestre Begnis.
Foto Estudio Platini. Colección Familia Tessio

Notas

* Griselda Tessio. Profesora en Ciencias de la Educación y Abogada. Ambos título por la UNL. Docente de la Facultad de Humanidades y Ciencias y de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral. Vicegobernadora de la Provincia de Santa Fe durante el período 2007–2011. Diputada Provincial 2011–2015.

¹ En el libro *Aldo Emilio Tessio, vida y política 1909–2000*, CER (Centro de Estudios Regionales «Aldo Tessio», Imp.Lux, Santa Fe, 2009) la Dra. Tessio incluyó este texto como epígrafe de la foto: «Alguna tradición familiar de los Pautasso–Tessio señala que esta fotografía fue tomada al arribo de estos inmigrantes a Santo Tomé. La

investigación fotográfica sobre el período y la zona ponen en duda la veracidad del relato. En el centro, sentado: Antonio Pautasso y su esposa Magdalena Alesso. Abajo, de izquierda a derecha, sus hijos: Marianina, Lucia y Domingo. Marianina se casará con Juvenal Tessio, padres de Antonio Tessio casado con Rosa Haudenschild, padres de Aldo Tessio. Lucia se casará con Begnis, cuya hija Magdalena se unirá en matrimonio con un miembro de la familia Silvestre, padre de Carlos. Esta imagen muestra el núcleo original que dio origen a Santa Fe dos gobernadores: Carlos Silvestre Begnis (1958–1962) (1973–1976) y Aldo Emilio Tessio (1963–1966).

Gringos desde la palabra y la fotografía¹

Luis Priamo*

En la zona de pampa gringa donde nací y crecí la palabra *gringo* tiene algunos vericuetos semánticos que me parece interesante recorrer para entrar en tema. En el principio, es decir al inicio de la colonización, aludió a los extranjeros sin más, una acepción que era propia del mundo criollo preexistente y que está en el origen de la denominación de nuestra región: *pampa de extranjeros*. Con el correr del tiempo refirió solamente a los italianos, y así llegó hasta hoy. Pero en mi pueblo, cuando yo era niño al menos, *gringos* también eran los chacareros, la gente del campo; aunque entonces la palabra había tomado una connotación entre peyorativa y envidiosa, ya que aludía a la presunta tosquedad de personas con poco roce social y, además, con plata. Dicha acepción se proyectaba más allá de la relación puebleros–chacareros y llegaba hasta las ciudades, aunque ya con el único sentido de persona del interior de la provincia, rústica y poco pulida. Mi hermano mayor, por ejemplo, que entró a trabajar en el Correo Central de Santa Fe en el cuarenta y ocho, fue rebautizado por sus compañeros como el *Gringo*, sobrenombre que también tenían otros muchachos que provenían de pueblos del interior.

Obviamente en esta mesa el gringo y su imaginario refiere a los descendientes de italianos y sus eventuales representaciones de filiación ancestral común. Al respecto, entre los inmigrantes italianos —y en rigor de cualquier origen— la relación sentimental con su patria estaba atravesada por el desarraigo y la nostalgia, sentimiento que previsiblemente se apagó con la primera generación de argentinos. En éstos, pienso que la relación con la cultura ancestral de sus mayores fue diversa según las zonas de la pampa gringa donde nacieron y se criaron. Por un lado estaba el territorio donde se asentó la primera oleada migratoria, de origen suizo o predominantemente suizo, es decir Esperanza y el círculo de colonias fundadas entre 1856 y 1870 aproximadamente. Por el otro la zona de colonias fundadas desde 1880 en adelante, durante la impetuosa ocupación del resto de nuestra provincia y el este de Córdoba, que tuvieron un componente italo–piemontés casi absoluto.

Un elemento indicativo de la supervivencia cultural de origen fue, obviamente, el idioma. En las colonias y pueblos más antiguos en torno a Esperanza —el mío, Franck, entre ellos— la lengua franca a mediados del siglo pasado, cuando yo era niño, era el castellano. La única colonia que conozco de todas las que pertenecieron al primer período, es decir las «suizas», donde se conservan incluso hasta ciertas

formas culturales de origen, entre ellos el valesano, es San Jerónimo Norte, que desde el principio y por muchos años estuvo integrada solamente por suizos de ese origen. Por su parte en Estación Clucellas —y otros pueblos del oeste santafesino y este de Córdoba— donde vivía mi abuela por parte materna, Josefa Bianciotti de Cugino, y varios tíos y primos, donde íbamos con alguna frecuencia, el idioma de la calle era, frecuentemente, el piemontés. Allí, tanto el dialecto como cierto entramado cultural de origen en sentido amplio perduraron en el tiempo.

Desde muy chiquito yo acompañaba a mi padre cuando jugaba al truco con sus amigos en los boliches de Franck. A los seis o siete años ya sabía jugarlo. En las visitas a Estación Clucellas una de las cosas que más me molestaba cuando acompañaba a mis tíos al boliche es que jugaban al truco en piemontés (que yo no entendía —excepto las blasfemias— ya que en mi casa lo hablaban de vez en cuando) con lo cual me perdía los comentarios, chicanas y chanzas que, como todo el mundo sabe, son lo más jugoso del truco. Mi padre y mi madre eran argentinos de primera generación y hablaban el piemontés fluidamente. Mis dos hermanos mayores comprendían muchas palabras en piemontés, y el mayor lo hablaba un poco. Ellos me llevaban diez y once años, y en su niñez evidentemente habían escuchado el dialecto con más frecuencia que yo. Cuando querían dejarme fuera de la conversación mis padres recurrían al dialecto, cosa que no podían hacer con los mayores. Sin embargo, yo nunca tuve ni sentí la necesidad de aprenderlo. Por el contrario, mis primos criados en la zona «piemontesa» de la pampa gringa lo hablan fluidamente. Es decir que allí el dialecto llegó hasta la segunda generación de argentinos nativos.

Una anécdota interesante respecto del carácter predominante del dialecto en las colonias de origen piemontés me la refirió mi primo Gabriel Perren, que fuera presidente de Sancor, y que a su vez la escuchó de un embajador italiano en nuestro país. Este funcionario y otros de la embajada viajaron a Devoto para una reunión con gente de la cooperativa. Entraron al pueblo a la hora de la siesta, con las calles obviamente desiertas. Como no encontraban las oficinas donde los esperaban se acercaron a un agente de policía, de aspecto notoriamente criollo, y lo interrogaron desde el auto. Hasta ese momento venían hablando obviamente en italiano, y el que interrogó al agente lo hizo en su idioma sin darse cuenta. Antes incluso de advertir el error, el agente se encargó de hacérselo notar respondiéndole en piemontés... Es decir, en la pampa gringa profunda y piemontesa parece haber sucedido algo similar a lo ocurrido en las colonias judías de Entre Ríos, donde muchos criollos habían aprendido a hablar en idish, idioma naturalmente dominante.

Otra mención significativa sobre el piemontés como lengua franca de las colonias del oeste la relata don Primo Rivolta en mi libro *Memorias de la Pampa Gringa*. Allí cuenta que su abuelo Berlamino Rivolta, de origen lombardo, vivió casi treinta años en María Juana, desde que llegó en 1880 hasta su muerte en 1907, sin hablar

el castellano. Simplemente no tuvo necesidad de aprenderlo. Lo que sí necesitó fue aprender otra lengua italiana: el piemontés...

En Franck el dialecto se utilizaba fuera de casa muy excepcionalmente, cuando mi padre o mi tío se encontraban con algún amigo de familia piemontesa —los Brusa, los Mariano, los Gilli, los Vercellone—, aunque se cuidaban de dialogar en piemontés frente a otras personas con nacionalidad de origen diferente porque implicaba una falta de respeto. Recuerdo que en una ocasión acompañé a mi padre y mi tío José a realizar una mudanza de un chacarero de San Agustín. Mi padre tenía un camión chico y hacía ese tipo de changas. Yo habré tenido unos diez años. Los chacareros eran de origen alemán o suizo-alemán. Mi padre y mi tío recibían los muebles que les alcanzaban los dueños de casa y los acomodaban en la caja del camión. En un momento mi padre le indicó al tío José cómo acomodar un mueble y utilizó, maquinalemente, el piemontés. Inmediatamente el dueño de casa, que estaba mirando el trabajo al pie del camión, le dijo a mi padre con un tono levemente jocoso, aunque evidentemente admonitorio: «Si ustedes hablan en su idioma nosotros vamos a hablar en el nuestro...». Mi padre se disculpó, y la cosa no pasó a mayores.

Otro factor que incidió en la pervivencia de la memoria de los orígenes italianos fue la intensidad con que se transmitió a los hijos argentinos, algo que dependía de la edad con que habían salido de Italia los emigrados y de la vocación de narradores que tuviesen. Mi nona Josefa, por ejemplo, llegó a la Argentina a los tres años. La familia venía de Marsella, donde su padre trabajaba en el puerto y donde ella había nacido. De esos primeros años tenía el recuerdo de algunas palabras, que siempre evocaba para sus nietos: «¿Sabés cómo se dice en francés: *me da un pedazo de pan?*: *Si vu ple, un petit de pan*». Italia no estaba presente en sus relatos, aunque seguramente recibió recuerdos italianos de su madre y su padre y hablaba piemontés como si fuera su primer idioma (y realmente lo era). En la familia de mi madre, los Cugino, la nona Josefa fue la narradora, así como en la nuestra lo fue mi madre, que nunca nos contó nada sobre los ancestros italianos, prueba de que tampoco lo había escuchado de la nona. Por otra parte el nono Bautista Cugino, su padre, llegó al país siendo adolescente, sin embargo su carácter poco comunicativo y un probable machismo reticente a confidencias e intimidades con sus hijos, bloqueó sus recuerdos del terruño, incluso los familiares. Lo mismo sucedió con mi padre, del que supimos poco y nada sobre su infancia y sus mayores excepto a través de nuestra madre, de tal modo que el pasado de los Priamo quedó para nosotros casi sin relato. Por todo esto en nuestra familia el pasado o, para dramatizar un poco, el tiempo pasado, el *altri tempi* es tan breve como el tiempo de la propia inmigración. Italia no existe en el fondo fantástico de mi niñez. El Origen, el Lugar de los grandes relatos primigenios está, para mí, por entero, en la pampa gringa.

Ahora bien, dicho esto quiero preguntarme si cuando hablamos de «imaginario gringo» nos referimos solamente a los datos más visibles y, por así decir, toscos de la supervivencia cultural de origen; si no mentamos también a imágenes que, sin aludir directamente a la vida de nuestros antepasados en la patria de origen, impregnan de un modo profundo nuestras sensaciones y recuerdos infantiles de la pampa gringa. El dormitorio en penumbras donde dormían la nona Josefa y la tía Adelina en la humildísima casa que alquilaban en Estación Clucellas, por ejemplo, con su alta cama de fierro custodiada por una lámina antigua de San Jorge matando al dragón sobre la cabecera, con un ramito de olivo cosido al pie, y enfrente la cómoda oscura de madera gruesa, con el mármol cubierto de estampitas de innumerables santos y vírgenes y retratos de los muertos queridos, donde ardía siempre una pequeña vela. El olor a humedad de la penumbra, levemente picante por el rastro de los hilos de creolina arrojados en la mañana sobre el piso recién barrido. Aquella vez que llegamos a Estación Clucellas por sorpresa y la nona, en medio de los gritos de alegría y los abrazos a uno y otro decía (para esto debiera saber el piemontés, pero tendrán que escucharlo en castellano): «¡Yo sabía que iba a tener visita porque el gallo cantó tres veces enfrente a la cocina esta mañana!». El bello rostro campesino de la nona que yo no me cansaba de mirar, enmarcado por una eterna pañoleta negra, y su cuerpo magro y recto siempre de luto o medioluto, una figura que mucho después encontré en fotogramas de Pasolini, Visconti, Olmi o Fellini. Un mundo, una atmósfera, unos seres, en fin, que conformaban una cultura que se iba desvaneciendo más o menos lentamente de generación en generación, de mente en mente según el lugar que cada una habitaba en el nuevo país. Si a estos hilos de cultura originaria cada vez más tenues al paso de las generaciones, contaminados y solapados además por la cultura de la mezcla que caracteriza a nuestra región, podemos hacerlos parte de lo que llamamos «imaginario gringo», debo decir que en mí, todavía y a su modo, tal imaginario alienta.

* * *

Voy a referirme ahora a la relación entre fotografía e imaginario gringo en nuestra región, advirtiendo que mi conocimiento del pasado fotográfico de la zona, con ser bastante extenso, es parcial. Por otra parte, el patrimonio fotográfico de nuestra región que sobrevive no es, ni por lejos, todo lo que se fotografió en el pasado, de modo tal que entre lo que yo desconozco y lo desaparecido puede haber imágenes que contradigan o maten algunas afirmaciones que siguen.

La fotografía trabaja con un solo tiempo de verbo: el presente. Sus poderes se aplican al registro de lo fenoménico en su transcurrir. Nada nos puede decir, por lo tanto, de los recuerdos y evocaciones de los emigrados a la pampa gringa a fines del siglo XIX. En consecuencia, la presencia eventual del imaginario gringo

en las comunidades de nuestra región susceptible de ser fotografiado fue el que tuvo manifestaciones objetivas y convencionalmente dignas de ser memoradas: festividades o efemérides nacionales de origen, con la exhibición de símbolos patrios europeos y vestuarios típicos regionales —la foto de Paillet a los italianos de colonia Progreso es un ejemplo—; instituciones que agrupaban a connacionales (hospitales, clubes sociales); negocios o centros culturales con nombres alusivos (Hotel Alta Italia, Fonda Piemontesa, Fotografía Lombarda, Cine 20 de Septiembre, fotografiados especialmente o presentes por azar en vistas urbanas de la región). Otras situaciones excepcionales, como la Gran Guerra de 1914–1918, también dieron lugar a manifestaciones de adhesión patriótica que reclamaron el recordatorio fotográfico. Este tipo de fotografías menudea en toda la región gringa, pero obviamente no es privativa de los inmigrantes italianos o sus descendientes, sino también de los españoles o suizos. De hecho las fotos más extraordinarias y antiguas que conozco donde se documentan efemérides patrióticas de origen pertenecen a los valesanos de San Jerónimo Norte.

Debo decir que ninguna de esas fotos me ha producido nunca ninguna conmoción especial, relacionada con el mundo familiar de origen piemontés que he mencionado. La fotografía que más sacudió ese ramaje espiritual propio no fue, curiosamente, de inmigrantes italianos, sino judíos. Se titula «Casa israelita. Monigotes», y fue tomada por Ernesto H. Schlie, fotógrafo de Esperanza, hacia 1889.

Una foto

Ernesto H. Schlie fue uno de los fotógrafos argentinos más importantes del siglo XIX. Su obra se condensa en varios álbumes dedicados a ciudades, pueblos y colonias agrarias de la provincia de Santa Fe, editados entre 1889 y 1895 aproximadamente, donde figuran registros tomados en cuarenta y seis localidades, desde Florencia, en el extremo norte, hasta Casilda, en el sur, y desde las más importantes ciudades de la costa del Paraná, como Rosario y Santa Fe, hasta Colonia Josefina, en el límite con Córdoba. Fue un gran proyecto de reportaje fotográfico, único en el país en el siglo XIX dedicado a una provincia, y excepcional también por el carácter de su tema principal: la modernización del territorio lograda merced a la colonización con inmigrantes europeos iniciada en Esperanza en 1856. Con su álbum titulado *Vistas de la Provincia de Santa Fe*, de 1889 —que se encuentra en el Museo de la Colonización de Esperanza y es el único fechado de todos los conocidos—, Schlie participó en la Primera Exposición Industrial de Rosario, llevada a cabo en ese mismo año, donde ganó el segundo premio. Al año siguiente un número no determinado de sus fotos, junto con otras de Alejandro Witcomb tomadas en Buenos Aires, fueron seleccionadas para ser expuestas en el Pabellón Argentino de la Exposición Industrial de París. Dicho conjunto estaba evidentemente destinado a transmitir una imagen del desarrollo económico y social

producido en la Argentina en esos años, donde las fotos de Witcomb reflejaban la modernidad urbana y las de Schlie la rural. El destino posterior de ambos fotógrafos fue muy diferente. Mientras Witcomb constituyó en pocos años lo que sería el mayor emporio fotográfico de Buenos Aires y el país, Schlie abandonó Esperanza por razones personales y siguió su carrera profesional en Entre Ríos, donde no dejó nada similar a los álbumes santafesinos.



Diversos documentos señalan que las personas que posan en la foto pertenecen a la familia Guibert, que junto a sus parientes, los Leibovitz (a quienes Schlie también fotografió, aunque la imagen es mucho menos interesante que ésta) llegaron a la zona de Monigotes a fines 1888; venían de Besarabia y habían arribado al país en agosto de ese año. En el lugar no había más que una pulpería y un aserradero que fabricaba durmientes para la línea ferroviaria Buenos Aires–Tucumán, en construcción por esos días —en una primera etapa llegó hasta Sunchales, que fue «punta de rieles» durante un tiempo—. Al momento de llegar las dos familias ya se proyectaba una estación ferroviaria en el paraje Monigotes, que está al norte de Sunchales. Los Guibert y los Leibovitz, que emigraron de un modo independiente, se habían adelantado por un año al contingente de inmigrantes judíos que fundaron Moisés Ville y llegaron a Buenos Aires el 14 de agosto de 1889 en el vapor *Wesser*, hoy legendario. Para el caso no interesa detallar las razones de esta avanzada de ambas familias sobre el resto de los inmigrantes, baste saber que durante todo el tiempo que estuvieron allí vivieron en dos ranchos prestados y se ganaron la vida trabajando como hacheros para el aserradero del lugar, ya mencionado.

Ignoramos si el largo y esforzado viaje en carro de Schlie entre Esperanza y Monigotes se debió al interés específico de fotografiar a los inmigrantes recién llegados, aunque es dudoso. Un poco más al norte de Monigotes está San Cristóbal, donde Schlie tomó una importante cantidad de fotos, y es posible que se topara con los colonos judíos por puro azar, en camino hacia allí. Lo más probable es que ambas fotos fueran tomadas por iniciativa de Schlie y no a pedido de las familias, habida cuenta de la pobreza en que éstas vivían. Aunque la foto de los Leibovich fue donada al Museo Judío de Buenos Aires por sus descendientes, con lo cual es evidente que habían recibido una copia de Schlie, pensamos que fue en carácter de obsequio (la foto de los Guibert que aquí vemos está en el Museo de la Colonización de Esperanza y fue parte del álbum que Schlie presentó en la Exposición Industrial de Rosario de 1889, aunque ya con el título *Casa Israelita. Monigotes*). No debemos olvidar que el fotógrafo viajaba con sus enseres de laboratorio para revelar y eventualmente copiar el material que iba registrando, pues tenía que asegurarse que sus tomas habían salido bien para no tener que regresar al lugar. De cualquier modo, si necesitáramos alguna prueba de la determinación de Schlie por tomar las fotografías de los colonos recién llegados como parte de su proyecto, la inclusión de *Casa israelita. Monigotes* en su álbum de 1889 sería suficiente.

Las fotografías tomadas por Schlie a las familias Guibert y Leibovich en Monigotes son las más antiguas imágenes que se conservan —y que yo conozca, por supuesto— de colonos inmigrantes recién llegados de Europa al territorio nacional en el siglo XIX. Es decir que esta foto alude, en general, a la inmigración aluvial que modificó a nuestro país en el momento de la organización nacional y asimismo a nuestro mundo rural tradicional, del que toma uno de sus signos más notorios y representativos: la humilde vivienda criolla que oficia de fondo al grupo retratado. En efecto, lo que primero nos impresiona (al menos esa fue mi experiencia con respecto de esta imagen, que conozco desde hace más de treinta años) es el encuentro o yuxtaposición del grupo claramente extranjero sobre el fondo casi simbólicamente criollo; impresión acentuada por el título, *Casa israelita*, que hace del rancho en medio de la pampa una vivienda judía. Las dos mujeres en primer plano resultan particularmente ajenas por su atuendo pequeño—burgués, donde el dato de la cartera colgando del brazo de la señora de pie sugiere, surrealísticamente, que acaban de volver de un paseo por el centro de alguna ciudad donde anduvieron de compras. El grupo de mujeres y niños que está detrás no es menos excéntrico en su relación con el rancho, ya que cofia, delantal, pañoleta y vestido negro, gorro de lana y saquito prendido en el botón superior no se correspondían para nada con el atuendo de las mujeres y niños del pueblo criollo de la época. Es como si estas personas hubiesen bajado hace apenas un rato del carro que los trajo hasta este lugar desde el puerto más cercano (Santa Fe, digamos), donde arribaron de Europa. En suma, el trasplante que significó la inmigración europea a nuestro país está representado aquí de un modo límpido y rotundo.

Schlie tomó esta fotografía sirviéndose de los datos y las circunstancias que la realidad inmediata le brindaba. La familia Guibert vivía evidentemente en la tapera que está detrás, y sus integrantes tuvieron el cuidado de vestirse con sus mejores ropas para el retrato que les propuso Schlie. Todos asumen poses de estudio, posiblemente a pedido del propio Schlie (lo cual agrega su propio aire de irrealidad al ya extraño fondo de la tapera criolla convertida en *casa israelita*). Pero todo esto, en el momento que se hizo la foto, en cualquier caso era tan extraordinario como los hechos que se estaban produciendo y que la imagen representaba, es decir el arribo masivo de inmigrantes europeos de orígenes diversos que modificaba rápida y dramáticamente el paisaje y el mundo pampeano. Es evidente que Schlie no se propuso hacer un *ícono simbólico* de la colonización con inmigrantes europeos componiendo la foto como lo hizo. El carácter representativo y trascendente de la imagen *sedimentó con el tiempo que transcurrió después de la toma*, con la colonización concluida y la Argentina moderna en marcha. Fue lo real en su devenir, por fuera de la fotografía, por así decir, lo que le dio densidad expresiva y significativa a la imagen y espesor simbólico a la combinación de sus signos. Por otra parte, los descubrimientos histórico-fotográficos realizados *un siglo después de tomada la foto* intensifican el efecto, pues el hecho de que hoy podamos, retrospectivamente, constatar que estamos frente al más antiguo documento de inmigrantes europeos recién llegados al lugar preciso del desierto que colonizarían (y que su registro fuese producto de una concurrencia de fenómenos en sí mismos extraordinarios), carga también a esta foto de un aura excepcional.

Ahora bien, *sentir* más o menos la fuerza representativa de esta imagen es una *posibilidad* de nuestra percepción sensible que depende de la relación que mantenemos con el mundo cultural al que la foto refiere. A una relación más familiar e íntima, corresponde una disponibilidad anímica e intelectual mayor para establecer con la imagen un intercambio emocional y conceptual vigorosos (e inversamente, a una relación distante un intercambio más débil). A quienes nacimos y nos criamos en la pampa gringa, la foto puede sugerirnos asociaciones que tienen ese tono de intimidad. La niña de la izquierda, por ejemplo, siempre me recuerda a la nona Josefa Bianciotti, que en ese momento tenía aproximadamente los años de esta chica judía y vivía a cien kilómetros al sur de Monigotes, en Colonia Margarita, cerca de San Vicente. En nuestra familia no tenemos fotos de la nona a esta edad, ni tampoco de su juventud, pues tenían que darse circunstancias excepcionales para que tal cosa sucediera. En ese entonces las colonias del oeste santafesino eran muy recientes y los poblados escasamente habitados, de modo que no había fotógrafos instalados, y los fotógrafos ambulantes llegaban raramente por allí, excepto que fuesen llevados por razones extraordinarias, como sucedió con Schlie. Por todo esto mi imaginación afectiva siempre proyecta en la imagen de esta niña el rostro desconocido de la nona Josefa. Proyección que

se abre a otro territorio, esta vez comparativo y cultural. La nona había llegado al país ocho años antes y seguramente todavía su lengua cotidiana seguía siendo el piemontés, ya que vivían en el campo rodeados de vecinos de ese origen, de la misma manera que esta *rusita* recién llegada no hablaría más que el idish entre los suyos. Es decir que ambas —tan cercanas y tan distantes— llegaban simultáneamente al desierto santafesino desde mundos completamente diversos para conformar el popurrí cosmopolita en el cual me reconozco.

Notas

¹ El día 26 de octubre de 2012 se realizó en la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHUC) de la UNL la *Jornada de debate y reflexión. El imaginario gringo: perfiles y reconfiguraciones actuales* organizada por el *Portal Virtual de la Memoria Gringa*, el Centro de Estudios Comparados y las cátedras de «Literatura Francesa e Italiana» y de «Lengua Italiana». La actividad se realizó bajo la dirección de la responsable de este libro y contó con el apoyo institucional en el marco de los actos celebratorios por los primeros 25 años de la creación de la facultad. Una de las presencias destacadas fue la del historiador de la fotografía y autor de varios libros sobre la Pampa Gringa, Luis Priamo quien desarrolló en forma abreviada el contenido que luego volcó en el presente texto. Dado que la publicación conclusiva de dicha jornada no pudo ser concretada, se recupera el mismo y se lo incluye en este libro por la riqueza testimonial que posee. Si bien la fotografía

analizada y parte del contenido se orienta hacia una concepción del término «gringo» no cerrado a lo italiano, propone una arista interesante para repensar el fenómeno inmigratorio en la provincia en su amplia y compleja conformación y representación.

* Estudió cine documental en el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral. Es investigador, historiador y editor de fotografía antigua argentina desde 1973. Fue coordinador del Programa de conservación de fotografía patrimonial, patrocinado por la Fundación Antorchas, desde 1992 a 1997 y tuvo a su cargo la serie de diez libros sobre el tema publicados por la misma desde 1987 hasta su cierre, en 2006. Realizó investigaciones sobre la colección Witcomb, en el Archivo General de la Nación, sobre historia de la fotografía en la provincia de Santa Fe y sobre las colecciones fotográficas de las empresas del estado nacional antes de sus privatizaciones.

Historias de la historia

Cuatro cuentos inéditos de *Jorge Isaías*

Jorge Isaías (Los Quirquinchos, Santa Fe, 1946) Profesor y Licenciado en Letras. Sus textos fueron traducidos al italiano, inglés, francés y coreano. Publicó 40 libros entre prosa y poesía y un centenar de artículos sobre literatura argentina, en especial sobre José Pedroni y la gesta inmigratoria. Sus textos creativos y de rescate de esta temática están en su libro *Crónica Gringa* (6 ediciones), *Oficios de Abdul* (3 ediciones) y *Almacén Las Colonias*.

Inmigrantes

Yendo por el camino hacia la chacra del Beto Delmachio o la Capilla de Carmelo Mosso vivía en aquel entonces don Abraham Salí, a quien todos llamaban el «Turco sucio», en una casita frente al gringo Agustinelli, que luego compró «Pichón» Bucelli.

El «Turco sucio» vivía allí solo, y al parecer no tenía familia. Jamás supe de qué vivía, pero su calva relumbraba por la tardes mientras recorría un pequeño maizal, buscando no sé qué cosas. Tan abstraído andaba. Tal vez pensara en su lejana tierra que dejara un día.

Andaba siempre vestido de bombachas claras, una camiseta de frisa que nosotros llamábamos «Las cuatro estaciones» porque no se la sacaba en todo el año. Mal afeitado, siempre de alpargatas y un piolín un poco grueso era pasado debajo del abdomen voluminoso para sostener esa bombacha criolla que había adoptado para siempre. Esa bombacha cuya mugre la convertía en un color indefinido, y se podría decir sin exagerar que el color era el del tiempo: quiero decir, del tiempo que el agua y el jabón no habían actuado en ella.

El Turco Salí era uno de esos hombres que a mi infancia despreocupada agregaba siempre la incógnita que se me presentaba apenas me enteraba de su existencia. Eran numerosos los hombres solos, que nadie sabía si tenían familia ni de dónde venían, y en un caso como el de don Abraham, encima inmigrante, agregaba un plus de aventura a estos infortunados que terminaban muriendo solos, en un país que de todos modos había sido generoso con ellos, que venían perseguidos por el hambre y tal vez en algunos casos por las persecuciones políticas y aún las guerras que producían diásporas pues a ello se le agregaba la falta de trabajo y aún el mero y simple yantar.

Todas estas cavilaciones es probable que surgieran de mi aprensión de ver a la gente de mi familia sufriendo la tierra, pero al menos, teníamos padre, madre, hermanos, primos, abuelos y tíos conocidos, y hacíamos vida de familia de inmigrantes con grandes comilonas jubilosas aunque de vez en cuando alguien se ponía melancólico con el alcohol y cantaba una canción ultramarina, que ninguno de los primos entendíamos porque lo hacían en un dialecto, muy dulzón, pero desconocido para nosotros, que ellos nunca se ocuparon de enseñarnos. Sí nos transmitieron las costumbres, ya que nunca se desprendieron de ellas.

Mis cuatro abuelos llegaron del otro lado del mar con dos destinos unidos: analfabetos y campesinos. De los cuatro la única que aprendió a leer en castellano y a escribir fue la madre de mi padre, la dulce y activa nona Laura, quien había aprendido mirando el cuaderno de sus hijos, cuando alguna maestra andaba por las chacras en tareas alfabetizadoras, no oficiales, por supuesto. Por allí se juntaban algunos arrendatarios, chacareros, inmigrantes y muy pobres con montones de hijos y le pagaban a alguna mujer práctica (no creo que haya sido maestra normal diplomada) y pasaba una temporada en cada chacra, donde le pagarían algún magro salario.

Allí, los que aún estaban en edad de aprender eran sometidos al aprendizaje de «las primeras letras» como se les decía a los sufrimientos del idioma y las cuatro operaciones.

Ninguno de mis tíos, ni mi padre cursó la escuela primaria, salvo mi tía menor, Teresa, que en edad justa fue beneficiada con el traslado al pueblo de mis abuelos.

De parte materna mis tíos y mi madre tuvieron más suerte, porque a la edad escolar estaban en una chacra muy cercana al pueblo. Entonces iban a caballo y volvían en poco tiempo. Después ayudaban en el campo, a trabajar. Mi madre no terminó porque el hermano de mi abuela, que era viudo y dueño de la chacra, opinó que «como era mujer no lo necesitaba». «Viejo hijo de puta —decía mi padre a mi madre—. ¿Para trabajar a la par de los hombres no eras mujer?»

Bueno éstas son las cosas. Así fueron.

Hablando con el poeta Arnaldo Calveyra —a quien conté esta anécdota— de cómo una mujer analfabeta puede dejar de serlo con sólo proponérselo, sin ayuda. La nona Laura era muy inteligente, y hoy lamento por qué no me interioricé más de esta historia. Me consta que escribía porque siempre me mandaba cartas en mis primeros tiempos en Rosario.

Una vez me contó mi madre que andaba con mi primer libro publicado y con no poco orgullo lo mostraba diciendo:

—«Este libro lo escribió mi nieto. ¿Ud. sabe que él escribe «de memoria»? ¡Y claro! Si para eso es poeta».

Si ustedes creen que yo sé por qué empecé con el «Turco» Salí y terminé con mi abuela que se alfabetizó sola, es decir el porqué de esta digresión, se equivocan.

Sólo la reflexión de pensar a dónde habría llegado una mujer inteligente en otro contexto, en otra clase social, con otras armas.

Y ahora me queda el recuerdo de verla cuando venía las siestas del domingo a tomar mate con mi madre, con unas monedas en el bolsillo de su tapado oscuro, y yo salía a la calle a esperarla, porque era «matinée» segura su presencia, y cuando divisaba su figura menuda, allá lejos, corría espantando torcazas que picoteaban granos en el centro de la ancha calle solitaria o chocaba con nubes de mariposas en verano cuando el tiempo tenía exactamente mi edad y la desmesura de los sueños que sin cesar alimento desde entonces.

Aquellos abuelos

A Miguel Fredi

Mi abuelo —cuenta Miguel Fredi— se levantaba a las cinco de la mañana, tomaba una taza de café negro, comía un pedazo de queso y salía al amanecer. Tocaba con sus manos callosas el mango de la azada que había dejado sumergida en un balde de agua para que la madera se hinchara y la azada quedara firme y se iba hasta la quinta a desmalezar los tomates. Tenía ochenta años. Mi abuela lo seguía detrás, como una sombra. Con su delantal negro, que no se quitaba nunca. ¿Por qué iba a cambiar a esa edad, no es cierto? —Pregunta como afirmando sobre esa pasión casi religiosa que trajeron los inmigrantes del otro lado del mar. A veces estos hombres duros se hacían un tiempo para poder caminar bajo los árboles, pero no siempre.

Yo recuerdo a mi propio abuelo, cuando recorría las parvas o los chiqueros, y buscaba un asiento donde quedarse un rato. Podría ser un tronco, el asiento de un arado en abandono, ponía la mano en el bolsillo y sacaba una naranja. Del otro sacaba un cortaplumas y se ponía a pelarla. Si yo estaba cerca me daba los primeros gajos, y luego de a uno se los iba metiendo en la boca, sin que el jugo le chorreara por la barba o le mojara los bigotes.

En ocasiones era un pedazo de pan o de queso, pero se nota que a esa costumbre la traía del otro lado del mar, porque lo vi en otros inmigrantes: todos tenían la misma costumbre. Otras veces, sacaba una pequeña pipa, luego la tabaquera de cuero crudo, llenaba el hornillo con minucia y dedicación y encendía el tabaco con un fósforo hasta que la primera humareda subiera hacia el cielo y se sentaba como mirando el mar. Sólo que aquí no era de agua sino de trigo, maíz o alfalfa.

Pensar en esos hombres, es circunscribir aquellos años de la niñez en un aura que se agranda con el tiempo y la distancia, lo instala en un espacio casi mágico, que corre el albur de convertir algo tal vez simple, tal vez trivial, tal vez basto, en una mitología digna de mejor causa para otros. No es mi caso, porque qué sería de tanta vida anónima si nadie recuperara en un gesto reparador todo aquel tiempo en que el trabajo estaba en primer término, estaba por sobre todas las cosas, la propia diversión estaba mal vista por los inmigrantes, como si el sólo hecho de habilitar el goce estuviera prohibido en su Biblia particular y la de sus ancestros.

Mi padre me contaba alguna vez, que en el año cuarenta siendo mensual de la chacra de Domingo Cléreci, vino a la cancha de paleta del Club Huracán un exitoso acordeonista llamado Antonio Bizio y como el baile era en verano se escuchaba la música en las chacras cercanas.

Mi padre, que había ido al baile, al otro día tuvo que aguantarse las reprimendas —no sin sonreírse— del viejo *Chiquín*.

—Te creés que yo no escuchaba desde aquí «al acordeón del vicio» —le dijo, usando muy bien la fonética para entender esa ambigüedad semántica que le permitía su aparente confusión.

A él, a *Chiquín*, inmigrante sufrido y estoico le habrá parecido el colmo del desenfreno que en un lugar perdido de la pampa un grupo no muy numeroso de muchachas y muchachos soñaran un rato haciendo un alto en sus tareas, a la que seguramente nadie era esquivo.

Por eso la anécdota de mi amigo Miguel me gusta, por lo que cuenta de su abuelo ya octogenario que no sabía hacer otra cosa que trabajar, como lo habría hecho desde su aldea natal, en aquella península ya cada vez más difusa en su memoria. Y siempre seguido por esa sombra, su mujer. Porque trabajar para ellos no era un problema de sexo, todo se hacía a la par.

Habían trocado entonces aquellas aldeas perdidas junto al mar o la montaña, algunos habían hecho la guerra y en general venían perseguidos por el hambre, un futuro incierto para sus hijos y en general llegaban a lugares donde tenían un ser querido, un pariente, algún paisano que le sirviera de referencia en este país tan lejano que veían como provisorio, y para ellos seguro que lo era, aunque la estabilidad la consiguieran con seguros sacrificios. Y también es seguro que el abuelo de Miguel, el mío y el de tantos otros amigos hubieran elegido su tierra natal a estos cielos altos, estos soles anchos, esta luminosidad sobre el verde furioso de toda la llanura que ellos cultivaron con una pasión tan minuciosa y posesiva que me hace dudar si pudieron disfrutar del vuelo alto y seguro de aquella garza mora que cosió el horizonte para siempre delante de sus ojos.

El baúl de «Chiquín» Cantoni

La relación de mi padre con Domingo Clérici viene de los años cuarenta, que él solía relacionar con aquella gran inundación, porque la casa estaba cerca de los Dallostas y entró agua por lo menos hasta llegar al metro. En ese tiempo mi padre era mensual, tenía apenas unos meses más de veinte años y se acordaba que entre ellos estaba Francisco Cantoni, a quien todos llamaban «Chiquín», y a quien conocí en la otra casa que tuvo la chacra, mucho más cerca de la estancia de los Vollenweider, inmenso y lejano cuasi palacio de dos plantas que yo veía de lejos, cuando de vez en cuando mi padre me ponía sobre sus hombros para que mirara. Con el tiempo me iba hasta la tranquera del camino a Beravebú y subido a ella atisbaba o pretendía espiar los movimientos de esa casa que para mi constituía un misterio porque me parecía imposible que allí hubiese vivido el hombre que fundó y colonizó el pueblo trayendo el ferrocarril.

En tiempos de mi relato a veces acompañaba a mi padre en sus visitas, a la chacra de Domingo —como él gustaba decir— llevaba la escopeta y me pedía que lo acompañara. El destino había querido que esa nueva construcción estuviera a tres o cuatro kilómetros del pueblo y se podía ir por el camino mencionado más arriba o cruzando campo como decía la gente del lugar. Allí sí yo me sentía a mis anchas porque cruzando el campo Dallostas podía aparecer una liebre y era casi una fija que mi viejo la matara, pero había algo, un interés superior para que yo me sumara a este remedo de cacería, porque el motivo del viaje era otro. Apenas entrados doscientos metros por ese campo aparecía la tapera que todavía estaba rodeada por algunos escasos árboles —sauces, creo recordar— y un metro y medio de pared aún en pie. Todo lo demás estaba sembrado. Seguíamos por un campo de alfalfa, y a veces bordeábamos un alambrado cuando había algunos trigales o un maizal orondo, y seguíamos hacia el oeste donde estaba la que llamaba mi padre «casa nueva», cuya primera aproximación visual eran esos grandes árboles, el monte de paraísos, antes las parvas y los chiqueros, el molino tan alto que golpearía con su largo vástago extrayendo el agua que bebería en momentos la caballada antes de ser enviada a pastar a uno de los potreros más lejanos, que todavía guardaban algo de esa alfalfa primorosa y verde con sus jugos refrescantes.

Cuando teníamos la casa encima ya saltarían esas dos hileras de altos sauces que conectaban el patio de la casa con el camino interno que llegaba hasta el camino

del cementerio no sin antes tocar el mismísimo galpón de los Milani, que estaban en la otra punta, enfrente de la chacra de los Bivi.

En la casa de los Clérici vivían don Domingo, su mujer doña María, el sobrino de ésta, el inefable «Pichón» Bucelli y también «Chiquín», que era tratado como si fuera de la familia.

A la altura de lo que llegan mis recuerdos era un hombre muy mayor. Lombardo, como don Juan Dallostá, el vecino. Según relato de mi padre se vino por el año diez del siglo anterior y se volvió a pelear de voluntario en la primera guerra, y me consta porque «Pichón» me acercó hace poco documentación que así lo certifica.

Como era socialista probó el aceite de ricino del Duce y tuvo que volverse con la idea de traer a su esposa y a sus hijas. Nunca pudo hacerlo. Por razón de su edad se dedicaba a las tareas menores de las chacras, huerta, gallinero, comida y bebida para todos los animales y en época de juntada todavía se cinchaba en la cintura una maleta y arremetía en el maizal por unos pesos más. Le daban casa y comida y un sueldo, y dormía en un pequeño cuarto de la casa donde también guardaban los arneses.

Una pequeña cama de hierro, un colchón de chalas, al sur una ventana con rejas que daba al gallinero y su baúl de inmigrante que dada su altura usaba de mesa de luz, encima de él su pipa, su tabaco marca «suiza» que guardaba en una vieja y despintada lata de té «Tigre», era toda su pertenencia.

En ese baúl que había cruzado dos veces el mar estaba todo lo que tenía en el mundo. Yo nunca vi su contenido, supongo que guardaría ropa, recuerdos personales y algún documento que acreditaba su identidad y el pasaporte en italiano que tuve entre mis manos sesenta años después.

Trabajaba de lunes a sábado y el domingo se lavaba él mismo su ropa de trabajo, y luego del almuerzo enfilaba a pie hasta el bar de don Marcos Markicich que estaba a la entrada del pueblo y volvía al anochecer, absolutamente borracho.

Muchas veces he pensado en la historia de este país nuestro. Emilio Vollenweider vino de la Suiza milenaria como decía Pedroni y don «Chiquín» Cantoni de la campiña lombarda y fueron vecinos, tal vez nunca se hablaron, tal vez ni siquiera se conocieron. Uno era muy rico y el otro era muy pobre. Pero transformaron este paisaje que era de cardos, de avestruces y venados corriendo, por otro de mares amarillos o verdes debajo de aquel cielo que cruzaron los últimos pájaros libres y perfectos que nunca regresaron.

La marlera

Cuando me distraigo es cuando suceden las cosas y todo se vuelve en un cono de magia.

Como cuando me dormía, de niño, sentado sobre la marlera pintada de verde.

Allí, cuando todos se olvidaban de mí, era cuando me sentía más feliz, porque era cuando alguien tomaba la palabra y contaba las historias.

¿Ustedes saben qué era una marlera?

Era un gran cajón de madera que se construía ad hoc para guardar marlos en la cocina, combustible para la cocina económica, esas grandes de hierro fundido que producían un gran calor en las casas, en especial las que se levantaban en el campo donde vivían los chacareros con sus familias, más que numerosas según eran los tiempos.

Cuando Roque Vasalli inventó el cabezal maicero que trituraba por un método de absorción la espiga, el marlo quedaba en partículas que se iban diseminando por el campo. Allí aparecieron las primeras cocinas a kerosén y yo contribuí al «progreso» cuando el *Táio* Peiró, mi patrón de entonces me vendió la suya en cómodas cuotas, para a su vez comprarse una a gas. Mi padre vendió o regaló nuestra cocina económica número uno, de marca Istilart, que se fabricaba en Tandil o Tres Arroyos, ahora no recuerdo. Y su ausencia, no pudo resolverse con ninguna otra en los últimos cincuenta años.

Era próximo ya el tiempo en que la gente abandonaba los campos para radicarse en los pueblos, para tener más comodidades y sus casas se convertían en taperas habitadas por ratas y arañas pollito. En ese tiempo sin embargo, es decir, en el tiempo de mi relato, los candidatos naturales para reponer los marlos en ese gran cajón que se fabricaba a golpe de martillo, cortes de serrucho y clavos grandes, y se ubicaba en un lugar estratégico de la cocina desde donde se producía todo el calor de la casa, éramos los niños.

Se nos mandaba a la troja con un canasto de mimbre, entre pequeño y mediano hasta volver a cargar hasta el tope ese reservorio natural de energías. Los marlos también se usaban como combustible para los asados. Mi padre decía que era lo único que le daba un sabor natural y exquisito a la carne.

Si no había niños en las chacras —cosa muy difícil entonces—, los encargados eran los quinteros, refugiados de guerra, inmigrantes ya ancianos, que estaban

para las tareas menores y que eran de algún modo protegidos por los chacareros, como si fueran de la familia. Tal el caso de *Chiquín* Cantoni, con los Clérici o de don José Alberti, en la chacra vecina de los Milani. Don José, ese viejito veneciano que me enseñó la palabra «Otoño» y su mera existencia, ya que yo suponía al mundo dividido en tres estaciones por entonces: Verano, Primavera e Invierno.

Para nosotros era toda una aventura cruzar con ese canasto al hombro los cien metros o más que separaban la troja de marlos blanquísimos de la casa, ingresar a ella y pasar a esas inmensas cocinas de entonces, con su grandes azulejos blancos, grandes paredes, que estaban orladas de grandes ollas como colgantes a la espera de la exquisitez que hacían nuestras tías y abuelas con el sólo producto de la quinta, industria de sus manos y de la tradición que heredaron de sus mayores, todos venidos del otro lado del mar.

Los olores por lo tanto de esas grandes cocinas eran predominantemente el romero, la albahaca o el laurel, que cultivaban con profusión en esas quintas primorosas y bien regadas, siempre protegidas por plantas frutales y que no era raro que allí, junto a este trío infaltable de condimentos culinarios se mezclaran el olor de los limoneros, de los mandarinos y de los naranjos en flor, cuyos azahares inundaban el aire bucólico y muy feliz de aquellos tiempos, ya perdidos en el arcón tan lejano y que sin embargo no me cuesta para nada recordar.

Y viene también con el aroma de los azahares y el vuelo de los pájaros que siempre merodeaban en sus círculos en ese aire límpido, mientras debajo de la bomba de mano se formaban los charcos del agua que iban a beber las abejas, y los perros dormían debajo de las conejeras y allá lejos volaban las cigüeñas, tan grandes que uno podía suponerlas una sábana blanca, suspendida de los últimos cielos altos que tuvimos y perdimos para siempre.

